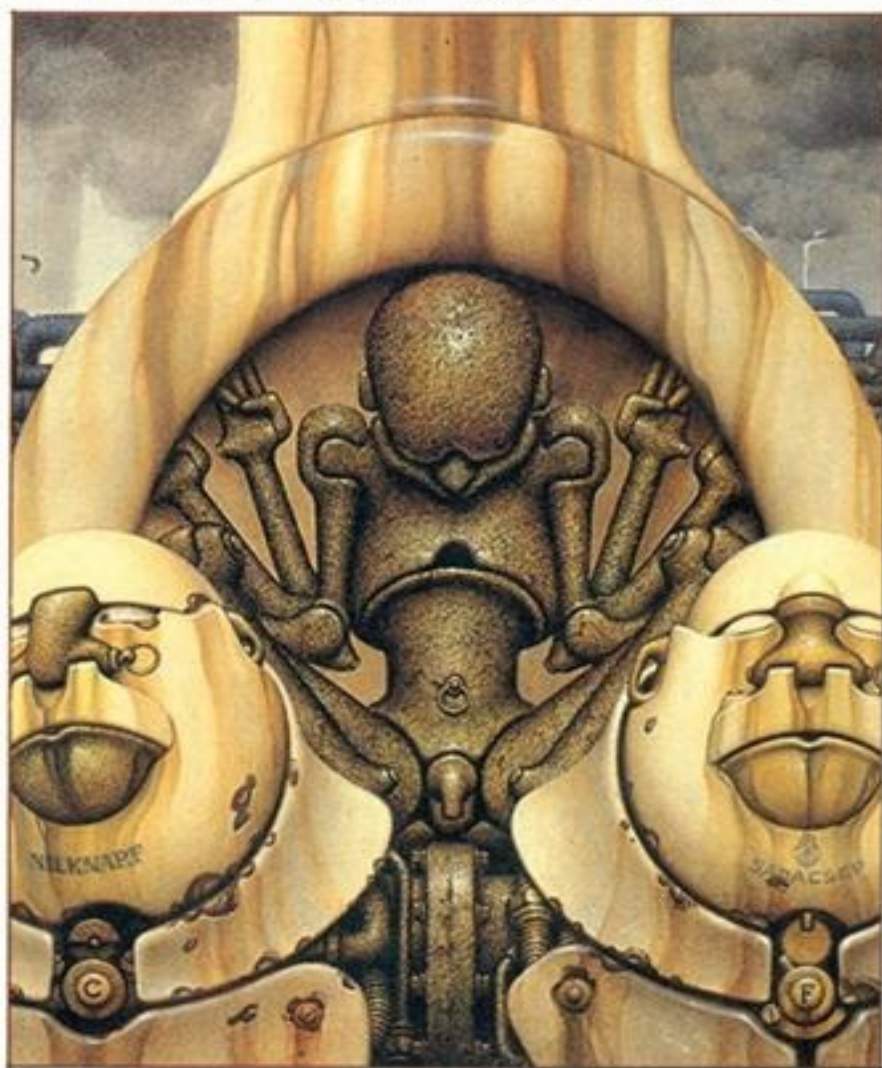


**Robert
L. Forward**



**HUEVO
DEL DRAGON**



Lectulandia

De vez en cuando aparece una novela que tiene al completo algo indefinible característico de la ciencia ficción: una nueva idea genial, una extrapolación honesta de la ciencia real, una historia emocionante sobre unos alienígenas fascinantes y un imprescindible sentido de lo maravilloso. Así ocurre en esta novela sobre la civilización de los cheela, que viven en una estrella de neutrones, y su contacto con los seres humanos. Un clásico indiscutible.

«En la ciencia ficción existe tan sólo un puñado de libros que estimulan y desarrollan la mente. Y éste es uno de ellos.» Arthur C. Clarke.

Lectulandia

Robert L. Forward

Huevo del dragón

Saga de los Cheela - 1

ePUB r1.1
author 14.06.13

Título original: *Dragon's Egg*
Robert L. Forward, 1980
Traducción: José María García Grimalt
Ilustración de cubierta: Óscar H. Chichoni

Editor digital: arthor
Corrección de erratas: Castroponce
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Huevo del dragón es la primera novela de su autor, un científico de fama mundial en el campo de la astronomía gravitatoria. Desde su aparición en 1980 fue saludada como un hito en la ciencia ficción de tipo hard y la sucesora indiscutible de la mítica *mission of gravity* (1953) de Hal Clement que, hasta entonces, había sido el clásico obligado en este tipo de ciencia ficción.

Se trata de la ciencia ficción en la que predomina el uso de las ciencias «duras» (principalmente la física) y la tecnología que de ellas se deriva. Hal Clement se atrevió a postular un planeta en el que la gravedad varía desde tres «g» en el ecuador a setecientas «g» en los polos, y sus habitantes, los mesklinitas, resultaron ser unos de los extraterrestres más verosímiles de toda la ciencia ficción, incluso desde el punto de vista científico.

En huevo del dragón se reproduce el esquema al nivel casi de exageración al multiplicar por mil millones las dificultades gravitatorias del planeta de Clement. Tras el descubrimiento de una estrella de neutrones en la constelación del Dragón (que será llamada «Huevo del Dragón»), los seres humanos, pese a que nunca podrán llegar a poner el pie en ella, lograrán situarse en órbita sincrónica para observarla mediante la más avanzada tecnología.

Pero las condiciones en la estrella de neutrones son, evidentemente, infernales. Una gravedad que supera sesenta y siete mil millones de veces la terrestre ha comprimido la estrella a una esfera de sólo veinte kilómetros de diámetro que experimenta una revolución (un «día» de Huevo) en sólo 200 milisegundos. Y, por si ello fuera poco, además, la fuerza del campo magnético, un billón de gauss, altera los núcleos de la corteza y las reacciones químicas son reemplazadas por nuevas reacciones de neutrones.

En ese mundo imposible existe vida, la de los cheela, los seres ameboides de la corteza que experimentan en una hora el equivalente de más de cien años de vida terrestre. Los detalles técnicos de su anatomía y biología son también verosímiles por su correcta adaptación al difícil mundo en que viven.

Pero si huevo del dragón tan sólo destacara por sus aspectos científicos quizá le podría haber ocurrido como a su predecesora, *mission of gravity*, que lleva ya treinta y cinco años sin haber sido traducida al castellano pese a su calidad.

En la novela de *Forward* encontramos además la sorprendente, irónica y fascinante descripción de la civilización de los cheela, que es, a mi parecer, una de las bazas fundamentales del libro. Poco a poco les vemos superar la barbarte, descubrir la agricultura, establecer una organización social superior al clan, «inventar» la religión, profundizar en las ciencias y sus aplicaciones técnicas, etc. Y todo ello compone un

fresco que se superpone a los aspectos más estrictamente científicos del tema central: la posible vida en una estrella de neutrones.

El indiscutible éxito en Norteamérica ha promovido ya la aparición de una continuación titulada starquake (1985). También la presentaremos en esta colección, posiblemente con el dudoso título de Estréllamelo (o quizá nos decidamos más prudentemente por Terremoto estelar,). En esta segunda novela se complementa la interacción entre humanos y cheela, que es uno de los elementos más agradables de la historia de la civilización cheela que ocupa esta primera novela.

La importancia y el eco que ha generado huevo del dragón en Norteamérica quedan de manifiesto en los siguientes breves comentarios de reconocidos especialistas de la ciencia ficción y/o la ciencia:

«En la ciencia ficción existe tan sólo un puñado de libros que estimulan y desarrollan la mente. Y éste es uno de ellos.»

Arthur C. Clarke

«Huevo del dragón es magnífica. Yo no habría sido capaz de escribirla; requiere demasiada física real.»

Larry Niven

«Bob Forward escribe en la tradición de Mission of Gravity de Hal Clement y la hace avanzar un paso de gigante.»

Isaac Asimov

«Parece que la ciencia ficción hard, como los ordenadores, a veces avanza hacia una nueva generación. Forward ha realizado este avance. Naturalmente, lamento no haberlo hecho yo mismo, pero cuando menos puedo agradecer el haber podido ser testigo de ello.»

Hal Clement

«Éste es un libro para los verdaderos aficionados a la ciencia ficción. A John W. Campbell le habría entusiasmado.»

Frank Herbert

«Qué estimulante resulta leer un libro de ciencia ficción hard en el que la ciencia es correcta. Bob describe el proceso del descubrimiento científico mejor que nadie en la ciencia ficción. Un relato emocionante y lógico de la evolución de la mismísima inteligencia en una raza alienígena.»

Charles Sheffield

(Presidente de la Sociedad Astronáutica Norteamericana)

«Creo que nunca en la historia de la ciencia ficción tantos de los más excitantes conceptos de la ciencia contemporánea han intervenido en un libro. En huevo del dragón nos encontramos con la civilización de unas criaturas que están más allá de los sueños. Aprendemos a conocerles y amarles. Y son verosímiles.»

Frank D. Drake

(Director del Centro de Astronomía y de la Ionosfera de los EE. UU.).

Me gustaría hacer algunas aclaraciones finales. En primer lugar, indicar y recordar que la novela dispone de un Apéndice Técnico. En mi primera lectura del libro me fue útil descubrirlo y leerlo a mitad del tercer capítulo (ése titulado «Volcán»). También es posible leerlo al final de la novela pero, si el lector tiene un mínimo interés científico, muchos de los conceptos no explícitos en la narración se comprenden mejor tras la lectura del apéndice.

La segunda observación es de otro tipo. Coincido con algunos críticos en que la primera parte del libro no es de gran nivel (especialmente el capítulo segundo, llamado «Pulsar»). Aunque la narración del proceso de cómo se realiza el descubrimiento científico de la estrella de neutrones sea adecuada y correcta, el tratamiento de los personajes humanos peca de ingenuidad y esquematismo. Suele ser una enfermedad común en la ciencia ficción presidida por los aspectos técnicos, que aquí queda paliada por el interés de la vida de los cheela, quienes son los verdaderos protagonistas del libro. Valga como muestra el aspecto épico del éxodo del clan hacia el Paraíso de Brillante que ocupa el capítulo tercero.

Otros científicos apuntan que la evolución de la civilización de los cheela se asemeja demasiado a lo que ha sido la evolución de la civilización humana. Es cierto, pero precisamente ahí encuentra acomodo el aspecto irónico de la novela que hace más de un guiño al lector enterado (es evidente el homenaje a Larry Niven y Frank Drake) y hace surgir más de una sonrisa.

Creo que es precisamente ese repaso a la historia de una civilización lo que hace aún más atractiva esta novela. Paulatinamente vamos asistiendo al descubrimiento del pensamiento abstracto y la matemática, al nacimiento de la astrología, de la escritura, de la forja, el surgimiento de la religión con la pasión y muerte del «profeta», la aparición de la técnica y la creciente complejidad de la organización socio-política y muchos otros de los hitos centrales del devenir de una cultura. Una verdadera gozada.

En otro orden de cosas, considero mi obligación advertir al lector puritano que los cheela tienen una gran facilidad por dejarse llevar por el sexo y que Forward no esconde esta particularidad. Por ello la novela incluye escenas explícitas de sexo

descrito con todos sus pormenores. Lo que ocurre, para tranquilidad de los puritanos, es que el sexo de los cheela difícilmente puede excitar a un ser humano aunque a algunos también nos guste que nos rasquen en la espalda...

Miquel Barceló

Gracias a:

Frank Drake – él los inventó.

Mary Lois – ella les bautizó.

Larry Niven – él les dio algo que hacer.

Y a David K. Lynch, Mark Zimmermann, Gariton Caves, Hans Moravec, David Swenson, Freeman Dyson y Dan Alderson que me ayudaron en algunos aspectos técnicos. Mi agradecimiento especial a Lester del Rey, que tomó lo que era prácticamente un pedante artículo científico y me ayudó para convertirlo en algo que fuera interesante leer, y a George Smith de la Hughes Aircraft Company, que me proporcionó el entorno intelectual que lo hizo posible.

PROLOGO

FECHA: 500000 A.C.

Buu permanecía tendido en su nido, ubicado en un frondoso árbol, y miraba las estrellas sobre el fondo negro del cielo. El peludo y joven humanoide debería estar dormido, pero su curiosidad le mantenía despierto. Medio millón de años después, en el futuro, esta chispa de curiosidad podría dirigir su pensamiento hacia el universo para explorar los misterios matemáticos de la relatividad. Ahora...

Buu seguía contemplando el brillo de las estrellas sobre él. Asustado, y a la vez fascinado, vigiló el creciente punto de intensa luz hasta que desapareció detrás de una tupida rama de árbol. Podría observarlo otra vez si se desplazaba hasta el claro cercano. Descendió de su nido... para caer en los dominios de Kaa.

Kaa no disfrutó de su captura por mucho tiempo. Para él, las cosas eran difíciles en un mundo con dos soles. El nuevo sol era pequeño y blanco; en cambio, el otro era grande y amarillo. El nuevo sol describía círculos constantes allá en lo alto. No se ponía nunca, y Kaa ya no podía cazar a oscuras. Kaa murió, como los otros depredadores que no pudieron cambiar sus hábitos a tiempo.

Durante un año, la nueva luz relumbró desde arriba, quemando el cielo. Luego, poco a poco fue apagándose, hasta que al cabo de unos años volvió a existir la noche en el hemisferio norte de la Tierra.

A cincuenta años luz del sistema solar, existió en un tiempo un sistema binario de estrellas. Una de ellas estaba en su fase normal blanco-amarilla pero la otra se había hinchado hasta convenirse en una roja gigante, tragándose los planetas que la circundaban. El combustible nuclear de la roja gigante se acabó cincuenta años antes de que la curiosidad de Buu precipitara su fin. Al extinguirse la reacción de fusión, la estrella ya no dispuso de la energía necesaria para contrarrestar su propia gravitación, y se colapso. Bajo la tremenda presión, la materia que iba cayendo en el centro se hizo más densa, hasta que prácticamente se convirtió en neutrones. Éstos se fueron apretando cada vez más hasta quedar empaquetados radio con radio.

Bajo estas condiciones de aglomeración, las poderosas fuerzas nucleares de repulsión consiguieron por fin resistir la presión gravitatoria. La afluencia de materia hacia el interior cambió de sentido, y el movimiento centrífugo se tradujo en una onda de choque incandescente dirigida hacia la capa exterior de la gigante roja. En la superficie, la onda de choque barrió las capas externas de la estrella, en una explosión que liberó más energía en una hora que la que había emitido en el último millón de años.

Debajo de la nube en expansión formada por plasma abrasador, el núcleo de la gigante roja se transformó. Lo que antes había sido una gran bola roja —200 veces

mayor que nuestro Sol, y que giraba lentamente—, se convirtió en una esfera de 20 Km. de diámetro, pequeña y caliente, formada por neutrones ultradensos y que giraba a más de 1000 revoluciones por segundo.

El campo magnético original de la estrella había quedado atrapado en la nube de polvo estelar que se colapsaba y tenía una elevada conductividad. Al igual que las manchas solares de la estrella original, el campo magnético no se hallaba alineado con el eje de giro de la estrella de neutrones, sino que formaba con él un ángulo singular. Uno de los polos magnéticos estaba muy concentrado y algo por encima del ecuador. El otro (en realidad una agrupación de polos) se encontraba en el lado opuesto de la estrella. Una porción de su compleja distribución estaba por debajo del ecuador, pero la mayor parte se hallaba en el hemisferio norte.

Los fortísimos campos magnéticos, de casi un billón de gauss, emanados por los polos de la estrella, afectaron los residuos incandescentes de la explosión de la supernova. Movidos por la rápida rotación de la ultradensa esfera, los campos magnéticos repelieron las masivas nubes de iones como si fueran gotas centelleantes. Del mismo modo que una rueda de fuegos artificiales sin control, la estrella de neutrones aceleró su marcha hacia el sur, directamente hacia el Sol, su vecino más próximo, dejando tras sí una estela brillante. Después de un corto espacio de tiempo, la densidad del plasma decreció y desapareció el efecto cohete, pero para entonces la estrella ya había adquirido una respetable velocidad de treinta kilómetros por segundo, es decir: un año luz cada 10.000 años terrestres. Un pequeño vagabundo que se paseaba por los campos de estrellas de la galaxia.

FECHA: 495000 A.C.

Mientras la estrella de neutrones seguía su camino por el espacio, su campo gravitatorio atraía y capturaba partículas y residuos, haciéndolos caer hacia su centro. Cuando el material interestelar se acercaba a unos pocos miles de kilómetros de la bola de veinte kilómetros de diámetro, se calentaba y era despojado de sus electrones debido a la intensa gravedad y a los campos magnéticos giratorios. El plasma ionizado caía entonces en forma de goterones alargados hacia la estrella, con una velocidad que alcanzaba el 39% de la velocidad de la luz al golpear la corteza en las regiones del este y del oeste, donde estaban los polos magnéticos. La corteza así bombardeada reaccionaba con ráfagas de partículas cargadas que salían disparadas hacia el espacio, ganando velocidad y emitiendo pulsaciones de energía radiante al ser repelidas por las líneas del campo magnético giratorio.

Dilatada por la radiación pulsante y las corrientes de plasma ardiente procedentes de la estrella giratoria, la nube de gas formada en la explosión de la supernova original continuó expandiéndose al uno por ciento de la velocidad de la luz. Después

de 5000 años terrestres, el frente de la onda de choque atravesó el sistema solar. Durante un milenio, los campos magnéticos que escudaban al Sol y a la Tierra fueron amortiguados por la invisible fuerza huracanada de los vientos interestelares. Las vacilantes líneas del campo magnético perdieron su capacidad para impedir el paso hacia la frágil Tierra a las peligrosas partículas de rayos cósmicos. La capa de ozono de la alta atmósfera se colapso, y las formas de vida que había en la Tierra sufrieron enormes bombardeos de radiaciones que provocaron mutaciones.

Cuando por fin acabó la tempestad de los mil años, había aparecido en la Tierra una nueva especie de humanoides casi sin pelo. El modelo era menor, pero los individuos eran listos. Usaban su inteligencia para controlar las cosas de su entorno, en vez de dejar que la naturaleza o aquellos con músculos más fuertes se salieran con la suya. No pasó mucho tiempo antes de que sus descendientes fueran los únicos humanoides que quedaron en el planeta.

FECHA: 3000 A.C.

Viajando a la cómoda marcha de un año luz cada 10.000 años terrestres, la estrella de neutrones se acercaba al sistema solar. Los seres inteligentes que nacieron del invisible bautismo de fuego, medio millón de años atrás, habían progresado hasta el punto de empezar a estudiar los cielos en profundidad. La estrella de neutrones brillaba con un calor blanco candente, pero era demasiado pequeña para ser vista por los ojos humanos.

A pesar de ser varias veces más caliente que el Sol, la estrella de neutrones no era una bola de gas incandescente. Al contrario, su campo de gravedad, 67 mil millones de veces mayor que el terrestre, había comprimido su materia hasta formar una bola sólida en el centro, rodeada de una espesa cubierta constituida por núcleos ricos en neutrones, muy compactados, dispuestos a modo de una red cristalina que recubría una parte interior de neutrones líquidos. Con el transcurso del tiempo, la estrella se enfrió y se encogió. La densa corteza se rompió y aparecieron montañas y depresiones en su superficie. La mayoría de las alteraciones de la corteza tenían sólo unos milímetros de altura, pero las largas cordilleras montañosas se elevaron hasta casi diez centímetros y asomaban sus cumbres por encima de la atmósfera de vapor de hierro. Las montañas más altas se encontraban en los polos magnéticos, en el este y en el oeste, porque gran parte del material meteórico que caía sobre la estrella era atraído hacia allí por las líneas del campo magnético.

La temperatura de la estrella había ido disminuyendo desde su nacimiento. Los núcleos de la corteza cristalina, ricos en neutrones, ahora podían generar compuestos nucleares cada vez más complejos. Puesto que en la formación de los compuestos nucleares entraban en juego las notables fuerzas de interacción nuclear, en vez de las

débiles fuerzas electrónicas de atracción molecular operantes en la Tierra, dichos compuestos se formaban a velocidades nucleares y no a velocidades moleculares. Millones de combinaciones químicas nucleares se llevaban a cabo cada microsegundo, en vez de unas pocas, como sucedía en la Tierra.

Y por fin, en una crucial trillonésima de segundo, se formó un compuesto nuclear que poseía dos propiedades muy importantes, a saber: era estable y, además, podía realizar una copia de sí mismo.

La vida había llegado a la corteza de la estrella de neutrones.

FECHA: 1000 A.C.

Los ojos humanos aún no la habían visto, pero la estrella de neutrones, de un blanco candente, seguía acercándose al sistema solar. Cuando el enfriamiento de la superficie de la estrella alcanzó el estrecho margen de temperaturas más adecuadas para la vida nucleónica, la duplicación de la primitiva molécula nuclear viva se diversificó, y adquirió una mayor complejidad. La disputa por apoderarse de las moléculas simples, que constituían su alimento, se hizo más intensa. Pronto se acabó el providencial maná que cubría la corteza, y en su lugar quedaron colonias de células hambrientas. Algunas de estas colonias descubrieron que la parte superior, que apuntaba al frío y negro cielo, tenía siempre una temperatura menor que la parte inferior, que se hallaba en contacto con la corteza caliente. Levantaron un toldo de piel en la parte distal, y poco después se ponía en marcha un eficaz ciclo de fotosíntesis, que funcionaba gracias a un motor térmico que operaba entre una raíz central que penetraba en la corteza caliente y el frío toldo superior.

El toldo era una maravilla de la ingeniería. Usaba rígidos cristales reforzados con fibras superfuertes para formar una estructura de vigas tipo cantilever con doce apoyos que elevaba la delgada piel superior, al tiempo que contrarrestaba el campo gravitatorio de la estrella, que era de 67.000.000.000 g. Es evidente que una estructura de este tipo no podría levantar el toldo de la planta muy alto. Una planta podría llegar a medir hasta cinco milímetros de largo, pero sólo conseguiría alzar un milímetro su toldo.

Las plantas tuvieron que pagar un precio por sus toldos: eran rígidas y debían quedarse en donde estaban arraigadas. Durante muchas y muchas vueltas orbitales de la estrella, nada se desplazó, excepto por una ocasional pulverización de polen desde el extremo de una viga cantilever de una planta, seguida por la contracción de un panel de la punta de una planta vecina. Luego, muchos giros después, la acción proseguiría con la caída de un fruto maduro, con semilla, que sería arrastrado por los incesantes vientos.

En una ocasión, un fruto que rodaba se rompió al chocar con un trozo de corteza.

Las semillas se desparramaron, y algunas empezaron a crecer. Una de ellas era más vigorosa que sus hermanas, y su toldo comenzó a descollar sobre las demás. Sofocadas por el calor radiado desde abajo por la estrella y el apantallamiento de la cara inferior del toldo de la planta alta, la mayor parte de las más pequeñas murieron.

Pero una, no obstante, experimentó una extraña transformación cuando sus funciones vitales iniciaban la decadencia. Disponía de una enzima mutante, cuya función normal era la fabricación y reparación de la estructura cristalina que sostenía el toldo. Sin embargo, bajo la influencia de la distorsionada química nuclear de un organismo en trance de muerte, la enzima sufrió una alteración y disolvió la estructura cristalina que estaba destinada a proteger. La planta se convirtió en un saco lleno de fibras y jugos, y se deslizó, bajando por el talud donde había arraigado, hasta llegar a un nuevo emplazamiento. Los doce pulverizadores de polen, que eran ligeramente fotosensibles para conseguir la orientación óptima del toldo de la planta, fueron a situarse arriba de todo. Y ahora que la planta se había librado del bloqueo provocado por el toldo de la planta mayor, la errática enzima volvió a la normalidad. La planta arraigó de nuevo, reconstruyó su toldo y procedió a dar y recibir numerosas proyecciones de polen. La planta móvil tuvo retoños, todos ellos con la capacidad de disolver su estructura rígida y desplazarse si las condiciones no eran adecuadas para su desarrollo óptimo.

Algún tiempo después, los primeros animales empezaron a rondar por la superficie de la estrella de neutrones, robando frutos a sus inmóviles primos y aprendiendo que en la estrella existían cosas buenas para comer; sobre todo, sus congéneres.

Como las plantas de donde procedían, los animales de la estrella de neutrones medían sólo cinco milímetros de largo, pero al no tener estructuras interiores rígidas, estaban aplanados por la gravedad. Los doce pulverizadores fotosensibles de polen y sus paneles se convirtieron en ojos, sin olvidar sus funciones reproductivas originales. Los animales podían desarrollar «huesos» en donde más les conviniera. Muchas veces, se trataba de formas degeneradas de las vigas cantilever, y servían para sostener en alto sus ojos sobre tallos, de manera que pudieran ver más lejos; no obstante, mediante una ligera concentración, un hueso podía formarse en cualquier parte dentro del saco de piel. Sin embargo, la rapidez en la formación de huesos iba en detrimento de la calidad: los huesos se construían tan sólo con jugos internos cristalizados, pero no contenían las fibras incorporadas que daban a las plantas una estructura tan reforzada, debido a que este último aspecto requería demasiado tiempo.

A diferencia de las plantas, los animales tenían que luchar con el campo magnético de la estrella. Las plantas no se movían, y por eso no les importaba verse expandidas en una elipse muy alargada, orientada según las líneas del campo magnético. Los cuerpos de los animales sufrían también dilataciones en forma de

elipses alargadas, pero como sus ojos se alargaban en la misma medida, no podían darse cuenta de la distorsión. Los animales descubrieron que era mucho más difícil cruzar las líneas del campo magnético que seguir su dirección. Muchos abandonaron el intento, con lo que para ellos el mundo era prácticamente unidimensional. El este y el oeste constituían las únicas direcciones en las cuales era fácil viajar; es decir: hacia los polos magnéticos.

Después de mucho tiempo, existían plantas y animales en toda la superficie de la estrella de neutrones. Algunos de los animales más listos podían mirar hacia arriba, al oscuro cielo, y especular sobre los puntos de luz que veían desplazarse lentamente a través de la negrura, a medida que la estrella de neutrones giraba sobre sí misma. Los animales que habitaban en el hemisferio sur de la estrella estaban sobre todo fascinados por un punto de luz muy brillante que veían fijo sobre su polo sur. Se trataba del Sol de nuestra Tierra. La luz era tan fuerte y próxima que no centelleaba como los otros puntos de luz. Pero excepto para utilizarla como referencia de orientación complementaria de su sentido direccional magnético, ninguno de los animales se molestó en ocuparse más de la extraña luz. Siempre disponían de abundante alimento debido al constante crecimiento de las plantas y a la existencia de animales menores. Un animal no necesita desarrollar su curiosidad e inteligencia si no hay algún problema que deba resolver.

FECHA: 2000 D.C.

La estrella de neutrones, que giraba, radiaba y parpadeaba, se hallaba ahora a la décima parte de un año luz de distancia de nuestro Sol. Después de medio millón de años, la estrella se había enfriado, y su velocidad de rotación había disminuido hasta cinco revoluciones por segundo. Aún emitía pulsaciones de ondas de radio, pero éstas no eran más que un leve remedo de la brillantez de sus primeros tiempos.

En unos siglos, la estrella de neutrones habría de pasar cerca del sistema solar, a 250 unidades astronómicas. Su gravedad perturbaría a los planetas más exteriores, especialmente a Plutón, que se encontraba a 40 UA del Sol. Sin embargo, la Tierra, más próxima al Sol, en su órbita de 1 UA de radio, apenas se enteraría de su paso. Después, la estrella abandonaría el sistema solar... para no volver jamás.

A estas alturas, las formas de vida de la Tierra habían inventado el telescopio, pero incluso este instrumento era inadecuado para poder distinguir la tenue punta de aguja de luz en los vastos cielos, a menos que uno supiera exactamente dónde mirar.

¿Pasaría desapercibida la estrella de neutrones?

PULSAR

FECHA: JUEVES, 23 DE ABRIL DE 2020

Jacqueline Carnot se acercó apresuradamente a una amplia mesa del laboratorio de Proceso de Datos del CCCP–NASA–ESA, Centro de Investigación del Espacio Remoto, perteneciente a la Universidad Técnica de California (CalTech). Una mueca de contrariedad ensombreció su precioso rostro. El corte de su pelo castaño, que le llegaba hasta los hombros, y la cuidadosa elección de su ropa hecha a la medida denotaban sin la menor duda que era «europea».

Falda, blusa y calzado constituían toda su vestimenta. No era por carecer de medias, bolsos, maquillaje, anillos, perfume y otras «cosas de mujeres»; lo que ocurría es que por la mañana iba con tanta prisa que no podía ocuparse de estos detalles, ya que tenía trabajo que hacer. El gobierno francés le había concedido una beca para estudiar en el Instituto Internacional del Espacio, no para que empleara toda la mañana en vestirse y arreglarse.

La esbelta mujer despejó rápidamente los recortes de papel que se habían acumulado en la mesa y dejó caer una larga hoja de datos en un extremo. El cilindro de papel rodó suavemente por la mesa y luego cayó por su borde, sin detenerse hasta haber recorrido unos cinco metros. Jacqueline, tras dejar el rollo en el suelo, empezó a analizar los datos. Normalmente, esta simple tarea debería realizarla un ordenador. Pero, por desgracia, los ordenadores requerían un número de cuenta para todo, y aquella mañana, al fichar, se encontró con que el escaso saldo que había estado ahorrando de la asignación que el profesor Sawlinski le otorgara para su tesis, había sido absorbido por otro reajuste retroactivo del tipo de cambio de moneda. Sabía que Sawlinski contaba con muchos rublos en su presupuesto de investigaciones, pero sin su autorización presupuestaria y su aprobación personal al ordenador (mediante una palabra clave, que ella conocía pero que no se atrevía a utilizar), no le quedaba más remedio que procesar los datos a mano hasta que él regresara.

En realidad, resultaba divertido trabajar con los números personalmente. Cuando el ordenador hacía el análisis, los números estaban apretujados en paquetes digitales, siendo igual que correspondiesen a datos reales o a ruidos de fondo. Y precisamente ahora había mucho ruido superfluo en el gráfico.

Los datos que Jacqueline estaba analizando procedían de los detectores de baja radiofrecuencia de la antigua sonda de la CCCP–ESA situada fuera de la eclíptica, que fue el primer esfuerzo conjunto entre soviéticos y europeos.

En los lejanos tiempos de la carrera hacia la Luna, los europeos habían suministrado los retrorreflectores láser al primer vehículo lunar soviético. Posteriormente, tras la desastrosa experiencia de los americanos, cuando una de sus

cuatro preciosas naves lanzaderas con el único Laboratorio Espacial de Europa estalló en su base de lanzamiento, los europeos buscaron cooperación en el Este. Europa había construido los instrumentos de una nave espacial FE (fuera-del-plano-de-la-eclíptica), y uno de los gigantescos transportadores rusos la colocó en órbita. En un principio, la nave viajó cinco unidades astronómicas hacia Júpiter, pero una vez allí, en vez de tomar fotos y dirigirse a otros planetas, como habían hecho las anteriores naves, pasó bajo el polo sur de Júpiter y se lanzó fuera del plano formado por las órbitas de los planetas.

Cuando la nave espacial abandonó el plano de la eclíptica, sus sensores empezaron a tener una nueva imagen del Sol. Los campos magnéticos que se generaban en las manchas solares de las latitudes medias del Sol estaban ahora atenuados, al tiempo que nuevos fenómenos comenzaban a dominar la escena.

Los datos de la sonda CCCP-ESA fuera de la eclíptica fueron analizados a fondo por varios grupos científicos cuando se inició la misión. La información conseguida demostró que el Sol tenía una indigestión: había comido demasiados agujeros negros.

Los científicos encontraron una amplia fluctuación periódica en la intensidad del campo magnético del Sol. Su magnetosfera experimentaba muchas variaciones, algo ya sabido, porque las manchas solares que las originaban eran irregulares en el tiempo y a la vez tan intensas en las latitudes medias que lo dominaban todo. Cuando la sonda FE se situó fuera del plano de la eclíptica, tomando muestras de datos durante largos períodos de tiempo, se apreciaron con todo detalle notables variaciones periódicas en el flujo de emisiones de radiofrecuencia, que se interpretaron como variaciones periódicas de la magnetosfera del Sol. Por último, se llegó a la conclusión de que el Sol tenía en su interior cuatro masas densas, que probablemente en su origen fueran agujeros negros en miniatura, las cuales orbitaban unas alrededor de las otras. Esto provocaba unas anomalías en el habitual equilibrio del proceso de fusión, como si le corroyeran las tripas. El efecto de los agujeros negros en el Sol podría ser importante al cabo de unos cuantos millones de años, pero por ahora lo más que podían provocar era alguna que otra era glacial.

A pesar de que la raza humana se percataba de que, a la larga, el Sol no constituiría una fuente de energía fiable, poca cosa podía hacer al respecto. Después de un breve brote de preocupación, tanto nacional como internacional, con relación a la «muerte del Sol», la humanidad acordó resolver el problema de la mejor manera posible a su alcance: olvidarlo y confiar en su solución espontánea.

Ahora ya habían transcurrido dos décadas. Milagrosamente, aún seguían funcionando uno de los dos transmisores de comunicaciones y tres de los experimentos programados del satélite. Uno de éstos era el de baja radiofrecuencia, y el registro de sus transmisiones se hallaba extendido sobre una mesa y por el suelo de un laboratorio de ordenadores, mientras los ágiles y delicados dedos de una decidida

estudiante procesaban lentamente sus datos.

—Mala suerte, vuelve a aparecer la interferencia —se dijo Jacqueline para sus adentros, al extender la larga hoja sobre la mesa y observar que el fino trazo de la compleja imagen sinusoidal empezaba a difundirse. El objetivo de su tesis era encontrar en la complicada gráfica otra variación periódica que indicara la existencia de cinco (o más) agujeros negros. Y en caso de que esto no fuera posible, demostrar que sólo existían cuatro. (Por fin había logrado que su peripatético tutor estuviera de acuerdo en que un resultado negativo, bien documentado, constituiría una tesis adecuada.) Estaba preocupada porque la interferencia emborronaba los datos, inutilizándolos en gran parte. En realidad, no habría tenido mucha importancia si la parte utilizable le permitiera obtener una nueva gráfica, añadiendo un agujero negro más a los problemas del Sol. Sin embargo, ahora resultaba bastante obvio que debería contentarse con una tesis negativa, y este ruido de fondo le haría difícil convencer al tribunal examinador de que sólo existían cuatro agujeros negros en el Sol. Observó con detenimiento el tramo donde se registraba el ruido, mientras desplazaba sobre la mesa la larga hoja de papel.

—No debería quejarme de esta vieja nave espacial —dijo—. Pero ¿por qué ha de empezar a tartamudear ahora?

Recorrió el trazo de la gráfica, y el ruido empeoró, pero luego, gradualmente, fue desapareciendo. Cuando llegó a la zona clara, volvió a medir las amplitudes medias. En cierta manera, tuvo suerte de que el ordenador no trabajara a ciegas con esos datos. Ella tenía la suficiente perspicacia para ignorar las partes deterioradas por el ruido, y podía conseguir así un espectro claro. Si el ordenador hubiera procesado los datos, habría obtenido una mezcla de los malos con los buenos, y el espectro resultante habría consistido en un conjunto de rayas sin sentido que hubiera dado al tribunal examinador una muy mala impresión. Jacqueline acabó el análisis de datos ya entrada la noche, y observó las columnas de números de su libro de notas.

«Ésta es la manera difícil de analizar datos —pensó—. Y mañana será peor, cuando introduzca todo esto en el ordenador. Espero que el viejo tacaño ya habrá aflojado los cordones de la bolsa para entonces.» Jacqueline miró cansinamente la enredada cinta de papel, y revolvió en el suelo hasta encontrar un extremo para poder enrollarla de nuevo.

—... Arriba y abajo con doble chepa, triple chepa, chepa, se repite otras dos veces y luego basuraaaaa, después, arriba y abajo con doble chepa, triple chepa, chepa, se repite otras dos veces y luego basuraaaaa...

Detuvo su semiautomático parloteo, que intentaba representar la forma de la gráfica, y rápidamente cogió toda la pila de papel, la llevó con cuidado a un rincón de la larga habitación y la extendió en el suelo. Fue hasta un extremo y caminó paralelamente a lo largo de la cinta, observando los tramos de ruido.

—¡La interferencia es periódica! —exclamó.

El ruido parecía tener un período de casi un día, y a medida que iba de un extremo al otro del rollo, el ruido se retrasaba poco a poco con relación a las periódicas inflexiones (las chepas) que constituían la base de su tesis. Al principio, había considerado que los ruidos se debían a un mal funcionamiento esporádico del satélite, pero ahora, dada la naturaleza periódica de la interferencia, debía buscar su origen en otra causa.

—Tal vez la nave espacial provocase un arco en el transmisor durante algunas horas cada día, pero esto no parece muy probable —dijo en voz alta.

Acabó de enrollar el papel y, llevándolo consigo, fue al laboratorio de comunicaciones. En primer lugar, buscó el diario de la nave espacial. Por suerte, esta información se encontraba en el fichero de la biblioteca general y el ordenador le permitía consultarla sin cargo. Buscó en el diario página a página, empezando desde atrás. La mayor parte de las entradas llevaba su propio nombre:

J. CARNOT; ESA; CUENTA SAW—2—j; LFR VERTIDO DE DATOS

«Parece que sólo yo esté usando este satélite», pensó.

Por fin, llegó a una anotación de ingeniería. De vez en cuando, durante los períodos de poco trabajo, los ingenieros aeroespaciales de la CCCP–NASA–ESA, Centro de la Red de Comunicaciones del Espacio Profundo, sometían la astronave a un chequeo de ingeniería.

Potencia 22% del nominal
Enlace en banda x 80% del nominal
ENLACE EN BANDA K muerto
CONTROL DE ACTITUD muerto
Velocidad de Rotación 77 microrradianes por seg.

EXPERIMENTOS ACTIVOS

Radio de baja frecuencia
Monitor solar de infrarrojos
Telescopio de rayos X (en espera)

—Sólo están en funcionamiento dos experimentos —murmuró—. Los ingenieros deben de haber apagado el telescopio de rayos X desde la última vez que lo consulté.

Observó el valor de la velocidad de rotación, cambió su terminal a posición de calculadora y efectuó un rápido cálculo:

—Setenta y siete microrradianes por segundo son poco más de una rotación por

día, casi el mismo período que la interferencia. Esta interferencia puede causar la calentamiento de la antena transmisora o cualquier otro efecto solar.

Cerró el terminal, cogió el rollo de papel, y se dirigió a su habitación. El rollo se uniría a otros que estaban apilados en su librería y ella se iría a dormir, como el resto de la gente de Pasadena.

FECHA: VIERNES, 24 DE ABRIL DE 2020

En su sueño, Jacqueline volaba. No, no volaba, sino que iba a la deriva por el espacio vacío. Miró hacia abajo y entonces comprendió dónde estaba. Debajo de ella aparecía el brillante globo del Sol. Por delante, se extendía todo el sistema solar visto desde arriba. Su mente, astronómicamente instruida, había colocado los planetas que estaba soñando en sus posiciones correctas y podía imaginar unas líneas tenues que señalaban sus órbitas casi circulares, con lo cual desde esta perspectiva el sistema solar parecía una diana de tiro. Veía el minúsculo sistema doble formado por la Tierra y la Luna, y se esforzaba por observar detalles de la Tierra, cuando la lenta pero inexorable rotación de su cuerpo apartó sus ojos de esta escena. Le resultaba imposible girar más su cabeza, por lo que forzosamente tenía que mirar hacia arriba, en dirección a la zona opuesta al Sol; sus brazos y piernas, extendidos en forma de X, le hicieron pensar:

«Justo como las radioantenas que salen de la sonda FE.» Al poco tiempo, la rotación de su cuerpo le permitió admirar otra vez la anterior visión. Se concentró en el polo norte del Sol. No tenía dificultad en mirar al Sol, a pesar de su brillo, y buscaba cualquier posible variación de la casi inalterable superficie. En un principio, sus ojos no percibieron nada diferente, pero poco después empezó a notar débiles pulsaciones en sus brazos y piernas. Una pulsación doble, otra triple, una sola...

—¡Estoy recibiendo la radioseñal de los agujeros negros que están orbitando! — se oyó exclamar, mientras su cuerpo continuaba girando.

Algo más tarde, dejó de ver el Sol, pero aún notaba la pulsación en sus extremidades. Luego, cuando estaba mirando en ángulo recto al Sol, sintió en su brazo derecho una sensación creciente de rápido hormigueo. Esta sensación se fue haciendo cada vez más intensa, hasta casi tapan la pulsación rítmica, mucho más lenta.

—¡La interferencia! —exclamó. Y se echó a reír... Al incorporarse, ya despierta, Jacqueline se dijo: «Vaya, estoy tan identificada con mi trabajo de tesis que al soñar me transformo en la mismísima nave espacial».

Desde la ventana, podía contemplar la calle y la animación de media mañana, que iba en aumento, al tiempo que intentaba aliviar el cosquilleo de su brazo, entumecido por haber quedado inmóvil bajo su exhausto cuerpo.

Se encontraba a medias de su tardío desayuno, cuando el sueño volvió a presentarse en su mente. Puesto que conocía las características operacionales de la astronave casi tan bien como las de su propio cuerpo, le extrañaba que en su sueño la interferencia apareciese cuando su mirada se apartaba del Sol, y no cuando se dirigía a él.

Meditó en este aspecto por un momento, luego se dirigió a su librería y recogió el rollo en el que había trabajado el día anterior, además de otro correspondiente a algunos meses atrás. Desenrolló un trozo de cada uno en el suelo, emparejándolos hasta que consiguió hacer coincidir las complejas gráficas que iban variando lentamente por efecto del movimiento orbital de los agujeros negros. Entonces miró a lo largo hasta llegar a los tramos de ruido. Eran distintos. En primer lugar, unos meses atrás, la interferencia era significativamente menor (aunque esto podía explicarse por una pieza del equipo o del aislamiento que estuviera deteriorándose), pero también había, al parecer, un evidente giro en la posición de la máxima actividad de la interferencia con relación a la posición del Sol. Lo comprobó en un rollo aún anterior. Ahora la interferencia era muy débil. De hecho, recordó que la computadora no había tenido dificultades para obtener un espectro claro y nítido manejando los datos recibidos cuando la energía del ruido era tan pequeña. Pero, no obstante, parecía tratarse de un retraso en la posición de la intensidad máxima de la interferencia.

«Pues bien, ha llegado el momento en que la objetiva capacidad de proceso del ordenador es infinitamente superior a las capacidades tan subjetivas del ojo y de la mano. Esto quiere decir, Jacqueline, que vuelvas al ordenador —se dijo—. Pero primero, debo conseguir del viejo tacaño más tiempo de maquinita.» Jacqueline atravesó a pie el campus de la Universidad hasta llegar al edificio de Física Espacial. El enorme complejo, construido en los tiempos en que el presupuesto espacial constituía una parte importante del presupuesto nacional, era ahora el edificio de Física Espacial sólo de nombre. Únicamente estaban en uso la sala de ordenadores del sótano y las oficinas de la primera planta. Los otros pisos del edificio habían sido asignados a los estudios de Ciencias Sociales. Si el complejo CalTech–Laboratorios de Propulsión a Chorro no hubiese sido capaz de convencer a la NASA, a los europeos y a los rusos de que reunieran sus menguantes presupuestos espaciales para mantener un Centro Internacional de Investigación Espacial, con una única Red de Comunicaciones del Espacio Profundo, la investigación espacial habría desaparecido por completo.

Desde que los americanos renunciaron a sufragar las exploraciones en el espacio profundo y la Agencia Espacial Europea fue desarticulada por las diferentes facciones enfrentadas tras la pérdida del Laboratorio Espacial, los proyectistas rusos, sin ningún competidor visible, habían disminuido casi hasta cero la prioridad de la investigación

espacial y concentraban sus recursos en los vuelos orbitales, tripulados o no, alrededor de la Tierra. Aún perduraba la guerra fría, pero había degenerado en un sistema casi automático de acusaciones mutuas en las Naciones Unidas. El nivel de vida de los rusos había subido, y con este aumento, los estrategas del partido debían prestar cada vez mayor atención a la ya nada dócil población, y no podían justificar un Programa de Espacio Profundo independiente.

Por los casi solitarios pasillos del edificio de Física Espacial, Jacqueline llegó al despacho del profesor Vladimir Sawlinski, titubeó un momento y llamó a la puerta.

—¿Da? —contestó una voz gruñona.

Jacqueline abrió la puerta y entró. Un escuálido caballero de mediana edad hizo girar su sillón, apartándolo de una pantalla de ordenador llena de texto con caracteres cirílicos, y la miró. Jacqueline conocía el ruso lo bastante bien como para ver que estaba leyendo un artículo científico sobre el supuesto descubrimiento en Nigeria de un monopolio magnético en un mineral de hierro.

El traje de Sawlinski no era lo que cabía esperar de un ruso: estaba hecho a medida y a la última moda europea. Su sola presencia en su enjuta figura significaba que quien lo llevaba era un gran viajero, de múltiples culturas, que gozaba de importante libertad y, aún más, de una sustanciosa asignación monetaria proporcionada por un gobierno ruso que estaba al día y esperaba grandes cosas de él. Su cabeza, con indicios de progresiva calvicie, se inclinó hacia adelante para poder mirar a la chica por encima de sus gafas de lectura.

—¿Jacqueline! —exclamó Sawlinski, mientras su cara se iluminaba de placer—. Pase, señorita. ¿Cómo va el trabajo de su tesis? ¿Ha encontrado otro colapsado objeto subestelar?

Jacqueline sonrió para sus adentros al notar la reticencia del ruso a llamarlos miniagujeros negros. Por desgracia, los americanos e ingleses, que fueron quienes popularizaron el concepto de agujero negro, no habían sabido que, traducida al ruso, esta expresión significaba algo inmencionable en una conversación educada.

—Ya he agotado mi cuenta y el ordenador no quiere tener tratos conmigo —dijo—. Creía que me quedaba mucho tiempo disponible de ordenador, al menos para otro mes de trabajo, pero un reajuste retroactivo del cambio de moneda lo ha dejado a cero.

El profesor Sawlinski se recostó en su sillón. Había temido que sucediera algo parecido. Su asignación de la Academia Soviética era bastante limitada, pero había algo peor: estaba en rublos. Como los chinos y los rusos atizaban otra vez la guerra fronteriza en Mongolia, la cotización del rublo ruso había descendido en las bolsas internacionales. Le había encantado que Jacqueline trabajara para él, porque le salía gratis. Puesto que se trataba de una de los pocos graduados becados de dedicación completa, ESA se hacía cargo de todos sus gastos. Cuando él llegó a América y

empezó a trabajar en el Instituto Internacional del Espacio, tenía pocas esperanzas de obtener la ayuda de algún estudiante graduado, por eso la aparición de Jacqueline había representado un golpe de suerte. Era inteligente y, además, bonita.

—De acuerdo —suspiró—. Haré una transferencia de fondos, aunque mi cuenta también habrá sido rebajada por el mismo reajuste. Me temo que esto signifique que no podré ir a las conferencias de Verona este verano.

Se volvió hacia el terminal que estaba en su mesa y conectó con el programa de cuentas financieras.

Al cabo de un minuto, se giró hacia ella y dijo:

—El ordenador ya puede hablar con usted de nuevo. Pero, por favor, sea prudente en lo que le pida que haga, porque andamos escasos de rublos.

—Muchas gracias, profesor Sawlinski —respondió Jacqueline—. De todas maneras, me queda todavía mucho trabajo para acabar mi tesis. Por ahora, no puedo encontrar ninguna otra señal periódica en los datos. Además los registros son cada vez peores. El ruido en las señales aumenta en amplitud, y tengo que eliminar una gran cantidad de datos, aunque el ruido en sí es interesante. He inspeccionado algunos registros antiguos y he descubierto que no sólo aumenta la amplitud, sino que además las puntas máximas se retrasan, en tiempo, con respecto a las radioseñales del Sol.

—Da, ¿la «interferencia», como la llama usted, no desaparece, sino que empeora? Bueno, no deberíamos esperar gran cosa de una astronave tan vieja.

—Sin embargo, la variación en el tiempo es una evidencia poderosa de que la interferencia no está generada por el Sol —protestó Jacqueline—. Creo que deberíamos considerarlo.

—Estoy pensando en los muchos motivos por los que los elementos electrónicos en decadencia que equipan la nave pueden originar esa estática —replicó él con una sonrisa—. Queremos que usted finalice su tesis sin gastar demasiados de mis preciados rublos, así que en mi opinión deberíamos dedicarnos al análisis de los datos de radio que no han sido afectados por el ruido.

—Pero yo no tardaría mucho en hacer que el ordenador procesara los datos para obtener una buena estimación de la deriva —insistió ella.

Y entonces, de repente, al recordar el hormigueo de su brazo, se percató de que estaba segura de algo más, aunque fuera contra toda lógica pensar que su posición en la cama de Pasadena pudiera tener alguna relación con una inanimada nave espacial que navegaba a doscientas unidades astronómicas de distancia. Pero más de un descubrimiento científico había surgido del sueño de un investigador. Tal vez su subconsciente estuviese intentando decirle algo.

—Estoy casi segura de que sólo uno de los cuatro alambres de la antena está captando la interferencia —dijo ansiosamente—. Si pudiera conseguir que los

ingenieros alteraran el sistema de recepción para que se pudiera leer cada antena por separado...

—¡Nyet! —explotó el profesor Sawlinski—. Resultaría muy costoso tener que pagar a la Red de Comunicaciones del Espacio Profundo para que dirigiera sus antenas hacia determinada nave espacial y recogiera durante una hora los datos emitidos de acuerdo con una programación previa. ¿Se da cuenta de lo que cuesta mandar una orden a una nave espacial?

Ella iba a responder, pero Sawlinski la cortó, abandonando su recién adquirida imagen de «profesor americano» y recuperando las autoritarias maneras de la vieja escuela rusa.

—¡Nyet! ¡Nyet! ¡Nyet! —exclamó, volviéndole la espalda y conectando el terminal de su ordenador—. Do svidaniya, mademoiselle Carnot.

Jacqueline iba a empezar a hablar, pero se dio cuenta de que la entrevista había finalizado. La sangre le hervía, pero decidió retirarse y trasladar sus frustraciones al ordenador. Por lo menos, le había hecho la transferencia de dinero a su cuenta antes de rechazar su petición. Tras cerrar suavemente la puerta a sus espaldas, bajó al cuarto de terminarles de ordenador.

«Habría que ver lo que un cambio de órdenes puede costar en realidad —pensó, mientras bajaba los escalones—. Iré a los Laboratorios de Propulsión a Chorro y hablaré con los ingenieros de la Red de Comunicaciones del Espacio Profundo para saber si es tan caro como él cree».

Ahora que tenía dinero en la cuenta, el ordenador se alegró de verla otra vez, y pudo introducir las cifras que tan laboriosamente había conseguido el día anterior y hacer su análisis. Los máximos en la curva espectral del valor de la densidad seguían correspondiendo a cuatro familias. Las cuatro puntas menores pertenecían a las frecuencias orbitales fundamentales de los cuatro agujeros negros, mientras que los armónicos más altos evidenciaban la ligera excentricidad de las órbitas. El esquema básico no había cambiado durante décadas. Aunque los agujeros negros orbitaban en el interior del Sol, donde las densidades eran cientos y miles de veces superiores a la del agua, parecía como si estuvieran en un alto vacío, porque su propia densidad era enormemente superior.

Buscó cuidadosamente entre las cuatro puntas menores, pero no pudo encontrar ninguna evidencia de otra punta. Hizo repetir esta búsqueda al ordenador, que le ofreció tres posibilidades sigma-sigma, pero a ella le parecieron ruido de fondo, y lo confirmó rápidamente usando otro listado aleatorio de la mitad de los datos. Por ahora ya había terminado, puesto que no estaba programado otro vertido de datos hasta la próxima semana. Pero, dado que ya estaba allí, decidió echar otra ojeada al problema del ruido con ayuda del ordenador.

En primer lugar, escribió un programa para extraer los tramos de ruido del

conjunto de datos y para encontrar luego los máximos de amplitud de la interferencia (lo que representaba un concepto difícil de introducir en el ordenador). Luego debía realizar la gráfica que relacionase las fases de máxima interferencia con la posición del Sol. En este proceso, advirtió que la velocidad de rotación del satélite había aumentado ligeramente durante los últimos años, al incrementarse de algún modo su momento angular por efecto del viento solar y de la presión de la luz.

Un examen posterior de la deriva de fase, así como algunos cálculos sobre la orientación de la nave con respecto al Sol demostraron que el máximo de la interferencia era constante en relación con las estrellas lejanas.

—¡Esto significa que, esté donde esté, el origen del ruido se encuentra fuera del sistema solar! —exclamó Jacqueline.

Se percató entonces de que nunca se había preocupado en realidad por la naturaleza de la «interferencia». En la salida impresa de la señal analógica reconstruida de lo enviado por la nave, la interferencia aparecía como una turbulencia aleatoria. Limpió el visor e introdujo en máquina los datos del último vertido. La curva de baja radiofrecuencia tomó su ya familiar perfil en la pantalla. Lo detuvo cuando llegó al máximo de la interferencia, que en este tramo era tan fuerte que muchas veces saturaba la pantalla.

Activó una sección del programa de análisis de datos que había utilizado muy pocas veces con anterioridad, y una pequeña fracción de los datos se expandió en la pantalla. Los máximos que representaban horas y que habían constituido la base de su tesis se habían estirado tanto que ahora sólo una parte de uno de ellos cabía en la pantalla. En estos momentos, la interferencia dominaba el visor, y parecía tan ruidosa y sucia como siempre. Pidió otra expansión, y el ordenador activó un circuito de advertencia:

¡AVISO! LA ESCALA DE DIBUJO ES INCOMPATIBLE CON EL ORDEN DE DIGITALIZACIÓN DE LOS DATOS. POR FAVOR, DÉME CONFIRMACIÓN DE LA ORDEN.

Jacqueline dudó por un momento, y luego apretó la tecla de confirmación. Inmediatamente, la pantalla se llenó de puntos casi aleatorios. La variación entre punto y punto era muy notable, pero el nivel general de amplitud parecía aumentar y disminuir poco a poco, con un período de varios minutos.

De nuevo, solicitó al ordenador una operación con los datos que nunca había empleado antes. Únicamente se había interesado en las variaciones de los datos con períodos de semanas o días. Ahora intentaba efectuar un análisis armónico con períodos de segundos. Otra vez protestó la máquina:

¡AVISO! LA ESCALA DE ANÁLISIS ESPECTRAL ES INCOMPATIBLE CON EL ORDEN DE DIGITALIZACIÓN DE LOS DATOS. POR FAVOR, DÉME CONFIRMACIÓN DE LA ORDEN.

Esta vez no lo dudó: Jacqueline pulsó la tecla de confirmación antes de que la máquina hubiera acabado de escribir sus reparos. Inmediatamente, la gráfica del análisis espectral inundó la pantalla. Había una larga barra de referencia a 1 hertz, que representaba el ámbito de digitalización de uno por segundo, pero a 0,005 hertz aparecía una pronunciada barra que indicaba una fluctuación periódica con un período de 200 por segundo. Sin embargo, esta variación de 200 por segundo podría deberse al acoplamiento del hertz del régimen de lectura de datos de la nave, con alguna oscilación de alta frecuencia próxima a algún armónico de este régimen de lectura. Basándose en el comportamiento de los datos, Jacqueline creía que la interferencia estaba provocada por una variación de alta frecuencia, pero esto sería muy difícil de probar con el régimen de toma de datos de uno por segundo.

Jacqueline, cuyo entusiasmo había disminuido a causa de la confusión de su mente y el sueño, metió las copias impresas de los datos en el buzón del profesor Sawlinski y se fue a la cama. Volvió a soñar que volaba por el sistema solar, pero ahora giraba rápidamente de un lado a otro. Se despertó confusa, pero se durmió de nuevo y esta vez sus sueños fueron de los que se olvidan en seguida.

Al día siguiente, después de levantarse, Jacqueline fue a la oficina del profesor Sawlinski. La puerta estaba abierta y sus hojas de datos se hallaban extendidas sobre la mesa. Sawlinski conversaba con el profesor Cologne, el astrofísico:

—En definitiva, esta interferencia de alta frecuencia no es ruido aleatorio, puesto que existe la evidencia de una fuerte periodicidad de 199 milisegundos, es decir, poco más de cinco ciclos por segundo. La resonancia entre las pulsaciones de 199 milisegundos y la frecuencia de 1 hertz de la toma de datos origina la gráfica de 200 pulsaciones por segundo. No obstante, no se trata de una fluctuación de 200 por segundo, porque las interrupciones en ingeniería de datos científicos no duran un número constante de segundos, y la oscilación de 200 por segundo empieza por una nueva fase después de cada lectura. Si usted toma suficientes datos y los analiza, encontrará la periodicidad de 199 milisegundos.

Mientras hablaba, el profesor Sawlinski sostenía las gráficas de Jacqueline. El profesor Cologne las estudió durante unos momentos, y luego comentó:

—Tiene todas las características de un pulsar, pero no se conoce ninguno de esta frecuencia. Podríamos suponer que, de algún modo, la nave ha encontrado la forma de convertirse en un oscilador de baja radiofrecuencia.

El profesor Sawlinski la vio en la puerta.

—Hola, Jacqueline, pase, pase. Estaba enseñando al profesor Cologne nuestros últimos datos. He decidido que debemos conseguir que el ciclo de digitalización se aumente, por lo menos, a diez veces por segundo, para tener una mejor idea de la variación de estas pulsaciones con el tiempo.

—Pero el coste... —interrumpió Jacqueline.

—Sí, costará algún dinero, pero para cuando nos llegue la factura ya estaremos en el presupuesto del año próximo —le contestó—. ¿Puede entrevistarse con los del LPC y cuidarse de que hagan el cambio?

—¡Nom de Dieu! —musitó Jacqueline entre dientes—. Primero no había suficiente dinero, y ahora resulta que tenemos de sobra.

En voz alta, contestó:

—Sí, profesor Sawlinski. ¿Quiere usted poder leer las antenas también secuencialmente?

—¡Nyet! —replicó él bruscamente—. ¿Cuántas veces tendré que recordarle que en cualquier experimento sólo se debe cambiar uno de los parámetros cada vez?

—Sí, profesor —asintió, y salió del despacho haciendo casi una reverencia.

Cuando llegó al vestíbulo, advirtió que se estaba dirigiendo automáticamente hacia la escalera de bajada a la sala de ordenadores. Se detuvo y empezó a volverse para ir al LPC, pero entonces decidió que sería mejor entretenerse un poco en aprender cómo operaba el sistema de mando de la nave. Le parecía que así quizá podría satisfacer la curiosidad del profesor Sawlinski y la suya propia.

Después de algunas horas ocupadas en la consulta de los manuales de ingeniería, sonrió y subió las escaleras. Tomó el microbús que la llevó al LPC. El nombre de Sawlinski le facilitó el camino por la inevitable burocracia, y en poco tiempo fue asignada a Donald Nien, uno de los directores del proyecto LPC.

Cuando entró en la oficina a la que había sido dirigida, vio a un hombre joven, corpulento, con el pelo oscuro bien cortado, y que vestía pantalones anchos, chaqueta deportiva y corbata, lo que parecía ser el uniforme profesional de los ingenieros del LPC. Supuso que debía de tener poco menos de treinta años. Esperaba que un director de proyectos fuera alguien de más edad, pero a medida que transcurría su entrevista, advirtió por sus preguntas frías, metódicas y reposadas que a pesar de su edad ya había adquirido años de experiencia en la Organización del Espacio Profundo. Su discusión fue técnica y financiera a partes iguales.

—Así pues, ¿la complejidad o la extensión de la orden casi no influyen en el coste? —le preguntó ella.

—En efecto —asintió Donald—. De ese modo, grupos como el de ustedes pueden planificar sus gastos, y por eso establecimos una cuota fija para cada ciclo de órdenes.

—¿Y en el supuesto de que una orden conste de varios pasos? —inquirió.

—Puesto que los pasos son algo que ha de hacer el ordenador, y no nos afectan, cuesta lo mismo uno que diez pasos —le contestó—. ¿En qué está pensando?

Jacqueline sacó sus hojas de programa. Donald hizo girar su terminal, para que ambos lo tuvieran a la vista, e introdujo en el código el manual de operaciones de las naves FE.

—Lo primero que quiero hacer es aumentar el ciclo de digitalización de la baja radiofrecuencia hasta el máximo posible —dijo ella—. Además, después de una semana de recoger datos a toda velocidad, quiero que sean tomados alternativamente por las cuatro antenas, funcionando un minuto cada una, una a continuación de otra. Después de esto, quiero que se vuelva a activar el telescopio de rayos X. Tiene un campo de observación de un grado, y tiene que vigilar entre estas dos graduaciones que le indico, variando un grado cada día.

Jacqueline le entregó la hoja de papel.

—Veo que está en coordenadas de la nave —observó él, cuya buena opinión sobre la joven aumentaba por momentos—. Gracias por haberse molestado en convertirlas y ahorrarme ese trabajo.

—Ninguna molestia —respondió Jacqueline—. Llevo tanto tiempo viviendo con esta nave que prácticamente pienso como ella.

Juntos elaboraron el esquema de órdenes, y Donald lo transmitió a la sección de programación. El ordenador haría la programación, pero los programadores debían cribarla a través de varias pruebas para eliminar los posibles defectos que el simulador del ordenador hubiera podido adquirir durante las décadas transcurridas desde el lanzamiento de la nave.

—La llamaré cuando todo esté a punto —dijo Donald—. Transcurrirán algunos días antes de que finalice el procedimiento formal. Por fortuna, no creo que tengamos dificultades para conseguir el permiso de la agencia patrocinadora. Aunque el conjunto teórico del experimento lo hizo la ESA, la nave propiamente dicha la construyeron los rusos, así que la decisión sobre los cambios de órdenes depende de la Academia Soviética de Ciencias, y el nombre del profesor Sawlinski será suficiente para ellos. ¿Puede darme un número de teléfono para ponerme en contacto con usted?

—¿Cuál es la máxima velocidad con la que puede operar? —inquirió Jacqueline.

—Bueno —respondió Donald mientras observaba una tabla—, se diseñó para que el voltaje mínimo consintiera un ciclo de ocho veces por segundo, y ya hemos forzado hasta dieciséis veces por segundo. Dado el bajo voltaje del canal, deberíamos volver a las ocho o a las cuatro veces por segundo.

—Dejémoslo en dieciséis veces por segundo —replicó Jacqueline con firmeza—. Es mejor no tener datos que tenerlos defectuosos.

Donald la contempló con una expresión algo extrañada, como si por primera vez estuviera mirando más allá de sus bellas facciones. Iba a protestar, pero renunció y ajustó la secuencia de órdenes tal como ella quería.

Poco a poco, acabaron de componer el proyecto, Jacqueline y Donald trabajaron en ello periódicamente durante el día, mientras Donald lo iba cargando en la cuenta de Sawlinski. También hablaban de ello a las horas de comer y por las tardes, cuando el presupuesto de Sawlinski recibía un dividendo extra del tiempo de Donald.

FECHA: VIERNES, 1 DE MAYO DE 2020

A medida que pasaban los días, Jacqueline y Donald estuvieron muchas horas ocupados con la gráfica temporal de las órdenes. Se trataba de una secuencia muy larga, con fases de espera aún más largas.

—¿Por qué no podemos dejar la baja radiofrecuencia en funcionamiento a la tasa alta de digitalización, durante la búsqueda del telescopio de rayos X? —preguntó Jacqueline—. De esta manera, si el telescopio de rayos X capta algo inusual, podemos cotejar la baja radiofrecuencia para comprobar si la interferencia está activada.

Donald pasó las páginas de la pantalla hasta llegar a la sección que describía las características operativas del bloque de digitalización de la baja radiofrecuencia, y entonces dijo:

—El telescopio de rayos X consume mucha potencia, especialmente cuando está en la modalidad de búsqueda; me temo que, debido a la antigüedad de los generadores de potencia a radioisótopos, el voltaje en el canal de salida de potencia descendería tanto que la digitalización de la baja radiofrecuencia llegaría a desaparecer si pedimos que siga operando al régimen máximo.

FECHA: SÁBADO, 2 DE MAYO DE 2020

Donald estaba tendido sobre el césped recién cortado del jardín del Observatorio de Griffith Park. Era sábado y tenía ante sí una placentera velada. Empezaría con una visita a la primera sesión del planetario para contemplar el interesantísimo espectáculo del Holograma; luego, por la noche, bajo las estrellas, en el Teatro Griego situado en la ladera de la colina disfrutaría escuchando a los Star Crushers, la última sensación en música popular. Y además, en el mismo lote, una chica fascinante y hermosa, aunque desconcertante.

Ya se había puesto el Sol y Donald dejaba volar sus pensamientos por un cielo salpicado de estrellas, como venía haciendo desde que era un chiquillo y junto con su padre salía al patio trasero al anochecer para mirar las estrellas. A veces se veían recompensados con la rápida irrupción de un meteoro o la lenta progresión de un satélite. Donald era consciente de que desde aquellos días su vida ya estuvo decidida. ¡Quería viajar a las estrellas!

Por desgracia, cuando Donald alcanzó la mayoría de edad, el anhelo de la humanidad por llegar a las estrellas había sufrido un revés, pero su persistencia le había conseguido uno de los pocos trabajos en este campo. Aunque era muy probable que nunca pudiera salir de la Tierra en persona, se sentía representado ahí fuera por las naves espaciales que tenía a su cargo.

Jacqueline tomó otro sorbo de vino mientras observaba cómo los ojos de Donald

escudriñaban un cielo cada vez más oscuro. Unos ojos que parecían tan vacuos como el espacio profundo que contemplaban.

«La próxima vez, que se encargue él de la comida del picnic y yo traeré la bebida —se decía a sí misma mientras paladeaba el vino—. Estos caldos de California son buenos, pero aún le queda mucho por aprender si cree que son mejores que un buen vino francés».

Jacqueline conocía a Donald lo bastante bien como para saber dónde estaba su mente.

—¿A cuál estás mirando? —le preguntó, sabiendo que él conocía la posición en el cielo de cada una de las seis naves de espacio profundo que estaban bajo su responsabilidad.

—A ninguna de las mías —contestó—. A la primera que dejó el sistema solar, el Pioneer X. Salió entre Tauro y Orión, y debe de estar ya a 10.000 UA de distancia. Me imaginaba que yo estaba allí arriba, sin posibilidad de comunicar con la Tierra, avanzando yo solo, zarandeado por los micrometeoros y el viento interestelar, sintiéndome más y más cansado pero deseando seguir...

La risa tintineante de Jacqueline le hizo regresar a la Tierra. Rodó sobre la hierba y la miró con expresión ceñuda y algo avergonzada.

—No te enfades —dijo ella—. Tú y yo debemos ser más parecidos de lo que creemos, porque también yo sueño a veces que soy una nave espacial.

Entonces le contó su extraño sueño, y ambos se pusieron luego a comentar el conocido fenómeno por el que los estudiantes vivían, comían e incluso soñaban con los problemas de sus tesis de graduación.

—Es probable que tu subconsciente intentara decirte algo —observó Donald.

—Ya lo sé —respondió ella—, y me tomaré este sueño tan en serio como los resultados de mis cálculos, al menos hasta que la nave nos facilite algún dato que lo contradiga. Estaba pensando que si retrasamos la puesta en marcha de la investigación del telescopio de rayos X, y primero escalonamos varios ciclos de digitalización en la baja radiofrecuencia, quizá podríamos obtener alguna información adicional sobre el espectro exacto de la interferencia.

Puesto que Jacqueline había dejado de ser una compañera de noche para convertirse en una colega de trabajo, Donald se dio cuenta de que así desaparecía el placentero estado de ánimo del picnic, y que podían hablar igual de su trabajo mientras hacían cola.

—Quizá —dijo, al tiempo que empezaba a recoger la cesta—. Guardemos esto en el coche y vayamos a hacer cola para el espectáculo. Allí podremos seguir hablando.

FECHA: MARTES, 5 DE MAYO DE 2020

La Red de Comunicaciones del Espacio Profundo utilizó cinco minutos (y muchos rublos) para lanzar las órdenes al espacio. La larga cadena de cinco minutos de impulsos de radio viajó durante más de un día hasta llegar a la sonda FE, que a 200 UA de distancia describía un gran arco por encima del Sol. Las instrucciones quedaron almacenadas, y el ordenador de la nave comprobó rápidamente la suma de control. No encontró ningún error evidente, pero la cadena de bits fue manipulada como si se tratara de un virus de cáncer potencialmente peligroso. Aún no se le permitía la entrada en el mecanismo de mando por si había algo erróneo en esta cadena de bits, lo que podría acabar con la nave tan certeramente como el choque con un meteorito. Una copia de las instrucciones almacenadas en la memoria de espera se reenvió a la Tierra, donde verificaron la copia de la copia comparándola con el original.

Por último, se mandó otra copia de la cadena de órdenes original, seguida de una orden de ejecución independiente, para convencer a la sonda FE de que ya podía cambiar su estado operativo.

Jacqueline se encontraba a la espera cuando el ordenador recibió el nuevo vertido de datos. Era casi medianoche —un horario de trabajo típico para un estudiante graduado—, pero ahora no se sentía tan solitaria como en los últimos meses, cuando trabajaba sentada frente a su terminal en las primeras horas de la mañana.

—Parece un buen vertido —observó Donald mientras contemplaba cómo iba apareciendo en su pantalla el informe de la Red de Comunicaciones del Espacio Profundo.

Jacqueline se giró para sonreírle, pero la detuvo otra voz menos amable.

—Despejad los datos de baja radiofrecuencia y haced en seguida una gráfica en la pantalla —ordenó el profesor Sawlinski.

Los experimentados dedos de Jacqueline volaban sobre el teclado, y muy pronto el ordenador tenía los datos de formato nave traducidos a formato gráfico. Ahora que habían aumentado el ciclo de digitalización disponían de muchos más datos, así que necesitó algún tiempo.

—Aquí lo tenemos —exclamó Donald al ver que empezaba a formarse el gráfico en la pantalla de Jacqueline.

El complicado diseño ondulado que representaba las variaciones de la baja radiofrecuencia serpenteaba de un lado a otro del visor, comprimiendo todas sus variaciones en unas pocas pulgadas de la pantalla. Jacqueline observaba atentamente el visor y poco a poco la línea blanco-verdosa cambió su textura, como si estuviera desenfocando.

—Está empezando la interferencia —anunció.

Todos miraron, mientras la lenta variación quedaba casi apagada por un mar de ruido.

Jacqueline anotó cuándo comenzaba la interferencia y detuvo el lento movimiento del gráfico con unas cuantas pulsaciones de la tecla delete. Unas pocas instrucciones más, y en seguida tuvieron en la pantalla una nueva gráfica. En ésta, las variaciones sinusoidales aparecían bien espaciadas, y la interferencia era ahora una pulsación nítida.

—¡No cabe duda de que es periódica! —exclamó Sawlinski—. ¡Expándalo aún más!

En la siguiente gráfica, las lentas variaciones que constituían la base de la tesis de Jacqueline se habían reducido a una tensa línea que ascendía gradualmente.

Y en esta línea desfilaban unas series de crestas de ruido, equidistantes como los soldados en un desfile, pero de tamaño muy variable.

—En efecto, parece igual que un pulsar —prosiguió Sawlinski—. ¿Cuál es el período?

—Haré un análisis espectral de esta sección —respondió Jacqueline.

El análisis espectral apareció rápidamente en la pantalla. Había mucho ruido y algunas crestas estaban fuera de sitio, pero resultaba evidente que la mayor parte de los datos se centraba en una frecuencia de 5,02 hertz, es decir, un período de 199 milisegundos.

—Algo tan regular sólo puede estar hecho por el hombre o por un pulsar —afirmó Sawlinski—. Quiero que busque usted las otras secciones de la interferencia y compruebe si el período es el mismo. En caso afirmativo, verifique si una sección coincide en onda con las que le preceden. Consultaré en la biblioteca para conseguir los últimos datos en pulsars. —Atravesó la sala y activó otro terminal.

Jacqueline observó su pantalla y sugirió:

—Si va a consultar los períodos de los pulsars, yo podría decirle que el período es de 199,2 milisegundos, aunque la última cifra puede estar equivocada en unos pocos dígitos.

Mientras Sawlinski pasaba su terminal al modo biblioteca y obtenía una lista de los pulsars conocidos con períodos menores de un segundo, Jacqueline averiguó que las pulsaciones eran sincrónicas y que aunque se apagaran y reaparecieran al día siguiente a medida que la nave iba girando lentamente, la nueva línea de impulsos coincidentes seguía en concordancia de fase con la teórica prolongación de la anterior. Controló las pulsaciones a lo largo de toda la serie de datos: no se había producido ninguna variación en toda la semana.

—El período es ahora 0,1992687 segundos, con exactitud por lo menos hasta la sexta cifra significativa —informó Jacqueline en respuesta a una inquisitiva mirada de Sawlinski.

El profesor revisó las tablas de períodos de pulsars en su pantalla.

—No hay pulsars conocidos que tengan este período —observó—, pero ha de ser

un pulsar. Si supiéramos dónde buscarlo quizá los radiotelescopios terrestres lo encontrarían.

Jacqueline decidió, por fin, explicarle su decisión de incorporar una orden adicional a las órdenes originales.

—Profesor Sawlinski —empezó—, cuando Donald y yo trabajábamos en los detalles de las instrucciones a la nave para que aumentase el ciclo de digitalización de los datos, nos dimos cuenta de que si alargábamos la cadena de órdenes esto no representaba incremento alguno en el coste de la operación. Además, supusimos que, tras una semana de recogida de datos a régimen alto, ya dispondríamos de casi todas las informaciones referentes a la naturaleza de la interferencia de alta frecuencia, lo que nos daría la posibilidad de obtener algo más.

—¿Qué dice que hizo? —vociferó Sawlinski.

Jacqueline le miró a la cara y pacientemente explicó:

—Tras esta semana de recolección de datos a alto régimen, programamos la nave para mantener el alto régimen pero conectando cíclicamente los cuatro brazos de la antena, uno después de otro. Confiaba en que la interferencia sería más clara en un brazo que en los otros, dándonos por lo menos una idea aproximada de cuál era el cuadrante espacial del que procedía la señal.

La cara de Sawlinski enrojeció mientras digería la explicación, pero luego se relajó y dijo:

—¡Horoscho!

Se volvió hacia Donald y le preguntó cuándo se recibiría el siguiente vertido de datos.

—Dentro de una semana, descontando una media hora.

—¡Horoscho! Les veré entonces —dijo—. Mientras tanto Jacqueline, lo mejor es que prepara usted toda esta información para publicarla en las Actas Astrofísicas. Necesitaremos el período, la intensidad aparente, y todo lo que pueda usted descubrir de esos datos. Antes de mandarlo para su publicación, esperaremos a ver los datos de la semana próxima. Dohrí Vecher.

Giró sobre sus talones y echó a andar.

FECHA: MARTES, 12 DE MAYO DE 2020

A la semana siguiente, la sala de terminales estaba muy concurrida. El profesor Sawlinski se había hecho acompañar por algunos radioastrónomos, y varios estudiantes y graduados de la facultad que habían oído rumores por los pasillos también se habían congregado para compartir la excitación. Donald estaba acompañado por un ingeniero especialista en antenas de naves espaciales; juntos habían reconstruido la configuración exacta de las antenas de baja radiofrecuencia de

la nave y calculado los esquemas gráficos exactos de la radiación de cada uno de los brazos. Estos esquemas eran muy complejos, dado que la respuesta de un determinado brazo estaba en función de la forma concreta de la nave en el lugar donde estaba situado este mismo brazo.

Jacqueline tenía listo un complicado programa de reducción que debía proyectar cinco gráficas en la pantalla: una para mostrar la señal detectada en cada uno de los brazos y una más para recoger la señal combinada de todos ellos.

Donald levantó la vista de su terminal, desde el que controlaba los datos técnicos procedentes de la Red de Comunicaciones del Espacio Profundo, y anunció:

—Ya se ha acabado el vertido. Encontrarán ahora los datos en los ficheros del ordenador.

Las manos de Jacqueline volaron sobre el teclado, y pronto aparecieron las cinco líneas blanco-verdosas serpenteando por la pantalla.

—Ahí está la interferencia —exclamó. Y tras observar de cerca los cuatro primeros trazos, añadió—: ¡Las pulsaciones sólo son visibles en uno de los brazos de la antena!

No tardaron en darse cuenta de que, mientras la nave giraba en el espacio, con los cuatro largos brazos de la antena apuntando consecutivamente a diferentes puntos del espacio, había un brazo que siempre captaba mucho mejor que los demás las pulsaciones de alta frecuencia.

Ahora, con su trabajo, podrían localizar en el cielo el origen del fenómeno.

El ingeniero especialista en antenas de astronaves sacudía la cabeza con extrañeza.

—No es lógico que una de las antenas sea mucho más sensible que las otras. Al fin y al cabo no son más que trozos de alambre, y sus gráficas de emisión no deberían ser tan dispares. ¿Cuál de ellas es?

—Antena número dos —contestó Jacqueline.

El ingeniero se colocó frente a su terminal y poco después un croquis de direccionalidad, en representación pseudotridimensional construida por el ordenador, tomó cuerpo en la pantalla.

—No veo aquí ninguna direccionalidad remarcable —dijo.

Donald no había perdido detalle, y no le pasó por alto una cifra de frecuencia en el borde inferior de la pantalla.

—Los impulsos podrían ser estallidos de alta frecuencia cuya frecuencia nominal fuera superior a la considerada al hacer el proyecto de las antenas —reflexionó—. ¿Podrías calcular la gráfica de emisión de la antena para una frecuencia mayor?

—Eso ya lo tengo calculado, y en archivo —respondió el ingeniero.

Tecléo una instrucción y en la pantalla se perfiló un nuevo diseño. Destacándose en medio del croquis sobresalía una ordenada de elevada ganancia.

Lo observó durante un segundo y explicó:

—Esta barra se llama un bucle de «alto el fuego» y es una complicada interacción entre la antena y el panel de instrumentos de este lado de la nave. Muchas veces encontramos que este tipo de bucle indica el tope de la alta frecuencia del sistema. — Miró hacia Jacqueline y añadió—: Resulta muy fácil: sus pulsaciones vienen de la dirección en que está enfocada la antena.

Los radioastrónomos empezaron a interesarse. Ahora conocían la dirección relativa a la nave desde la cual procedían las señales de pulsación. Después, bastaron unas pocas horas de trabajo conjunto entre la Red de Comunicaciones del Espacio Profundo y los ingenieros de naves para conocer con exactitud cuál era la orientación de la nave con respecto a las estrellas cuando las señales llegaban a su máximo valor.

Al cabo de dos días, varias antenas parabólicas dirigían sus estrechos haces al espacio, en busca del nuevo pulsar. Pero aunque conocían el período exacto, y sabían además cuál era la fracción de segundo en la que debía aparecer una pulsación, no encontraron nada. El misterio se hacía cada vez más profundo.

FECHA: MARTES, 19 DE MAYO DE 2020

—Los hombrecillos verdes parecen ser cada vez más verosímiles, según van las cosas —dijo Donald, tendido en la hierba al lado de Jacqueline.

La había llevado a un espectáculo y se sentía agradablemente agradecido de que ella se hubiera engalanado con sus «cosas de mujeres».

Jacqueline sonrió, pero luego frunció el ceño en señal de desacuerdo.

—No seas tonto —respondió—. Debe de haber una explicación simple y correcta, sólo que todavía no la hemos encontrado. Es probable que el telescopio de rayos X pueda decirnos algo. Por suerte, le corresponde analizar la posición probable en el espacio durante el segundo día de toma de datos de esta semana; o sea que no tendremos que esperar demasiado tiempo.

—¿Está Sawlinski enterado de esta parte de las instrucciones?

—No —contestó Jacqueline—. Aún no he tenido una ocasión para decírselo. La verdad es que ha estado tan atareado dando conferencias y visitando los emplazamientos de las antenas de radioastronomía que no le he visto en toda la semana.

Donald consultó su reloj y dijo:

—Bueno, ya es casi la hora de recepción del vertido de datos. Debemos ir a controlarlo.

Se levantaron y fueron andando en la oscuridad hacia el edificio de las Ciencias del Espacio. En esta ocasión sólo había dos personas en la sala de terminales. Donald, apoyado en el respaldo de la silla en que se sentaba Jacqueline, olía su perfume y

observaba cómo sus esbeltos dedos se deslizaban sobre el teclado.

—Los datos de rayos X vienen en un formato diferente al de los datos de radio, porque no son más que un recuento del número de fotones de rayos X que se han detectado —explicó ella—. Primero obtendré la gráfica direccional y veremos si hay un incremento significativo del conteo en la misma dirección que nos marca el experimento de baja radiofrecuencia con las pulsaciones.

Casi inmediatamente, apareció en la pantalla un histograma de las pulsaciones en función de la dirección en el espacio.

—¡Mira esta barra! —exclamó Donald—. ¿Es ésta la dirección correcta?

—Mais oui!

Los dedos de Jacqueline empezaron a temblar por la excitación, y debió borrar una figura distorsionada que se había formado en la pantalla; luego se calmó y por fin consiguió que el ordenador indicara el conteo por unidad de tiempo cuando el telescopio estaba enfocado en la dirección correcta.

—¡Parecen soldaditos, cinco cada segundo! —observó Donald.

—5,0183495 veces por segundo —corrigió Jacqueline—. Tengo este número grabado en mi memoria. Lo que intento obtener de estos datos de rayos X es alguna evidencia de retraso entre las emisiones de rayos X y las pulsaciones de radio. Los rayos X viajan a la velocidad de la luz, en cambio las pulsaciones de radio se retrasan un poco por efecto del plasma interestelar y llegan más tarde. Cuanto más se retrasan, más plasma deben haber atravesado. La combinación de los datos de rayos X y los datos de radio nos darán una idea aproximada de a qué distancia se halla la fuente de las pulsaciones.

Mientras hablaba, operaba en el teclado, y consiguió que debajo de la línea de las barras de rayos X apareciera una serie similar de barras procedentes de la antena de radio.

—Fue una buena idea que decidieras pasar a dieciséis por segundo la digitalización de los datos de radio, porque podemos ver las pulsaciones una a una —dijo Donald—. Si lo hubiéramos hecho a cuatro por segundo, como yo decía, nos habríamos perdido muchas.

—¡No hay ningún retraso! —proclamó Jacqueline, perpleja.

—Hmmm. Quizás el retraso sea exactamente de 200 milisegundos y se produzca un salto exacto de una posición.

Apuntando con un dedo a la pantalla, Jacqueline contestó:

—No. Mira. Hay una pulsación muy débil de rayos X seguida por otras tres muy fuertes y luego por dos débiles. Esto sólo puede significar que sea cual sea el origen las pulsaciones tiene que estar muy próximo a los detectores.

—... Y lo más próximo a los detectores es la misma nave —concluyó Donald—. Mucho me temo que sea la nave, de alguna manera, la que transmite las barras tanto a

la antena de radiofrecuencia como al telescopio de rayos X.

Jacqueline reflexionó, y luego materializó dos nuevas gráficas a escala mucho menor. Ahora las pulsaciones estaban tan juntas que casi aparecían como ruido. Pero la zona de ruido en la gráfica de rayos X era mucho menos extensa que en la de radio.

—No, no es la nave —respondió—. Mira aquí, las pulsaciones van y vienen, en el tiempo, mucho más aprisa cuando proceden del telescopio que cuando proceden de la antena. El telescopio de rayos X tiene una apertura de campo limitada a sólo un grado, mientras que la barra de elevada sensibilidad de la antena de radio tiene una anchura de casi tres grados, lo que concuerda con la amplitud de estas gráficas.

—Pero si no es la nave —preguntó Donald—, ¿qué otra cosa puede ser?

—Dame un poco de tiempo, cinco minutos —dijo ella, y se puso de nuevo a teclear.

Donald se levantó, paseó hasta la máquina de café y compró una taza para cada uno. Al parecer se avecinaba una larga sesión. Cuando regresó, Jacqueline tenía otra vez en la pantalla las gráficas de las pulsaciones de rayos X y las de radio, pero ahora estaban tan ampliadas que sólo cabían tres pulsaciones en el visor.

—Hay un muy ligero retraso en el tiempo —explicó cuando él estuvo a su lado—. Me gustaría acordarme del valor de la densidad del plasma interestelar en las proximidades del Sol. El mes pasado calculé los valores del último ciclo de viento solar; tendré que ir arriba a consultarlo.

Obtuvo una copia en papel de la gráfica que tenía en pantalla y subió las escaleras a toda prisa. Donald la seguía más despacio, con las dos tazas de café. Cuando él llegó arriba, al despacho de Jacqueline, ésta ya tenía el valor de la densidad del plasma interestelar y estaba manipulando las teclas de su calculadora de mano.

—¡2300 unidades astronómicas! —exclamó—. ¡Este pulsar está sólo a un treintavo de año luz de distancia!

—¿Una estrella tan próxima? —preguntó Donald—. La habrían visto moverse por el firmamento hace mucho tiempo.

—No —replicó ella—. Un pulsar es una estrella de neutrones que gira; y una estrella de neutrones no tiene más de unos veinte kilómetros de diámetro. Aunque su temperatura fuera elevada, el tamaño del área de emisión es tan pequeño que no seríamos capaces de verla a menos que mirásemos al lugar preciso con un potente telescopio. Pero tienes razón, es muy raro que no la hayan detectado en las exploraciones sistemáticas del firmamento.

—Además, ¿por qué los radioastrónomos no han encontrado estas pulsaciones, si el pulsar está tan cerca?

—Las estrellas de neutrones emiten su radiación en haces que salen de sus polos magnéticos, y hay que estar situado en la dirección de los haces para captar las pulsaciones —contestó ella—. Por este motivo la nave puede captarlas y nosotros

desde aquí no podemos. La sonda está 200 UA por encima del plano de la eclíptica y ha interceptado el paso de los haces.

Se encaminó al tablero de dibujo de su despacho y cogió un rotulador de color con el que empezó a garabatear mientras recorría la habitación.

Donald mantenía un silencio expectante viendo cómo los gráciles pies se movían de un lado a otro calzados con zapatos de vestir. Esperó pacientemente a que los largos dedos de ella esbozaran diagramas y cálculos en el tablero. Contemplaba con admiración cómo la poseedora de tan bello rostro resolvía el problema de la transformación matemática de una serie de coordenadas astronómicas. Cinco minutos después, cuando aún estaba admirando a Jacqueline, desde detrás, ésta se volvió hacia él y anunció:

—Está arriba, en el lado norte del firmamento. —Y prosiguió—: Pero no en donde creíamos que estaba. Debido a que la estrella de neutrones está tan próxima, hay una diferencia de unos cinco grados en las orientaciones nave–estrella y tierra–estrella. No es de extrañar que los radioastrónomos no pudieran encontrarla: les habíamos dado una dirección equivocada.

Se acercó a un mapa estelar enganchado en la pared y cuidadosamente trazó una débil marca en forma de cruz. Se giró y con una torcida sonrisa, explicó:

—Y el motivo de que no la hayan captado nunca en las exploraciones del firmamento es que está justo al lado de Giansar, la estrella de cuarta magnitud que se halla al final de la constelación del Dragón. Necesitaríamos un buen telescopio para distinguir la imagen de la estrella de neutrones en medio de un brillo tan resplandeciente. —Terminó su café y añadió—: Vamos a despertar al viejo tacaño. Hemos de publicar un artículo.

FECHA: VIERNES, 22 DE MAYO DE 2020

En dos días estuvo acabado el artículo e incluido en el ordenador de las Actas Astrofísicas. Al día siguiente, estaba en la Red de Información Astrofísica, junto con una nota de los radioastrónomos que informaba que habían captado unas pulsaciones muy débiles, de 199 milisegundos, procedentes de la región norte del firmamento al final de la constelación del Dragón. Poco después, en China, el nuevo telescopio de diez metros encontró una pequeñísima mota en el cielo, y fotografías del «Huevo del Dragón» —el vecino más próximo del Sol— aparecieron en *Sínica Astrofísica*. La prensa popular reprodujo la fotografía junto con el pintoresco nombre que le habían dado los chinos, y mucha gente empezó a escudriñar el cielo nocturno intentando, en vano, por supuesto, echar un vistazo a «Huevo del Dragón», que se hallaba justo al final de la constelación del Dragón, como si la estrella fuese un huevo recién puesto.

FECHA: SÁBADO, 13 DE JUNIO DE 2020

Era sábado por la tarde. Donald y Jacqueline hablaban sentados en el césped del Observatorio Griffith. Se encontraban mucho más relajados que en los últimos meses. La tesis de Jacqueline estaba completa, y su defensa formal, ante el tribunal, que se había celebrado el día anterior, fue una mera formalidad después del aplauso científico mundial y de la publicidad que los videoinformativos habían dado a su descubrimiento.

—Aún no comprendo por qué Sawlinski es el protagonista de las entrevistas de los videonoticiarios —observó Donald con un gesto de descontento—. Tú fuiste la primera en descubrir la estrella de neutrones, y no él.

—En los trabajos científicos pasa esto —explicó Jacqueline—. Un profesor inicia un proyecto de investigación con la esperanza de descubrir algo nuevo. A veces, el estudiante es el autor del descubrimiento, pero sin el proyecto de investigación del profesor nunca habría podido hacerlo. Considerando que si el proyecto fracasa es el profesor quien carga con las culpas, es justo que obtenga el beneficio si resulta un éxito. Además, esto no me trastorna, después de todo mi carrera ha empezado con buen pie.

Donald sentía crecer su admiración hacia aquella mujer que tanto le atraía. Guardó silencio y siguió mirando las estrellas.

Tras un largo momento, Jacqueline añadió:

—Me encantaría que pudiésemos visitar Huevo del Dragón. A la velocidad a que viaja, habrá salido del sistema solar dentro de unos pocos siglos. Me gustaría ir yo misma, pero supongo que con suerte quizá pueda ir mi nieto o mi tataranieto.

—Tal vez vayamos antes de lo que piensas —respondió Donald—. Las últimas noticias sobre el descubrimiento del monopolio magnético de Nigeria es que han usado el primer monopolio en un gran acelerador magnético para generar otros monopolos, y a algunos de éstos ya los han utilizado como catalizadores de una reacción de fusión del deuterio. Los ingenieros del LPC están muy excitados por los resultados de esta fusión. Empiezan a desarrollar los conceptos básicos de los cohetes de fusión atómica para las naves interestelares. No creo que una nave así esté lista a tiempo de que tú y yo podamos hacer este viaje, pero no me sorprendería demasiado que dentro de veinte o treinta años uno de nuestros hijos pueda ver Huevo del Dragón desde una órbita muy próxima.

Los años transcurrieron, inexorablemente...

FECHA: DOMINGO, 15 DE AGOSTO DE 2032

Paso—Rápido se estaba fatigando. Sólo confiaba en que el Ligerero se cansara más aprisa. El Ligerero era mucho más veloz que él, pero su cerebro era más lento y parecía

que nunca aprendía de sus repetidos fracasos en intentar atraparlo. Esta bestia en concreto había acosado a su clan durante los tres últimos giros del cielo, y el clan se había visto obligado a retirarse hasta una agrupación de rocas que frenaba las acometidas del Ligerito. Lo único que podían hacer era esperar que la enorme bestia se cansara y se retirara, o bien que atrapara a uno de ellos en campo abierto, como Paso-Rápido, que ya empezaba a arrepentirse de su intento de coger un fruto comestible de una planta próxima.

Vigiló atentamente con seis de sus ojos la táctica del Ligerito, que se desplazaba laboriosamente por el difícil terreno hasta encontrarse justo al este o al oeste de su presa. Una vez allí, empezaría a acelerar, rápidamente, cortando hacia él con su largo y estrecho cuerpo doblado sobre su caparazón. Al aproximarse, se abriría su buche, grande y ardiente, y de debajo de cada uno de los cinco ojos que rodeaban la abierta boca saldría un largo y afilado colmillo de cristal.

Paso-Rápido sabía lo afilados que eran esos colmillos porque tenía uno guardado en una bolsa de herramientas de su cuerpo. Había recogido este colmillo de la maltrecha carcasa de un Ligerito que resultó perdedor en una lucha de apareamiento, y lo había usado para cortar la moribunda carroña que él y su clan disfrutaron como un suplemento de su dieta de frutos.

El Ligerito lanzó su acometida. Paso-Rápido esperó hasta que el Ligerito hubo montado su ataque, y entonces, encogiendo su flexible y opalescente cuerpo, cargó hacia el terreno difícil con toda la velocidad que sus músculos podían generar. El Ligerito se desplazaba tan de prisa que no pudo cambiar su dirección. Pero estuvo cerca: uno de los ojos de rastreo de Paso-Rápido guiñó cuando un colmillo arañó su tallo de soporte.

Cuando el Ligerito frenó su acometida y giró para atacar de nuevo, Paso-Rápido empezó a perder las esperanzas. Pronto uno de esos agudos colmillos le abriría un boquete, y a la siguiente pasada el Ligerito acabaría con él.

Pero de repente, Paso-Rápido tuvo una idea: él también tenía un colmillo. Vigiló al Ligerito mientras cambiaba de posición a lo lejos e iniciaba su acometida. Sin perder tiempo, modeló un trozo de su piel en forma de corto sarmiento y lo introdujo en la bolsa de herramientas para sacar el colmillo. Alargó el sarmiento hasta convertirlo en un fuerte manipulador, reforzado con un grueso hueso central de cristal, y con el resto de su cuerpo cargó de nuevo hacia el terreno difícil. Esta vez dejó una parte de su cuerpo en la trayectoria del Ligerito. Esa parte era el grueso manipulador que sostenía el colmillo. Paso-Rápido notó una sacudida, y entonces sus ojos brillaron al ver que el Ligerito tropezaba y se detenía, con los colmillos apretando su flanco, por donde sus jugos vitales se derramaban sobre el caparazón.

Paso-Rápido miró con temor el colmillo que sostenía en su manipulador. Ambas cosas estaban cubiertas con fragmentos de los que goteaba un reluciente jugo. Los

chupó para limpiarlos y disfrutó del insólito sabor de la carne y del jugo frescos. Se acercó al Ligerero, que aún se estremecía. Guardando cuidadosamente la distancia, contempló cómo se iba debilitando. Por fin, se sintió más atrevido: colocó el manipulador con su colmillo sobre el centro del alargado cuerpo de su presa y golpeó. La aguda punta se hundió profundamente. El Ligerero, herido en su nudo cerebral, se estremeció y quedó reducido a un montón de carne.

Alzó el colmillo y golpeó de nuevo.

Se sintió bien.

¡Era más poderoso que un Ligerero! ¡Nunca una de estas bestias volvería a aterrorizar a su pueblo!

El colmillo golpeó de nuevo, y otra Vez, y otra...

FECHA: VIERNES, 5 DE NOVIEMBRE DE 2049

Pierre Carnot Niven flotaba frente de la consola de la cubierta científica de la lancha interestelar San Jorge. Era un hombre joven, delgado, que, tiraba de la punta de su cuidadosamente recortada barba, pensativo, mientras controlaba las actividades que se desarrollaban en el cinturón de asteroides que rodeaba a la todavía lejana estrella llamada Huevo del Dragón.

«Para mí, aún es “La Estrella de Mamá”», pensó Pierre al recordar los años de su niñez: su padre lo tenía en brazos, estaban en el prado para asistir al lanzamiento de la primera sonda interestelar que iba a explorar la estrella de neutrones que su madre había descubierto.

Hubo rumores de «favoritismo» cuando resultó elegido jefe científico del equipo de exploración de Huevo del Dragón, pero ninguno de los que murmuraban se hallaba tan motivado como él. Estaba tan convencido de que el descubrimiento de su madre nunca recibió el reconocimiento científico merecido, que había dedicado toda su vida a corregir este supuesto error. No sólo consiguió ser el primer experto del mundo en física de las estrellas de neutrones, sino que además se esforzó por convertirse en un escritor de divulgación científica para que todo el mundo, y no sólo unos cuantos científicos, pudiera conocer los logros del hijo de Jacqueline Carnot. Pierre había tenido éxito, puesto que su habilidad para transmitir los conceptos científicos, a cualquier nivel, le llevó a ser elegido jefe y portavoz de la expedición. Ahora las habladurías, explicaciones y propagandas quedaban atrás, y el científico que había en Pierre había tomado el mando.

A la expedición le faltaban aún seis meses para llegar a Huevo del Dragón, pero era ya tiempo de iniciar las actividades de las sondas automatizadas que el San Jorge había enviado como avanzadillas. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer antes de que pudieran ver de cerca a la estrella. Ya habían hallado e identificado los cuerpos

asteroidales de los alrededores de la estrella de neutrones que pudieran necesitar; lo que faltaba podía realizarse fácilmente con inteligencia robótica o humana.

La mayor de las sondas era en realidad una factoría automatizada, con una producción muy poco habitual: monopolos. Ya transportaba a bordo algunos monopolos, tanto del tipo positivo como del negativo. Éstos no tenían el carácter de producción, sino el de material de semilla necesario para poner en marcha la factoría de monopolos. La sonda-factoría se dirigió hacia el primero de los grandes planetoides de níquel-hierro que el intenso campo magnético de la estrella de neutrones había primero frenado y luego capturado durante su periplo. Empezó por prepararse el emplazamiento, mientras las otras sondas se dedicaban a la tarea de obtener el suministro de energía necesario para el funcionamiento de la factoría de monopolos. Esta energía debía ser tan grande que resultaba imposible que la sonda-factoría cargase con el combustible preciso. Lo cierto era que los niveles de potencia que iban a utilizar excedían de la capacidad conjunta de todas las plantas de energía de la Tierra, Colonias, Luna, Marte, asteroides y puestos científicos avanzados.

La potencia eléctrica requerida estaba por encima de la capacidad de todo el sistema solar, pero esto era así porque no se contaba con la fuente energética adecuada. El Sol había sido (y todavía lo era) muy generoso en su emisión de energía, pero hasta entonces la mejor manera de transformar esta energía radiante en electricidad, ya fuese mediante células solares o quemando energía solar fósil para hacer girar un campo magnético frente a una bobina en un generador, era aún muy limitada.

Allí, en Huevo del Dragón, no tenían necesidad de las células solares ni de los motores térmicos, porque la estrella de neutrones, debido a su rápido giro y a su fuerte campo magnético, era a un tiempo la fuente de energía y el rotor de una dinamo. No faltaban más que los alambres (el bobinado) para convertir en corriente eléctrica la energía del campo magnético giratorio.

La función de las sondas menores consistía en tender cable. Empezaban en la factoría, y tendían un delgado cable, muy largo, formando un gran bucle que rodeaba por completo a la estrella, pero lo bastante alejado de ella como para ser estable durante los pocos meses que duraría la necesidad de potencia. Dado que eran precisos un billón de kilómetros de cable para, desde la posición del material asteroidal, poder dar una vuelta completa a la estrella, debería ser un cable muy especial; y lo era. Los cables utilizados eran conjuntos de hebras de un polímero superconductor. Aunque cerca de la estrella de neutrones hacía calor, no existía la necesidad de refrigeración para mantener la superconductividad, porque el polímero mantenía esta propiedad hasta casi su punto de fusión, unos 500 °C.

Los cables se hicieron más y más largos, y empezaron a reaccionar a las líneas del campo magnético de la estrella, al que cortaban diez veces por segundo (cinco cortes

del campo magnético positivo que emanaba del polo este de la estrella de neutrones, intercalados entre cinco cortes del campo magnético negativo correspondiente al polo oeste). Cada vez que se atravesaba el campo, se inducía una corriente en el cable causando un exceso de carga en las sondas. Mientras daban la vuelta, las sondas pulsaban con descargas azules y rojas en forma de corona, primero positiva y luego negativa, y así sucesivamente. Puesto que debía hacerse durante un paso por cero de la corriente alterna inducida, la conexión final del cable para cerrar el circuito requería precauciones especiales. Pero para unas sondas semiinteligentes, que disponían de motores cohete a fusión fraccional relativista, una centésima de segundo era muchísimo tiempo.

Cuando se conectó la fuente energética a la factoría, empezó la fabricación. Fuertes campos magnéticos alternativos empujaban atrás y adelante los monopolos-semilla con altísima energía a través de un trozo de materia densa. Las colisiones de los monopolos con los núcleos densos se producían a un nivel energético tan alto que se formaban en profusión pares de partículas elementales, incluyendo pares de monopolos. Éstos eran despojados de los residuos originados durante el proceso y trasladados fuera de la factoría, mediante ajustados y precisos campos magnéticos y eléctricos, para ser inyectados en el siguiente asteroide. Los monopolos entraban en el asteroide y a su paso por los átomos reaccionaban con los núcleos, desplazando los electrones más exteriores. Un monopolo no gira en órbita alrededor de un núcleo como lo haría un electrón, sino que gira formando un anillo, que origina un campo eléctrico que retiene las cargas de los núcleos, y a su vez los núcleos giran en un anillo subsidiario, lo que origina un campo magnético que atrae a la carga magnética del monopolo.

Con la pérdida de los electrones exteriores, que determinan su tamaño, los átomos se hacen menores, y la roca que conforman resulta, en consecuencia, más densa. A medida que más y más monopolos entraban en el centro del asteroide, el material de éste se convertía en denso monopolium. Los núcleos de los átomos originales seguían allí, pero ahora con monopolos orbitando a su alrededor. La densidad crecía hasta aproximarse a la de una estrella de neutrones. Conforme aumentaba la cantidad de materia transmutada dentro del asteroide, el campo gravitatorio originado por la materia condensada se iba haciendo mayor, y en un momento dado empezó a colaborar en el proceso, eliminando por aplastamiento las órbitas externas de electrones de los átomos que sólo en parte se habían convertido en monopolium, reduciéndolos a dimensiones nucleares. Cuando transcurrió un mes, el proceso se había completado: el asteroide de 250 km de diámetro era ahora una esfera de 100 km de diámetro con un núcleo de monopolium, una capa más exterior de materia degenerada cuya densidad era la de las estrellas enanas blancas, y una reluciente corteza de materia normal parcialmente colapsada.

Tras efectuar la transformación del primer asteroide, la factoría empezó con el segundo, que se encontraba situado en el sitio adecuado gracias a una sonda «pastora», que había iniciado este trabajo algunos meses antes. El proceso se repitió una y otra vez, hasta lograr una colección de ocho asteroides densos que giraban alrededor de la estrella de neutrones: había dos grandes y seis menores, bailando lentamente unos alrededor de los otros mientras se desplazaban en sus órbitas. Se les mantenía en esta configuración estable mediante tracciones desde las sondas, que utilizaban campos magnéticos originados por un conjunto de monopolos situados en la proa, para desde lejos poder tirar o empujar aquellas ultradensas y calientes masas con carga magnética.

Las sondas, «apacentando su rebaño», esperaron pacientemente la llegada del San Jorge. A medida que los humanos se acercaban a la estrella de neutrones, las sondas «pastoras» aumentaron su actividad: tirando aquí y empujando allí consiguieron que los dos asteroides mayores se aproximaran entre sí. Cuando los superfuertes campos gravitatorios de los asteroides actuaron uno sobre el otro, éstos giraron a velocidad cegadora y partieron en direcciones opuestas en órbitas muy elípticas, que se volverían a encontrar algunos meses después en un punto mucho más cercano a la estrella de neutrones.

VOLCÁN

FECHA: 14:44:01 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

Pétalo–Roto escurrió su alargado cuerpo por las hileras de plantas–pétalo, mientras con sus tentáculos palpaba con ansiedad los frutos que maduraban en la parte inferior de las plantas. En su subconsciente iba contando los frutos conforme avanzaba, pero no en términos de números, porque sus conocimientos matemáticos no pasaban de: uno, dos, tres, muchos.

Aunque Pétalo–Roto no podía contar, era muy hábil para comparar magnitudes grandes. Sabía que algunas veces lo que parecía ser «muchos frutos» no bastaba para alimentar a todo el clan, porque eran «muchos» y siempre estaban hambrientos. Mientras seguía moviéndose y palpando, los «muchos frutos» que tenía en mente iban aumentando y, a medida que aumentaban, su ansiedad por los «muchos» que formaban el clan iba disminuyendo. Cuando llegó al final del último surco percibió que el camino añadía un juvenil traqueteo al fluir de su suave movimiento. Dejó que su opalescente cuerpo recobrara su forma normal, elipsoidal y aplanada, y observó la cosecha con orgullo. Las plantas–pétalo eran altas. Le hubiera gustado contemplarlas todas a la vez, pero se conformaba con poder descansar en un extremo y mirar con sólo cuatro de sus doce ojos rojos por entre las hileras de surcos, que había conseguido que el clan excavara sólo tras muchos esfuerzos.

Pétalo–Roto recordaba cuando, muchos giros de las estrellas antes, se había encontrado con Flor–de–Dragón, que llevaba en su manipulador un cristal de dragón roto.

—¿Qué estás haciendo, Anciana? —preguntó Pétalo–Roto.

—Estoy cansada de vagar por las tierras salvajes en busca de una planta–pétalo a la que nadie haya vaciado aún de frutos —respondió ella—. Voy a plantar mis propias plantas, aquí mismo, al lado de mi pared.

Dejó el cristal de dragón clavado en la corteza, y se escurrió hacia abajo para mostrarle lo que estaba haciendo. Al mismo tiempo, los fuertes huesos cristalinos de su manipulador se disolvieron, y los músculos y la piel que habían estado cubriendo aquel apéndice articulado se retrajeron al interior de su cuerpo hasta que la superficie quedó lisa.

—¿Por qué haces estos agujeros, Anciana? ¿Cómo puede esto proporcionarte tus propias plantas–pétalo?

—Tal vez sea vieja —le contestó—, pero todavía puedo ver y recordar bien. La última expedición de caza de los jóvenes viajó tan lejos que pudieron encontrar algunas plantas–pétalo que nunca antes habían sido cultivadas. Trajeron todos los frutos que pudieron cargar. Algunos estaban maduros y eran una delicia, otros que

parecían buenos, al abrirlos resultaban blandos, pero las semillas de su interior eran duras. Naturalmente, por ser una Anciana, me correspondieron los frutos más que maduros. Comí tantos como pude (el sabor no es tan malo cuando te has acostumbrado), pero las semillas que contenían eran tan duras que las escupí.

—Recuerdo esa cacería —afirmó Pétalo–Roto—. No vimos ni señal de un Deslizante Lento, ni siquiera de un Escurridizo, pero con las plantas–pétalo intactas nos desquitamos.

Flor–de–Dragón prosiguió:

—Un giro, advertí que una de las semillas había rodado hasta una grieta de mi pared y que había un pétalo pequeño que crecía en ella. Lo vigilé giro tras giro, viendo cómo crecía y crecía. ¡Se convirtió en una planta–pétalo! Me sentí llena de felicidad. Podría tener mis propias plantas al lado de mi puerta. Soñaba que podía recolectar frutos siempre que lo deseara, sin tener que recorrer largas distancias. Tal vez podría incluso esperar y tener todo un fruto maduro para comer yo sola, como en los viejos tiempos, cuando era joven y valiente y salía en las expediciones de caza.

Los ruidos de comunicación se volvieron tristes mientras proseguía:

—Pero las piedras de la pared desviaron a un lado la planta–pétalo, que al fin cayó y murió. —Luego añadió—: Vigilé las otras semillas, pero ninguna llegó a ser una planta–pétalo. Sólo estaban allí, bajo el cielo, y no pasaba nada. Hace ya muchos giros, al no tener nada mejor que hacer, limpié mi despensa, y el montón de suciedad, pieles de frutos y nódulos de Deslizante Lento, lo eché más allá de la puerta. El montón cubrió una de las semillas. ¡Más tarde vi que había empezado a crecer convirtiéndose en una planta–pétalo! —Señaló con sus ojos–tallo y concluyó—: Es aquella de allí.

Los ojos de Pétalo–Roto siguieron la indicación y pudo ver una pequeña planta que crecía en un rincón de una montaña de basura en descomposición. La planta era aún muy pequeña, lo suficiente para que él pudiera mirar desde arriba su cóncava cara superior, enfriada hasta el rojo oscuro por el negro cielo que la cubría, mientras la abultada cara inferior de la estructura de la hoja dentada reflejaba el saludable resplandor amarillo de la corteza.

—Pronto será grande —aseguró Flor–de–Dragón—. Ya puedo ver la hinchazón de algunos frutos, en la cara inferior.

Algunos pensamientos afluyeron a la mente de Pétalo–Roto mientras observaba a la planta con su promesa de alimento. Pero en concreto uno de los pensamientos le hacía sentirse de una manera curiosa, como nunca se había sentido antes. Era la chispa de la inspiración.

—¡Anciana, he pensado algo nuevo! ¡Tomemos todas las semillas duras que podamos encontrar y pongámoslas debajo de montones de basura que sacaremos de nuestros almacenes! ¡Las semillas se convertirán en plantas–pétalo, y nosotros

tendremos todos los frutos que necesitemos!

Flor-de-Dragón descansó un momento, rehizo su manipulador y empuñó su trozo roto de cristal de dragón.

—Estás equivocado, Pétalo-Roto —respondió—. Las semillas no necesitan basura. Mi primera planta-pétalo no estaba enterrada en la basura: estaba en un agujero de mi pared. Es evidente que lo que quieren las plantas-pétalo es ver el cielo. Mientras las semillas están fuera, en la corteza, donde pueden ver el cielo, son felices y no crecen. Pero si les quitas el cielo, se sienten desgraciadas y rompen su dura cubierta y crecen hasta que consiguen verlo. Eso es lo que estoy haciendo con este cristal roto. Utilizo la punta aguda para hacer un pequeño agujero en la corteza. Pongo la semilla en el hoyo y la tapo para que no pueda ver el cielo. La semilla entonces se sentirá desgraciada y empezará a empujar hacia arriba hasta que logre ver otra vez el cielo, sólo que ya será una planta-pétalo en vez de una semilla.

Pétalo-Roto era lo bastante listo como para no entrar en discusión con una Anciana, incluso siendo el Jefe del Clan. Siguió mirando cómo Flor-de-Dragón continuaba su arduo trabajo de clavar el cristal roto en la dura corteza. Se cansó pronto y lo dejó, pero no antes de tener listos muchos agujeros alrededor del perímetro de su recinto, y en cada agujero había una infeliz semilla cubierta con corteza pulverizada.

El experimento de Flor-de-Dragón fue un éxito y a la vez un fracaso. Muchas de las semillas se desarrollaron y dieron plantas, y en poco tiempo Flor-de-Dragón estaba en buenas relaciones con mucha gente, porque tenía más frutos de los que podía comer. Pétalo-Roto tuvo que imponer el peso de su autoridad para que algunos de los jóvenes más temerarios abandonaran sus incursiones de pillaje:

—¡Sois unos mentecatos y unos perezosos! —les chillaba al verlos—. ¡Id a buscar vuestras propias plantas! ¡Y aseguraos de llevarle la mejor de ellas a Flor-de-Dragón para compensarla por lo que os habéis llevado!

No debía permitir que se volvieran perezosos ni débiles: podían necesitar su fuerza en la próxima correría o cacería.

Entonces las cosas empeoraron. Las plantas crecieron y crecieron hasta bloquear la vista del cielo sobre la mayor parte del recinto de Flor-de-Dragón. Aunque nadie se atrevía a meter un manipulador debajo de una planta para coger una fruta madura, resultaba desmoralizador ver aquellos pesados pétalos doblados sobre ella. Flor-de-Dragón tuvo que derribar sus paredes y construir un nuevo recinto alejado de las plantas. Esto resultó ser una decisión afortunada, porque al envejecer las plantas, sus cristales de soporte se debilitaban; entonces, uno o más de los pétalos se rompían bajo los efectos de la enorme fuerza de gravedad, se estrellaban contra la corteza y su aplastada masa originaba una onda de choque y una vibración que resonaba por todo el hábitat del clan, y toda la gente se ponía nerviosa.

Pétalo–Roto sabía cuándo una cosa era buena, y en la siguiente cacería el trofeo más importante no fue la destrozada carcasa de un Ecurridizo, sino muchos frutos supermaduros rebosantes de pequeñas semillas duras. Entonces empezaron sus problemas, porque los cheelas de su clan eran cazadores.

El cazar no era un trabajo pesado, consistía en un pausado vagar por el campo con un grupo de compañeros, un corto período de divertido terror, y una ocasión de demostrar lo bravo y fuerte que uno era, seguido de una orgía de comida y sexo que les compensaba del largo camino de regreso cargados con trozos de carne.

El laboreo, al contrario, incluso la sencilla tarea de agujerear y tapar, era un trabajo duro, sobre todo en la resistente corteza del suelo, y no conllevaba ningún heroísmo ni diversión. Y lo peor era que, después del pesado trabajo, tenían que esperar muchos giros antes de obtener alguna comida que recompensara el esfuerzo realizado. Pétalo–Roto debió golpear a muchos en los lomos antes de poder ver todas las semillitas duras colocadas en agujeros de la corteza, infelices por haber perdido el cielo.

Pétalo–Roto se encaminó al surco vecino, y luego al de más allá, y se sintió orgulloso. Ésta era su tercera cosecha de plantas–pétalo. La primera cosecha fue bien, pero no había producido suficientes plantas para todo el clan, y por esta razón tuvieron que ir a recolectar lejos para poder alimentarlos a todos. En la siguiente, Pétalo–Roto se aseguró de que hubiera suficientes agujeros, contando con la cooperación del equipo de cavadores, que ahora ya comprendía las consecuencias a largo plazo de su labor.

En su inspección de los surcos, vio una mancha blanca en la corteza. Y cuando pasó sobre esa zona, la encontró extraordinariamente caliente. Se desplazó adelante y atrás, palpando la corteza con la superficie inferior de su cuerpo. Estaba sorprendido. Nunca había sucedido una cosa parecida. Cuando se deslizaba entre las plantas para observar el surco vecino, la corteza tembló debajo de él. Sus sensores automáticos de sonar, que utilizaba para localizar a sus presas, se pusieron en acción y su sorpresa se convirtió en sobresalto. ¡El origen del temblor estaba justo debajo de él! Tuvo miedo.

«¿Será un dragón?», se preguntaba.

«No. No. Los dragones no existen», se respondió dándose ánimos a sí mismo. Los cazadores ancianos solían contar leyendas sobre un monstruo muy grande que echaba fuego, que había salido de la corteza, y que podía detener a un cheela quemando sus apéndices exteriores con un fuego de color violeta, y luego, dejándose caer sobre él desde su enorme altura, destrozarlo como si fuera un cascarón de huevo y sorberlo para comérselo. Nadie había visto jamás un dragón, pero los huesos de cristal, largos y muy fuertes, repartidos con profusión por sobre y debajo de la corteza, evidentemente daban visos de credibilidad a esta leyenda, porque nadie imaginaba otro origen de los cristales de dragón.

Pétalo–Roto se alejó de aquella área porque la corteza estaba cada vez más caliente y el temblor subterráneo continuaba. Cuando se encontraba a medio camino de los almacenes del clan, observó con sus ojos traseros cómo un chorro de gas blanco–azulado proyectado desde una grieta de la corteza abrasaba un pétalo de la planta allí situada.

Un grupo procedente de los almacenes se reunió con él.

—Me parece que es un cortezamoto —le informó uno—, pero se repite siempre en el mismo lugar.

—¡Esto no está lejos! —exclamó Muchos–Frutos, que era uno de los mejores rastreadores del clan.

—Tienes razón, Muchos–Frutos —respondió Pétalo–Roto—. Sea lo que sea, está justo en medio de nuestra plantación.

El clan se arrastró cuidadosamente hasta el borde del campo, y establecieron relevos para observar los surcos que se veían afectados a medida que el gas y el humo calientes continuaban fluyendo de la grieta. Ardieron nuevas plantas.

Pétalo–Roto había estado reflexionando, y cuando el clan terminó su observación y su gente se reunió al este y al oeste de él, ya sabía lo que debía hacer.

—El humo y el gas caliente van a quemar nuestras plantas —declaró—. Huevo–Hermoso, regresa a los recintos y tráete a todo el mundo, rápido. Incluso las crías más jóvenes pueden transportar algunos frutos. El resto de vosotros, empezad a recoger frutos lo más aprisa que podáis. Empezad lo más cerca del humo que podáis aguantar, y coged todo lo que encontréis en las plantas. Incluso los frutos que no estén maduros nos parecerán buenos cuando se hayan acabado los otros.

Pétalo–Roto encabezó la marcha hacia los surcos, mientras sus instrucciones se propagaban por la corteza.

«Precisamente cuando las cosas empezaban a ir bien», pensó. Los ancianos narradores de historias siempre habían dicho que «los dioses pisarán los apéndices de los orgullosos». Bien, él se había permitido serlo, y los Ancianos tenían razón.

Se acercó todo lo que pudo al escape de gases. El humo alcanzaba una elevada altitud en la atmósfera. El calor irradiado hacia abajo por el penacho rojo oscuro de la columna blanco–azulada era muy molesto. Aunque la corteza estaba caliente, consiguió llegar a unas tres plantas de distancia del escape. Se detuvo un momento, conformó tres manipuladores y empezó a recoger frutos, desgarrando muchos de ellos de la carne de la planta, pero otros estaban casi maduros y se podían coger sin dificultad. Introducía los frutos en una bolsa receptáculo que había formado en la parte superior de su cuerpo. Se deslizaba adelante y atrás, recogiendo frutos a una distancia de la grieta fijada por el equilibrio entre su deseo de lograr alimento y la negativa de su aparato locomotor a pisar zonas demasiado calientes de la corteza.

La primera sección de plantas, las más próximas a la grieta, pronto desapareció.

Pétalo–Roto organizó las cosas de forma que los frutos fueran descargados en el borde de la plantación por los recolectores, desde allí los más jóvenes los llevaban a los recintos, donde los Ancianos los acondicionaban. A pesar de que actuaron rápidamente, perdieron muchos de los frutos de las plantas más próximas a la grieta. La tediosa tarea prosiguió, con los trabajadores continuamente atormentados por las sacudidas y el polvo de la corteza que caía sobre ellos.

Al regresar del campo, descansaron en silencio en las afueras del campamento del clan, mientras sus bolsas de comer chupaban frutos. Algunos de sus ojos observaban con atención una pequeña colina, al azul vivo, que se estaba formando en medio de la devastada plantación de plantas–pétalo. Al mismo tiempo, otros ojos seguían las evoluciones de la columna de humo que se elevaba hacia el cielo como si quisiera tocar las estrellas. El color del humo iba desde el blanco–azulado intensamente resplandeciente, en la base de la columna, hasta el rojo intenso de unas nubes, muy arriba, en el negro cielo; y el fondo de esas terroríficas nubes reflejaba el resplandor amarillo de la corteza que estaba debajo.

Los tiempos eran cada vez más difíciles. La comida que tenían almacenada duró mucho tiempo, pero la dieta de frutos inmaduros era mucho menos sabrosa y nutritiva que los banquetes que se daban todos los giros desde que aprendieron el laboreo.

Pétalo–Roto intentó salvar la situación. Puesto que no poseían frutos de semillas supermaduros de aquella accidentada cosecha, envió un equipo a forrajear a las regiones lejanas para que los obtuvieran, mientras él se ocupaba, con el resto del clan, en taladrar agujeros en la corteza en sitios alejados de la imponente y dominante columna de humo. Después de muchas fatigas, los agujeros estuvieron terminados, pero la partida de búsqueda volvió con las manos vacías.

Pétalo–Roto era lo bastante prudente para no abochornarles. Si obtenían éxito en su empresa, los valientes de la partida de caza podían escoger sus compañeros de juegos amorosos, mientras que en esta ocasión deberían contentarse con lo que pudieran.

—¿Cuál ha sido el problema? —inquirió.

Mira–Alto respondió por todos:

—Encontramos muchas partidas de caza que hacían lo mismo que nosotros, recogían todos los frutos y cazaban todos los animales que podían encontrar, incluso los que no valen nada, como Caparazón Delgado.

»Fuimos lo más lejos que pudimos antes de que se agotara nuestra comida. En todas partes sucedía lo mismo. Estaban todos tan ocupados en cazar que no había luchas. Pensamos en atacar a uno de los grupos, pero era evidente, por su delgadez, que en lo referente a capturas llevaban muy poca cosa en sus bolsas, y que estaban en tan mal trance como nosotros. Incluso intentamos hablar desde lejos con alguno de ellos. Aunque no hablan igual que nosotros, pudimos entender que todos los clanes

tienen miedo de la torre de humo y de los constantes estremecimientos de la corteza.

Caza–Deslizantes, la más osada cazadora del clan, a quien se permitió cambiar de nombre tras su tercera captura de un Deslizante Lento, le interrumpió con una carcajada:

—¡Algunos de ellos creen que la torre de humo proviene del fuego de un dragón, y que los estremecimientos los provoca el dragón al moverse sobre la corteza para atraparles! Todos ellos hablan de trasladarse a otra tierra, porque la suya se ha convertido en tabú.

Entonces Pétalo–Roto tuvo un ramalazo de inspiración, nacido de los instintos naturales que le habían convertido en jefe del clan.

—Si todos los clanes están de caza por ahí y dejan la corteza desnuda de comida —decidió—, tendremos que ir adonde ellos no van. —Y, dirigiéndose a la partida de caza, continuó—: Id a comer y cargad con víveres. El próximo giro saldréis a cazar de nuevo, pero esta vez iréis hacia el sur: en la dirección difícil.

Se produjo un murmullo de descontento entre el grupo. Confiaban en ser enviados de nuevo a cazar para intentar enmendar su fracaso, pero si les ordenaban ir en una de las direcciones difíciles, podía interpretarse casi como un castigo. Nadie iba nunca en la dirección difícil, a menos que no existiera otra posibilidad; incluso el poderoso Desliza Lento era preferible.

Mira–Alto empezó a poner objeciones, pero Pétalo–Roto le hizo callar con una brusca vibración de su brazo comunicador. Su comunicador prosiguió, con más suavidad esta vez, y las palabras de aliento se propagaron por la corteza para vibrar en los comunicadores de la partida de caza.

—No estoy molesto con vosotros, y ya sé que viajar en la dirección difícil implica que deberéis desplaceros tan lentamente que aún después de tres giros estaréis a la vista —les tranquilizó—. Pensad que todos los clanes que conocemos están al este o al oeste de nosotros, y que todos nos movemos atrás y adelante por el mismo territorio, dejándolo esquilmado. Si vais en la dirección difícil lo bastante lejos, encontraréis sitios donde haya menos clanes y más alimento. ¡Ahora id a comer y en marcha! Mucho antes de que el giro se completara, la expedición de caza estaba dispuesta para partir. Pétalo–Roto les dio las últimas instrucciones:

—No vayáis hacia el este o hacia el oeste hasta que encontréis plantas–pétalo maduras y hayáis comprobado si llevan frutos de semillas. Si no las hubiera, continuad hacia el sur hasta conseguirlas. Pero no lleguéis más allá de lo que permitan vuestras reservas de comida, porque quiero veros a todos de vuelta. —Su comunicador se agitó con una broma—: Después de todo, hay dos direcciones que son difíciles, si no encontráis nada en la primera, tomad la otra.

Con un alboroto de humor amargo, la expedición de caza empezó a empujar hacia el sur. Después de medio giro, ya se encontraban fuera del alcance de la

comunicación corta, pero aún eran visibles sus figuras a medio camino del horizonte. Tres giros más tarde desaparecieron detrás de él, y el resto del clan volvió a sus ocupaciones y comenzó a esperar.

Mira–Alto empujó lentamente en el aire primaveral. La parte más difícil del viaje en la dirección difícil consistía en que su cuerpo mostraba una permanente tendencia a desviarse a uno o a otro lado. Si no se apresuraba e iba trazando un tenue surco en la dirección difícil, y luego lo ampliaba lo suficiente como para poder fluir dentro, entonces la progresión sería lenta pero regular. Era como ir contra el viento, pero de otra manera. El viento empuja siempre, incluso cuando se está parado, pero la única fuerza que notaba al avanzar en la dirección difícil era la que él mismo realizaba cuando intentaba avanzar en esa dirección. Si se quedaba quieto un momento aún notaba la presión, pero ésta iba penetrando poco a poco en su cuerpo, hasta que por fin no sentía nada a menos que intentara moverse de nuevo.

Mira–Alto ojeó alrededor y vio que el resto de la partida luchaba por seguir lentamente su camino. Delante de él iba Caza–Deslizantes, una de sus compañeras favoritas de diversión. El lento frote del empujar en un aire resbaladizo le resultaba aburrido y, a pesar de que era el jefe de la expedición de caza y no debería hacer una cosa así mientras estaban de cacería, empujó aún más fuerte y pronto se situó justo detrás de Caza–Deslizantes. Golpeó su arista posterior.

—¿Qué piensas hacer durante el tiempo de descanso? —le susurró. Y las ondas electrónicas de su insinuación golpearon la piel multicolor de ella.

—¡No hagas eso! —protestó Caza–Deslizantes—. Ya es bastante duro tener que empujar a través de esta cosa resbaladiza sin necesidad de que nadie me toque por detrás. Retrocede o no haré nada contigo durante muchos giros, y menos en un período de descanso.

Mira–Alto porfió. Fluyó hacia adelante, a veces por encima y a veces por debajo de la arista posterior de ella, dándole amistosos apretones cuando ella trataba de apartarlo. Caza–Deslizantes empujó hacia adelante con mucha más fuerza para alejarse de él. Aunque por lo general ella solía dejarle atrás, Mira–Alto advirtió que podía mantenerse a su nivel casi sin esfuerzo. De pronto, dejó de jugar y la golpeó para que se detuviera.

—No he tenido la menor dificultad en seguir emparejado contigo —exclamó con admiración—. ¡Tú empujabas con fuerza en la dirección difícil, y a mí me parecía ir tan ligero como si fuera hacia el este o hacia el oeste! ¿Por qué?

Tras algunas pruebas (y muchas miradas y tocamientos, también) descubrieron que una vez abierta la brecha con la arista rascadera, la senda permanecía abierta mientras el abridor siguiera moviéndose. En consecuencia, si otro individuo se mantenía en la misma abertura, a continuación del primero, necesitaba muy poco esfuerzo adicional para avanzar. Como Mira–Alto había descubierto, era igual que

moverse en la dirección fácil (excepto para el que iba en cabeza abriendo camino, desde luego).

Poco tardaron en reorganizar la partida de caza de tal modo que formara una sola línea. El que la encabezaba trabajaba al máximo mientras podía, y luego se echaba a un lado cediendo su puesto a un compañero de refresco; el primero esperaba el fin de la línea, donde seguía el camino fácilmente, abrazado a una amistosa arista posterior de un compañero del sexo contrario. La expedición de caza empujaba hacia adelante a una velocidad mucho más alta, sin detenerse más que cuando dos machos mal apareados se quejaban de tener la diversión incompleta y exigían poder avanzar entre dos hembras.

Pronto alcanzaron zonas en las que cada vez encontraban menos y menos expediciones de caza y, después de varios giros, llegaron a una región donde había plantas-pétalo maduras, que aún tenían frutos. No pasó mucho tiempo antes de que tuvieran no sólo abundantes frutos para comer, sino además un sobrante de frutos de semilla que estaban a punto de reventar, repletos de semillas duras. Embutieron frutos y semillas en las bolsas de transporte, en su piel, hasta que los orificios de las bolsas abultaron dolorosamente.

El camino de regreso fue más penoso, porque los enormes bultos generados por la carga de frutos y semillas les obligaban a abrir un surco mucho mayor en la dirección difícil para poder avanzar. Su grosor también les convertía en blancos evidentes para un ataque. Su nueva técnica para desplazarse en la dirección difícil evitó que fueran vencidos por una expedición de guerra de un clan vecino, pero perdieron a Mira-Alto, que se encontraba al final de la columna cuando la partida de guerra se precipitó sobre ellos, tras tenderles una emboscada en dirección este. Iban a dar media vuelta para defenderse, pero Mira-Alto les ordenó que siguieran, mientras él entretenía a los asaltantes para que los suyos pudieran escapar.

Pétalo-Roto, de repente, vio aparecer en la línea del horizonte una columna de cazadores más gruesa pero también más corta de lo esperado. Al principio, se quedó sorprendido por la forma y velocidad de la móvil aglomeración de cheelas. Desde lejos, parecía un nuevo y extraño tipo de Deslizante Lento, excepto en que un Deslizante Lento es demasiado perezoso para desplazarse en la dirección difícil. Estaba a punto de declarar una alarma, pero entonces se dio cuenta de que el insólito meneo de la cabeza del monstruo era el particular contoneo de Caza-Deslizantes cuando empujaba para avanzar.

Pronto se congregó todo el clan al borde del campamento para contemplar cómo la feliz y chillona partida de caza retornaba y descargaba su botín. Se distribuyeron las semillas, y un numeroso equipo las plantó en los agujeros ya preparados, mientras sus hambrientos miembros no cesaban de comer frutos maduros.

Caza-Deslizantes se pasó el siguiente giro explicando todos los detalles del viaje

a Pétalo–Roto. El relato de la pérdida de Mira–Alto provocó un momento de tristeza en ambos interlocutores, pero debían pensar en el presente, y continuaron con la crónica del viaje.

El cercano volcán dominó sus vidas. Por suerte, estuvo dormido durante un tiempo, con sólo un tenue mechón de humo blanco amarillento que ascendía formando una espiral en el aire, pero con cada giro los ruidos de la corteza empeoraban. La cosecha creció bien, pero cuando el volcán reemprendió su actividad, Pétalo–Roto decidió que era conveniente que el clan se asentara más lejos. Recolectaron la cosecha, y el clan tomó su comida y sus escasas pertenencias, especialmente los valiosos trozos ultraduros de cristal de dragón, y emprendieron la marcha hacia el sur.

El clan era muy numeroso, y no tenían ninguna prisa, así que emplearon una modificación de la técnica de abrir camino descubierta por los cazadores. Los jóvenes más fuertes formaron un ancho frente y empujaron hacia adelante en la dirección difícil. Mantuvieron un buen paso y el resto del clan, apiñado en forma muy compacta, siguió detrás.

FECHA: 14:14:14 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

La lancha interestelar San Jorge se estabilizó en una órbita de unos 100.000 km de radio y con un período de trece minutos, alrededor de la estrella de neutrones giratoria. El equipo científico empezó sus investigaciones. Aunque dispondrían de mejores datos cuando pudieran acercarse más con el Matadragones, que les permitiría observar la estrella de neutrones desde una distancia de 400 km, ya podían realizar una exploración previa con los telescopios de largo alcance.

Jean Kelly Thomas llevaba puesto su cinturón de seguridad, sentada frente al integrador de imágenes de la consola científica del San Jorge. El cinturón estaba ajustado para acomodarse al hecho de que ella se sentaba con las piernas cruzadas. Con su melena de corto pelo rojo y su nariz respingona parecía un gnomo sentado en una seta (con cinturón de seguridad). Sus brillantes ojos azules parpadearon ante las particularidades del último análisis del integrador de imágenes ultravioletas de ortohidrógeno. El ordenador había registrado algo insólito en la última observación y estaba avisándola.

Un cuadrado con luz intermitente llamó su atención hacia un pequeño óvalo con un diseño de círculos concéntricos que aparecía en la imagen de la estrella. En la parte superior de la pantalla, el ordenador había escrito:

LYMAN–ALFA SCAN TOMADO H:44:05. 22 MAYO 2050.
FORMA NUEVA EN LONG 54 OESTE, LAT 31 NORTE.

Jean se inclinó hacia adelante.

—¿Identificación? —preguntó.

La imagen no cambió, pero el mensaje fue sustituido por:

TENTATIVA DE IDENTIFICACIÓN. VOLCAN EN ACTIVIDAD.
TEMPERATURA CENTRAL: 15.000 GRADOS.

Jean introdujo una instrucción oral:

—Cambio de Lyman-alfa scanner a scanner de alta resolución en la región considerada.

Se produjo una alteración de la imagen de la pantalla, y el volcán pasó a primer plano. La imagen parpadeaba cinco veces por segundo, ya que el integrador de imágenes tomaba datos a cada rotación de la estrella. En la región central Jean pudo ver una llama ascendente y una corriente de brillante resplandor que se alejaba del centro: la corriente de lava se hacía más oscura a medida que se desplazaba.

El poder presenciar de cerca la historia detallada de un volcán, desde su nacimiento hasta su muerte, era empresa que justificaba el mantener una cuidadosa vigilancia sobre los acontecimientos. Tal vez, si tenían suerte, la cantidad de materia que se acumulaba en la zona llegara a ser lo bastante grande como para provocar un estrellamote mientras ellos aún estaban presentes. El seísmo haría vibrar toda la estrella, y los investigadores podrían determinar las formas de su resonancia interna y obtener un mejor modelo computarizado de los espesores y las densidades de las capas internas. El nuevo volcán era un asunto de alta prioridad, por supuesto, pero no debía monopolizar el uso del integrador de imágenes. Jean se inclinó hacia adelante y ordenó:

—¡Asignación de Prioridad Uno a este objetivo! IF hay cambio importante, OR la actividad es cero, THEN OUTPUT aviso.

Se echó hacia atrás y apretó la tecla de confirmación de órdenes... «Un volcán —pensó—. Pierre evidentemente estará muy interesado en él. Quiere estudiar la dinámica interna de esta estrella, y ahora podrá ver algo de lo que tiene dentro. Pero, por otra parte, el gas caliente y el polvo que este monstruo está escupiendo van a complicar mis estudios atmosféricos.»

FECHA: 14:44:15 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

El clan avanzaba muy despacio hacia el sur. Viajar en la dirección difícil, contra las líneas del campo magnético, presentaba muchas dificultades, incluso para los viejos y las crías, aunque éstos se deslizaran siguiendo las huellas dejadas por los abridores de sendas. Lo que les resultaba más difícil era aprender a mantenerse unidos los unos a los otros mientras se movían. Si se producía un hueco o alguien se

detenía por un momento, las líneas magnéticas este–oeste recuperaban su posición, y sus cuerpos quedaban cautivos como las cuentas en el hilo de un collar. A menos que tuvieran la fuerza suficiente para avanzar de nuevo hacia el sur, la única alternativa posible era dirigirse hacia el este o hacia el oeste para alcanzar la cola de alguna sección que aún se estuviera moviendo.

El clan asimiló el sistema cada vez mejor, y por el método de ir probando y corrigiendo los errores pronto desarrolló una técnica de cuña volante, con uno de los cazadores más fuertes en punta luchando contra toda la dificultad de la travesía, y el resto de los más fuertes detrás de él en forma de cuña para ensanchar la zanja abierta. Los otros adultos aprendieron a colocarse en forma de cuñas secundarias, con las crías y los viejos en medio. Así, si se perdía la continuidad de la línea, los adultos que estaban en el escalón siguiente la recuperaban en seguida, y la cola de la caravana dejó de parecerse a un Deslizante Lento herido que dejara tras sí una pista de fluido vital.

Habían progresado una buena distancia cuando Pétalo–Roto ordenó que se detuvieran. Sabía que podían encontrarse en territorio de otro clan, pero decidió que, puesto que se veían muy pocas partidas de caza en el horizonte, lo más probable era que se tratara de una región limítrofe entre dos clanes. Normalmente, éste hubiera sido un mal sitio para acampar. Si hubieran tenido que depender del alimento que pudieran recoger yendo al este o al oeste, entonces los cazadores habrían encontrado menos y menos comida conforme se alejaran cada vez más. Pero con las semillas maduras y los conocimientos necesarios para esconderles el cielo y hacerlas crecer, el clan podía asentarse en un sitio, manteniendo íntegra su fuerza con todos los valientes guerreros al cuidado de las plantas en crecimiento, y saliendo a buscar caza sólo para proporcionar una dieta más variada y de paso demostrar su valentía.

El clan se estableció allí con alivio, y enviaron una expedición a una colina próxima para recoger piedras con las que construir una empalizada, almacenes para los alimentos y rediles para los muy importantes huevos.

Cuando Huevo–Manchado se acercó al risco con el equipo de canteros, el joven se asustó. Nunca había estado tan cerca de algo tan alto. Parecía que iba a desplomarse justo sobre él, pero estaba claro que no iba a mostrar su pánico la primera vez que salía con una partida de caza.

—Me atrevería a decir que es muy alto —observó, manteniendo la calma.

—En efecto —respondió Caza–Deslizantes. Su comunicador retumbaba con indiferencia—. Parece como si fuera a venírse nos encima, ¿no es verdad?

—Sí. Pero si no ha caído antes, supongo que no lo hará ahora —continuó Huevo–Manchado, confiadamente.

—Pero lo hará cuando acabemos con él —repuso Caza–Deslizantes, y poniéndose seria preguntó—: ¿qué punta parece la más cercana?

La cima del farallón bajaba en pendiente hacia el este. La expedición marchó en esa dirección acarreando sus trozos de cristal de dragón, además de uno entero, con su extremo redondeado, que encontraron cuando hacían agujeros para las semillas. Pronto alcanzaron el final de la pared vertical y emprendieron el lento, arduo y largo ascenso por la pendiente.

—Es como viajar en la dirección difícil, pero mucho peor —se quejó Huevo-Manchado—. Cuando te paras al ir en la dirección difícil, puedes descansar. Pero cuando estás trepando, es mejor que no te pares, porque si te paras has de sostenerte con toda tu fuerza para no resbalar hacia abajo.

Caza-Deslizantes le enseñó su artimaña consistente en esperar a encontrarse sobre una pequeña roca cruzada para descansar, y luego, para proseguir, estiraba su cuerpo apoyándose en ella. Con la piedra que impedía que resbalara hacia abajo, y la dirección difícil que la apretaba lateralmente, casi podía relajarse para disfrutar su ración de comida con comodidad. Era una técnica complicada, y Huevo-Manchado resbaló por los lados de la piedra más de una vez, pero con perseverancia pronto llegó a ser tan hábil escalador como cualquiera de los demás.

A pesar de que habían necesitado un solo giro para llegar al acantilado, emplearon muchos giros y muchos víveres en luchar contra la intensa gravedad en la pronunciada pendiente, y llegar por fin a la cúspide. Caza-Deslizantes formó un núcleo cristalino muy resistente en uno de sus ojos-tallo, mantuvo el ojo lo más enhiesto que pudo y se aproximó al borde del precipicio.

—Puedo ver nuestro campamento, allá a lo lejos. Este sitio es bueno —afirmó.

Se quedó rígida mucho tiempo, observando.

—¿Qué pasa? —preguntó Huevo-Manchado.

—Sólo estoy mirando —contestó ella—. Todo parece gracioso, visto desde aquí arriba. Ven a verlo.

La última cosa que Huevo-Manchado deseaba era acercarse al acantilado, pero lo hizo, con uno de sus ojos sostenido en alto como hacia Caza-Deslizantes. Juntos avanzaron hasta que pudieron distinguir a los miembros de la expedición que habían permanecido abajo.

—¡Son tan grandes por todas partes! —exclamó Huevo-Manchado—. Y con un aspecto muy gracioso. Incluso se pueden ver los bultos de su parte superior.

—Tú mismo te verías tan grande y abultado si pudieras contemplarte desde arriba, en vez de hacerlo sólo de lado —señaló Caza-Deslizantes—. Aunque tienes razón en lo de los bultos: sí, son graciosos cuando los miras. Apuesto a que ese gran bulto amarillo rojizo que vemos en el centro de Doble-Semilla es un huevo que está a punto de poner. —Empujó en su camino apartándose del borde, y añadió—: Vámonos, tenemos mucho trabajo que hacer.

Los escaladores empezaron su tarea. Lo primero fue empujar hasta el borde el

crystal de dragón entero, y dejarlo caer. El casi irrompible y superduro cristal se hizo invisible y reapareció en el fondo, astillado en doce agudos trozos. Los que esperaban abajo, tras superar el primer susto, se acercaron para recuperar lo que ahora eran ya valiosos cuchillos de caza y herramientas para excavar.

Una vez recogidos los trozos de cristal de dragón, los canteros escaladores usaron sus herramientas como escoplos para marcar una profunda línea en la cima del acantilado. La distancia de esta línea al borde era igual a la altura de las piedras que podrían transportar con facilidad. Ahondaron la línea y separaron las fibras de la corteza hasta que consiguieron obtener una grieta larga y profunda, mantenida por las conexiones a ambos extremos de la franja. Luego se deslizaron hasta el extremo oeste, donde la textura de la corteza les permitía agarrarse mejor, y formaron una cadena con sus cuerpos. Caza–Deslizantes se estiró tanto como pudo con el más afilado de los trozos de cristal sujeto delante de ella por un largo manipulador. Se concentró durante unos momentos, y en seguida aparecieron unos manipuladores cortos en su arista posterior. Huevo–Manchado y Corteza–Polvorienta se colocaron encima y debajo de Caza–Deslizantes y también conformaron unos manipuladores para atenzar los de ella. Los escaladores restantes se agarraron a ellos y se extendieron, haciéndose lo más planos posible, para formar un anclaje.

—¿Estáis todos preparados? —preguntó Caza–Deslizantes.

Empezó aserrando el extremo de la franja, pero esta vez lo hacía segando las fibras de la corteza. Era un trabajo pesado y lento, porque en las fibras se hallaba el origen de la tremenda cohesión y resistencia de aquel material. Se iban turnando en el trabajo; con verdadero horror por parte de Huevo–Manchado, pues era él quien aserraba cuando el peso de la larga esquirla de corteza superó la fuerza de las fibras que quedaban. Todo el frente del acantilado se vino abajo a causa de un profundo desgarrón que se abrió desde la cúspide hasta la base.

La meseta del acantilado, descargada de todo aquel peso, retumbó con una onda de choque. Por primera vez en su vida (y deseaba que además fuera la última), Huevo–Manchado rebotó y dejó de estar en contacto físico con la corteza. No tuvo tiempo de espantarse porque la corteza saltó hacia arriba, o así se lo pareció, y volvió a reunirse con él con un lacerante ruido. Todos permanecieron quietos durante un instante y luego empezaron a golpearse los unos a los otros, en señal de triunfo, mientras se alejaban del desportillado borde.

Descendieron por el mismo camino por el que habían subido, descansando sólo lo indispensable para comer frugalmente. Estaban contentos y con ganas de divertirse, además, pero eso debería esperar (excepción hecha de algunos amistosos achuchones y pisotones) hasta que llegaran al fondo del acantilado, donde la corteza era plana. En la base del precipicio, Huevo–Manchado obtuvo su título de Cazador con todos los requisitos, no sólo por haber sido un héroe al estar en la vanguardia cuando mayor

fue el peligro, sino también por recibir de la misma Caza–Deslizantes la recompensa merecida por los héroes y la iniciación en la virilidad.

La noticia del éxito de la expedición a la cantera llegó por medio de vibraciones de la corteza hasta Pétalo–Roto, que envió un equipo adicional para colaborar en el arrastre de las piedras hasta el campamento. Pronto el emplazamiento volvió a ser como su hogar. Lo más urgente, y fue lo primero que se hizo, era el almacén de frutos, donde todos pudieran depositar sus frutos sin temor a que los vientos constantes los arrastraran lejos. Los Ancianos fueron quienes más agradecieron la edificación del almacén, porque hasta que estuvo acabado tuvieron que permanecer atados al suelo sosteniendo los víveres mientras los jóvenes trabajaban. Ahora ya podían circular por todas partes y dedicarse a la ocupación más importante (y más placentera) de poner huevos y cuidar de las crías.

Después se construyó el nidal, con lo que se alivió otro problema del clan, porque todas las hembras pudieron poner los huevos que habían transportado desde que abandonaran sus lares.

Durante muchos y muchos giros, el clan creció y prosperó en su nuevo hogar.

FECHA: 15.48:10 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

Pierre Carnot Niven, con su largo y liso pelo dispuesto en forma de halo alrededor de la cabeza, trabajaba en el teclado de su consola, visualizando esquemas multicolores de la pantalla uno tras otro. Sus ojos castaños observaban una complicada distribución de las corrientes de lava, que habría confundido irremisiblemente a otro que no fuera él. Pierre programó el ordenador para calcular la carga de la corteza ocasionada por las nuevas corrientes de lava. Era un problema muy complejo, y mientras el ordenador se ocupaba de él, Pierre flotó frente a su visor y fue a ver qué estaba haciendo Jean.

Jean estaba comprobando las gráficas que representaban la deriva del humo procedente del volcán, en relación con las mediciones del campo magnético y las fuerzas de Coriolis debidas a la elevada velocidad de rotación de la estrella. Estaba desarrollando en el computador una simulación de la estructura del campo magnético para completar una teoría detallada sobre la atmósfera de vapor de hierro y de cómo ésta interactuaba con las conflictivas fuerzas de gravedad, magnetismo e inercia de la estrella.

Pierre se acercó flotando y miró por encima del hombro de Jean, que hacía girar lentamente la imagen de la estrella en la pantalla. Los trazos del humo caliente aparecían en color blanco, las líneas de campo magnético en azul, y las de fuerza de gravedad y de Coriolis en verde.

—Esto recuerda los mapas meteorológicos de la Tierra —comentó Pierre, con las

puntas de sus dedos apoyadas en el hombro de Jean para mantener aquella posición.

—Sí —respondió ella—. La mayor parte del humo procedente del volcán se mueve de este a oeste, porque es más fácil desplazarse en el sentido de las líneas del campo magnético que cortándolas. Pero cuando alcanza los polos magnéticos, la dirección fácil es hacia el suelo, por lo que el humo se acumula en forma de media luna, con el volcán en medio. Pero una parte se escapa en los polos.

—¿Por que lo que escapa se queda formando un anillo al norte del ecuador? —preguntó Pierre—. Puedo comprender que el humo que escapa del polo este permanezca en el hemisferio de revolución norte, porque este polo magnético está por encima del ecuador de revolución, pero ¿por qué el humo que se escapa del polo magnético oeste no contamina la atmósfera del hemisferio de revolución sur?

Jean contestó dirigiéndose a la consola:

—¡Visión del polo oeste!

Contemplaron cómo la imagen giraba hasta alcanzar la vista del polo oeste y se detenía. Jean señaló hacia la pantalla.

—Ocurre que uno de los más intensos sub-polos de la caótica región del polo oeste se halla en la misma longitud magnética que el volcán —explicó—, y también ocurre que está por encima del ecuador de rotación. Este sub-polo ha bloqueado esta longitud, y mantiene todo el humo atrapado en el hemisferio norte. El escape procedente del polo oeste, combinado con el escape procedente del polo este, originan ese espeso cinturón de humo un poco al norte del ecuador de revolución.

FECHA: 16:45:24 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

Cielo-Humeante miró hacia arriba con preocupación. El cielo se encontraba casi completamente cubierto de humo. Cuando fue tiempo de darle un nombre, poco después de su salida del cascarón, los Ancianos encargados de los locales de incubación pensaron que, por estar el cielo lleno de humo en forma tan insólita, no sería desacertado ponerle tal nombre. En ese momento, después de muchos pero muchos giros, aquí estaba él, jefe del clan, precisamente preocupado por el significado de su nombre.

Las cosechas de las plantas-pétalo habían empeorado paulatinamente. La cobertura de nubes que casi siempre tenían encima, parecía sofocar a las plantas. Había llegado el momento de emigrar. ¿Pero podrían ir lo bastante lejos como para escapar del humo omnipresente?

«Será mejor que me mueva con lentitud —se decía Cielo-Humeante a sí mismo—. No sirve de nada escapar de un Deslizante Lento para acabar en el estómago de un Ligero.» Se aproximó al claro que había entre las empalizadas y los campos de plantas, y golpeó una llamada general para que se reuniera el clan. Al poco rato,

excepto los guardias y las crías, estaban todos reunidos allí, formando arcos hacia el este y el oeste del jefe.

—Los tiempos no son buenos —empezó Cielo–Humeante—. Tenemos que irnos a donde el cielo no tenga tanto humo y las plantas–pétalo puedan crecer. Será un viaje muy largo, por lo que deberemos llevar mucha comida. Desliza–Azul, debes salir con una partida de caza en busca de un lugar donde podamos vivir mejor. Supongo que será muy lejos de aquí, así que deberás llevar todos los frutos que puedas, ya que no has de regresar antes de muchos giros. Y recuerda las palabras de los antiguos Ancianos: «Marcha en la dirección por donde no vayan los otros».

Desliza–Azul se hizo a un lado, seguido por un grupo de los más jóvenes guerreros ansiosos de aventuras. De todos ellos, eligió a unos pocos y los guió hasta el almacén de frutos para cargar comida.

Cielo–Humeante lo observaba, reflexionando: «Será un buen jefe. Ha escogido los más vigorosos aunque no sean los mejores cazadores. Y además es muy importante, por tratarse de un largo viaje, que haya equilibrado el número de miembros de ambos sexos».

Y en voz alta, dirigiéndose a la concurrencia, dijo:

—No sé cuántos giros habrán de pasar antes de que esta expedición de caza regrese, pero cuando lo haga quiero que el almacén esté completamente lleno. Las plantas–pétalo no dan muchos frutos, así que deberemos plantar más.

Con una serie de suspiros, Cielo–Humeante se abrió paso hasta el depósito de herramientas, tomó una afilada esquirra de cristal de dragón y se encaminó hacia el campo para empezar a taladrar agujeros en la dura corteza. Sabía que el mejor sistema para conseguir que la gente iniciara una tarea larga y pesada era que el jefe diera ejemplo.

Desliza–Azul revistó su grupo. Todos estaban muy abultados por las semillas que llevaban guardadas en sus bolsas de transporte.

—¡En marcha! —gritó, y comenzó a empujar en su camino hacia el sur, la dirección difícil.

Los otros se colocaron en fila, detrás de él. Tras un giro de duro viaje se perdieron de vista más allá del horizonte y quedaron encomendados a sus propias fuerzas.

Durante muchos y muchos giros, la expedición de caza avanzó, y el cielo que veían sobre sus cabezas seguía lleno de humo. Por último, Corteza–Movediza comentó durante un alto para comer:

—Me parece que aquí el humo es aún peor que en casa.

En aquel momento, no todos estuvieron de acuerdo con ella, pero después de viajar durante unos pocos giros más se hizo evidente para todos que allí las condiciones eran peores. El cielo estaba lleno de humo y la corteza se hallaba recubierta por una enfermiza ceniza de color rojo amarillento que helaba sus aristas

de marcha. Se hablaba de la conveniencia de regresar, pero Desliza–Azul no quiso oír hablar de eso. Aquélla era su primera salida como jefe de una partida de caza y no quería regresar mientras quedaran víveres en las bolsas de sus cuerpos.

Desliza–Azul les hizo continuar, siempre moviéndose en la dirección difícil. La alegría de la expedición se había evaporado debido al agotador trabajo de empujar hacia adelante, con la escasa adherencia que las cenizas ofrecían a sus aristas tractoras. Pero ocurría algo más que aumentaba sus problemas: habían perdido su sentido de la orientación.

No fue hasta muchos giros después que alguien expresó lo que muchos pensaban.

—Este panorama me preocupa mucho —contestó Ultimo–Fruto—. Siempre tengo la sensación de andar perdida, aunque sé dónde estoy. Aún distingo el acantilado por donde pasamos hace algunos giros, lo que, en buena lógica, habría de permitirme regresar al clan sólo con ir en la dirección difícil pero en sentido contrario. Y, a pesar de todo, me siento perdida.

Todos estuvieron de acuerdo. En efecto, no se habían extraviado, por supuesto, pero tenían la sensación de avanzar con rumbo equivocado.

—Sigamos hacia adelante —respondió Desliza–Azul, y empujó de nuevo.

Pero cuanto más se alejaban, peor se sentían y más oscuro era el cielo. Y entonces los frutos empezaron a escasear.

Durante el siguiente alto, Corteza–Movediza habló en nombre de todos:

—Creo que debemos regresar, Desliza–Azul. El suelo y el cielo empeoran a medida que nos alejamos. Es posible que las instrucciones de los Ancianos ya no sean adecuadas.

Desliza–Azul le explicó:

—Si le decimos al clan que regrese en la dirección de donde procede, se acercará de nuevo al volcán. Si le decimos que vaya al este o al oeste, sabemos que encontrarán los otros clanes que huyen del volcán. Si se quedan donde están, el humo matará las plantas y pasarán hambre. Nuestra única esperanza reside en esta dirección. Debemos continuar mientras podamos.

—Continúa tú, si quieres. Yo regreso —replicó Corteza–Movediza.

Desliza–Azul esperaba algo así desde hacía ya mucho tiempo y se encontraba preparado, pero nunca había podido suponer que sería su compañera predilecta de juegos quien iniciara la rebelión. Sin avisar, y sin darle ocasión de apartarse, se puso sobre ella y le golpeó fuertemente con su arista motriz en el nudo cerebral, haciéndole perder el sentido. Y desde encima del inconsciente cuerpo, desafió:

—¿Alguien más quiere retarme?

Nadie se movió mientras él se deslizaba de encima de Corteza–Movediza, que estaba empezando a recuperarse del golpe provocado mediante ondas sónicas. A medida que sus sentidos fueron despejándose, oyó decir a Desliza–Azul:

—Creo que no os dais cuenta de lo serias que son las cosas. Las emanaciones del volcán envenenan toda la corteza que se halla a su alcance. La única esperanza para el clan es que encontremos un lugar donde pueda sobrevivir. Y si no lo encontramos, el clan morirá irremisiblemente, comenzando por las crías.

Esto último actuó como un potente revulsivo, porque aunque ninguno de los cheela estuviese especialmente vinculado a una cría determinada, ni ninguna hembra pudiera recordar cuál era el huevo que había puesto en el nidal, todos se sentían muy ligados afectivamente a las crías, que crecían muy mimadas por todos hasta alcanzar la edad suficiente para ir al trabajo. El pensar que las crías pudieran morir bastó para acabar con cualquier idea de deserción.

Muchos giros después, Desliza–Azul estaba realmente preocupado. Habían sobrepasado el límite de los víveres. Sería una partida de cheelas muy flaca y débil la que regresaría al clan, suponiendo que regresara. La sensación de haberse perdido era cada vez más fuerte. En el siguiente alto casi estuvo dispuesto a regresar. Pero antes de abandonar, decidió echar un vistazo a lo que había delante. Buscó la espada de cristal de dragón más larga de que disponían, y clavó su afilado extremo en la corteza. El otro extremo quedaba muy arriba, hacia el cielo; muchas veces más alto de lo que él podía elevar uno de sus ojos con su endeble tallo. Cuando los demás comprendieron lo que estaba haciendo, se reunieron en un circuito a su alrededor y presionarle con sus aristas. Desliza–Azul generó un grueso pseudópodo con un ojo–tallo en su extremo y lo deslizó hacia arriba usando como soporte la espada de cristal de dragón, hasta que el ojo se balanceó en lo más alto de la espada. El cielo que veía tenía humo hasta el horizonte, pero...

—¡Veo una estrella! —gritó, y bajó su pseudópodo tan aprisa que todos se estremecieron por la energía recuperada en la caída—. El cielo aún está lleno de humo, pero debe de ser menos espeso porque a través de él he podido ver una estrella. Una estrella situada justo en el mismo horizonte.

Corteza–Movediza insistió en mirar también; después de muchos esfuerzos consiguió situar un ojo en el extremo de la espada. La estrella se encontraba casi en la dirección difícil, y exactamente en el horizonte. Corteza–Movediza estaba casi segura de que era la estrella más brillante que jamás había contemplado, pero sin otra estrella visible que permitiera una comparación, no podía asegurarlo.

Crujido–Grande y algunos más también querían mirar, pero Desliza–Azul no permitió más observaciones dilatorias.

—Se necesita tanta energía para elevar un ojo por encima de la espada como para viajar durante unos cuantos giros y llegar hasta donde podamos verlo al nivel de los ojos. En marcha.

La columna recuperó el ánimo al tener una meta que alcanzar: por primera vez en muchos giros, llevaban una buena marcha por encima de las cenizas. Cuando

podieron ver la estrella sobre el horizonte, empezó a disminuir poco a poco la impresión de estar perdidos. Por tácito consenso, se abreviaron los descansos y aceleraron su marcha.

Pronto advirtió Desliza–Azul que aparecían algunas discontinuidades en la intensa capa de humo. Algunos giros de viaje después, las cenizas de la corteza dejaron de representar una dificultad para el avance. Al poco rato se hicieron visibles otras estrellas, unas extrañas estrellas que jamás habían visto antes.

Y la más extraña de todas era una de brillante color amarillo rojizo que permanecía fija en el cielo austral giro tras giro, mientras todas las demás se arremolinaban a su alrededor como una nube de deidades menores rindiendo homenaje a un dios.

Resultó una experiencia gloriosa para todos ellos cuando dejaron atrás el infierno humeante y llegaron a una región distinta, libre de humo y de cenizas, y donde por doquier había plantas–pétalo jamás tocadas que crecían en deliciosa profusión. Encontraron muchos signos de caza, y no tardaron en disfrutar todos de la carne de un Ecurridizo, alternándola con unos deliciosos frutos en perfecto estado de madurez.

—Hay abundancia de señales de caza, pero ninguna de otros cheelas —observó Corteza–Movediza—. La presa no tenía miedo de nosotros: es como si aquí jamás hubiera cazado nadie.

—Este lugar es como el paraíso de los cuentos de los Ancianos —añadió Crujido–Grande.

—Estoy de acuerdo, le llamaremos Paraíso —asintió Desliza–Azul—. El Paraíso de Brillante, porque Brillante es esta Estrella–Dios que reina sobre las demás, y su brillo impide que el humo llegue al horizonte. Carguemos comida y volvamos a las regiones inhóspitas a llevar las buenas noticias al clan. Hace tanto tiempo que salimos que deben creer que hemos muerto.

FECHA: 16:45:34 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

Pierre se apartó del visor de su consola y llamó a Jean, que estaba manejando el telescopio Lyman–alfa en otro terminal.

—Me pregunto si las condiciones atmosféricas de la Tierra serían muy diferentes si su campo magnético fuera este–oeste en vez de norte–sur.

—No —respondió Jean—, el campo magnético de la Tierra es demasiado débil para afectar a su atmósfera. Aquí es muy distinto.

Pierre rió, y Jean lo miró interrogativamente.

—Es que me he dado cuenta de que el único efecto de un campo magnético este–oeste en la Tierra sería sobre las palomas mensajeras. Para orientarse, las palomas

mensajeras utilizan una combinación de las fuerzas del campo magnético norte-sur, y del giro de Coriolis este-oeste. Se extraviarían completamente si las líneas de fuerza del campo magnético y las líneas de fuerza de Coriolis estuvieran en la misma dirección, como sucede aquí a lo largo del ecuador de revolución. Esto aún sería peor para las palomas que el hecho de que su sentido direccional se invierta cuando en el hemisferio sur se suelta una paloma criada en el hemisferio norte.

Pierre se volvió hacia la consola y dijo:

—¡Archiva esta secuencia! ¡Sigue vigilando la conformación de las corrientes de lava volcánica en base de Prioridad Dos! —Y, dirigiéndose de nuevo hacia Jean, añadió—: Bien, la consola principal es toda tuya. Voy a comer alguna cosa, escribir un poco y luego directo a la cama. Te veré en el próximo turno de guardia.

Jean se arrellanó en el asiento de la consola principal.

—¿Qué estás escribiendo ahora? —preguntó.

Pierre se detuvo en la boca del puente y contestó:

—Se trata de un texto de física para jóvenes de diez a catorce años. Según los telemensajes de mi editor, tuve tanto éxito al escribir libros de divulgación de ciencia y espacio para niños de ocho a doce años, durante el viaje hasta el Huevo del Dragón, que ya tengo clubs de fans. ¿Sabes que cuando regrese de este viaje, dentro de dos años, voy a tener más ingresos por derechos de autor de libros para niños que por mi salario por ser un científico espacial?

—Bien, por suerte no somos demasiado envidiosos. Todos sabemos que cada uno de los chavales que conviertas en un entusiasta aficionado a la Ciencia del Espacio será, después de que regresemos, un contribuyente con voto, y deberemos volver a Huevo del Dragón con una expedición de seguimiento antes de que abandone el sistema solar.

—Estoy seguro de que la Administración Mundial del Espacio piensa lo mismo que tú. Incluso le hicieron a mi editor una tarifa especial para el coste de transmitir a la Tierra mi manuscrito.

Dio la vuelta y se propulsó por el túnel de comunicación.

FECHA: 16:45:35 MG; DOMINGO, 22 DE MAYO DE 2050

Crujido-Grande era el blanco de todas las burlas. Aunque se trataba de una de las mejores cazadoras del clan, con dos Deslizantes Lentos muertos en sus palmares, era objeto constante de bromas por parte de sus compañeros de caza debido a su arraigado hábito de recoger y acarrear toda clase de cosas que le interesaban; y, gracias a su desarrollado sentido de la curiosidad, le atraía prácticamente todo.

Cuando para la partida de caza llegó el momento de cargar el máximo posible de frutos maduros para el largo camino de regreso al clan, Crujido-Grande hubo de

sacar de sus bolsas todos los cachivaches para hacer sitio a los frutos. Se acercó a una pequeña depresión de la corteza, entre gritos atrevidos de la concurrencia:

—Pero, chica, ¿qué estás haciendo? ¿Poniendo tres huevos a la vez?

—No, solo uno. ¡Pero es del tamaño de un Deslizante Lento! —y al mismo tiempo que daba esta réplica descargaba su preciada carga de cosas raras y surtidas. Puso las más pesadas alrededor de las otras para formar una especie de pared protectora que confiaba las protegería de los vientos constantes. Con un poco de suerte, podría recuperar sus posesiones cuando regresara con el clan.

Con su tamaño reducido, como para ir a luchar, Crujido–Grande se deslizó apartándose de su botín. Sin hacer caso de las bromas, se unió a los demás que se desplazaban entre las plantas–pétalo, escogiendo con todo cuidado los mejores frutos para almacenarlos en las bolsas de sus cuerpos, hasta que todos estuvieron al tope de su capacidad.

—¿Estás segura de que todo esto son frutos, Crujido–Grande? —se burló Corteza–Movediza—. ¿No habrás vuelto atrás a recoger alguno de tus cacharros? ¿Seguro?

Crujido–Grande se encontraba en medio de una ofensiva perorata referente a que, cargada así, era una luchadora mucho mejor que Corteza–Movediza descargada, y si deseara una demostración... cuando las interrumpió Desliza–Azul con un potente golpe en la corteza.

—¡Vosotras dos, parad esto! —Sus ojos miraron alrededor, a todos, y ordenó—: ¡Ha llegado el momento del regreso!

Desliza–Azul empujó su cuerpo en la dirección difícil, mientras los demás formaban una sola fila y empujaban detrás de él.

De repente, Desliza–Azul se detuvo.

—¡Esperad! —exclamó—. Vamos en sentido equivocado.

Todos alzaron sus visuales desde la posición agachada y alargada que presentaban, detrás de él, y miraron hacia adelante. Frente a ellos aparecían los benevolentes destellos de Brillante. Se detuvieron confusos. Se habían adentrado tanto en el Paraíso de Brillante que ya no tenían la sensación de andar perdidos que tuvieran antes, cuando se hallaban bajo el humo. Como buenos cazadores que eran, sabían por instinto dónde estaban y en qué dirección iban. Pero sus instintos les llevaban directamente hacia Brillante, aunque por lógica sabían que el camino de regreso a su clan era en sentido contrario.

—Opino que debemos olvidar nuestro sentido de la orientación mientras viajemos por estas tierras —declaró Desliza–Azul. Se dirigió hacia la cola de la columna y comenzó a empujar, pero en esta ocasión en sentido contrario al de Brillante.

Pronto llegaron al límite del Paraíso de Brillante. Todos lanzaron miradas nostálgicas cuando Brillante se escondió bajo el horizonte, y entonces reapareció su

impresión de estar extraviados. Desliza–Azul redujo los períodos de descanso porque se encontraban en buena forma y bien alimentados, y regresaron a buena marcha a través de la zona de «sensación de andar perdidos» con el humeante cielo que se desplazaba hacia el oeste.

Poco a poco recuperaron su sentido de la orientación, y Desliza–Azul se sintió mucho mejor ahora que sus instintos iban de acuerdo con la lógica. Seguían su camino anterior con mucha precisión, y a Desliza–Azul le preocupó que podía descifrar muy fácilmente el rastro que habían dejado a la ida. Debieron sentirse muy desalentados para haber sido tan descuidados. Bien, ahora estaban de vuelta, y las huellas de muchos giros atrás no harían más que extraviar a los posibles rastreadores siempre que mantuvieran limpio su actual rastro. Cuando le tocó el turno al final de la columna, miró hacia atrás y se felicitó por el hecho de que, salvo por una blanquecina línea que iba desapareciendo lentamente y procedía del calor de sus cuerpos que calentaba la corteza, casi no podía distinguir evidencia alguna de su paso.

En la parada siguiente, la mayoría de ellos comieron otro fruto. Como era su costumbre, Crujido–Grande guardó todas las semillas de los frutos para el caso de que el clan las necesitara. Desliza–Azul observó que ella sólo añadía una piel de fruto al foso de los desperdicios, y se acercó para hablar con ella.

—Eres una gran cazadora y una fuerte luchadora, Crujido–Grande, por lo que hasta ahora nunca me he quejado de tu volumen. Pero ahora estamos en una misión muy importante y cualquier cosa que nos retrase pone en peligro las posibilidades de supervivencia de todo el clan. Quiero que descargues todas las semillas y todo lo que hayas recogido y lo dejes en el foso de los desperdicios. Y abstente de coleccionar cosas hasta que estemos de vuelta con todo el clan en el Paraíso de Brillante.

—¡Pero las semillas son valiosas! —protestó.

—El clan no necesitará plantar semillas durante su traslado al Paraíso de Brillante, y tendremos abundancia de frutos y semillas una vez hayamos llegado todos allí —replicó.

Ella no tuvo más remedio que estar de acuerdo. Desliza–Azul vio, primero con diversión y luego con asombro, cómo un constante río de semillas, piedras, trozos de cristal de dragón sin valor y nódulos de Deslizante Lento llenaba el foso. No sabía que Crujido–Grande escondía algo. En cada uno de los frutos comestibles procedentes del Paraíso de Brillante, la última semilla del fondo tenía una forma inusual de doce puntas, en vez de la normal forma ovalada. La curiosidad de Crujido–Grande se despertó ante esta forma extraña. Había mirado en cada uno de los frutos que abrió, y en cada uno encontró una de estas semillas especiales, que ella guardaba celosamente. Quería sembrarlas para comprobar si las plantas que nacieran de ellas tendrían una forma diferente a la de las plantas nacidas de semillas ovales. Cuando tiró a la basura su colección de tesoros, salvó las semillas de doce puntas.

«Son tan pequeñas que no me harán retrasar —pensó como si intentara convencerse a sí misma—. Además, él no se dará cuenta, ahora que llevo un huevo en desarrollo».

Cubrió cuidadosamente el foso de los desperdicios para no dejar rastros de su presencia, y fue a reunirse con los demás.

Después de muchos y muchos giros, la partida de caza empezó a adentrarse en territorio conocido. Entonces ya no efectuaban paradas, sino que empujaban continuamente hacia adelante. Conforme se acercaban al asentamiento del clan, percibieron ominosos temblores bajo sus aristas motrices. A través de la corteza les llegaban gritos y rápidos movimientos de aristas. Algunas de las voces tenían un extraño acento.

¡El clan estaba siendo atacado! Desliza–Azul aceleró su marcha. Aplanándose al máximo, se detuvo justo sobre el horizonte del campamento. Rápidamente reforzó un ojo–tallo y lo alzó para evaluar la situación.

Una importante expedición de guerra de otro clan atacaba los campos de plantas–pétalo. Pudo apreciar movimientos entre las hileras, donde unos atacantes hacían retroceder a los guardianes hasta un extremo del campo mientras otros despojaban a las plantas de sus frutos, por el otro extremo. Otro grupo de atacantes simulaba ataques a los almacenes de frutos y a las empalizadas del otro lado del campamento, para alejar a los guardianes. Al parecer, los defensores eran muy pocos, y Desliza–Azul no pudo ver a Cielo–Humeante por ningún lado. No había guerreros enemigos en la parte donde estaban ellos, por lo que el plan de ataque de Desliza–Azul era obvio. Bajó su ojo y en susurros comunicó la situación a los suyos:

—Los campos de plantas–pétalo están siendo atacados por una gran partida de guerra que tiene bajo control la mitad este. Nosotros iremos desde aquí hacia el este, manteniéndonos por debajo de su horizonte, cruzaremos después en la dirección difícil hasta llegar a sus espaldas. Caeremos sobre ellos desde el este y quedarán atrapados en medio.

Mientras él hablaba, sacaron de las bolsas los frutos y las herramientas de cavar y los dejaron amontonados sobre la corteza. Reforzados manipuladores de lucha brotaron de sus cuerpos y empuñaron afilados trozos de cristal de dragón que extrajeron de sus bolsas de armas. Aunque Crujido–Grande intentó ocultarlas, Desliza–Azul vio con disgusto el pequeño montón de semillas raras. Decidió darle una paliza cuando hubiera finalizado la inminente batalla.

Con sus mortíferas espadas de trozos de cristal de dragón dispuestas, la partida de caza se desplazó hacia el este, avanzando muchas veces más aprisa que cuando lo hacía en la dirección difícil. Cuando estuvieron lo bastante al este, Desliza–Azul los dirigió en la dirección difícil hasta que se encontraron detrás de la partida atacante.

Dispuso a sus guerreros en línea, cada uno con una o más espadas afiladas

engarzadas en manipuladores muy fuertes, firmemente implantados en su cara frontal, y les susurró:

—No saben que vamos a atacarles, así que procurad moveros tan silenciosamente como podáis. Si conseguimos sorprenderles, los pillaremos con sus nudos cerebrales en nuestra dirección.

Se movieron hacia adelante, presentando una silueta muy baja al aparecer sobre el horizonte. Se deslizaron al amparo de un montón de frutos que habían dejado allí para recogerlo después.

—Tenemos suerte —susurró Desliza–Azul—, los recolectores han ido a atacar a los guardianes para hacerles retroceder aún más.

Cada uno escogió una hilera en cuyo punto medio luchaba un enemigo, y así pudieron atacarle sin previo aviso.

Era difícil matar a un cheela. Si resultaba herido por algo duro, el fluido de su cuerpo sencillamente se retiraba del sitio del impacto, que era absorbido por la piel flexible. Si el arma atacante además de dura era afilada, por ejemplo un trozo de cristal de dragón, podía agujerear la piel, y si el agujero era muy grande podía escaparse algo de fluido vital antes de que los sistemas automáticos de protección cerraran la herida. Si un ojo, demasiado atrevido como para estar elevado sobre su tallo, caía cercenado por un arma cortante, con el consiguiente shock doloroso, esto sólo suponía una pérdida parcial de visión. Después de todo, si perdía uno o dos de los doce ojos, el cheela podía ajustar la posición de los restantes para obtener una visión casi completa.

La única parte vulnerable de un cheela era su nudo cerebral. Podía estar en cualquier parte del cuerpo debajo de la piel, pero era casi seguro que si el cheela luchaba con alguien, y presentaba un frente de lucha por un lado, su nudo cerebral estaría en el lado opuesto, lo más lejos posible de los embates de los cristales de dragón. Desliza–Azul contaba con este comportamiento instintivo cuando se precipitó sobre su enemiga desde atrás y se montó sobre ella. Percibió el nudo señalado bajo su arista motriz, y le hizo perder el conocimiento mediante una vibración concentrada sobre el nudo, que generó con la parte inferior de su cuerpo; y lo apuñaló tres veces al pasar por encima de lo que ya era el cadáver de su enemigo.

—¡Desliza–Azul! —exclamó Camino–Cansado, y bajó la punta de su espada—. ¿De dónde vienes?

Desliza–Azul examinó el herido flanco de su antigua amiga y contestó:

—Acabamos de llegar y hemos encontrado un nuevo hogar para el clan. Pero vamos, sígueme, debemos luchar todavía.

Desliza–Azul se desplazó por la hilera de plantas hasta encontrar un terceto de luchadores. Entre Viento–Caliente y Crujido–Grande se hallaba un guerrero enemigo. El enemigo había parado la acometida inicial de Crujido–Grande y luchaba contra las

dos mientras intentaba escapar por entre las hileras; entonces vio con desespero cómo Desliza–Azul le cerraba el paso con su espada, que clavó justo en el centro de su cuerpo.

—¡Otra muerte cerebral! —gritó Desliza–Azul con alegría, al tiempo que su enemigo se colapsaba en forma de un disco que llenaba el espacio entre las plantas. Rápidamente cuchicheó a Crujido–Grande y a Viento–Caliente, mientras señalaba con una ondulación de sus ojos–tallo—: Vosotras dos id por aquel lado y yo iré por éste.

Se dio la vuelta y, con Camino–Cansado que cubría su rastro, fueron en busca de otros enemigos.

Con el regreso de la partida de caza, el signo de la batalla se volvió a su favor, y pronto la expedición de guerra enemiga tuvo que retirarse, sin los frutos que había robado y tras perder muchos de sus guerreros.

Comenzaron el trabajo de limpieza: devolvieron los frutos robados a sus almacenes, junto con los frutos maduros que la partida de caza trajo consigo. Los abundantes muertos, entre ellos Corteza–Peluda y Estrella–Alta, del clan, los cortaron a tiras para que los fluidos se escurrieran y penetraran en la corteza, y luego secaron y almacenaron la carne.

Muy mal lo había pasado el clan durante la ausencia de la expedición de caza. Estuvieron sometidos al ataque casi constante de hambrientas partidas de guerra de otros clanes. Cielo–Humeante había muerto mucho tiempo antes, en una batalla para proteger los campos, y Camino–Cansado era ahora Jefe del Clan. Desliza–Azul, al oír estas noticias, se giró hacia Camino–Cansado y la miró. Las importantes heridas de su flanco todavía rezumaban el fluido vital amarillo blancuzco.

«Ahora es el momento más oportuno para hacerlo —pensó Desliza–Azul—. El clan necesita un jefe fuerte para el viaje hasta el Paraíso de Brillante.» Se levantó, alzó su espada y lanzó su reto formal a Camino–Cansado:

—¿Quién es el jefe del clan, Anciana?

Durante una larga pausa, Camino–Cansado consideró sus posibilidades. Aún podía ser un buen jefe y no quería ser relegada al estatus de Anciana, pero nunca había estado tan de acuerdo con su nombre desde que lo recibiera siendo una cría.

—Tú eres el jefe, Desliza–Azul —respondió y se estremeció al recibir la tradicional sajadura de la espada de Desliza–Azul, que añadía una pequeña herida a su lacerado costado.

—Soy el jefe del clan —proclamó, enfrentándose a todos—. ¿Alguien quiere retarme?

Al no haber contestación, la ceremonia había concluido, y entonces su tono cambió al tomar el mando:

—Tengo buenas noticias. He encontrado una nueva tierra para nosotros. Una

tierra libre de humo. Una buena tierra sin enemigos, con mucha caza y con muchas y muchas plantas—pétalo que jamás han sido recolectadas. Está lejos, el camino es largo y en la dirección difícil. Pero iremos, porque nos espera una nueva Estrella—Dios y su Paraíso, ¡«El Paraíso de Brillante»!

Durante los siguientes giros, Desliza—Azul ordenó a quienes no estaban de caza que recolectaran todos los frutos comestibles y que los guardaran en el almacén. Él estaba allí, con Crujido—Grande, viendo con satisfacción cómo los frutos rebosaban ya por la puerta.

—Ya es suficiente —dijo—. Cuando regresen los cazadores emprenderemos la marcha.

—¿Pero será suficiente? —preguntó Crujido—Grande, dudosa—. Necesitamos muchos y muchos frutos para regresar al clan desde el Paraíso de Brillante. En el clan somos muchos y tendremos que viajar mucho más despacio que una partida de caza.

—Hay muchos, muchos frutos, Crujido—Grande. Debe haber los suficientes para alimentar a todo el clan, porque nunca he visto tantos frutos juntos.

Desliza—Azul salió para recibir a una partida de caza, y Crujido—Grande se quedó contemplando el montón de frutos.

«Hay muchos frutos —pensó—, pero ¿habrá bastantes?»

Se entretenía jugando en su interior con la bolsa de semillas especiales que había recuperado tras la batalla, y pensaba en los frutos que había comido durante el trayecto desde allí al Paraíso de Brillante. Muchos frutos debía necesitar, porque había sacado la semilla especial de cada uno de los frutos que comió y en su bolsa tenía ahora muchas y muchas semillas de ésas.

Entonces, en un relámpago de inspiración, una de las mejores mentes matemáticas que nunca existieran en la historia pasada o futura de los cheelas dio un enorme salto en el campo del razonamiento abstracto.

«Tomé una semilla de cada uno de los frutos que comí —razonaba Crujido—Grande—. Y por este motivo tengo tantas semillas en mi bolsa.» Su mente vaciló un momento: «¡Pero las semillas no son frutos!».

Aunque pronto se recuperó: «Pero hay tantas semillas como frutos había, por lo tanto el número es el mismo».

Sacó las semillas y las colocó en una fila tan larga como la pared del almacén. Había muchas. Entonces tomó frutos y los ordenó uno a uno al lado de las semillas, hasta tener también una fila de frutos.

«Eso es —pensó—. Voy a necesitar todos estos frutos para llegar al Paraíso de Brillante.»

Apartó «sus» frutos, haciendo un montón al lado. Cogió más frutos y los fue dejando frente a las semillas, hasta que tuvo otra fila de frutos.

«Desliza—Azul necesitará estos frutos para llegar al Paraíso de Brillante», pensó

mientras recogía los frutos y formaba otro montón.

Crujido–Grande no tardó mucho en tener montones y montones de frutos conforme asignaba raciones a cada uno de los miembros del clan. Estaba sólo a mitad de la lista de nombres cuando se le acabaron los frutos. ¡No había suficiente comida!

Crujido–Grande salió corriendo y regresó con Desliza–Azul al almacén de frutos para explicarle lo que había hecho. Pero no consiguió nada.

—Sí, veo los montones de frutos, ¿pero cómo sabes que cada persona va a necesitar todos éstos?

»Sí, veo que cuando pones los frutos frente a las semillas, la línea de frutos es tan larga como la línea de las semillas, pero ¿qué tienen que ver las semillas con los frutos?

»Sí, entiendo que guardaste una semilla cada vez que te comiste un fruto durante el regreso desde el Paraíso de Brillante, pero no sé qué tiene esto que ver con la comida del clan. Te comiste todos esos frutos y ya no los tenemos, sólo quedan estas semillas deformes.

»No, no sé qué quieres decir cuando afirmas que las semillas te dicen cuántos frutos necesitará cada uno de nosotros. Las semillas no son frutos.

Crujido–Grande intentó de diversas maneras que Desliza–Azul cruzara el abismo que le separaba del pensamiento abstracto, que a ella le parecía ahora tan natural, pero no lo consiguió. Hasta que al fin, frustrado, él perdió los estribos y gritó:

—Tenemos bastantes frutos. Míralos. Nos vamos, porque nos espera el Paraíso de Brillante.

Crujido–Grande se deslizó ante él, para impedirle el paso.

—No podemos irnos —replicó—. ¡Moriremos de hambre antes de llegar allí! ¡Las semillas dicen la verdad!

—Las semillas no son frutos —repuso él—, y he querido darte una paliza porque guardaste estas semillas después de que yo te ordenara dejarlas en el camino.

La réplica de ella le dejó suspenso:

—¿Quién es el Jefe del Clan, Anciano?

Ella avanzó hacia él, que retrocedió para salir del almacén de frutos. «No conviene poner en peligro los frutos —pensó—. Los dos estamos en buena forma, y va a ser una lucha larga. Me pregunto por qué me desafía ahora.»

El clan se reunió a su alrededor mientras ellos se dirigían hacia un claro entre las empalizadas. Desliza–Azul miró con una mezcla de temor y diversión a su contrincante cuando empezó a vaciar sus bolsas de herramientas y «cosas», para formar un manipulador de desafío con el que levantó su espada.

«Desliza–Azul está en buena forma —pensó Crujido–Grande, mientras formaba un montón con sus “cosas inusuales”—. Necesitaré todas las ventajas que pueda lograr para vencerle. De ninguna manera puede ganar, porque conduciría el clan a

una muerte segura por inanición.»

Por fin, se volvió, levantó su espada y repitió su desafío:

—¿Quién es el Jefe del Clan, Anciano?

Hizo una pausa y subrayó su reto expulsando de la protección de su cuerpo el saco de su huevo a medio formar que estrelló contra la corteza que estaba entre ellos. El clan contempló aquella acción con doloroso asombro, los restos delicados eran sacudidos por espasmos con los que finalizaba su breve vida entre los trozos del saco roto.

Desliza—Azul repartía sus ojos para poder observar a la vez la horrible visión de la muerte del huevo y la severa expresión de Crujido—Grande.

«Está realmente determinada a ganar. ¿Será posible que esté en lo cierto y no tengamos bastantes frutos? —Agitó su espada—. No importa, las cosas han ido demasiado lejos para detenerlas ahora.»

Desliza—Azul devolvió la réplica formal:

—Yo soy, cría.

Y cargó contra ella.

No fue una lucha bonita. Ambos estaban limitados por la regla que les obligaba a mantener el control de sus espadas, porque quien perdiera este control automáticamente perdía la lucha, y tampoco podían usar la punta de sus espadas hasta que el vencedor realizara el corte ceremonial al vencido. Se revolvían, golpeaban los tallos de los ojos del contrario con las hojas de sus espadas, se pisaban, intentaban arrancar la espada del manipulador del otro y se apaleaban con pseudópodos musculares intentando alcanzar el nudo cerebral.

La batalla por la jefatura, que siempre se desarrollaba sin pérdida de fluidos vitales, acabó de forma inesperada cuando Crujido—Grande, deliberadamente, al ver la punta de la espada de Desliza—Azul en la posición adecuada, se empaló ella misma reteniendo la espada dentro de su cuerpo. Como ya no tenía el control de su espada, Desliza—Azul había perdido. Sacudió de su manipulador de duelo las gotas del fluido de Crujido—Grande mientras ésta repetía su desafío:

—¿Quién es el Jefe del Clan, Anciano?

—Tú eres el jefe, Crujido—Grande —reconoció Desliza—Azul.

Crujido—Grande maniobró con su cuerpo y Desliza—Azul vio con horror cómo su propia espada salía de la herida, ya en proceso de curación, del costado de Crujido—Grande. La espada le alcanzó en la piel y le hizo el corte ceremonial; los fluidos de ambos cuerpos cayeron mezclados desde la punta de la espada a la corteza.

Aunque había sufrido una importante herida, la lesión no bastaba para detener a un excelente guerrero como Crujido—Grande, y cuando ésta repitió el desafío nadie tuvo valor para aceptarlo.

Entonces Crujido—Grande se dirigió a su clan, allí reunido:

—Iremos al Paraíso de Brillante, pero no ahora. No tenemos bastante comida para sobrevivir a las dificultades del camino a través de las malas tierras, desde aquí al Paraíso de Brillante. Debemos cultivar más frutos. Id a los campos y plantad muchas más semillas. Partiremos después de la próxima cosecha.

El clan volvió a su trabajo, la contrariedad por el retraso en ir al Paraíso de Brillante se compensaba con la natural desgana en abandonar su hogar. Al cabo de pocos giros, Crujido–Grande estaba ya curada, y se aseguraba no sólo de que se plantaran suficientes semillas, sino también de que no se perdieran los servicios de Desliza–Azul, que era uno de los mejores guerreros del clan. Siempre que tenía oportunidad, lo acariciaba y jugaba con él. Pasados algunos giros, superó la tristeza de haber perdido y volvió a retozar y a jugar. No pasó mucho tiempo y ella ya notó que había un nuevo huevo creciendo en su interior, para reemplazar al que tuvo que sacrificar.

Crujido–Grande plantó algunas de las semillas raras en un lugar aparte y vigilaba su crecimiento con interés, pero su desilusión fue grande al comprobar que las plantas, los frutos y las semillas que crecían eran exactamente iguales a los obtenidos de las semillas ovales. Nunca pudo saber el porqué.

Mientras la cosecha crecía, Crujido–Grande jugaba con las matemáticas. De la misma manera que había aprendido a identificar los frutos con las semillas, ahora tenía una colección de guijarros, uno por cada miembro del clan.

Aprovecharon la espera de la nueva cosecha para construir un nuevo almacén. Crujido–Grande decidió que ya casi había llegado el momento de comprobar si tendrían frutos suficientes para el clan. Ya no se proponía sacar todos los frutos del almacén, para alinearlos con la colección de semillas que acumulara en su viaje de regreso desde el Paraíso de Brillante, luego amontonarlos y por último devolverlos de nuevo al almacén.

Entonces rompió otra barrera conceptual.

«¿Por qué he de mover los frutos de aquí para allá? —pensó—. Puedo hacer una colección de semillas, una por cada fruto que haya en el almacén. Después de esto será mucho más fácil mover semillas que mover frutos.» Poco después el almacén de frutos tenía un almacén mucho más pequeño al lado de la entrada, que contenía un montón de semillas, una por cada uno de los frutos del almacén. Para controlarlo estaba el primer contable de los cheela, un Anciano que tenía asignada la tarea de añadir una semilla al almacén de semillas por cada fruto que entraba en el almacén de frutos, y quitar una semilla por cada fruto que comían.

A medida que avanzaba la recolección, la cantidad de semillas llegó a desbordar su almacén. Crujido–Grande, al contemplar el almacén de semillas, se sentía a la vez complacida y espantada por su número. Ahora que había aprendido a utilizar sus matemáticas para facilitar su trabajo, buscó la manera de hacerlo aún más fácil.

Reflexionó mientras empujaba para formar montones con las semillas. Advirtió que por su forma oval alargada tenían tendencia a arracimarse. Descubrió que si las disponía con sus lados tocándose uno al otro obtenía un bonito conjunto. Aunque eran demasiadas para contarlas, había siempre el mismo número en cada conjunto si las reunía de tal forma que los lados se tocaran. Formaban un bonito dibujo, igual al de la semilla especial del fondo de los frutos del Paraíso de Brillante. Puso una semilla especial junto al montón de semillas. Parecían idénticos. Entonces, el ya más familiar hábito de la identificación isomórfica entró de nuevo en acción.

«Si una semilla rara se ve igual que un montón de semillas normales —meditaba—, ¿por qué no guardo sólo semillas especiales y que cada una represente un montón de semillas corrientes?» Reemplazó el pequeño almacén de semillas por otro mucho menor, que contenía semillas especiales y algunas pocas semillas corrientes. Esto, al principio, era un poco molesto, porque tenía algunos frutos representados por semillas puntiagudas y otros representados por semillas ovales; pero como las semillas puntiagudas eran algo mayores, esto le ayudaba. El verdadero problema lo tuvo con el contable, que no entendía nada.

—La manera de antes era sencilla, Crujido–Grande —protestó el Anciano—. Una semilla en el almacén de semillas por cada fruto en el almacén de frutos. Pero lo que dices ahora no tiene sentido: ¿cómo puede una semilla, aunque sea una semilla grande, representar muchos frutos?

Crujido–Grande intentó explicárselo con el mayor interés, y se topó con el fenómeno con el que se encuentra muchas veces quien intenta enseñar algo a otro: el profesor con frecuencia también aprende algo nuevo. Crujido–Grande aprendió a contar más allá de tres.

—Mira, Anciano, vamos a ir despacio. Esto es un fruto y esto una semilla ovalada. Pongo otro fruto al lado del primer fruto, y otra semilla oval al lado de la primera semilla. Esto es «dos». Y esto es «tres» —añadió al colocar el siguiente fruto y la siguiente semilla.

Intentó continuar con dos nuevos ejemplares.

—Y esto es... —buscaba en vano la inexistente palabra—... es el mismo número de caminos hacia donde puedes viajar: este, oeste, y las dos direcciones difíciles. — Continuó añadiendo piezas. Y esto es el mismo número de colmillos de un Rápido. Y esto es el mismo número de pétalos de una planta–pétalo.

Y fue siguiendo.

—Y esto... —dijo al acabar el dibujo— es el número de pinchos de la semilla grande. Es el mismo que el de tus ojos.

El contable agachó cada uno de sus doce ojos a medida que cuidadosamente tocaba cada una de las semillas.

—O sea que es esto —murmuró—. Así es fácil contarlas.

En realidad no aprendió la lección la primera vez, pero tras muchas repeticiones, incluso el contable usaba: «Uno, dos, tres, viaje, rápido, pétalo...» Y así hasta completar la docena, como si lo hubiera aprendido en su infancia.

Pronto no tuvo suficiente con esto, porque había tantos frutos en la cosecha que Crujido–Grande debió inventar la palabra «gran» para una docena de docenas de frutos. El contable estuvo muy satisfecho con la elección de esta palabra, porque era verdad que representaba un número grande de objetos.

Con la ayuda del contable, Crujido–Grande comprobó los resultados de la cosecha. Primero pusieron en una columna los guijarros, uno por cada miembro del clan, luego, abajo de todo, de través, colocaron las semillas especiales que Crujido–Grande había acumulado durante su regreso desde el Paraíso de Brillante (y que medían la distancia en términos de frutos), sólo que ahora fueron reemplazadas por un concepto, un número, es decir, un pétalo de semillas puntiagudas más un rápido de semillas ovales. El pronóstico no era bueno. Las semillas puntiagudas formaban una fila que salía de cada guijarro. Pero a Crujido–Grande se le acabaron las semillas antes de que se le acabaran los guijarros. Entonces sintió la responsabilidad y la frustración de ser jefe del clan. El volcán había aumentado su actividad, y el cielo empeoraba por momentos. Con la nublada visión del cielo, las plantas crecieron poco y la cosecha fue escasa. Los vecinos del este y del oeste estaban hambrientos e inquietos, y habían atacado varias veces los campos del clan. Debían emprender el viaje. Pero no tenían frutos suficientes.

Crujido–Grande observó detenidamente el diagrama que tenía enfrente. Aunque aquellos guijarros y semillas estaban muy lejos de ser cuerpos hambrientos y frutos nutritivos, lo que representaban implicaba una gran angustia para todos ellos.

«Antes de marchar puedo recoger los frutos que no estén maduros, que después de algunos giros ya se podrán comer —pensó—. Suele haber dos frutos inmaduros por planta.»

Se deslizó hasta su empalizada, donde tenía un montón de semillas que representaba el número de plantas de los campos. Poco después regresó con una colección de semillas que representaban los frutos no maduros que había en los campos. Pero incluso añadiendo éstos, no tendrían suficientes.

«¡Fuego de Dragón!», exclamó para sí.

Dudaba antes de tomar la decisión obvia, discutía con ella misma.

«Pero hay tantos frutos, seguramente alcanzarán para que vayamos todos.» Pero el diagrama, vacío arriba y al final, la contradecía con su fría lógica.

«Una docena —más dos Ancianos— han de quedarse», decidió, y se estremeció cuando en su mente los números se convirtieron en nombres.

Reunió el clan. Para reforzar su control y a la vez demostrar la importancia del momento, empezó con un reto formal.

—¿Quién es el jefe del clan? —preguntó, y su arista recibió el coro de respuestas.
—¡Tú eres el jefe, Crujido-Grande!

Sus ojos buscaron y miraron fijamente a unos cuantos guerreros que se mostraban remisos en responder, pero al fin contestaron todos.

—Marcharemos hacia el Paraíso de Brillante dentro de un giro —dijo entonces—. Pero no hay bastantes frutos para alimentar a todos durante el largo viaje. Por lo tanto, algunos no podrán ir.

Recitó los nombres de los Ancianos que estaban tan heridos o eran tan viejos que ya valían muy poco, y ellos estoicamente aceptaron su destino porque ya estaban cansados de vivir, después de tantos giros. Poco tiempo requirió despojar a las plantas de los frutos inmaduros y cargar los huevos, crías, frutos y sus pocas herramientas y armas, en sus bolsas embutidas dentro de sus cuerpos.

El clan abandonó su hogar, moviéndose, como siempre, según la regla de los Antiguos: «Ve por donde no vayan los otros». El grupo masivo de los cheela, que iban muy cargados, empujó poco a poco hacia el sur. Transcurrieron casi dos giros antes de que perdieran de vista las empalizadas y los campos que hasta entonces habían sido su hogar. Poco después de llegar más allá de su horizonte habitual, uno de los guardias de la retaguardia abandonó su puesto y aceleró la marcha para alcanzar a Crujido-Grande, que iba al frente de la fila abriendo el camino.

—Uno de los Ancianos que habíamos dejado atrás nos viene siguiendo —le comunicó el guardia.

Crujido-Grande dejó su puesto cuidadosamente para que el que le seguía y debía ocuparlo pudiera cerrar el intervalo con suavidad, sin disminuir la velocidad de marcha de toda la columna. Ella y el guardia se deslizaron rápidamente hacia el este, y esperaron a que el clan hubiera pasado lentamente por su lado. Crujido-Grande observó al Anciano que se acercaba.

—Es Luz-del-Oeste, uno de los más capaces de los que se quedaron. ¿Por qué vendrá?

Esperaron casi un giro hasta que Luz-del-Oeste los alcanzó.

—Anciano, pudiste oír mi orden —le gritó—. No puedes venir con nosotros. ¡No hay bastante comida! ¡Retrocede ahora mismo o te mataré!

Luz-del-Oeste se detuvo y vació sus bolsas. Contenían algunos de los frutos que dejaron en los campos y que ya se podían comer por haber madurado algo desde que iniciaron el viaje, y además había otros frutos casi del todo maduros.

—Nos atormentaba la idea de que quizá no hubiese suficiente comida para que las crías se mantuvieran en buen estado de salud —explicó Luz-del-Oeste—, así que recogimos lo que pudimos durante estos pocos giros, antes de que os alejarais demasiado y no pudiera alcanzaros. Tomad, cuidado mucho a las crías.

—Gracias, Luz-del-Oeste —murmuró Crujido-Grande.

Se adelantó para recoger la modesta oferta, y luego se entretuvo en observar cómo el cheela más delgado que hubiera visto en toda su vida empujaba con dificultad en su camino de regreso al campamento abandonado.

«No ha comido nada desde que nos fuimos», pensó.

Se volvió y regresó para incorporarse a la columna, que lentamente proseguía su avance hacia el sur, hacia el Paraíso de Brillante.

La marcha era triste. Adelantaban mucho menos de lo que había calculado Crujido-Grande, cuya preocupación aumentaba porque la bolsa de semillas que representaba los víveres que quedaban empequeñecía después de cada alto. La calidad de la comida empeoró cuando se acabaron los frutos maduros y debieron recurrir a los que apenas habían madurado dentro de sus bolsas. Las crías no querían comer, y estaban casi siempre enfermas. Crujido-Grande envió partidas de caza al este y al oeste, pero las más de las veces regresaban sin frutos y sin carne. Crujido-Grande se encontraba al borde de la desesperación. Cada pocos giros, perdían una cría. Por primera vez en su era, tuvieron que abandonar algunos de los huevos del clan al advertir que el embrión estaba muerto.

«Todo el clan está en muy baja forma», se dijo a sí misma mientras trabajaba en la retaguardia: constantemente debía ayudar a cerrar intervalos que algún viejo o algún joven originaban al no poder mantener el ritmo de la marcha. Miró hacia atrás. Había allí una columna rezagada, que se había separado del resto del grupo al vacilar uno de sus miembros, dando lugar a que la dirección difícil le encerrara. Vio cómo intentaba reemprender la marcha hacia adelante, en la dirección difícil, pero era evidente que no conseguirían alcanzar al resto del clan. Entonces advirtió un movimiento por el brumoso este que le hizo entrar inmediatamente en acción.

—¡Ataque por el este! —avisaba mientras se abría paso por entre los miembros del clan.

Al llegar al flanco este comprobó que el problema era muy serio. Se trataba de una partida de guerra, numerosa y hambrienta, que ya había logrado aislar a los rezagados del resto del clan. Pronto tuvo a su alrededor un grupo de guerreros y vio con satisfacción que el resto del clan se había detenido y formaba ahora un grupo compacto, con los más fuertes en el exterior empuñando espadas y puñales. Se adelantó para rescatar a los cautivos, y entonces sus entrenados sensores detectaron algo por el oeste. Era otra partida de guerra que esperaba a que ella y los suyos atacaran a la primera partida, para así poderlos sorprender por la espalda.

—¡Alto! —ordenó.

No tuvo otra alternativa, fue a proteger el grueso del clan, mientras veía con impotente rabia cómo morían los cautivos al ser destrozados por sus captores para sacar de sus bolsas los invaluables frutos que apaciguarían su hambre. La partida de guerra los vigiló durante algunos giros, intentando hallar la manera de atacar al resto

del clan. Realizaron algunos ataques infructuosos, y en uno de ellos Crujido–Grande tuvo la inmensa satisfacción de acabar con dos de los atacantes, como venganza parcial, en memoria de los miembros del clan que habían perecido. Por fin, la partida de guerra abandonó el asedio y se dirigió hacia el este, llevándose consigo la carne de sus víctimas. Inmediatamente Crujido–Grande se encaminó con el clan hacia el Paraíso de Brillante.

Tras el obligado descanso, el clan estuvo en mejor forma y, con el ejemplo de lo que les sucedía a los rezagados aún fresco en sus mentes, en muy pocas ocasiones se dejó un intervalo en el surco de los abridores de camino, y durante algunos días avanzaron a buena marcha. Pero pronto se le hizo evidente a Crujido–Grande que tenían un grave problema. Durante la siguiente parada, sacó los guijarros que representaban a los miembros del clan y, tras eliminar los que representaban a quienes habían resultado muertos en la reciente lucha con los atacantes, los puso en columna.

Sabía que se hallaban aún muy lejos del Paraíso de Brillante, porque sólo estaban entrando en la región de «la sensación de estar perdidos». Efectuó una estimación de los giros que faltaban para llegar al Paraíso de Brillante y luego puso en línea sus semillas especiales, con las que rellenó el diagrama hecho con semillas que representaban los frutos de que disponían. No había discusión posible: se quedaban muy cortos, faltaban muchos, muchos frutos.

Miraba con atención el gran espacio vacío del diagrama, y en su imaginativo cerebro convertía el espacio vacío en cheelas vacíos. Tenía que ser ahora. A pesar del riesgo de otro ataque, debía dividir sus fuerzas.

El clan se mostraba más inquieto conforme se prolongaba la duración del descanso, mientras Crujido–Grande hacía sus cálculos. Por fin, llamó a sus guerreros y les expuso la situación. Desliza–Azul nunca había entendido cómo las semillas y los guijarros podían decir cosas a Crujido–Grande que él no conseguía oír, pero en realidad ahora estaba muy contento de que Crujido–Grande le hubiera evitado ser jefe del clan. Si él hubiera estado al frente, ya estarían todos muertos. Pero no le hacía falta saber calcular para darse cuenta de que no tenían suficientes frutos para llegar a su destino.

—Desliza–Azul —empezó ella—, quiero que dirijas una partida de caza hasta el Paraíso de Brillante y regreses con frutos para todos nosotros. —Y, tras consultar su diagrama, continuó—: Para el trayecto, pocos frutos podrás llevar. Llegarás allí terriblemente hambriento, pero los frutos maduros que te esperan al final te compensarán el esfuerzo.

Desliza–Azul y el resto de la partida de caza vaciaron casi por completo sus bolsas. Algunos de ellos quisieron irse sin tomar frutos, prefiriendo dejarlos para las crías y aguantar con valentía sin comer, pero Crujido–Grande, confiando en sus

cálculos, les obligó a llevarse su ración de frutos. La partida de caza pronto desapareció de la vista del clan, que seguía avanzando con lentitud.

Con sus fuerzas de choque tan mermadas, Crujido–Grande no quiso correr riesgos y hacía que el clan se moviera con sumo cuidado para evitar que se formaran discontinuidades, y en el perímetro siempre dejaba guerreros de guardia que no perdían de vista las direcciones este y oeste.

La partida de caza atravesó rápidamente la zona de «sensación de andar perdido», y pronto la visión de Brillante sobre el horizonte les dio la bienvenida. A medida que se adentraban en la región donde los cielos eran claros y florecían las plantas–pétalo, comieron cuanto pudieron y empezaron a cargar sus bolsas para preparar su inminente regreso hacia el hambriento clan.

De repente, Giro–Malo susurró:

—Veo un Deslizante Lento que se mueve, justo en la línea del horizonte.

Desliza–Azul y los demás comprobaron que era cierto, y aplanaron todo lo posible sus cuerpos para no ser vistos.

—Está al este y podemos llegar hasta él fácilmente —musitó Desliza–Azul—. Las crías no han comido carne desde que salieron de casa. ¡Vamos a matarlo!

El Deslizante Lento confiaba en la protección de su grueso caparazón. Éste en particular nunca había visto a un cheela, y decidió ignorarles, como hacía con todas las pequeñas criaturas escurridizas que conocía. El Deslizante Lento se movía pesadamente de planta en planta, hacía caer sus placas armadas justo sobre la planta, convirtiéndola en pulpa machacada que engullía en las separaciones que había entre las plantas, mientras su enorme cuerpo fluía lentamente hacia adelante. Al Deslizante Lento le gustaban las plantas, pero, tal como algún malaventurado cheela había descubierto, podía tragar todo lo que cayera ante él.

Matarlo resultó fácil, porque el Deslizante Lento jamás había probado una espada de cristal de dragón. Los cheela se deslizaron frente a él, observaron sus movimientos con atención, y colocaron las espadas en el suelo, en la posición adecuada para que las afiladas puntas penetraran por las juntas de las placas armadas cuando éstas descendieran hacia la superficie.

Mientras se alejaba de la carcasa, Giro–Malo miró hacia atrás.

—Es una pena que no podamos llevarnos todo esto hasta el clan —observó—. Si dispusieran de toda esta carne para comer no deberían preocuparse por la comida el resto del viaje.

—También yo pensé lo mismo —contestó Desliza–Azul—. Podríamos probar de empujar un trozo grande de carne delante de nosotros, pero podemos cargar en nuestras bolsas más de lo que podemos empujar, especialmente si vamos, como ahora, en la dirección difícil. Además, si empujáramos la carne por las cenizas durante tanto trecho quedaría inutilizable.

—Si hubiera alguna forma de evitar que tocara las cenizas... —murmuró Giro-Malo.

Se acercó a una de las grandes placas del Deslizante Lento y estuvo observándola. Era grande, aproximadamente como la mitad de él mismo. Se trataba de una placa plana y cuadrada de un material casi tan duro como el cristal de dragón. En los bordes delantero y trasero tenía unos labios curvados que habían estado enganchados a la piel del Deslizante Lento. Giro-Malo se deslizó dentro de la placa.

«Aquí puede haber mucha carne y muchos frutos, muchos más de los que puedo llevar en mis bolsas», pensó.

Se deslizó hasta el labio delantero y permaneció parado un momento con su arista trasera frente al labio de la placa.

—¿Qué haces? —preguntó Desliza-Azul—. Debemos marcharnos.

—¡Mira! —exclamó Giro-Malo.

Y Desliza-Azul y los otros vieron cómo su arista posterior se endurecía y conformaba un largo manipulador interno de cristal que se extendía de una a otra punta de la placa del Deslizante Lento. Puesto que el cristal era horizontal y no tenía que vencer la atracción de Huevo, bastaba con que lo hiciera muy delgado, lo bastante delgado para haber debajo del labio de la placa.

—Jamás oí que se pudiera hacer un manipulador de hueso como éste —dijo alguien de la partida a Desliza-Azul.

Después miraron atónitos cómo Giro-Malo se movía: con la parte delantera de su cuerpo cavaba en la corteza y con la posterior arrastraba la placa tras de sí, pues estaba firmemente sujeta por la barra que justo debajo de la piel se extendía de ojo a ojo.

—Resulta divertido, y además funciona —explicó Giro-Malo—. Si consigo moverlo, es fácil seguir moviéndolo aunque pese mucho. Con alguien que empuje desde atrás creo que podremos arrastrar mucho más de lo que podemos cargar en las bolsas.

Los otros cheelas probaron el sistema y se convencieron en seguida, sobre todo cuando lo probaron con una enorme carga de carne, en trozos tan grandes que nunca podrían entrar en sus bolsas. En menos de un giro, el Deslizante Lento se había convertido en carne amontonada encima de sus propias placas.

La partida de caza se desplazaba en una sola fila, con un abridor de camino al frente que apretaba en la dirección difícil seguido inmediatamente por un arrastrador con su placa llena de carne al que ayudaba un empujador, y justo a continuación iban tres equipos análogos. La carne de las placas parecía que colaboraba muy bien con sus propios cuerpos en mantener abierto el camino en la dirección difícil, por lo que llevaban una buena marcha. Las paradas eran pocas y cortas, sólo lo necesario para tragar otro trozo de carne tan nutritiva.

Cuando Crujido–Grande les vio aparecer en el horizonte, estaban muy lejos. Hacía ya varios giros que había tenido que detener la columna para conservar la comida, encargándose ella misma de montar guardia con un ojo enhiesto en un tallo muy largo. Sólo les quedaban frutos para las crías, que cada vez estaban peor. Todo el clan descansaba en círculo, demasiado débiles para moverse, y la propia Crujido–Grande tenía que hacer descender con frecuencia el ojo–tallo.

«Buen jefe has resultado ser —se reprochaba—. Conduciendo tu clan a morir bajo un cielo lleno de humo en un lugar donde todos se sienten perdidos.» Pero aún tenía esperanzas de que Desliza–Azul regresara muy pronto con frutos que les permitieran continuar su camino mientras Desliza–Azul hacía otro viaje de aprovisionamiento. Se sintió renacer al ver la columna que regresaba, pero se extrañó porque era mucho más larga y abultada de lo que cabía suponer. Sólo la conocida e inconfundible figura de Desliza–Azul, que iba en cabeza abriendo camino, la tranquilizó de su sospecha de que pudiera tratarse de otra partida de atacantes.

El clan contemplaba con admiración y ansiedad cómo la procesión arrastraba su maravilloso cargamento hasta allí. Bastaron dos giros para que pudieran lucir su confortable tamaño habitual. Las crías recuperaron sus fuerzas y se encontraban tan bien que pronto volvieron a ejercer como traviosos bromistas, mientras que los mayores preferían aislarse por parejas y divertirse un poco.

Crujido–Grande escuchaba con admiración el relato que Desliza–Azul hacía de su viaje, de la muerte del Deslizante Lento y de los resultados de la invención de Giro–Malo.

—Giro–Malo —llamó Crujido–Grande—, demasiado tiempo has tenido que soportar este triste nombre infantil. De ahora en adelante serás Empuja–Placa. Ven conmigo —ordenó.

Algunos de sus ojos miraron hacia Desliza–Azul.

—Te veré luego —le tranquilizó—. Este nuevo nombre merece un premio.

Desliza–Azul vio cómo la pareja se alejaba, algo celoso, pero ya le llegaría luego su turno.

Con las fuerzas renovadas por la carne y los frutos maduros, el clan avanzaba a gran velocidad. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a tener la sensación de estar perdidos. El cielo se aclaró y por fin Crujido–Grande mandó hacer alto y dispuso el clan en forma que todos, incluso los más pequeños, pudieran contemplar en el horizonte el intenso resplandor amarillo rojizo de Brillante.

—¡Oh, tú, poderoso Brillante! ¡El más brillante de todos en el cielo! —entonó Crujido–Grande mirando a la brillante estrella con sus doce ojos al tiempo que su arista de marcha golpeaba rítmicamente la corteza—. Te damos gracias por habernos salvado de las arrolladoras paredes de fuego blanco azulado. Te damos gracias por salvarnos de las sofocantes nubes del venenoso humo rojo que mata las plantas e

incluso los huevos. Te damos gracias por habernos conducido lejos de la tierra de hambre y perdición hasta Tu Paraíso.

Sus ojos se desviaron de la estrella y se repartieron para mirar al clan.

—Vayamos a recoger nuestra recompensa: un Paraíso donde no hay enemigos, donde hay abundancia de alimento y de caza. ¡Entremos todos en el Paraíso de Brillante!

FECHA: 21:54:20 MG; MARTES, 14 DE JUNIO DE 2050

Los fuertes brazos de la comandante Carole Swenson empujaron lentamente su compacto cuerpo a lo largo del pasillo central del San Jorge, mientras su larga trenza amarilla oscilaba a un lado y a otro, siguiendo el ritmo de su movimiento. Los ojos de Carole controlaron de forma automática el tránsito de los corredores laterales, para vigilar las idas y venidas de la gente de su pequeño planeta. Aunque muchos tripulantes se encontraban aún atareados con sus trabajos habituales, había un fluir general hacia las ventanas de observación próximas al puente. Sin embargo, Carole iba en otra dirección, hacia la burbuja científica de observación. Desde allí no tendría una observación tan buena de lo que iba a suceder, pero quería ver los primeros planos de las cámaras de la astronave de sondeo. Giró hacia un corredor y, con una habilidad nacida de los muchos años de estar en caída libre, lanzó con toda precisión su cuerpo hacia la escotilla del extremo más alejado. Rebotó en la pared inmediata a la escotilla hasta conseguir detenerse, empuñó la manija y flotó hacia dentro.

Nadie advirtió su entrada, pues Pierre mantenía a todo su equipo ocupado.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Carole al grupo reunido delante de las consolas del otro extremo de la habitación.

Pierre consultó los destellantes números de la derecha de su pantalla.

—Catorce minutos, y todo se ve bien.

Carole dirigió la vista hacia una gran pantalla al otro lado de la sala. El campo de visión de la cámara monitor presentaba en el ángulo inferior la resplandeciente esfera del mayor de los asteroides condensados, y una pequeña mota blanca que representaba el otro gran asteroide en el ángulo superior. Poco a poco, la menor de las motas se desplazaba por la pantalla, haciéndose cada vez más brillante. Carole miró a otra consola: la imagen era casi la misma, pero invertida. La geometría de la colisión elástica de los dos mayores asteroides ultradensos era casi exactamente simétrica.

Pierre observaba su consola. No había imágenes en su pantalla, sólo una gráfica, generada por el ordenador, de dos líneas curvas que se aproximaban la una a la otra en una trayectoria de colisión.

Los números en los recuadros laterales de la pantalla cambiaban con rapidez.

—Faltan treinta segundos para la última oportunidad de renuncia —anunció—.

¿Hay algún problema?

—Los monitores de vídeo funcionan bien —respondió Jean desde otra consola.

—El control por ordenador bien, dentro de márgenes —dijo otra voz.

—Las unidades de propulsión de la sonda «pastora», operativas —informó otro.

—Adelante, pues, —exclamó Pierre. Levantó su dedo del pulsador de paro general y accionó el cierre de la cubierta de seguridad.

Carole vigilaba en una de las pantallas cómo el objeto más pequeño crecía y crecía. Intensas lenguas de fuego emergieron rápidamente en direcciones aparentemente aleatorias desde posiciones cercanas a las dos esferas mientras el ordenador dirigía a las sondas «pastoras» para que mantuvieran a los asteroides en sus cursos correctos. De repente, en una secuencia tan rápida que no se podía seguir, un asteroide ultradenso salió disparado entre la sonda cámara y su asteroide gemelo, y la pantalla quedó vacía.

Pierre metió otra cámara que estaba enfocándolo desde otro ángulo, pero esta vista sólo duró unos pocos segundos, antes de que aquella mancha que se empequeñecía rápidamente desapareciera de la pantalla.

Todos se volvieron hacia la pantalla de Pierre, que recogía las órbitas de los dos asteroides. Las trayectorias se habían aproximado tanto que las apretadas oscilaciones en sus respectivas trayectorias, debidas a la mutua atracción gravitatoria, parecía que se superponían. Pudieron ver que una línea se encaminaba hacia afuera, de regreso al cinturón de asteroides, mientras que la otra parecía caer directamente sobre la estrella de neutrones. En realidad, el asteroide masivo marraría la estrella por muy poco y se encontraba en ese momento en una órbita muy elíptica, con su afelio cerca de la órbita circular de 100.000 km del San Jorge, y su perihelio a tan sólo 400 km de Huevo del Dragón. Su ascensor estaba instalado.

DIOS

FECHA: 22:12:30 MG; MARTES, 14 DE JUNIO DE 2050

Dios llegó a los cheela poco a poco. Durante muchas, muchas, muchas generaciones, los cheela no tuvieron ningún dios. El cielo estaba vacío excepto por unos pocos alfilerazos de luz distribuidos por su fría y oscura cúpula. Luego había llegado Dios, en solitario, e hizo surgir el volcán para desplazar a los cheela de su hogar en el norte hacia su nuevo hogar en el sur. Allí, el dios Brillante dio a los cheela la bienvenida al Paraíso que había dispuesto para su pueblo elegido.

Brillante fue bueno para los cheela. Brillante nunca salía y se ponía como hacían los otros focos de luz, sino que permanecía en el firmamento cuidando de todos los cheela. La vida era buena, y los cheela hicieron saber a Brillante que eran felices por medio de plegarias que, llenos de fe, efectuaban a cada giro del trono de Brillante.

Después llegó un giro en que, cuando los ojos de los cheela se elevaban en oración hacia el cielo, uno de los suplicantes vio un nuevo punto de luz que se alzaba en el horizonte. Al acabar los rezos, advirtió del hecho a los Santos, que eran quienes interpretaban los deseos de Brillante.

Los Santos quedaron desconcertados, pero no permitieron que esto se notara. Como expertos en su profesión, habían aprendido a hablar poco y a actuar menos aún, si no estaban completamente seguros de ellos mismos.

—Sí. Creíamos que algo parecido a esto iba a suceder, pero conviene esperar mientras lo estudiamos más a fondo.

Y lo estudiaron. Todavía era una mota en el firmamento, no muy diferente de cualquiera de las otras, pero no tardó en convertirse en la más reluciente de todas. Por suerte, no lo era tanto como el dios Brillante, ya que habría resultado difícil explicar a su gente que existían dos dioses, cuando se les había enseñado y hecho creer en la omnipotencia y singularidad de Un Dios: Brillante.

El nuevo punto era cada vez más luminoso a medida que iban transcurriendo los giros, y aunque los cheela corrientes observaron también este incremento, fueron los Santos los únicos en advertir que se desplazaba en relación con las otras estrellas del cielo. ¡Una estrella con movimiento propio! Jamás se había conocido un caso semejante en toda la astronomía cheela, en la que el conjunto de luces, dominado por la deslumbrante presencia rojo amarillenta de Brillante, había permanecido siempre con las posiciones relativas fijas mientras giraba poco a poco alrededor del trono de Brillante.

—Si las estrellas no están fijas, sino que se mueven por el cielo, ¿cómo podemos hacer predicciones basándonos en ellas? El futuro sería cambiante de un momento al otro —se quejó Segunda—de—Brillante, la Jefe Astrólogo y primera en la línea de

sucesión para convertirse en Suma Sacerdotisa.

—Estoy segura de que Brillante tiene alguna razón para este cambio en el firmamento —contestó Primera-de-Brillante—. A nosotros corresponde poner nuestra inteligencia al servicio de Brillante e interpretar su significado.

La Suma Sacerdotisa volvió sus ojos hacia una joven novicia y le preguntó:

—¿Estás segura de que existe realmente un desplazamiento?

—Sí, ¡oh Primera-de-Brillante! —respondió Mira-Cielo—. En mi adiestramiento en astrología he sido enseñada a estimar los ángulos entre los puntos estelares con las varas de astrólogo y he memorizado casi todos los números de las tablas. He intentado añadir los de la nueva estrella a mi memoria pero, como soy una novicia, no he acertado a poner todos los números en forma correcta. Advertí mi error algunos giros después, cuando trataba de hacer una predicción. En vista de ello, volví a las varas de astrólogo para obtener el número correcto y comprobé que algunos de los números referentes a esta estrella, que yo había memorizado, no estaban de acuerdo con los determinados de nuevo.

—Desgraciadamente, dice la verdad —corroboró la Jefe Astrólogo—. Al principio, creí que su memoria no funcionaba bien, o que alguien había podido modificar las varas de astrólogo. Pero cuando comprobé los números comparándolos con los que yo había memorizado el malhadado día en que la estrella apareció en el cielo, vi que mis antiguos números estaban aún más alejados de los actuales que los de la novicia, y sin embargo ninguna de las otras estrellas había sufrido variación en sus números.

—Una estrella móvil... —murmuró la Suma Sacerdotisa—. Una estrella que se mueve. ¡Quizá Brillante nos haya enviado un mensajero! Tal vez ahora quiera hablarnos directamente.

En poco tiempo, la religión de los cheela se amplió para incluir este fenómeno nuevo: una estrella que no sólo se iba haciendo cada vez más luminosa hasta poder rivalizar con Brillante en su resplandor, sino que además se paseaba majestuosamente por los cielos. Se produjo cierta consternación cuando el Mensajero de Brillante llegó a su perihelio y empezó a alejarse y a disminuir su luminosidad, pero todos los cheela se sintieron aliviados cuando, después de algunos grandes giros, volvió a repetir su camino en el cielo.

La nueva estrella provocó muchas conversaciones entre el reducido grupo de novicios. Habían sido escogidos en razón de su interés por los números y de la capacidad de retención gráfica de su memoria, cualidades sumamente importantes para el trabajo de un astrólogo en una civilización que no conocía la escritura, y por esto se sintieron intrigados por el extraordinario comportamiento que presentaba el Mensajero de Brillante en su manera de moverse.

—Si lo hiciera en forma de círculo, sería fácil de comprender —alegó uno de los

novicios—. En ese caso podríamos suponer que Brillante y las demás estrellas están incrustadas en un gran huevo de cristal que rueda una vez cada giro, y el Mensajero de Brillante podría estar pegado a un huevo de cristal menor que rodara a una velocidad ligeramente superior.

—Pero no sólo no se trata de un círculo —intervino otro—, además no se mueve regularmente en su trayectoria.

—Otra forma de considerar esto es suponer que Brillante y las estrellas no se mueven en el cielo —apuntó una tercera—, antes bien, que Huevo da una vuelta alrededor de su eje en cada giro, y que el Mensajero de Brillante está en rotación alrededor de Huevo siguiendo un camino recurrente alargado.

Los otros novicios la miraron como si lo que acababa de decir fuera una herejía (lo que no estaba muy lejos de la realidad). Y uno de ellos la puso en su lugar inmediatamente recitando una de las primeras lecciones de la Santa Escuela:

—Todas las estrellas giran alrededor de Brillante, adorando al Dios del Universo, como hacemos todos los cheela. Tu teoría requiere que todas las estrellas estén quietas, pero nos consta que sólo Brillante, que es el centro del universo, está inmóvil, mientras todo lo demás da vueltas.

Mira—Cielo, que sabía que aquel terreno era poco firme y peligroso, no se molestó en contestar, aunque ella sabía tan bien como los demás que, en realidad, Brillante no estaba inmóvil, sino que se movía por un círculo muy pequeño, alrededor de un punto invisible en el cielo. Esta ligera irregularidad de Brillante había sido y era una molesta espina clavada en el pensamiento de los filósofos de teología, desde que fuera descubierta gracias al uso de las varas de astrólogo. La Suma Sacerdotisa les había asegurado que a su tiempo entenderían esto, pero ya había transcurrido mucho tiempo y más de una docena de sumos sacerdotes había pasado por la cátedra sin que Brillante se dignara explicar el motivo de su ligera circunvalación.

FECHA: 01:53:33 MG; MIÉRCOLES, 15 DE JUNIO DE 2050

La Jefe Astrólogo no estaba en lo cierto. El movimiento variable del Mensajero de Brillante a través del firmamento no sentenció la ciencia de la astrología. Antes bien, por añadir alguna mayor complejidad al estudio del cielo, dio más campo de trabajo que el de unas simples memorizaciones de números que sólo daban las posiciones relativas de los astros en el firmamento. La vieja técnica astrológica de hacer predicciones basándose tan sólo en la estrella que aparecía sobre el horizonte en el momento oportuno, pronto quedó superada. Ahora, la posición del Mensajero de Brillante entre las posiciones fijas de las estrellas era el factor dominante en la predicción del futuro.

Se hizo evidente que la técnica de memorización de los números determinados

con las varas de astrólogo no podía dar buenos resultados al entrar en juego la avalancha de números originados en cada giro por la posición del Mensajero de Brillante. Los astrólogos adoptaron la antigua técnica contable de los mercaderes, quienes controlaban sus inventarios con semillas de frutos puestas en recipientes. Después de una farragosa etapa en la que intentaron trabajar directamente con semillas, uno de los novicios descubrió el artificio de rascar dibujos de semillas en piedras planas, y en breve plazo, motivada en gran parte por la dureza de la piedra sumada a la pereza de los novicios, surgió la invención de un sistema taquigráfico de notación numérica. La numeración escrita significó una revolución no sólo para la astrología sino también para los negocios y las ciencias. El siguiente paso evolutivo se produjo tras un breve período de adaptación al método de escribir números en una tableta, los escribas comerciantes (tanto o más perezosos que los escribas astrólogos) descubrieron que no era necesario realizar el dibujo completo de uno de los objetos que querían contar, ya fuera para hacer inventarios o registros de entrega, bastaba con dibujar un rasgo suficiente para que otro escriba (presumiblemente igual de perezoso para hacer dibujos completos) pudiera reconocer el objeto total.

Y así, sin que los sumos sacerdotes llegaran a advertirlo, los cheela empezaron a usar el regalo que Brillante les había concedido por mediación de su Mensajero: el regalo de la escritura.

FECHA: 06:33:23 MG; VIERNES, 17 DE JUNIO DE 2050

Durante muchos gran de gran de giros, los cheela tuvieron una existencia plácida. Brillante montaba guardia sobre el Paraíso y bendecía a los cheelas mientras crecían y conquistaban espacios en el este y en el oeste. Con frecuencia, pequeñas bandas de salvajes, de piel parecida al cuero, abandonaban sus humeantes tierras del norte e intentaban efectuar incursiones en los campos de cultivo de la parte norte del Paraíso, pero los granjeros cheela de esta parte estaban bien protegidos por escuadras volantes de soldados armados con agujas.

Los soldados de aguja llevaban un arma formidable y muy temida, derivada del diente de dragón. Una aguja muy larga de cristal de dragón, fabricada en las forjas, que utilizaban fuegos de semillas de frutos secas y eran activadas mediante unos fuelles fabricados con piel de Deslizante Lento. Se llegaba a alcanzar una incandescencia blanco-azulada capaz de fundir los trozos de diente de dragón, antes inutilizables por ser demasiado pequeños, y que ahora, una vez fundidos, eran colados en una grieta de la corteza en la dirección fácil. El intenso campo magnético de la estrella alineaba las largas cadenas fibrosas que formaban parte del líquido en fusión. El líquido cristalizaba alrededor de las fibras, generando un material con matriz de dos componentes que era tan fuerte como el original cristal de dragón y que

además era mucho más largo que cualquiera de los dientes de dragón que jamás hubieran visto. Un guerrero cheela podía implantar en su cuerpo el extremo romo de la aguja y tener suficiente brazo de palanca para alcanzar, con la ligera pero muy fuerte aguja, más allá de una distancia igual a la de su propio cuerpo sin que la punta llegara a tocar la corteza o se elevara demasiado en el aire.

Los bárbaros, que no conocían los secretos de la forja, sólo podían utilizar como armas algunos trozos rotos de diente de dragón, y no eran contrincantes para las bien entrenadas escuadras de soldados de aguja, que se movían en disciplinados círculos con sus agujas de diente sobresaliendo de los escudos hechos con placas de Deslizante Lento.

FECHA: 19:24:11 MG; VIERNES, 17 DE JUNIO DE 2050

La comandante Carole Swenson flotaba sobre la consola, observando sobre el hombro de Pierre, cuando el meteorito lanzado hacia afuera encontró la primera de las masas compensadoras que aún estaban a la espera, muy lejos, en el cinturón de asteroides. De la misma manera que había ocasionado la caída de la masa desorbitadora hacia la estrella, el gran asteroide alcanzó la primera masa de compensación, mucho menor que él, y la lanzó en sentido contrario al suyo, hacia la estrella. Y siguió su camino en busca de la siguiente. Después de observar este proceso las dos primeras veces, Carole regresó al puente. Nada resultaba más aburrido que la inevitabilidad de la ley de atracción gravitacional de Newton.

Una tras otra, las seis brillantes masas de compensación se desplazaron desde sus lejanas órbitas hasta un lugar cercano a la nave San Jorge, donde encontraron al desorbitador que las frenó en su viaje y las dejó danzando aleatoriamente unas en derredor de otras en una órbita circular de 100.000 km, órbita que no estaba demasiado lejos del San Jorge. Tenían un volumen tan grande que, por comparación, la nave madre parecía menor, y el calor generado durante su formación las hacía resplandecer como estrellas nuevas en el negro cielo.

FECHA: 10:15:02 MG; SÁBADO, 18 DE JUNIO DE 2050

Nuevas estrellas comenzaron a aparecer una tras otra en el cielo. Los cheela que habitaban en el Paraíso de Brillante seguían multiplicándose y prosperando, pero su propio número llegó a hacer peligrar la capacidad de la corteza para sustentarlos. Empezó una decadencia, tan acentuada que los comandantes de las tropas de aguja ya desconfiaban de poder defender con garantías la frontera, demasiado extensa, con los débiles y mal alimentados reclutas que recibían.

Una nueva luz, la quinta, creció en el cielo cuando los bárbaros realizaban

incursiones desde el este. Alarmados, tanto por las pérdidas como por las nuevas estrellas, los cheela se levantaron bajo la jefatura de un autoproclamado General de los Clanes, e hicieron retroceder a los bárbaros. El espasmo de energía cedió, el general abandonó su cargo y se fue a incubar huevos, y los cheela volvieron a caer en su lenta decadencia.

Luego, otra nueva estrella apareció en el cielo, y en esta ocasión la ráfaga de preocupación y motivación religiosa fue muy breve. El Primero—de—Brillante seguía rezando todos los giros en el Templo de Brillante, pero muy pocos le acompañaban en sus rezos. Los que todavía necesitaban un dios, habían encontrado seis en una nueva religión: una religión panteísta popular que tenía una poco de todo para todos, incluyendo orgías de inspiración religiosa que se celebraban cada vez que el Mensajero de Brillante pasaba cerca de «Los Seis», que representaban a Este, Oeste, Cielo, Corteza, Alimento y Sexo.

FECHA: 04:02:02 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

La mayor parte de los tripulantes de la nave interestelar se encontraban flotando ante las mirillas de observación del puente, mientras el San Jorge se acercaba al lugar donde debía efectuarse la recogida de los asteroides comprimidos. El resto de la tripulación estaba en los telescopios y detectores, que podían darles un puesto de observación mucho mejor.

Pierre alzó la vista de su pantalla y giró para ponerse enfrente de la comandante de la expedición.

—Ya sé que es seguro, pero a pesar de todo no me gusta esto, Carole —dijo—. Esos asteroides al rojo incandescente, además de que no se pueden tocar, pueden hacernos papilla con sus mareas gravitacionales si nos acercamos demasiado. ¡Y vamos a tener que vivir a 200 metros de seis de ellos durante una semana!

—Sabes de sobras que no estamos aquí para dar abrazos efusivos a esos asteroides amigos, y que si no fuera por ellos serían las mareas gravitacionales de Huevo del Dragón las que nos aplastarían. Vamos a emplazarlos donde puedan hacer algo que sea útil para nosotros.

FECHA: 08:00:13 MG; SÁBADO, 19 DE JUNIO DE 2050

Desde que era un novicio, Segundo—de—Brillante mantenía una cuidadosa vigilancia sobre el conjunto de las seis luces. Había entrado en el sacerdocio porque era tímido e impopular, se refugió en las varas de astrólogo y había inventado nuevos instrumentos para medir con mayor precisión los pequeños movimientos de las lucecitas que atravesaban la oscuridad. Fue el primero en advertir que el pequeño

círculo que Brillante describía en el cielo se había reducido de manera apreciable. Lo comunicó a Primera-de-Brillante, que se alegró mucho.

—Esto debe ser señal de que la imperfección de Brillante, a pesar de ser tan pequeña, se está reduciendo —exclamó—. ¿Cuándo Brillante será perfecto por completo? ¡Oh, que yo pueda vivir para ver tal giro!

—Mucho me temo que cuando llegue ese giro, ambos seremos ya comida, Oh Suma Sacerdotisa de Brillante —observó el Astrólogo Jefe—. Clanes enteros habrán de aparecer y desaparecer antes de que Brillante alcance la perfección.

—Bien, debemos continuar con nuestros servicios y mantener en marcha el Templo de Brillante hasta que llegue ese giro y el pueblo vuelva otra vez a su Único Dios Verdadero.

El Astrólogo Jefe escuchaba con cortesía, pero se moría de ganas de comunicarle a la Suma Sacerdotisa las otras noticias que tenía.

—Mis nuevas varas me han hecho notar que algo más está sucediendo —empezó—. Los Seis... quiero decir, las seis luces nuevas están cambiando poco a poco de posición, y cada vez se acercan más al punto en que el Mensajero de Brillante alcanza su punto más distante de Huevo. Además, si se observa a menudo, como hago yo, se puede apreciar que Los Seis y el Mensajero de Brillante no tienen siempre el mismo brillo, sino que algunas veces es algo más intenso y después retorna a su nivel original.

—¿Qué puede significar esto? —preguntó Primera-de-Brillante.

—No lo sé, pero dentro de un gran de giros, el Mensajero de Brillante alcanzará su máxima distancia de Huevo, y parece ser que las otras seis luces llegarán allí al mismo tiempo. Si esto ocurre, puede suceder algo interesante.

FECHA: 08:00:43 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

Esta vez, cuando llegase el deorbitador, se produciría un espectáculo extraordinario. La comandante Swenson estaba de nuevo en la burbuja científica de observación, vigilando lo que sucedía en las pantallas de la consola.

—¡Comprobad la posición de las masas de compensación! —ordenó Pierre.

Seis confirmaciones aparecieron en su pantalla y tuvieron un eco en las seis consolas vecinas, en las que cada masa de compensación estaba vigilada por un miembro de la tripulación.

Pierre miró a Carole, se encogió de hombros y separó su dedo del botón de anulación de maniobra.

—No sé por qué insistimos en supervisar el ordenador en estos encuentros tan cercanos. Las cosas suceden tan de prisa que dudo que pudiéramos hacer nada, incluso si el ordenador advirtiera que algo iba mal.

—Es verdad, pero así resulta más divertido.

Observó cómo un puntito que aparecía en un ángulo de la pantalla iba creciendo poco a poco y se acercaba a las seis resplandecientes masas que ocupaban el centro de la pantalla. Entonces, con un movimiento rápido y con un destello, la masa del deorbitador efectuó su truco de magia: las seis masas de compensación habían desaparecido, y la pantalla estaba vacía.

FECHA: 08:00:44 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

Las sospechas de Segundo–de–Brillante tuvieron confirmación. Porque cuando el Mensajero de Brillante alcanzó su punto de distancia máxima a Huevo, en vez de pasar simplemente por delante de los Seis, cogió a Este, Sexo, Corteza, Oeste, Alimento y por fin a Cielo, y los echó hacia Huevo.

Los doce giros durante los cuales el cielo resultó descalabrado por el Mensajero de Brillante, al arrojar a los falsos dioses de sus puestos en el firmamento, fue un período muy activo para el Templo de Brillante. Al principio, los cheela estaban seguros de que los Seis iban a caer sobre Huevo destruyendo a los pecadores cheela que habían abandonado a Brillante para volverse hacia los falsos dioses. Durante un cierto tiempo, Segundo–de–Brillante estuvo también preocupado por esta posibilidad. Pero una cuidadosa observación con las varas de astrólogo, durante algunas pocas docenas de giros, le convenció de que las estrellas que caían llegarían cerca de Huevo, pero no más cerca de donde llegaba el Mensajero de Brillante. Cuando la Suma Sacerdotisa transmitió a los cheela la certidumbre de su salvación, las gentes acudieron multitudinariamente al Templo de Brillante.

Casi al final del cuarto gran de giros después de su caída, las seis masas estelares y el Mensajero de Brillante se acercaron más, y se movían con mayor rapidez por los negros cielos. Segundo–de–Brillante permaneció casi todo su tiempo ocupado con las varas de astrólogo, anotando los números tan aprisa como podía determinarlos. Cuando estuvo seguro de las órbitas, las dibujó con sumo cuidado e intentó comprenderlas, pero antes había dedicado todo su tiempo a recoger números mientras los siete objetos se desplazaban por el cielo. Llegó a saber que el Mensajero de Brillante había resultado afectado por la interacción; no demasiado, pero podía apreciarse un cambio mensurable en su órbita altamente elíptica.

No quería hacerlo, pero no tuvo más remedio que dejar a cargo de un novicio la recogida de números para poder dedicarse a dibujar las nuevas órbitas de los Seis.

«Es raro —pensó Segundo–de–Brillante—, parece como si todos se dirigieran al mismo punto encima de Huevo. Es posible que entren en colisión unos con otros y se destruyan, para que los cheela aprendan a no adorar a los falsos dioses.» De repente, tuvo otra idea, y no tardó mucho en dibujar otra órbita con forma de huevo: la del

Mensajero de Brillante, obtenida usando las recientes mediciones.

«El Mensajero de Brillante llegará al mismo tiempo al mismo punto —se dijo a sí mismo—. ¿Qué va a suceder? Sería útil, para mayor gloria de Brillante, que yo pudiera predecir el resultado a las gentes, para que estuvieran preparadas debidamente.» Segundo-de-Brillante intentó sacar lo máximo posible de los números aproximados que podía conseguir con las burdas varas de astrónomo, pero todo lo que pudo determinar fue que el Mensajero de Brillante y los Seis Desprendidos iban a estar cerca de un mismo punto a un mismo tiempo.

—Parece como si todos fueran a colisionar y destruirse —informó Segundo-de-Brillante a la Suma Sacerdotisa—. Pero también pudiera ser que el Mensajero de Brillante volviera a despedir a los otros seis en direcciones distintas, tal vez a donde estaban antes. Sencillamente, no sé qué predecir.

—Sería mucho mejor si lo supiéramos —contestó ella—. Pero quizá Brillante nos vuelve a poner a prueba.

Primera-de-Brillante conocía a la perfección los métodos de los líderes religiosos, y sólo dijo al pueblo que todos debían rezar, con sus ojos dirigidos hacia los cielos orientales, cuando llegara el momento del encuentro de las estrellas.

Inexorablemente, los siete puntos luminosos del cielo se iban aproximando, y todo el mundo podía ver los resplandores de intensidad variable, como si estuvieran peleándose entre ellos. Segundo-de-Brillante se encontraba atareadísimo con sus varas de astrólogo. Tenía a los novicios trabajando en equipos. Uno para cada una de las siete luces. A veces unos estorbaban a los otros, y algunas anotaciones se perdían o eran erróneas, pero ya se ocuparía luego de esto. El mismo, con sus ojos adiestrados, estimaba las distancias relativas entre los puntos de luz, mientras los novicios tomaban medidas con relación a las estrellas distantes en el firmamento.

Ahora ya era evidente que no iban a encontrarse todas justo en el mismo lugar. Y luego, bajo las atentas miradas de los cheela, vieron cómo el Mensajero de Brillante se desviaba de Sexo, Oeste, Alimento, Este, Corteza y Cielo, para continuar su acostumbrada trayectoria hacia la parte oscura del cielo, dejando a los seis inmóviles en el cielo.

Una penetrante vibración sacudió la corteza cuando un gran de gran de aristas de cheela chillaron con miedo y respeto al ver lo que sucedía. Las seis estrellas, que antes, en cada giro, ascendían y descendían del cielo al igual que hacían Mensajero de Brillante y las demás estrellas, ahora estaban estacionarias. No salían ni se ponían, sólo giraban lentamente alrededor de un punto que se encontraba por encima del polo magnético del este.

La Suma Sacerdotisa sacó mucho provecho de tan extraordinario suceso, y declaró que la nueva formación se componía de Seis Ojos de Brillante, llevados hasta Huevo por el Mensajero de Brillante para ver si los cheela se atrevían a adorar otra

vez a los falsos dioses. Esta declaración fue aceptada por los cheela, y los templos panteístas fueron reducidos a escombros por las masas aterrorizadas por el constante resplandor de los Seis Ojos de Brillante.

La nueva formación que brillaba en el cielo preocupaba mucho a Segundo-de-Brillante. Era completamente opuesto a cuanto había conocido hasta entonces acerca del comportamiento de las luces del cielo. Había sido capellán de las tropas durante la última campaña norteña contra los bárbaros, y atravesó el ecuador acompañando a los soldados que iban a destruir una ciudad bárbara. Allí, a través de los claros en la cobertura de humo, pudo divisar algunas estrellas débiles que giraban en pequeños círculos sobre el polo norte, tal como Brillante hacía sobre el polo sur. Podía comprender que una estrella estuviera inmóvil en el cielo si se hallaba cerca de un polo celeste, pero ésta era la primera vez que un polo magnético este u oeste actuaba igual que los polos norte o sur.

FECHA: 08:03:10 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

—Las masas de compensación ya han bajado —reseñó Carole, volviéndose hacia Pierre—. Ahora le toca al Matadragones.

Pierre, ignorando la pequeña pantalla del intercomunicador que llevaba en su muñeca, se acercó a la consola más próxima y ordenó:

—¡Llamada para la tripulación del Matadragones! La pantalla de la consola parpadeó.

LLAMADA PARA CESAR RAMÍREZ WONG
LLAMADA PARA JEAN KELLY THOMAS
LLAMADA PARA AMALITA SHAKHASHIRI DRAKE
LLAMADA PARA SEIKO KAUFFMANN TAKAHASHI
LLAMADA PARA ABDUL NKOMI FAROUK

Pierre esperó hasta que aparecieron las señales de «Mensaje recibido» delante de cada uno de los nombres. El ordenador los había localizado a bordo de la nave San Jorge ocupados en una u otra actividad. Se inclinó hacia adelante y preguntó:

—¿Está todo a punto para partir de las 09.30?

Se agachó y conectó la salida de audio para evitar que la pantalla se llenara con múltiples señales de respuesta. El ordenador le transmitió una tras otra las confirmaciones positivas. El Matadragones estaba listo para partir.

Pierre dio una patada a la consola para alejarse de ella, flotó a través del puente del San Jorge, y luego se lanzó por los túneles de comunicación hacia el hangar de lanzamiento en donde se encontraba la esfera de siete metros de diámetro que había de ser su casa durante los próximos ocho días.

FECHA: 09:10:15 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

Faltaban veinte minutos para el despegue cuando la tripulación del Matadragones se reunió en el pequeño salón que ocupaba la base de la nave. Pierre inspeccionó la tripulación con la que compartiría los ocho días de peligro, de trabajos penosos y de excitación. No podía haber escogido un grupo mejor. Todos tenían al menos dos doctorados, a pesar de su juventud. Jean, Amalita y Abdul poseían cada uno un doctorado en astrofísica y además un doctorado en algún aspecto de la ingeniería eléctrica. «Doc» César Wong (el único doctor médico en el Matadragones) reunía la combinación poco usual de un doctorado en medicina aeroespacial y un doctorado en física del supermagnetismo. Pierre tenía un doctorado en física de la teoría de los nucleones ultradensos, además de doctorados en ingeniería gravitacional y en periodismo. Seiko, a los 32 años, los superaba a todos. En el último recuento tenía cuatro doctorados y esperaba lograr el quinto como resultado de su viaje. Aunque cada uno de ellos era un especialista en uno u otro aspectos de la física de una estrella de neutrones, se habían preparado para que todos pudieran efectuar cualquier aspecto del minucioso programa científico en que se ocuparía la tripulación del Matadragones.

—Después de la separación —les informó Pierre—, tendremos turnos de servicio de diez horas, entrecruzados. Habrá un solapado de dos horas para que la persona que entre de servicio pueda ser instruida sobre el estado de los experimentos en curso, antes de hacerse cargo de ellos. Ahora son las 09.12, y Abdul, Seiko y Doc están de guardia, con Doc en su pausa de comida a mitad de guardia y Seiko que acabará la suya a las 10.00. Es mejor que entremos ya en esta rutina, para que el resto de nosotros podamos descansar ahora. Ya sé que no vamos a ir al dormitorio durante la partida, pero nuestro turno de guardia llegará pronto, así que dormid algo y no malgastéis vuestro tiempo mirando cómo trabajan los demás.

Se acercaba ya el momento de la partida, y todos se dirigieron a la cubierta principal, donde cada uno podía disponer de una mirilla de observación. La separación era un proceso silencioso y sin complicaciones. Consistía en abrir las compuertas de la gran nave madre, soltar las amarras de fijación y hacer retroceder poco a poco la nave grande para separarla de la esfera que entraba en caída libre. Pierre había estado en lo cierto: nadie fue a los dormitorios cuando la pequeña esfera se separó flotando de la enorme nave interestelar.

—Siempre asusta encontrarse fuera y encima de algo tan grande y próximo —confesó César—. La última vez que me ocurrió esto fue al subir a bordo, hace dos años.

—He estado fuera una docena de veces para el mantenimiento de las antenas —respondió Amalita—. Pero tienes razón, no importa la frecuencia con que lo ves, siempre impresiona.

Pierre conectó la consola de comunicaciones.

—San Jorge, os vemos muy bien. Hasta dentro de una semana.

—Buena caza, Matadragones —contestó la voz ronca de Carole.

Derivaron lejos de la gran nave. Mientras la veían empequeñecer, los miembros de la tripulación se reunieron delante del portillo de observación orientado hacia la nave madre que se iba alejando. Luego Pierre se acercó a una consola e hizo girar la esfera de manera que el portillo de observación quedara orientado hacia la estrella de neutrones que dentro de poco iban a rodear con una órbita muy cercana.

—El deorbitador tardará seis horas en llegar —informó Pierre a la tripulación—. Todos deberemos estar dentro de los tanques de protección de alta gravedad.

Cerró los escudos de metal sobre las ventanas, apagó la consola y empezó a abrir las compuertas de los seis tanques esféricos colocados alrededor del centro exacto de masas del Matadragones.

La tripulación se dirigió a los armarios de trajes, donde se quedó en ropa interior y se colocó trajes de inmersión perfectamente ajustados que disponían de un complejo conjunto de tubos hidráulicos, cámaras hinchables a presión y un aparato completo de respiración subacuática. Treparon y se introdujeron, uno a uno, en los tanques esféricos. Abdul fue el primero en estar preparado, y se metió en el tanque cuya compuerta se abría hacia abajo, hacia el salón. Pierre le ayudó a entrar, cerró la puerta, comprobó una vez más el aire de respiración, recibió una señal afirmativa de Abdul, y entonces purgó el tanque de aire y lo llenó por completo con agua casi incompresible. Después comprobó todos los circuitos de accionadores ultrasónicos que deberían enviar corrientes potentes a los mecanismos piezoeléctricos productores de ondas de presión de rápida variabilidad desde distintos lados del tanque para contrarrestar los campos de diferencias de gravedad que el agua sola no podía compensar.

Una vez que Abdul quedó a salvo en el tanque, se volvió y se dirigió al resto de la tripulación. Amalita ya había comprobado su equipo y entraba en su tanque, mientras que Seiko Kauffmann Takahashi, con su meticulosidad típicamente germana, todavía estaba comprobando su sistema de aire. Jean ya se hallaba en su tanque, y Doc había efectuado con ella la comprobación final. Pierre llegó flotando hasta Seiko, y volvió a comprobar el tanque de Jean como medida de precaución. No podía correr riesgos, porque si el tanque de Jean fallaba durante la maniobra del deorbitador y se derramaba algo de agua, entonces el bello cuerpo de Jean Kelly Thomas quedaría literalmente desgarrado por las potentes fuerzas de marea procedentes del deorbitador, que tirarían de la cabeza y de los pies con una fuerza de 10.000 g a la vez que comprimirían su cintura con 5000 g.

«Tendríamos que ponerla en una botella y derramarla en el crematorio cuando regresásemos al San Jorge», pensó Pierre.

Sacudió la cabeza para alejar tan negros pensamientos y se dispuso a trepar a su propio tanque.

Miró, a través del visor de su casco, a la consola miniatura de control situada en la pared de su tanque. La pantalla estaba dividida en seis partes, y cada una de ellas ofrecía una imagen del interior de uno de los tanques. Esperó pacientemente a que Seiko acabara su metódica comprobación de cada una de sus bolsas de presión, cerrara su compuerta, purgara el aire residual, y se diera la vuelta para ponerse frente al captador de su consola.

—Seiko Kauffmann Takahashi, lista —comunicó la impasible imagen, cuyo flequillo oriental enmarcaba su redonda cara.

Pierre sonrió hacia todas las pantallas.

—Voy a apretar el botón del elevador inferior —advirtió, tocando un panel y maniobrando los controles de la pantalla para lograr una visión de una gran estrella que giraba rápidamente en una esquina y un punto luminoso que se hacía mayor en la otra esquina. El punto luminoso despedía ocasionales ráfagas de luz cuando sus poderosos motores cohete corregían su curso.

Durante la larga espera pudieron percibir vibraciones y aceleraciones pequeñas que conseguían atravesar sus escudos de agua y sus trajes de presión. Se trataba de vibraciones procedentes de los cohetes de la nave, cuyo disparo dirigía el ordenador, que acercaba la nave espacial al asteroide ultradenso.

—¡Allá vamos! —gritó Pierre por su micrófono de laringe. Pero no tuvo tiempo más que de iniciar el primer fonema cuando ya el asteroide pasó por su lado. En un abrir y cerrar de ojos, giraron alrededor de la masiva esfera y se encontraron cayendo hacia la estrella de neutrones, mientras los motores de la nave funcionaban a máxima potencia para eliminar el momento angular ocasionado por el látigo gravitatorio.

La caída hacia el tremendo pozo de gravedad de Huevo del Dragón sólo duró dos minutos y cuarto. Todo permaneció en calma durante la mayor parte de la caída, pero en los últimos segundos, conforme se aproximaban a la estrella de neutrones, Pierre pudo sentir las presiones diferenciales de las mareas gravitatorias en el agua de su tanque. Entonces, con un último embate instantáneo de sensaciones, una tremenda aceleración echó hacia atrás la cabeza de Pierre. Le dolían los oídos, y los brazos y piernas fueron sacudidos por los efectos de marea de segundo y tercer orden cuando los actuadores piezométricos entonaron su ultrasónico cántico protector en el agua que le rodeaba.

Sus ojos no pudieron ver el resplandor de la masa del deorbitador cuando volvió a cruzar su pantalla, dejando al Matadragones inmóvil en el centro de las seis masas de compensación que giraban alrededor de la estrella de neutrones y de la aeronave cinco veces por segundo.

—¡Qué viaje! —exclamó una voz femenina por el intercomunicador,

enmascarada por la excitación y el dispositivo de respiración.

—¡Ya es hora de que salgáis de vuestras piscinas y empecéis a trabajar! —dijo Pierre a las caras que aparecían en su pantalla. Pulsó el interruptor de control de la bomba y notó que la presión disminuía en el interior de su tanque.

FECHA: 09:45:00 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

Muy pocos vieron la pálida estrella cuando el Mensajero de Brillante la trasladó hasta el centro de los Seis Ojos. Fue casi imperceptible mientras estuvo en órbita alta sobre la estrella, puesto que no tenía resplandor propio como las otras estrellas del cielo. Pero ahora que se encontraba en el centro de los resplandores de los Seis Ojos, aquella mota invisible los reflejaba y los adoradores de Brillante que poseyeran la mayor capacidad visual, o la mayor fe, podían contemplarla.

—La estrella nueva que se halla en el centro de los Seis Ojos no se mueve —informó la Suma Sacerdotisa al Jefe de los Astrólogos—. Los Seis Ojos están casi inmóviles, pero dan una vuelta cada giro alrededor del polo este. La nueva estrella está justo en el centro de los Seis Ojos y no se mueve en absoluto.

La Suma Sacerdotisa era feliz con estos sucesos. Por fin ocurría algo lógico en los cielos del Paraíso de Brillante.

—Si la nueva estrella no se mueve en el cielo, entonces es como Brillante, que tampoco se mueve. Hace muchas generaciones, Brillante nos envió seis de sus ojos para vigilar a los incrédulos cheelas de aquel tiempo. Al parecer, Brillante aprueba lo que ha visto, y nos envía el ojo interior de la fe para cuidar de los que le han rendido culto durante tanto tiempo. Este ojo nuevo es el Ojo Interior de Brillante.

FECHA: 09:50:34 MG; DOMINGO, 19 DE JUNIO DE 2050

Los tripulantes del Matadragones salieron de los tanques y se congregaron ante la consola del puente principal. Habían retirado las pantallas exteriores de protección contra los micrometeoritos de delante de los oscurecidos portillos de observación, y pudieron mirar hacia afuera. Aunque no percibían su propio movimiento, aquella visión les producía vértigo.

Estaban en una órbita síncrona a 400 km de distancia de la estrella de neutrones. Para contrarrestar la atracción gravitacional de 41 millones de g, debida a la proximidad de la estrella cercana, la nave espacial debía orbitar alrededor de ella a cinco revoluciones por segundo. Pero a pesar de esta rápida rotación no notaban nada, porque el Matadragones se hallaba estabilizado inercialmente en el espacio y no intentaban mantener un portillo encarado a la estrella de neutrones. Y convenía que esto fuera así, ya que la fuerza centrífuga de una nave que circunvalara a cinco

revoluciones por segundo comprimiría tanto sus cuerpos contra la pared exterior que bastaría y sobraría para convertirlos en papilla. Puesto que la nave estaba en órbita pero no giraba sobre sí misma, resultaba que la brillante y gran imagen de la estrella de neutrones aparecía y desaparecía cinco veces por segundo en cada uno de los observatorios, proyectando unas centelleantes imágenes de un brillo blanco en las paredes del puente central. También era visible a través de los portillos un anillo de seis grandes y rojos asteroides superdensos a sólo 200 metros de distancia, que también giraban alrededor de la nave a razón de cinco veces por segundo, y su resplandor alternaba con los relámpagos procedentes de la estrella de neutrones.

Seiko, desde un portillo, asimiló la observación con una rápida mirada profesional. Cerró los ojos y se quedó como desmayada; sus brazos y piernas extendidos en cuatro direcciones.

—¿Qué te sucede? —exclamó César, mirándola con preocupación.

Seiko abrió un ojo con lentitud.

—No se preocupe, doctor Wong —respondió, algo molesta por haber sido interrumpida—. Tan sólo estaba comprobando la compensación de la marea gravitatoria. A 406 km de la superficie de la estrella de neutrones, el gradiente de la marea de la gravedad debería ser de 101 g por metro. A pesar de que el centro de mi cuerpo se encuentra en caída libre, mis brazos, piernas y cabeza intentan seguir órbitas distintas. Mis pies están un metro más próximo a la estrella y deberían soportar un tirón de 202 g. Mi cabeza está un metro más alejada que mi centro, y debería notar también un tirón de 202 g, mientras que mis brazos deberían sentir un empujón de 101 g.

»Las seis masas de compensación originan fuerzas de marea de la misma magnitud, pero de signo opuesto. Quería utilizar mis manos y mis pies como acelerómetros para comprobar la compensación entre las dos mareas. Estoy sorprendida por lo débil que es su resultante. Sólo cuando estoy muy cerca del casco de la nave puedo percibir alguna fuerza que actúe sobre mis brazos.

Cerró sus ojos de nuevo y siguió apreciando el juego de los pequeños tirones gravitatorios, que llegaban veinte veces por segundo a sus manos y pies causados por las masas de compensación y la estrella de neutrones al girar cinco veces por segundo, a la vez que giraba la conformación tetralobular de la gravedad, alrededor de la nave que no tenía movimiento de rotación relativo.

Tras varios minutos de observación, los tripulantes empezaron a sentirse molestos por los destellos de las luces. De común acuerdo, activaron las protecciones metálicas, que se desplazaron para cubrir de nuevo los portillos de observación, con lo que la sala de la consola principal recuperó su constante iluminación habitual. La tripulación volvió a su trabajo: examinar la estrella de neutrones con instrumentos mucho más sofisticados que el ojo humano desnudo.

FECHA: 06:26:30 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

El Anciano observó con atención a Cuchillo–Agudo mientras abría cuidadosamente su orificio de puesta y depositaba su huevo en la entrada del nidal.

—Este huevo no parece bueno —observó el Anciano, con una mezcla de preocupación y de crítica.

Cuchillo–Agudo contempló el cascarón con sus doce ojos rojos. El huevo era mucho más pequeño que los normales, y muy pálido.

—Mientras crecía, también me pareció raro —contestó ella—. Espero que todo vaya bien después de la incubación.

—No te preocupes. Yo y los otros Ancianos nos cuidaremos de él —la tranquilizó Voz–Grave—. Quizá cuando salga de la cáscara crezca y pueda asimilar más comida.

Aliviada de su carga, Cuchillo–Agudo abandonó el nidal y volvió a sus obligaciones de Jefe del Clan. Su huevo sería bien cuidado por los abnegados Ancianos. Pocos giros después, ya había olvidado todo lo referente a este incidente. A fin de cuentas, cuando una era ya tan vieja como ella, con una contribución de más de seis huevos al nidal, todos le parecían iguales.

El pálido huevo recibió mucha atención, porque los Ancianos se esmeraban mucho con cada uno de los huevos que se les confiaba. Voz–Grave prestó cuidados excepcionales al huevo pálido, manteniéndolo siempre protegido bajo un pliegue de su piel que utilizaba como manta incubadora. Ni un solo giro olvidó hacer rodar doce veces aquel saco ovalado y aplanado para que el embrión que llevaba dentro realizara el ejercicio adecuado.

Voz–Grave se sintió muy preocupado cuando se cumplió y rebasó el tiempo normal de romper el cascarón, pero poco después percibió movimientos dentro de la envoltura, y por último, con gran alivio, notó bajo su manta el cálido flujo de los fluidos cuando reventó el huevo y el recién nacido apareció.

Voz–Grave, con sumo cuidado, hizo rodar a un lado los otros huevos en proceso, siempre bajo su manta, empujó al recién nacido hasta el borde de la misma y lo dejó salir.

—¡Ojos rosados! —exclamó Voz–Grave con sorpresa, al contemplar con sus fríos ojos rojo oscuros al pequeño y pálido cheela.

Los doce minúsculos puntitos rosados que rodeaban el blancuzco cuerpo de la cría se agitaban vacilantes al mirar hacia arriba, al frío y oscuro cielo.

El tamborileo de sorpresa llamó la atención de otro Anciano que ayudaba en las labores del nidal. Los dos Ancianos observaron con detenimiento y preocupación a la nueva cría. Era evidente que algo iba mal, no había más que ver su pequeño tamaño, sus ojos rosados, y su cuerpo pálido y febril.

—Jamás he visto nada parecido a esto —afirmó el otro Anciano.

—Yo tampoco —corroboró Voz–Grave—. Pero cuando era General en Jefe de los

Clanes Aliados, supe por mis consejeros de la existencia de crías como ésta. Se les llama Afligidos de Brillante. —Conformó otro pliegue de su piel para cubrir al neonato y añadió—: ¿Por qué no te cuidas de los huevos durante un rato, mientras me llevo de aquí esta cría para darle algo que comer?

Y empujando con mucho cuidado al pequeño lo hizo salir de la zona de incubar y logró que entrara en el hoyo de comer del nidal. Allí, Voz–Grave ayudó a la cría para que pudiera introducir un pequeño trozo de fruto en uno de sus agujeros de entrada. Poco después, el pequeño ya podía encontrar comida y tragarla sin casi ninguna ayuda del Anciano.

Voz–Grave vigilaba mientras la cría comía. Era torpe, pero al principio a muchas crías les pasaba lo mismo durante algunos giros, hasta que aprendían a comer. En realidad, ésta parecía peor que las demás. Voz–Grave conformó un pseudópodo muy fino y lo aproximó a uno de aquellos ojitos rosa, pero éste no se retrajo a su protección hasta que casi lo estaba tocando.

—Pobre cría —se compadeció Voz–Grave—, temo que estos ojos rosados no te funcionan bien.

Su instinto de protección se desarrolló aún más, y a partir de aquel momento, la pequeña cría se convirtió en el proyecto especial de Voz–Grave.

Ojos–Rosados comió y creció, pero siempre continuó siendo la menor de todas las crías de su edad. Era valiente, e intentó jugar a los rudos juegos de luchas y volteretas a que suelen jugar las crías, pero su poca visión le dejaba siempre en inferioridad. Lo que más le gustaba de la vida en el criadero era escuchar las historias del narrador del clan.

Voz–Grave era el narrador de historias porque había tenido muchas más experiencias que los otros Ancianos. Después de cada sesión de contar historias, las otras crías se desparramaban ruidosamente, tirando y empujando unos de otros, pero Ojos–Rosados se quedaba y realizaba preguntas sobre cómo era la vida fuera del nidal. Preguntaba a Voz–Grave qué se sentía al ser Jefe de los Clanes Aliados, tener que hablar a doce gran de cheela a la vez, y conseguir que todos escucharan sus palabras en silencio.

—Debe ser maravilloso haber sido tan importante, Anciano Voz–Grave —dijo Ojos–Rosados—. ¿Por qué dimitió usted de ser Jefe?

—Pues —Voz–Grave gruñó con humor irónico—, en realidad no dimití. Sucedió que alguien, más grande y fuerte que yo, quería ser Jefe y, después de discutirlo con él durante un rato, decidí que ya no quería seguir siendo Jefe de los Clanes Aliados.

De forma inconsciente conformó un pseudópodo y se rascó con él uno de los flancos.

—Además —prosiguió—, ya estaba cansado de ser Jefe. Cada vez tenía más ganas de venir a cuidar de los huevos, de contaros historias y de no hacer otra cosa

hasta que llegara el momento de licuarme.

Voz–Grave agitó su manto protector deslizándolo sobre el febril cuerpo del pequeño y pálido Ojos–Rosados, que se contrajo hasta su superficie mínima para disfrutar de aquella fría caricia.

FECHA: 06:30:00 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

El ágil cerebro de Abdul Nkomi Farouk se despertó suavemente, preparado para cualquier eventualidad. Abrió sus ojos poco a poco y se rió en silencio al comprobar que sus morenos brazos flotaban libremente delante de él. Estaba despierto, pero los demás aún dormían.

«¡Brazos, disponeos a trabajar! —pensó—. Deberéis accionar muchos botones, si de una vez hemos de acabar de levantar los mapas de esta estrella de neutrones.» Pero lo primero que los brazos hicieron fue un movimiento mecánico para atusar las puntas de los negros bigotes de Abdul. Los ojos de Abdul observaban divertidos las rutinarias maniobras. Luego formuló su primera orden directa. Al momento, su cuerpo abandonó el aparente estado de trance y formó de nuevo un todo con su mente. Abrió su camarote y salió.

FECHA: 06:32:24 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Cuando para Ojos–Rosados casi había llegado el tiempo de abandonar el nido, Voz–Grave murió. Murió cuando estaba entregado a su actividad preferida: explicar historias a las crías. Les estaba contando una vez más lo de cuando mandaba las fuerzas combinadas de todos los clanes en una escaramuza para hacer retroceder a los bárbaros, en el norte. Estaba justo llegando a lo mejor del relato, cuando él personalmente había acuchillado a doce bárbaros a un tiempo (el número de bárbaros parece ser que aumentaba cada vez que lo narraba), cuando falló una de las bombas que enviaba fluido a su nudo cerebral. La constante tensión muscular de su piel se relajó, y su cuerpo se extendió formando un amplio círculo inerte que fluyó entre las crías.

Ojos–Rosados quedó muy afectado. No era el primer Anciano que veía morir, pero la pérdida de su amigo y mentor era un duro golpe. Permaneció clavado en su sitio, incluso cuando el equipo de carniceros fue a recoger el cuerpo. Aún seguía allí cuando las crías regresaron de ver cómo Voz–Grave se convertía en carne para los almacenes de comida.

Mientras los demás comían, Ojos–Rosados salió por la puerta del nido, absorto, y lentamente emprendió el ascenso hasta un pequeño montículo, en las afueras del campamento del clan.

Como jefe de un clan que habitaba en la frontera este del Imperio de Brillante, Cuchillo–Agudo prestaba atención con la mitad de su arista a los constantes murmullos de la corteza. Su clan había sufrido muchos ataques de los bárbaros, y aunque disponía de buenos guerreros que montaban guardia, ella nunca podía relajarse. Hizo una pausa cuando algo insólito llegó hasta su sensor a través de la corteza. Era algo débil pero de tono muy elevado. No se trataba de una alarma de los centinelas, pero ciertamente no sonaba como las acostumbradas notas del trajín del campamento.

La extraña vibración sonaba como una voz procedente de un nido, pero sus entrenados sentidos direccionales la situaban mucho más allá de los límites del campamento. Se acercó al linde, y allí el agudo sonido le llegó mucho más claro. Entonces localizó su origen en una mota, pálida, pequeña, sobre una ligera elevación. Se acercó y pudo reconocer en aquella mota la cría Afligida de Brillante, No–Sé–Qué–Rosado.

No le gustó que hubieran permitido que la cría vagara tan lejos del campamento, pero consideró que en aquella ocasión se había producido alguna confusión en el nido cuando Voz–Grave fluyó. Además, la cría ya tenía suficiente edad para que se le encargara alguna tarea, aunque Cuchillo–Agudo pasó un buen rato intentando encontrar algo que aquella cría tan escuchimizada y corta de vista pudiera hacer.

Al acercarse a la base de la elevación, Cuchillo–Agudo pudo oír la aguda voz transmitida por la corteza. Le sorprendió lo bien que se transmitían aquellas débiles vibraciones, y se detuvo para escuchar mejor.

—¡Oh, Tú, Brillante en el Cielo! ¿Por qué me castigas así, si no he hecho nada malo? Siempre te he adorado, como era mi deber —imploraba Ojos–Rosados—. Me has castigado con este miserable y pálido cuerpo, y ahora te llevas a mi único amigo. ¿Por qué? ¿Por qué?

Cuchillo–Agudo quedó un poco extrañada de que el joven fuera tan allegado del Anciano. Ella misma siempre había respetado a Voz–Grave. Al fin y al cabo, todo el mundo debía respeto a un ex Jefe de los Clanes Aliados. Pero ahora no era más que carne para comer y ya no quedaba nada que respetar. Se imaginaba que aquel impropio desconsuelo por un trozo de comida no era más que una de las rarezas que afligían al pobre joven. Gruñó una llamada hacia él.

—¡Tú, ven aquí en seguida y regresa a casa! —ordenó—. Deberías saber que los bárbaros no andan muy lejos de aquí.

Ojos–Rosados se sobresaltó al percibir la voz gruñona a través de la corteza, porque sus ojos habían estado ocupados en intentar distinguir la mancha que era lo más que podía ver de Brillante, y no se había percatado de la aproximación de Cuchillo–Agudo. Se asustó al ser interpelado por el Jefe del Clan, y lo más rápido que pudo descendió de su colina para encaminarse al campamento, pero una orden de

Cuchillo–Agudo le hizo detenerse.

—¡Espera! —gritó Cuchillo–Agudo—. Puesto que crees que ya puedes escapar del nido siempre que te apetezca, quizá seas ya demasiado mayor para estar en él. ¿Cuál es tu nombre y edad, jovenzuelo?

—Mi nombre es Ojos–Rosados, y ya he cumplido doce gran de giros, ¡oh Jefe del Clan! —respondió respetuosamente.

Cuchillo–Agudo se acercó y lo miró de cerca. Era muy pequeño, demasiado pequeño para cuidar de las cosechas. Sería difícil encontrar algo útil que pudiera hacer, pero por fin tuvo una idea.

—Vete al astrólogo y dile que el Jefe del Clan ha decidido que has de ser aprendiz de astrólogo —le ordenó.

Ojos–Rosados se sintió contento porque al fin le habían buscado algo útil en que ocuparse, y se encaminó de inmediato hacia el recinto de los astrólogos.

Cuchillo–Agudo observó al impaciente joven que ya se alejaba, y volvió a los asuntos más importantes, sin haber asociado a aquel pálido joven con el pálido huevo que ella pusiera en el nidal hacía mucho tiempo.

FECHA: 06:32:30 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

César estaba atareado en la mesa de mandos de los experimentos científicos. Ahora que ya se habían estacionado sobre el polo este magnético era el momento de poner en marcha los instrumentos de reconocimiento. Las antenas y los aparatos de registro de IR y de UV funcionaban sin interrupción, y la cámara de alta resolución en el espectro visible tomaba foto tras foto de pequeñas zonas de los territorios montañosos que cubrían las regiones del polo este magnético. Incluso los detectores de neutrinos y de radiación gravitacional se hallaban en funcionamiento ante la posibilidad de que se produjera un movimiento sísmico de la corteza, un cortezamoto, aunque la probabilidad de tal suceso no fuera muy alta.

César puso a punto el trazador de mapas por radar de láser. Primero lo dispuso en la modalidad de impulsos cortos para obtener la mejor resolución posible de las montañas que estaban justo debajo del Matadragones. Comprobaba los parámetros a medida que aparecían en la pantalla.

PLANÍGRAFO DE RADAR–LÁSER:

LONGITUD DE ONDA	0,3 MICROMETROS
AMPLITUD DE LA PULSACIÓN	1,0 PICOSEG (0,6 MM DE RESOLUCIÓN)
POTENCIA EN LA PUNTA DE LA PULSACIÓN	1 GW
FRECUENCIA DE LA PULSACIÓN	1.000.000 PULS/SEG.
TAMAÑO DE LA ZONA DE IMPACTO	60 CM DIÁMETRO

Satisfecho con esta programación, César se inclinó hacia adelante y ordenó:

—¡Inicio de la planigrafía con radar-láser! ¡Prospección a partir del punto de proyección en la superficie de nuestra posición, hasta un radio de cinco kilómetros!

Observó cómo en la pantalla, que primero se oscureció, aparecía la imagen de Huevo del Dragón. Luego vio una línea de débiles puntos circulares, cada uno representando una zona donde el radar de láser reflejaba su haz en la corteza de la estrella de neutrones, que mostraba una trayectoria espiral que se expandía lentamente.

—La espiral tardará unos ocho minutos en completarse —murmuró para sí mismo.

Miró unos segundos, y entonces sus dedos empezaron a moverse por el teclado para preparar el experimento siguiente.

FECHA: 06:39:55 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—No me gusta venir con quejas, pero no quiero que ronde a mi alrededor —el astrólogo del clan se lamentaba a Cuchillo-Agudo—. Cuando me mandaste a Ojos-Rosados para que fuera mi aprendiz, quise darle una oportunidad, a pesar de que se le veía raro. Tenía voluntad y lo intentaba con ganas, pero cuando nos dimos cuenta de que sus ojos son tan pobres que para él Brillante y los Ojos son sólo manchas, y que ni tan siquiera puede distinguir la mayor parte de las estrellas del cielo, comprendimos que nunca podrá ser un astrólogo. Si no puede ver las estrellas, ¿cómo quieres que pueda hacer predicciones?

»A pesar de esto —continuó el astrólogo—, me servía de ayuda en los servicios de oración. Su voz es alta y las vibraciones llegan bien. Es bueno para los cánticos, y lo empleo para que cuide de los símbolos de adoración. Pero ahora mucho me temo que deba prescindir de él. Es un blasfemo.

—¿Qué? —exclamó Cuchillo-Agudo.

—Sí —confirmó el astrólogo del clan—. Durante mucho tiempo, cuando era aprendiz, se obstinaba en afirmar que el Ojo Interno de Brillante se encendía y apagaba. Por fin pudimos convencerle de que su mala vista le engañaba, pero desde hace poco vuelve a insistir en que, más o menos cada doce giros, los destellos se hacen más y más relucientes y después se van apagando. La última vez que esto ocurrió fue hace unos pocos giros. Incluso me arrastró hasta la cumbre de su tonta colina y no cesaba de decirme: «¡Míralos, mira esos brillantes destellos! ¿Estás ciego, Anciano?».

»No me importa que me llamen Anciano, porque falta poco para que me vaya a jugar con las crías —continuó el astrólogo del clan—. Pero que me llame ciego ese monstruo cegato es más de lo que puedo soportar. Y además, va por ahí diciéndole a

todo el mundo que el Ojo Interno de Brillante le hace señales a él, sólo a él.

Cuchillo–Agudo miró los siete puntos de luz que permanecían casi inmóviles sobre el polo este. Ella no podía observar con frecuencia el cielo, porque se hallaba demasiado ocupada en dirigir el clan allí abajo, en la corteza. Pero, de todas formas, si hubieran existido destellos brillantes procedentes del Ojo Interior debería haberse dado cuenta de ello, sin duda. Por lo general, no prestaba mucha atención a la religión aunque, en su calidad de Jefe del Clan, en tiempo santo se convertía automáticamente en Jefe de la Adoración de Brillante, y no podía permitir que las cosas establecidas fuesen discutidas por un individuo evidentemente tan desquiciado.

—Sospecho que este Afligido de Brillante tiene otros problemas además de la palidez y la mala vista —dijo—. Pero como sea que los tiempos son buenos, vamos a permitirle que ande por ahí sin realizar ningún trabajo.

Ojos–Rosados no era feliz con su nueva situación. Se sentía inútil, y por eso pasaba la mayor parte de su tiempo lejos del campamento del clan, observando las borrosas formas de Brillante y de los Ojos, conversando con los puntos de luz y consigo mismo, y soñando que era Jefe de los Clanes Aliados y hablaba a las multitudes congregadas a su alrededor para oír sus palabras llenas de sabiduría.

FECHA: 06:40:35 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

La pantalla de la consola centelleó, y César la miró. En la parte superior había aparecido una línea con las palabras:

COMPLETA LA PLANIGRAFÍA POR EXPLORACIÓN DE RADAR LÁSER

César pulsó algunas teclas para que desapareciera la imagen de IR que estaba examinando y la sustituyó por la instrucción del proceso de mapas por radar de láser.

En la siguiente etapa de la prospección, el láser dispararía oblicuamente a la curvada superficie de Huevo del Dragón, y el equipo podría conseguir tanto la información en altura como en superficie, en alta resolución, mediante el uso de una pulsación variable intermitente. El láser alternaba su frecuencia desde la región visible a la región ultravioleta, mientras la frecuencia de repetición de la pulsación descendía a 100.000 pulsaciones por segundo.

César fijó el planígrafo para que registrara un sector de un radián, empezando a partir del borde del círculo de cinco kilómetros de radio que ya había sido topografiado, extendiéndose otros cinco kilómetros hacia afuera (muy por encima de la curvatura de Huevo del Dragón). Estuvo observando hasta que empezó el registro por sectores, el estrecho haz en forma de abanico tardaba aproximadamente un segundo en cada barrido y se desplazaba poco a poco hacia el oeste.

FECHA: 06:40:46 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Ojos–Rosados tomó el camino ascendente, hacia la pequeña elevación que se encontraba justo más allá del borde del campamento del clan. Había estado completamente seguro de que Brillante le había hablado por mediación del Ojo Interior de Brillante, pero nadie quería creerle.

«Pero ¡era tan resplandeciente! —iba diciéndose Ojos–Rosados—. ¡Tales destellos deslumbrantes de luz pura! ¡Eran la encarnación de Brillante! Y sin embargo Brillante no quería que ellos lo viesen. ¿Por qué? ¿¿Por qué?? ¿¿¿Por qué???»

Ojos–Rosados descansó una vez más en su lenta ascensión. Por medio de los rezos y los cánticos que en cada tiempo de oración había golpeado en la corteza, volvió a buscar consuelo en aquel que parecía haberle castigado con casi todas las indignidades, excepto la muerte.

Ojos–Rosados sintió en su bolsa personal de armas su pequeño cuchillo aguzado, y lo sacó. Lo miró durante largo tiempo, considerando... Dejó caer el cuchillo a la corteza, y allí quedó, con la punta rota por la caída.

Ojos–Rosados sabía que el clan no le dejaría morir de hambre, aunque no le dejaran colaborar en los trabajos, pero decidió que nunca regresaría. Sin mirar hacia atrás, se dirigió al este, directamente hacia el desierto, hacia el territorio de los bárbaros. Los centinelas, acostumbrados a ver vagabundear a aquel extraño ser pálido, le dejaron pasar sin preguntarle nada.

Ojos–Rosados no tenía ningún plan. Puesto que le habían rechazado, sólo pensaba en marcharse de allí. Sabía que se encontraba en peligro a causa de los bárbaros, pero el pensamiento de una posible muerte en la punta de sus espadas no le producía el menor temor. Viajó hacia lo que más le atraía, la configuración de luces que rotaba sobre el polo este, una vez cada giro.

Ojos–Rosados encontró algunos frutos casi maduros en una planta silvestre aislada, y estaba saboreando lentamente su primer alimento desde hacía muchos giros cuando se detuvo, sobresaltado. El Ojo Interior acababa de enviar, justo delante de él, un haz de luz multicolor, brillante y de larga duración. El haz era diferente a los que había visto en anteriores ocasiones. Aquéllos fueron cortos relámpagos de luz, tan rápidos y tan intensos que no tenían color alguno. El de ahora era como las palabras silentes de los ondulantes cortezamotos. Empezó en el rojo profundo y poco a poco, tomándose el tiempo necesario, pasó por extraños colores hasta llegar a una radiación deslumbrante. Ojos–Rosados esperó, y pronto fue recompensado con otra exhibición del fenómeno. Como si estuviera en trance, guardó los frutos en una bolsa almacén y avanzó hacia el rayo de luz. Una y otra vez se repitió la aparición del haz, hasta que él acabó por sincronizarse con su regularidad.

A medida que Ojos–Rosados avanzaba intentando alcanzar el haz, descubrió que

éste se iba desplazando lentamente hacia el norte. Poco después vio que este desplazamiento hacia el norte había terminado. Le parecía estar más y más cerca con cada nuevo período de iluminación. Se deslizó hacia el sur para interceptarlo, y por fin se detuvo a esperar que el haz de luz le alcanzara. Se percató de que la multicolor aparición se iba haciendo cada vez más luminosa, giro tras giro.

De repente le alcanzó. Sus ojos se refugiaron debajo de sus protectores mientras la corteza de su alrededor chisporroteaba con destellos multicolores, pero lo más extraño qué sintió fue el calor en la parte superior de su cuerpo. Le cosquilleaba y resultaba agradable, tan agradable como si estuviera disfrutando sexualmente con un dios. Ojos–Rosados se retorció de placer, y su pálido cuerpo se aplanaba al máximo para mejor absorber aquella sensación tan agradable. Y de repente, de la misma manera en que había aparecido, la sensación desapareció.

Desconcertado, Ojos–Rosados recuperó su forma normal y esperó. Al cabo de un rato, llegó de nuevo el haz luminoso, pero esta vez mucho más hacia el sur; ahora sus ojos podían aguantar el resplandor, y su parte superior percibía un tenue zumbido que era sólo una sombra de la intensa sensación que experimentara pocos momentos antes. Ojos–Rosados intentó seguirla, pero aquella luz centelleante iba demasiado de prisa para él y le sacaba cada vez mayor distancia en su desplazamiento sobre la corteza. Ojos–Rosados se detuvo y esperó; sus ojos miraban de hito en hito hacia arriba, mientras el hermoso haz se escapaba centelleante hacia el sur. Estaba seguro de que tenía que volver, así que esperó, moviéndose sólo lo justo para encontrar algo de alimento. Hasta que vio cómo el haz se acercaba de nuevo. Estaba preparado, con el espesor de su pequeño y pálido cuerpo reducido al mínimo para recibir la tibia caricia de la luz. El rayo le golpeó, y gozó de nuevo con un intenso placer sexual mientras su arista golpeaba la corteza en un paroxismo de rezo. —¡Brillante! ¡Oh, Brillante! ¡Derrama tus bendiciones de amor sobre mí! ¡Gracias! ¡Gracias por recompensar así a tu siervo! Durante docenas de giros, Ojos–Rosados permaneció en el desierto, en comunión con el Ojo Interior de Brillante mientras su haz de amor y placer barría la zona una vez cada media docena de giros. Su lento vagabundear le llevó de regreso a su antiguo campamento, ya que sus pasos sobre la corteza seguían la uniforme orientación del rayo explorador. En su periplo, Ojos–Rosados se hallaba cada vez más convencido de que él, y sólo él, había sido elegido para llevar a los cheela la Palabra de Brillante.

Fortificado en su espíritu, Ojos–Rosados abandonó por fin su adicción al intenso placer sexual del haz. Empezó a moverse más aprisa, y consiguió que el haz se quedara atrás. El haz efectuaba sus movimientos primero hacia el norte, luego hacia el sur, otra vez al norte, etc., pero siempre desplazándose muy poco a poco hacia el oeste. Ojos–Rosados se dirigió directamente hacia el campamento de su clan. Ascendió con dificultad hasta la cima de la colina donde una vez estableciera

contacto con Brillante. Y comenzó a predicar. Su voz, con su habitual tono elevado, estaba ahora reforzada por su propio convencimiento y transmitía sus vibraciones a la corteza.

—¡Preparaos! ¡Preparaos todos! ¡Porque pronto os llegará la Bendición de Brillante! —clamaba la voz de Ojos–Rosados.

Primero, sólo los guardias del perímetro acudieron a investigar el origen de aquella voz. Cuando comprobaron de quién se trataba y oyeron su extraña arenga, se burlaron y regresaron a sus puestos. Después de algunos cambios de guardia, la mayoría de los miembros del clan había oído hablar de las raras declamaciones de aquel Afligido de Brillante. Cuando las noticias llegaron por fin al Jefe de los Astrólogos, inmediatamente fue a ver a Cuchillo–Agudo.

—Debemos hacer algo —dijo el astrólogo del clan.

—Tienes razón —coincidió Cuchillo–Agudo—. Vayamos a intentar que sea juicioso y deje de hacer tonterías.

Cuchillo–Agudo, el Jefe de los Astrólogos y un grupo de guerreros subieron a la colina. Al aproximarse, pudieron oír a Ojos–Rosados que predicaba a un grupo de divertidos soldados y de crías ya crecidas.

—¡Arrepentios y rezad! —exhortaba Ojos–Rosados—. ¡Arrepentios! ¡Porque pronto vais a recibir la Bendición de Brillante!

Cuchillo–Agudo hizo tronar su arista contra la corteza.

—¡Ojos–Rosados! ¡Déjate de locuras y ven aquí!

—¡No! —respondió Ojos–Rosados—. ¡Ahora obedezco a un jefe mucho más alto que tú!

Ojos–Rosados introdujo un pseudópodo en una bolsa que había permanecido cerrada desde que salió del nido y sacó su tótem del clan.

—Ya no soy de este clan —exclamó, mientras levantaba en alto su tótem para que todos pudieran verlo; luego lo dejó caer y se rompió sobre la corteza, transmitiendo una pequeña onda de choque a las aristas de los perplejos concurrentes—. He sido llamado por Brillante —continuó— para guiar a toda la gente de todos los clanes hacia una adoración más perfecta de Él.

—Ya es bastante —susurró el Jefe de los Astrólogos a Cuchillo–Agudo—. Has de acabar con esto.

Cuchillo–Agudo tomó el mando de la situación, aunque un poco a disgusto. Era un deber desagradable tener que castigar a uno que sin duda alguna estaba mentalmente enfermo, pero al destruir su tótem Ojos–Rosados había perdido la protección de su clan.

—Considerando que has destruido tu tótem —declaró Cuchillo–Agudo con voz grave—, tú mismo has abandonado el clan. Por lo tanto, te ordeno que abandones el territorio del clan.

Sus doce ojos cambiaron de posición hasta encontrar a tres guerreros que estaban próximos.

—¡Quiero que vosotros tres escoltéis hasta la frontera a este bárbaro, pues en bárbaro se ha convertido él mismo! No dejéis que regrese. ¡Y si no quiere irse, convertidlo en carne!

Los tres guerreros subieron lentamente por la ladera de la colina.

Ninguno se había molestado en sacar un cuchillo de su bolsa de armas, porque uno solo de ellos era muy superior al débil Ojos–Rosados.

—¡Alto! —ordenó Ojos–Rosados a los guerreros. Y los soldados se detuvieron indecisos, extrañados de tal conducta. Mirando hacia el norte, Ojos–Rosados vio que el haz se iba acercando a la colina.

Volvió sus doce ojos hacia arriba, hacia los Ojos, y empezó a rezar, ignorando a los soldados.

—¡Oh, Gran Brillante! ¡Demuestra a estos pecadores incrédulos el amor que puedes darles si te siguen de verdad!

Los soldados seguían indecisos, sin decidirse a interrumpir una plegaria, aunque sus aristas vibraban suavemente con contenida risa.

Cuchillo–Agudo estaba a punto de lanzar una enérgica orden a los guerreros cuando de repente se encontró aplanándose en un frenesí de deslumbrante placer sexual. Sus ojos, encorvados sobre sus alargados tallos, vieron que a los demás les sucedía lo mismo y que se encontraban aplanados a su alrededor. Notó que la arista de su vecino, el Jefe de los Astrólogos, se posaba sobre uno de sus costados, bloqueando en parte el intenso calor. Una arista de macho sobre ella, por lo general una sensación agradable, no resultaba ahora lo bastante buena, y se contrajo para apartarse y poner toda su parte superior a disposición de aquel placer sublime que se derramaba del cielo.

Mientras se estremecía de gozo, pudo oír la voz de Ojos–Rosados:

—¡Venid, todos vosotros, recibid la Bendición de Brillante que yo os he traído!

El placer era cada vez más y más intenso, y luego se esfumó. Lentamente, Cuchillo–Agudo, el astrólogo y todos los demás recuperaron su forma. Esperaban inmóviles, exhaustos, al tiempo que Ojos–Rosados decía:

—Os he traído la Bendición de Brillante. La tendréis otra vez si creéis en Brillante y le adoráis.

—¡Yo creo! —gritó uno de los guerreros—. ¡Que la Bendición de Brillante caiga de nuevo sobre mí!

—Antes debemos adorar a Brillante como se merece —contestó Ojos–Rosados—. Para ello hemos de ir al campamento del clan y rezar. Dentro de media docena de giros, quiero que el clan se reúna y adore a Brillante en el área del templo.

Cuchillo–Agudo calló mientras los demás se apresuraban a explicar al resto del

clan el milagro y los mandamientos de Ojos–Rosados. A ella no le gustaba perder autoridad a causa de esa pálida caricatura de un cheela, pero si era respaldado por Brillante, no le quedaba elección.

Seis giros después, el clan se hallaba congregado en el área del templo y escuchaba a Ojos–Rosados, que predicaba. El templo se encontraba lleno a rebosar. Ojos–Rosados había consentido en que el astrólogo iniciara los rezos, pero no tardó mucho en asumir el liderazgo con un largo e hipnótico sermón.

Cuchillo–Agudo escuchaba el acto de adoración desde un extremo del área. No descuidaba sus deberes de Jefe del Clan, a pesar de la interrupción causada por Ojos–Rosados. Dado que éste había insistido en que todos, incluso los guardias, estuvieran presentes en el culto, ella había procurado estar junto con los mejores guerreros en la periferia de aquella parte del pueblo, por si se producía un ataque de los bárbaros. También, y a pesar de las protestas de los interesados, ordenó que los Ancianos estuvieran alejados del nido y del criadero.

—Cuando la Bendición de Brillante caiga sobre vosotros, será como si estuvierais disfrutando del sexo —trató de explicar a Roca–Dura, el Anciano que tenía los huevos a su cuidado—. Podrías perder el control de tu cuerpo, y lastimar algún huevo mientras estuvieses agitándote.

—¿Qué quieres decir con eso? —protestó Roca–Dura—. Ya soy demasiado viejo para el sexo. Lo único que quiero es cuidar de los huevos.

Sin embargo, cuando Ojos–Rosados hizo caer la Bendición de Brillante sobre el clan que estaba adorándole, Roca–Dura sintió un estímulo sexual mucho más intenso que el que hubiera podido sentir en la mejor experiencia de su juventud. Su cuerpo se aplanó y sus ojos, con los tallos extendidos, miraron con asombro cuando la parte superior de su cuerpo fue bañada por el cálido haz. Entonces, ya hacia el final de la Bendición, cuando los ojos de Roca–Dura se dirigían con placer hacia lo alto, hacia los Ojos, advirtió un débil haz de parpadeante luz de color intenso que se derramaba sobre él.

—¡Lo veo! ¡Lo veo! —gritó Roca–Dura—. ¡Yo creo! ¡Yo creo!

Roca–Dura, convertido en un instante, se olvidó de sus huevos y se mezcló con la gente que aún estaba recuperándose.

—¡Lo he visto! ¡Creo! —iba repitiendo a su paso—. ¡Quiero ser tu seguidor, Portador de la Palabra de Brillante!

Ojos–Rosados interrogó con detalle a Roca–Dura y llegó a la conclusión de que éste había visto una borrosa versión del esplendoroso y multicolor espectáculo que él mismo podía contemplar sin dificultad. Cuando llegó el siguiente haz, dirigido más hacia el norte, Ojos–Rosados hizo que Roca–Dura mirara hacia los Ojos, pero el haz, que esta vez no caía sobre ellos, tan sólo resultó levemente visible para Roca–Dura.

Todas las dudas que Ojos–Rosados hubiera podido tener, incluso la de que

estuviera imaginando cosas, desaparecieron de forma automática al quedar confirmadas sus visiones de la luz procedente de los Ojos. Dirigió de nuevo su mirada a la multitud y habló:

—Soy el Elegido de Brillante —anunció—. Os doy el esplendoroso amor de Brillante y os traigo su palabra.

—¡Sí! —interrumpió Roca-Dura—. ¡Escuchad al Elegido de Dios, y obedecedle!

Ojos-Rosados miró a Roca-Dura. Formó un pálido pseudópodo y lo enroscó en uno de los tallos de ojo de Roca-Dura.

—Tú eres también uno de los elegidos de Brillante, Roca-Dura —declaró—. Quiero que me acompañes en mi misión.

—Te obedezco, Elegido-de-Dios —contestó Roca-Dura; y sin dudarle un momento, el endurecido veterano buscó en una de sus bolsas que no se había abierto durante cinco docenas de gran de giros, sacó su tótem del clan, lo levantó en alto y lo soltó para que se estrellara contra la corteza.

Ojos-Rosados reclamó la presencia de Cuchillo-Agudo.

—He de viajar hacia el oeste para llevar la Palabra de Brillante a los otros clanes —anunció—. Necesitaré comida y guerreros de protección.

—Sí, oh Elegido-de-Dios —respondió Cuchillo-Agudo, con una sensación de alivio al pensar que aquel enigmático personaje se marcharía pronto y el clan recuperaría la normalidad—. Te obedeceremos.

Al giro siguiente, Ojos-Rosados, al que ahora todos se dirigían reverentemente con el apelativo de Elegido-de-Dios, se encaminó hacia el oeste acompañado por una gran partida de adeptos, en la que destacaba Roca-Dura, y rodeado por un pequeño grupo de soldados creyentes. Cuchillo-Agudo pudo evitar con mucho trabajo que se marchara más gente de su pueblo. Por fortuna, Elegido-de-Dios le había ayudado al predicar que Brillante quería que se quedaran para cuidar de los huevos y de las crías, además de proteger el Imperio de Brillante de los ataques de los bárbaros.

La procesión avanzó lentamente por la corteza hacia el clan vecino. Un pequeño grupo, dirigido por Roca-Dura, se adelantó con el mensaje de que Elegido-de-Dios estaba en camino para derramar sobre ellos la Bendición de Brillante. A pesar de que Roca-Dura era bien conocido en el clan vecino, fue un grupo de incrédulos el que se congregó alrededor de Elegido-de-Dios cuando éste se detuvo en el linde del clan para reunirse con Sin-Miedo, el Jefe del Clan, y su astrólogo.

—¿Por qué molestas a nuestro pueblo, tú, que no tienes clan? —preguntó con brusquedad Sin-Miedo.

—Tan sólo quiero traerle la Palabra y la Bendición de Brillante. ¡Oh, Jefe del Clan! —respondió cortésmente Elegido-de-Dios—. Ya sé que te costará creerme, pero yo te digo que soy el elegido por Brillante. Creed en mí y recibiréis su Bendición.

—No me gusta éste —susurró el astrólogo del clan a Sin-Miedo.

—Yo también tengo sospechas. Pero Roca-Dura ha luchado junto a mí en muchas batallas contra los bárbaros, y no sólo está convencido de que este gracioso paliducho dice la verdad, sino que porfía en que él mismo puede ver la Bendición de Brillante.

—De todas maneras, sigue sin gustarme —insistió el astrólogo.

—Todo lo que pide es que le dejemos el templo para rezar a Brillante —observó Sin-Miedo—. Para eso está el templo, ¿qué mal puede haber en ello?

—Con todo... —discrepó el astrólogo del clan, preocupado por la posibilidad de perder parte de su autoridad—. Son las palabras que predica lo que me inquieta. Insiste en que ha sido elegido por Brillante. Esto no puede ser verdad. Si Brillante tuviera que escoger un cheela para enviarnos su palabra, buscaría una persona fuerte, heroica, y no una insignificante caricatura de cheela como ésta.

—Podría ser que tuviera razón —replicó Sin-Miedo—; y no debo arriesgarme a una maldición de Brillante por ignorar al portador de su palabra.

Sin-Miedo volvió sus ojos hacia el pálido ser.

—Te cederemos el uso del templo del clan, Elegido-de-Dios —proclamó—, si estás seguro de que vas a derramar la Bendición de Brillante sobre nosotros.

Ojos-Rosados volvió unos pocos de sus ojos hacia el sur, donde distinguió el haz multicolor en la lejanía.

—Vamos a descansar este giro —contestó—. Pero en el próximo giro quiero que todo el clan esté en el templo, y derramaré la Bendición de Brillante sobre todos vosotros, porque estoy convencido de que creéis.

—Pues bien, yo no creo —susurró el astrólogo del clan a Sin-Miedo—. Nadie puede imponer su mandato al dios Brillante. Si fracasa durante el próximo giro, deseo que ordenéis que el sin-clan sea convertido en carne por hablar en forma tan ofensivamente blasfema.

—Ya había tomado esta decisión —le respondió Sin-Miedo en voz baja—. Es posible que haya engañado a su propio clan, pero no consentiré que nos engañe a nosotros.

El portador de la palabra de Brillante no estaba bromeando. Con el nuevo giro, el número de los adeptos de Elegido-de-Dios creció en gran medida. Otro giro después, Elegido-de-Dios siguió su camino dejando atrás un clan recién convertido y un intrigado pero convencido astrólogo del clan. El astrólogo había pedido, y conseguido, una plegaria especial para su uso personal, ya que pensaba cambiar los servicios religiosos de su templo para agradecer a Brillante el envío del portador de la palabra durante toda su vida.

Conforme la caravana de seguidores de Elegido-de-Dios avanzaba lentamente hacia el este, llevando la Bendición de Brillante de un clan a otro, las noticias de los extraños sucesos que acaecían en la frontera oriental llegaron hasta Hambriento-

Raudo, el Jefe de los Clanes Aliados. Al parecer, eran lo bastante importantes para ser investigadas por él mismo. Con una patrulla de tropas de aguja se trasladó con rapidez por las rutas del Imperio de Brillante, aunque en numerosas ocasiones sus guerreros se vieron obligados a despejar para él el muy concurrido camino.

Al fin, Hambriento–Raudo pudo concertar una reunión con Elegido–de–Dios y sus seguidores.

Hambriento–Raudo era demasiado buen político para emplear su poder con ostentación. Dejó a sus guerreros y fue él solo a visitar al santón. Había oído descripciones del hacedor de milagros, pero no se encontraba preparado para ver aquel cuerpo pálido y débil, y en especial aquellos ojos rosados. Sin temer lo más mínimo de aquel pequeño ser, se adelantó para reunirse con él.

—Saludos, Elegido–de–Dios —empezó—. He oído extrañas historias sobre tu trabajo.

—No son historias, Hambriento–Raudo —respondió Elegido–de–Dios—. Son la verdadera palabra de Brillante.

—Cuéntame más —pidió Hambriento–Raudo—. Porque lo que he oído me ha llegado por varios caminos, y ha sido deformado al ser contado de unos a otros.

Elegido–de–Dios había procurado que su expedición se mantuviera siempre por delante del haz de barrido. Pensó que era mejor limitar el número de bendiciones para sus seguidores, para que no se acostumbraran. Además, si alguien dedujera que la Bendición de Brillante llegaba cada media docena de giros, tanto si él la invocaba como si no, pronto estarían recibiendo la Bendición sin necesidad de que les predicaran la palabra de Brillante. Sus ya experimentados ojos encontraron el haz hacia el norte, y calibró su movimiento.

—Puedo contarte muchas cosas, Hambriento–Raudo, pero te sería igual de difícil creerme —declaró Elegido–de–Dios—. Ven tú solo conmigo al desierto. Rogaremos juntos y la Bendición de Brillante caerá sólo sobre ti. Reúne comida para tres giros y ven conmigo.

—¿Por qué debemos esperar tres giros? —protestó Hambriento–Raudo—. ¿Por qué no ahora?

Elegido–de–Dios le miró con severidad.

—Porque no crees —contestó—. Y han de pasar tres giros antes de que yo consiga que creas lo suficiente para poder recibir la Bendición de Brillante.

Hambriento–Raudo sólo podía coincidir con Elegido–de–Dios en una cosa: había juzgado con acierto el nivel de su incredulidad. No creía nada en absoluto de este charlatán, y dudaba mucho que tres giros de predicación pudieran cambiarle en lo más mínimo. Sin embargo, aunque las historias que había oído referentes a este raro personaje fueran distorsionadas, algunas procedían de sus mejores comandantes de tropas, que como es natural investigaron todo aquello que pudiera perturbar la

seguridad en los alejados lindes del Imperio de Brillante.

A Hambriento–Raudo no le gustaba tener que perder tres giros, pero si era necesario para aclarar este misterio, estaba conforme. Si resultara que no existía tal misterio, ya se cuidaría él mismo de que no quedara de aquel pálido cuerpo ni siquiera lo bastante para enviarlo a los almacenes de víveres. Sin embargo, el milagrero parecía tener mucha confianza y nada de miedo.

—Iré contigo, Elegido–de–Dios —anunció—. Marca tú el camino.

Los dos cargaron sus bolsas con una pequeña cantidad de alimento, y Elegido–de–Dios le guió hacia el nordeste a fin de interceptar el recorrido del haz que avanzaba desde el norte. El jefe de la patrulla de escolta no estuvo de acuerdo en que Hambriento–Raudo viajara sin protección por el terreno desconocido que se abría entre los campos de los clanes, pero éste hizo caso omiso de su protesta.

—Estamos bastante alejados de las fronteras, y en esta región no hay bárbaros —dijo—. Y confío que no pienses que soy incapaz de vérmelas con este pálido sacerdote. Sólo con pisarlo un poco, lo reventaría como un cascarón.

Mientras viajaban por el desierto, Elegido–de–Dios intentó predicar constantemente, pero Hambriento–Raudo aprovechaba las oportunidades durante los descansos para formularle preguntas personales relacionadas con las etapas previas de su vida, cuando a Elegido–de–Dios le llamaban Ojos–Rosados. Después de enterarse de aquello por lo que había pasado Ojos–Rosados, cuando era una cría y después un joven, y de su conversión en el desierto, Hambriento–Raudo sintió una creciente admiración por el valor que parecía llenar aquel débil cuerpo. Pronto, Hambriento–Raudo dejó de percatarse de que la personalidad de Ojos–Rosados/Elegido–de–Dios se hallaba contenida en un cuerpo que no era normal. Continuamente se sorprendía de que Ojos–Rosados no tuviera un tamaño normal cuando, por ejemplo, le pedía ayuda para coger un fruto situado en la parte alta de una planta–pétalo.

A medida que su ruta se aproximaba más y más a la intersección con la ruta del haz procedente del Ojo Interior, las prédicas de Elegido–de–Dios se intensificaron. Hambriento–Raudo le escuchaba con atención, porque ahora respetaba a Elegido–de–Dios, aunque debía admitir que a pesar de toda aquella predicación no creía que su compañero de viaje fuera el elegido de Brillante, ni que pudiera hacer derramar la Bendición de Brillante sobre él.

—Te escucho, Elegido–de–Dios —proclamó Hambriento–Raudo—. Pero todavía tengo dificultades para creer en lo que dices.

—El hecho de que confieses tu incredulidad ya es un paso en el buen camino —respondió Elegido–de–Dios.

Volvió sus ojos hacia el cielo, y contando lentamente el tiempo transcurrido desde que percibiera el último haz, justo al norte de ellos, cantó:

—¡Ayúdanos, oh, Brillante! ¡Ayuda a este incrédulo a encontrar la fe! ¡Derrama tu bendición sobre Hambriento–Raudo!

Los ojos de Hambriento–Raudo siguieron a los de Elegido–de–Dios, que apuntaban a la extraña formación de siete luces colgadas en el firmamento. Estaba relajado, y consideraba cómo era posible que permanecieran allí mientras las demás estrellas viajaban de este a oeste, cuando de repente su cuerpo pareció explotar de placer.

Durante lo que para él fue una eternidad, Hambriento–Raudo se deleitó con el placer del amor de Brillante, recibido del cielo. Sus tallos de ojo se dirigieron hacia los Ojos en un intento de copular con las estrellas. Se agitaban atrás y adelante, estirándose hasta su límite, cuando de repente se inmovilizaron al contemplar el haz que procedía del Ojo Interior de Brillante.

—¡Veo! ¡Veo! —gritó.

De pronto, tal como había llegado, el calor cesó. Hambriento–Raudo recuperó su compostura y sacudió las gotas blanco–amarillentas de fluido genital que habían aparecido en los orificios situados debajo de cada tallo de ojo. Al recobrar sus sentidos, pudo oír la oración de Elegido–de–Dios.

—Muchas gracias, oh Brillante, por haber concedido la Visión, además de la Bendición, al Jefe de los Clanes Aliados. Te ruego que le dirijas para que pueda encaminar a todos los clanes hacia una mayor adoración tuya.

Del todo convencido, Hambriento–Raudo también rezó. Como Jefe de los Clanes Aliados era automáticamente el Primer Adorador de Brillante. No obstante, los cantos rituales que había aprendido y que hasta entonces utilizaba en los servicios santos en ese momento parecían completamente inadecuados, así que improvisó sus propias plegarias.

—Guíame, oh Brillante —imploró—. Hazme llegar tu palabra, y la seguiré con todo lo que está bajo mi mando.

—Te daré la palabra de Brillante —anunció Elegido–de–Dios—. Durante demasiado tiempo, Brillante ha sido postergado. Brillante ha sido bueno para con su pueblo. Su pueblo, que ha crecido en número y ha prosperado. Lo que en otro tiempo no era más que un pequeño clan congregado en la ciudad del Paraíso de Brillante se ha convertido en una multitud de clanes desparramados por todo el Imperio de Brillante, y son tan poderosos que los bárbaros no se atreven a molestarles. Pero ¿qué han hecho los ingratos cheela para agradecerse a Brillante?

—Le rezamos con frecuencia —protestó Hambriento–Raudo.

—Sí. Pero ¿dónde? —inquirió Elegido–de–Dios—. En pequeñas áreas de templo. Lo que Brillante merece es un templo apropiado a su grandeza.

—Dime lo que se necesita —rogó Hambriento–Raudo.

—Debéis construir un Templo Sagrado. Ha de tener la forma de Brillante, de la

que nosotros no somos más que copias imperfectas. Las paredes exteriores deben formar un círculo perfecto, y una docena de gran de cheela han de caber en línea de un lado al otro sin que sus cuerpos se pisen.

—Eso será tan grande como la ciudad del Paraíso de Brillante —se escandalizó Hambriento–Raudo.

—Sí —continuó Elegido–de–Dios, imperturbable—. Porque debe tener capacidad para acoger a todos los que viven en el Paraíso de Brillante y a muchos más. En doce lugares alrededor del círculo se construirán paredes que representen los doce ojos de un cheela en estado de completa atención. Al final de cada tallo de ojo habrá un pequeño montículo que representará el ojo. Entre cada dos tallos de ojo se dejará una abertura en las paredes del templo, en representación de los orificios que permiten que las cosas entren y salgan de los misterios internos del cuerpo de Brillante. Por último, en el mismo centro del área interior, habrá un monte circular que representará el Ojo Interior de Brillante.

—Te obedeceré, Elegido–de–Dios —asintió Hambriento–Raudo—. El Templo Sagrado de Brillante será construido tal como tú dices.

Todavía aturdido, Hambriento–Raudo siguió a Elegido–de–Dios hasta los dos campamentos. Cuando el jefe de la patrulla se adelantó para saludarles, le resultó evidente por la conducta de Hambriento–Raudo que el Jefe de los Clanes Aliados había recibido la Bendición de Brillante. Y se sintió aún más preocupado cuando supo que, además, el Jefe había visto la Bendición, puesto que eran muy pocos los que recibían esta indicación de haber sido elegidos por Él. Al terminar la jornada por el desierto, Hambriento–Raudo recuperó el mando.

—Da el toque de reunión —ordenó—. Regresamos en seguida al Paraíso de Brillante, porque hay mucho por hacer.

Antes de partir, Hambriento–Raudo realizó una última visita a su amigo y maestro.

—¿Eres Dios? —le preguntó.

—No —respondió Elegido–de–Dios—. Brillante es Dios. Yo sólo soy el instrumento mediante el cual Brillante envía su palabra y su bendición. Tú has recibido su palabra. Ve y propágala. Tu misión no va a ser fácil, ya que necesitarás una docena de gran de giros para levantar un templo de ese tamaño. Pero no te preocupes por el tiempo, porque Brillante tiene paciencia. Yo me quedo aquí y llevaré la Bendición de Brillante a todos los clanes. Esto también requerirá tiempo, pero para cuando tú hayas terminado el Templo Sagrado, yo ya habré difundido la Bendición de Brillante por todo el este y regresaré al Paraíso de Brillante para hacer caer la Bendición sobre todos los que allí se encuentren, en el mismo Templo Sagrado.

—¡Que Brillante me dé fuerzas para vivir hasta entonces! —exclamó Hambriento–Raudo.

—Tu trabajo te mantendrá fuerte —replicó Elegido—de—Dios—. ¡Ahora, vete!

Al principio, Hambriento—Raudo encontró oposición al proyecto de construir el Templo Sagrado. Circularon rumores de que algunos de los jefes secundarios, e incluso algún que otro Jefe de Clan cercano, pudiera plantear un desafío formal a su jefatura.

Hambriento—Raudo acabó pronto con todas las objeciones a la construcción del Templo, sólo con insistir en que cualquiera que tuviese poder o autoridad emprendiera un viaje hacia el este para ser iniciado por Elegido—de—Dios en la Bendición de Brillante. Conforme regresaban los conversos, aumentaba el entusiasmo por el proyecto.

Por suerte, los bárbaros permanecían quietos durante aquellos tiempos, y las cosechas crecían sin demasiados cuidados, lo cual permitió que cerca de la tercera parte de la población del Paraíso de Brillante y de sus cercanías se ocupara en acarrear piedras y material suelto de la corteza para formar la silueta de un cheela en plena alerta, con doce ojos redondos sostenidos en alto por doce tallos de ojo en su máxima extensión. Lo primero que construyeron fue un monte en el centro, que representaba el Ojo Interno de Brillante, y luego, a medida que crecía el perímetro del Templo Sagrado, abandonaron la antigua área de oración y los servicios santos se celebraron dentro del Templo en construcción, con el Sumo Sacerdote hablando desde el monte del Ojo Interior.

Transcurrieron muchos gran de giros, y Elegido—de—Dios se desplazaba poco a poco hacia el oeste, con alguna pausa para asegurarse de que todos los campamentos de clanes recibían la Bendición de Brillante. Al irse acercando al Paraíso de Brillante, los campamentos de los clanes se alzaban más próximos unos de otros. También empezaban a abarcar mayor amplitud, hacia el norte y hacia el sur, porque la presión demográfica había superado la natural desgana a emprender viaje en la dirección difícil. Pronto, a Elegido—de—Dios le resultó imposible llevar en persona la Bendición a todos los campamentos. Además, corrían rumores de que pequeños grupos aislados de cheelas habían recibido la Bendición sin que Elegido—de—Dios anduviera cerca de ellos. Entonces, Elegido—de—Dios decidió que había llegado el momento de otorgar a otros el poder de llevar la Bendición. Puesto que algunos podían ver el haz si estaban lo bastante cerca, a éstos los convirtió en sus discípulos. Los mandó en las direcciones difíciles, norte y sur, con instrucciones de propagar la Palabra entre los clanes que encontraran en su camino. Debían vigilar el Ojo Interior con sumo cuidado, y a medida que el haz se fuera acercando debían cronometrar sus servicios religiosos para hacerlos coincidir con la recepción de la Bendición. Los resultados no eran tan satisfactorios como los obtenidos en los servicios mucho mejor predicados que oficiaba Elegido—de—Dios, pero un número siempre creciente de cheelas del Gran Imperio recibía así el milagro de la Bendición de Brillante.

Mientras ocurría todo esto, y los gran de giros iban sucediéndose, el Templo Sagrado se acercaba a su culminación. Casi todos los que trabajaban en él, habían solicitado un permiso para peregrinar al este y recibir la bendición de Elegido-de-Dios, y todos ellos volvían a sus tareas con renovadas energías. Cuando Elegido-de-Dios llegó al extrarradio de la cada vez más extensa ciudad del Paraíso de Brillante, delegó sus prédicas en Roca-Dura y se adelantó para contemplar el Templo Sagrado.

Al enterarse Hambriento-Raudo de la proximidad de Elegido-de-Dios a la ciudad, salió con una guardia de honor de guerreros para saludarle. Mientras se deslizaban a lo largo del camino, los soldados se adelantaban para acordonar la ruta a fin de que las multitudes curiosas no molestaran a Elegido-de-Dios ni al Jefe de los Clanes Aliados que avanzaban lentamente debido a los cortos pasos de Elegido-de-Dios.

La muchedumbre que se congregaba en los márgenes del camino se comportaba de forma correcta. Los soldados permitían que las crías alborotaran entre ellas, e incluso que un tallo de ojo se apoyara sobre ellos (sobre todo si pertenecía a un individuo núbil del sexo contrario). Los mirones contemplaban una visión insólita: un gigantesco guerrero con incontables heridas de combate, que poseía un evidente aire de mando y portaba las insignias del más alto rango del Imperio de Brillante, acoplando su paso y dirigiéndose con toda deferencia a un sin-clan pequeño, pálido y de ojos rosados. Pero el pálido poseía un empaque de seguridad que levantaba murmullos de admiración a su paso. De vez en cuando, oleadas de aclamaciones que nacían de reducidos grupos se difundían hacia adelante conforme los dos se aproximaban a la ciudad.

—¿Cómo va la construcción del Templo Sagrado? —preguntó Elegido-de-Dios.

—Los cimientos principales ya están puestos, oh Elegido-de-Dios —contestó Hambriento-Raudo—. Y el trabajo de acabado se encuentra muy avanzado. Lo terminaremos mucho antes de que la esperada Bendición de Brillante descienda sobre el asentamiento del templo.

—Magnífico —aplaudió Elegido-de-Dios—. Me gustará verlo.

Cuando ambos tomaron el camino del sur para visitar el templo, una patrulla de guerreros formó una cuña delante de ellos y empujó su camino en la dirección difícil. Los dos jefes avanzaban cómodamente tras los abridores de camino. Al acercarse al templo, incluso Elegido-de-Dios quedó impresionado, porque las paredes del templo parecían extenderse en ambas direcciones casi hasta el horizonte.

—Es un monumento adecuado al honor que merece Brillante —exclamó con evidente satisfacción.

—Sí —asintió Hambriento-Raudo—. Todos los que hemos trabajado en él estamos sumamente orgullosos porque se nos ha permitido contribuir a un edificio tan impresionante. Tal como me ordenaste, doce gran de cheela pueden situarse entre

las paredes exteriores. Uno de los astrólogos calculó que el Templo Sagrado puede albergar entre sus paredes un gran de gran de gran de cheelas.

—Recemos para que la Bendición de Brillante descienda sobre todos ellos —contestó Elegido-de-Dios.

Los dos, junto con su guardia de honor, se aproximaron a las paredes del templo. Pasaron entre dos de los montículos circulares que representaban dos de los ojos exteriores de Brillante, y avanzaron entre dos paredes que se estrechaban paulatinamente, en representación de los tallos de ojo, hasta llegar a una abertura de la pared entre dos tallos de ojo que era una de las entradas al recinto más interior del Templo de los Santos.

Al cruzar la entrada del templo y penetrar en el recinto interior, Elegido-de-Dios supo que no se había equivocado. ¡Esto era la Palabra de Brillante! Enfrente podía ver el monte del Ojo Interior, pero todo a su alrededor era un horizonte de pared que impedía por completo la vista de la ciudad y obligaba a alzar la mirada hacia Brillante en el sur y hacia los Ojos de Brillante en el este.

Dentro del Templo vieron un pequeño grupo que rodeaba la base del monte del Ojo Interior.

—Hemos llegado justo al final de un servicio de rezo —explicó Hambriento-Raudo—. Primero-de-Brillante, el Sumo Sacerdote, está ahora en el monte del Ojo Interior. Vayamos a su encuentro.

Se abrieron paso a través del grupo, rodeando el monte, cuando finalizó el servicio. Elegido-de-Dios se sorprendió al ver una línea de cheelas, cada uno arrastrando un trineo cargado de víveres, que lentamente ascendía por el montículo. En la cima, los fieles dejaban sus trineos, que eran recogidos por los aprendices de astrólogo, se acercaban luego al Sumo Sacerdote y poco a poco efectuaban un giro a su alrededor mientras él les tocaba cada ojo, uno tras otro, al tiempo que murmuraba alguna cosa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Elegido-de-Dios a un cheela que tiraba con dificultad de su pesada carga para subirla por la ladera del monte.

—Traigo mi doceavo y vengo para recibir la bendición —contestó el cheela.

La arista de Elegido-de-Dios golpeó con fuerza la corteza.

—¿Qué doceavo? ¿Qué bendición?

Los tallos de ojo del cheela se agitaron instintivamente en señal de desconcierto.

—El Sumo Sacerdote ha dicho —intervino la voz de Hambriento-Raudo desde un lado— que quienes dividan su cosecha y sus capturas en doce partes, y den una, es decir, un doceavo, a los cuidadores del templo, recibirán una bendición especial de Brillante impartida por el mismo Sumo Sacerdote. Oficia un servicio cada giro, y esta gente acude desde todo el Imperio de Brillante para ofrendar su doceavo y recibir la Bendición de Brillante.

Elegido-de-Dios quedó trastornado, y su arista explotó en un furioso grito.

—¡No! —chilló, y subió con rapidez a lo alto del montículo mientras todas las miradas convergían sobre él—. La Bendición de Brillante pertenece a todos, y es un don gratuito. No podéis sobornar a Brillante con regalos.

Avanzó por la cima del monte hasta donde los aprendices de astrólogo recibían los víveres. Con una fuerza nacida de su ira, echó fuera la carga de uno de los trineos, y los frutos y la carne rodaron ladera abajo, ganando velocidad hasta detenerse al chocar contra los costados de los sorprendidos cheela que se hallaban al pie del montículo.

Elegido-de-Dios regresó al centro de la cima del monte.

—¡Yo os traeré la Bendición de Brillante! —repitió con su aguda voz—. Pero no tenéis que entregar el doceavo para recibirla, sino sólo lo que queráis dar libremente.

Elegido-de-Dios desvió sus diminutos ojos rosados de la multitud y miró con dureza al inmóvil Sumo Sacerdote.

—No quiero que mi pueblo sea coaccionado para que dé culto a Brillante —proclamó—. ¡Si los astrólogos no pueden vivir con las donaciones ofrendadas espontánea y libremente, que trabajen en los campos!

El grupo de fieles inició un murmullo de aprobación, que luego creció hasta convertirse en una continua aclamación al darse cuenta de quién era aquella pálida figura y de lo que había dicho. Cuando el gentío subía por la ladera para congregarse alrededor de Elegido-de-Dios, el Sumo Sacerdote descendió por el lado opuesto; sus aprendices abandonaron los trineos y le siguieron.

Más tarde, en el recinto de los astrólogos, el Sumo Sacerdote se reunió a deliberar con Segundo-de-Brillante, el Jefe de los Astrólogos.

—Él no tenía ni idea de lo que estaba haciendo —dijo Primero-de-Brillante.

—El pueblo le sigue —le advirtió Segundo-de-Brillante—. Y no hablemos del Jefe de los Clanes Aliados y de los sus subjefes.

—Pero él desconoce la importancia de nuestro trabajo —protestó el Sumo Sacerdote—. No es posible tener a los aprendices de astrólogo afuera en los campos, cuidando de las cosechas como simples campesinos. Así jamás aprenderían sus números ni cómo elaborar horóscopos con las varas de astrólogo.

—Tienes razón —asintió Segundo-de-Brillante—. Deberemos buscar la manera de solucionarlo. Está interrumpiendo las importantes tareas de quienes trabajan al servicio de Dios.

—Por desgracia —prosiguió Primero-de-Brillante—, sólo Hambriento-Raudo, el Jefe de los Clanes Aliados, posee la autoridad necesaria para hacer algo acerca de este agitador demagogo, y él está sometido a sus conjuros.

—Su bendición es muy poderosa —observó el Jefe de los Astrólogos tras un breve titubeo—. Tendrías que haber venido con nosotros cuando fuimos al este para

experimentarla.

—No necesito ninguna bendición de este paliducho —contestó el Sumo Sacerdote, con un estremecimiento.

Los giros se sucedían; faltaba menos de medio gran de giros para que la Bendición de Brillante descendiera sobre el templo. Conforme el momento se aproximaba, grandes multitudes empezaron a llegar al Paraíso de Brillante, para estar en el templo cuando éste fuese consagrado. Parecía como si la mitad del Imperio se concentrara en la ciudad.

Por fin, Elegido—de—Dios celebró una asamblea junto a la abertura de entrada oriental del ya finalizado templo. Cuando la Bendición de Brillante se derramó una vez más sobre ellos, Elegido—de—Dios anunció que la próxima Bendición descendería al interior del templo y que, como preparación para ese giro, los próximos media docena de giros serían Santos. Todos debían dejar sus trabajos y prepararse para la ocasión mediante los rezos adecuados. Y cuando llegara el momento esperado debían estar todos dentro del templo para recibir la Bendición.

FECHA: 06:48:47 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

La pantalla de la consola de los experimentos científicos parpadeó.

PROSPECCIÓN POR RADAR DE LÁSER DEL SECTOR SUR COMPLETA. EMPIEZA PROSPECCIÓN DEL SECTOR NORTE.

César observó las palabras en la parte superior de la pantalla, y continuó con su análisis de los datos del scanner de IR.

FECHA: 06:48:48 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Tres giros antes de la consagración del Templo Sagrado, Elegido—de—Dios supo que se le planteaba un problema. Había visto cómo el haz multicolor pulsante se desplazaba hacia el sur. Pero luego no había regresado. Se acercaba el momento, y él dirigía en vano su mirada hacia el Ojo Interior. No podía ver ningún haz; ninguna luz de ninguna clase.

«Brillante está poniendo a prueba mi fe —se dijo a sí mismo—. Durante muchos gran de giros el pueblo ha tenido que aceptar mi palabra de que la Bendición de Brillante llegaría. Pero ahora soy tan ciego como ellos. Debo tener fe.»

Elegido—de—Dios pidió que se despejara el templo, y cuando la muchedumbre y los astrólogos hubieron salido, entró él solo y se dirigió al monte del Ojo Interior para rezar.

Elegido-de-Dios, desde el montículo central, miró a través del desierto patio interior hacia las paredes exteriores en la lejanía. No existía la menor duda en su mente. Esto era lo que Brillante había deseado. Volvió sus ojos hacia el cielo y, dirigiéndolos al sur, hacia Brillante, empezó a rezar.

—¡Oh, Brillante! ¡Concédeme la fe que tienen los demás, y si mi creencia vacila, ayúdame para que pueda vencer mi debilidad y crea en Ti y en tu Bendición!

Elegido-de-Dios descendió poco a poco del monte interior y se encaminó, por la abertura occidental, hacia el recinto de los astrólogos. Cuando salió, los soldados, que habían contenido al pueblo fuera del templo, permitieron por fin que la multitud accediera a su interior, ya que sólo faltaba un giro para la consagración. Durante más de medio giro, los cheela se precipitaron por las aberturas de entrada y se congregaron alrededor del monte interior. En poco tiempo se llenó todo el recinto interior del templo, y además se formaron pequeños grupos frente a cada una de las doce entradas. Algunos treparon laboriosamente por las paredes al comprobar que no podían acceder al recinto. El Sumo Sacerdote, cuando faltaba ya poco para la ceremonia, fue en busca de Elegido-de-Dios, que se había aislado voluntariamente en el antiguo templo. Al acercarse, Primero-de-Brillante pudo oír la plegaria susurrada por Elegido-de-Dios, y no pudo evitar el quedar conmovido por la sinceridad de aquella súplica.

—Brillante, concédeme la fuerza para que pueda hacer lo que quieres que haga.

La oración quedó interrumpida cuando Elegido-de-Dios oyó a través de la corteza el roce de la arista del Sumo Sacerdote. Al aproximarse Primero-de-Brillante, Elegido-de-Dios apareció en la puerta.

—Vayamos a recibir la Bendición de Brillante —dijo, encaminándose hacia el Templo Sagrado.

Juntos, el Sumo Sacerdote y Elegido-de-Dios avanzaron entre el gentío que se concentraba frente a la abertura del oeste. Les siguió un numeroso grupo de astrólogos, expertos en hablar a las multitudes. Lentamente, la comitiva se abrió paso a través del abarrotado recinto interior y ascendió por las laderas del monte del Ojo Interior.

En la cima, Elegido-de-Dios y el Sumo Sacerdote se situaron en el centro, y los otros astrólogos formaron un círculo a su alrededor. Elegido-de-Dios miró a la multitud; todos los ojos parecían estar dirigidos hacia él. Deseaba poder hablar con todos ellos directamente, pero no era posible que aun con su especial voz aguda pudiera hacerse oír de todos. Por suerte, muchos de ellos habían acudido a alguno de los anteriores servicios en los que él había convocado la Bendición de Brillante, y por lo tanto conocían el ritual.

Elegido-de-Dios inspeccionó los Ojos. Habían transcurrido muchos giros desde la última vez que viera el haz que emanaba del Ojo Interior, y en este momento se

sentía inseguro y no sabía con exactitud cuándo debía esperar la llegada de la Bendición. Elegido–de–Dios empezó el servicio tal como lo habían planeado. Él cantaría los rezos, que se transmitirían por las laderas del monte hasta las filas de cheela más próximas. El Sumo Sacerdote repetiría luego los cánticos, acompañado por el resto de los astrólogos, con lo que, mediante el entremezclado golpear de aristas de este coro, serían transmitidos a través de la corteza incluso hasta aquellos que se encontraban junto a las paredes más alejadas.

El conjunto de aristas de la multitud respondería entonces las oraciones.

—¡Brillante, el glorioso!

—¡Creemos!

—¡Tráenos tu Bendición!

—¡Derrámala sobre nosotros!

Elegido–de–Dios hizo una pausa, pero no sucedió nada. Después continuó:

—¡Tráenos tu Bendición! ¡Derrámala sobre nosotros!

Hizo otra pausa, aguardando en vano a que la Bendición descendiera sobre todos ellos. Prosiguió lleno de desesperación.

—¡Estamos esperando! ¡En tu templo! ¡Tráenos tu Bendición!

Por primera vez en muchos gran de giros, Elegido–de–Dios sintió flaquear su fe. Se oía un amortiguado murmullo procedente de la multitud. No era hostil en lo más mínimo, sino más bien de asombro, porque Elegido–de–Dios jamás había fracasado.

Elegido–de–Dios miraba fijamente hacia arriba, anhelando la visión de la Bendición. No llegó.

Sin añadir palabra alguna, Elegido–de–Dios, atravesando el corro de astrólogos, encaminó su pálido cuerpo hacia el pie del monte y luego, a través de la muchedumbre, hacia la abertura de salida oriental.

Algunos de los presentes cuchichearon a su paso, otros se alargaron para tocar su ardiente y pálido cuerpo con un delgado pseudópodo. El Sumo Sacerdote, que aún permanecía en el montículo, intentó salvar la situación entonando el cántico de los rezos usuales, pero nadie le hizo el menor caso, ni siquiera el coro.

Cuando Elegido–de–Dios abandonó el templo, la multitud de fieles se fragmentó en desconcertados grupos. Muchos no habían comido en todo el giro, y se encaminaron a la superpoblada ciudad en busca de algún alimento.

Al giro siguiente, los víveres escasearon y la gente se volvió peligrosa. Algunos recordaban el primitivo nombre de clan de Elegido–de–Dios, y desde aquel momento, siempre que le mencionaban, utilizaron su antiguo nombre de Ojos–Rosados.

El Sumo Sacerdote fue a discutir los acontecimientos del giro anterior con Hambriento–Rauda, el Jefe de los Clanes Aliados. Hambriento–Rauda se encontraba completamente desmoralizado por la experiencia.

—Siento mucho que a ti también te engañara ese charlatán —dijo Primero–de–

Brillante.

—¡Pero yo lo vi! Yo vi cómo la Bendición descendía del cielo —protestó Hambriento—Raudo.

—Sí; quizá tú vieses la Bendición de Brillante, pero ese individuo, Ojos-Rosados, utilizaba la Bendición de Brillante para sus propios fines —replicó el Sumo Sacerdote—. Afirmó que transmitía la Palabra de Brillante, y que él era el Elegido de Dios. Pero ¿lo era en realidad? ¡No! Brillante, al negarle su Bendición delante de todos, escogió esta manera de decirnos que se trataba de un falso profeta.

—Me parece que estás en lo cierto —concedió Hambriento—Raudo.

—Sí, estoy en lo cierto —confirmó el Sumo Sacerdote—. He servido a Brillante durante mucho más tiempo que ese crío de ojos rosados. Debes hacer algo para que este fraudulento impostor no quede impune.

Hambriento—Raudo se sentía demasiado abatido como para tomar alguna decisión. Primero—de—Brillante se aprovechó de sus dudas y dio una orden a una patrulla cercana de soldados.

—¡Traed a Ojos—Rosados al templo!

Los soldados titubearon y observaron a Hambriento—Raudo, que guardaba silencio. Por fin, se pusieron en marcha para obedecer la orden del Sumo Sacerdote. Encontraron a Ojos—Rosados en los terrenos baldíos, al este del Paraíso de Brillante. Había regresado hacia los Ojos, mirando continuamente hacia arriba en busca de los desaparecidos haces de luz.

Los soldados no tuvieron ningún problema con Ojos—Rosados, y lo trataron con toda cortesía. Muchos de ellos habían experimentado la Bendición de Brillante, y aún sentían respeto por la personalidad encerrada en aquel cuerpo pálido y débil.

—Debes venir con nosotros —declaró el jefe de la patrulla. Sin decir palabra, Ojos—Rosados invirtió el sentido de su marcha y regresó por el camino, rodeado por los soldados.

Durante su lento regreso hacia el oeste, en que los soldados se adaptaron al paso corto de Ojos—Rosados, la multitud se congregó de nuevo. A su paso, muchos le contemplaban con atención, manteniendo sus aristas en silencio. Otros grupos, hambrientos y coléricos, murmuraban en la corteza, y unos pocos hicieron rodar agudos fragmentos de corteza hacia el camino, delante de Ojos—Rosados. Él no intentó apartarse de ellos y siguió su marcha con decisión, dejando a menudo los fragmentos de corteza humedecidos con sus jugos vitales tras haberse deslizado sobre sus agudos bordes. El jefe de la patrulla se percató de lo que estaba ocurriendo y puso dos soldados, uno a cada lado, para que mantuvieran el camino despejado.

Cuando pasaron por el extrarradio del Paraíso de Brillante y se encaminaron hacia el templo, la muchedumbre que les seguía aumentó considerablemente. Al entrar por la abertura oriental del Templo, Ojos—Rosados vio que el recinto interior se

encontraba medio lleno.

Los soldados hicieron subir a Ojos–Rosados al monte interior, donde el Sumo Sacerdote y el Jefe de los Clanes Aliados le esperaban. Primero–de–Brillante dirigió el interrogatorio.

—¿Eres tú el Elegido de Dios? —preguntó.

—Si tú lo crees, entonces lo soy —respondió.

—Pues bien, no lo creo —dijo el Sumo Sacerdote, irritado—. ¡Admite que eres un impostor!

Ojos–Rosados permaneció en silencio.

—¡Declaro que debemos convertirlo en carne! —exclamó Primero–de–Brillante, tras dirigir su mirada a Hambriento–Raudo.

—Nos trajo la Bendición —objetó éste, indeciso.

—Es posible —replicó el Sumo Sacerdote—. Pero ahora, ¿dónde está? La hemos perdido por su culpa.

Mientras los dos jefes discutían, Ojos–Rosados miraba alternativamente a Brillante y a los Ojos en busca de guía. ¡De repente observó un rayo de luz que surgía del Ojo Interior!

—¡Ahora puedo verlo de nuevo! —gritó.

—¿Qué? —preguntó el sobresaltado Hambriento–Raudo. El Sumo Sacerdote empezó a preocuparse. ¿Podía ser que aquella criatura hubiera preparado todo esto para que la maldición de Brillante cayese sobre su persona, para destruirle y para hacerse con la dignidad de Sumo Sacerdote?

—Puedo ver la Bendición de Brillante —repitió Ojos–Rosados. Pero entonces comprobó con desespero que el haz no se acercaba a ellos, sino que se desplazaba hacia el norte.

Hambriento–Raudo miró al Ojo Interior, buscando en vano el débil resplandor que tanto había deseado contemplar en los últimos giros.

—No veo nada —se lamentó.

—Me temo que no puedas verlo —explicó Ojos–Rosados—. El haz se dirige ahora hacia el norte.

—¡El norte! —exclamó el Sumo Sacerdote con alivio—. ¡Ése es el territorio de los bárbaros! Acabas de admitir que tú eres el culpable de que Brillante nos haya retirado su Bendición para dársela a los bárbaros.

Se oían murmullos airados procedentes de quienes permanecían al pie del montículo.

—¡Abajo con él! —chilló el Sumo Sacerdote. Hambriento–Raudo y sus soldados contemplaron impotentes cómo un enfurecido populacho subía corriendo por la ladera y empujaba y hacía rodar monte abajo el desamparado cuerpo pálido.

Sacaron afilados agujones de sus bolsas de armas, y pincharon los costados de

Ojos–Rosados obligándole a salir del templo por la abertura del lado este. Saquearon un cercano campamento militar, y se llevaron dos docenas de largas espadas de dientes de dragón que luego depositaron en el suelo. Entonces obligaron a Ojos–Rosados a colocarse sobre la fila de hojas de espada, y corpulentos soldados levantaron los extremos de las espadas. Cuando Ojos–Rosados notó que su arista perdía contacto con la corteza, sufrió un ataque de pánico histérico. El pequeño y pálido cuerpo fue trasladado con facilidad hasta un campo próximo.

La corteza de aquel campo había sido labrada y sembrada recientemente, pero aún debía pasar mucho tiempo antes de que nacieran las plantas–pétalo. Entonces, sin embargo, surgió una cosecha mucho más maléfica mientras guerrero tras guerrero plantaban en la corteza puñales o agujones con la punta hacia arriba.

La arista de Ojos–Rosados tembló de dolor cuando hicieron bajar su cuerpo sobre las puntas. Intentó apoyar su cuerpo en las estrechas hojas de las espadas, al tiempo que alzaba el resto de su arista para mantenerla alejada de los pinchazos que le atormentaban. Entonces apartaron las espadas de la parte inferior de su temblorosa arista. Su torturado cuerpo cayó desprotegido sobre la corteza, y los puñales y agujones lo atravesaron y las puntas aparecieron por la parte superior de su cuerpo, relucientes por los jugos vitales que las mojaban.

En su agonía, Ojos–Rosados intentó elevar su cuerpo sobre los cristales de dragón que le estaban matando, pero en cada tentativa sólo lograba desgarrar aún más su pobre cuerpo. Se entregó por fin, y poco a poco se aplanó mientras sus jugos se derramaban sobre la corteza.

—¡Oh, Brillante! —gemía su torturada arista en apagada agonía—. Envía tu Bendición, incluso a éstos, porque ellos te quieren mucho.

Medio giro después, llamaron al equipo de carniceros. Poca carne había en aquella pequeña carcasa, y tenía la misma enfermiza palidez que tuviera la piel.

—Ni siquiera tiene buen sabor. Yo no comería esta porquería —exclamó uno de los carniceros al chupar un trozo de carne.

—Tienes razón —asintió otro después de probarla.

Y de común acuerdo, dejaron el cuerpo en el campo para que se secase sobre la cálida corteza cuando acabaron de desgarrar la piel con los trozos de cristal de dragón que habían abandonado sus anteriores propietarios.

FECHA: 06:49:32 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Seiko Kauffmann Takahashi levantó la cabeza cuando llegó el relevo de su turno. Acababa de desayunar, un poco antes de tiempo, como era su costumbre. Abdul, que todavía apretaba un frasco lleno del té de menta azucarado que iba sorbiendo, se impulsó hasta la consola de comunicaciones vacante. Con algunos diestros

movimientos de su mano derecha, hizo aparecer en su pantalla una copia de lo que había en la de Seiko.

—¿Hay algo que sea excitante? —preguntó, mientras su cuerpo, que no había atado a la butaca, flotaba alejándose lentamente de ella.

Se quedó sorprendido por la réplica que recibió, porque su compañera Seiko raramente se excitaba.

—Sí —contestó con decisión.

Señaló con un dedo a un panel. En ambas pantallas apareció una imagen de la estrella, captada por el telescopio. No dijo nada más. No era necesario.

FECHA: 06:50:12 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Pierre Carnot Niven, después de un turno de guardia de diez horas y de un tranquilo refrigerio, se estaba relajando. Permanecía sentado, amarrado a una butaca, frente a una consola en la biblioteca, y su dedo se paseaba por la pantalla.

—¡Más gordo!

»¡Más!

»¡Bien!

Sus dedos trazaron otra línea.

—¡Ahora, el otro brazo, igual que el primero!

»¡Eso es!

Se inclinó hacia atrás y revisó su obra con orgullo. En la pantalla, la imagen del niño se veía tal como debía ser, aunque la mofletuda cara de niño gordo le convertía en un candidato poco adecuado para lo que iba a hacer a continuación. Sin embargo, aquella imagen era justo lo que había intentado conseguir. La audiencia de su libro de imágenes necesitaba identificar, aunque no pudiera copiarlo. Se inclinó sobre la pantalla y tocó la mano derecha de la imagen.

—¡Pon una pelota en esta mano!

Y al momento la pelota estaba allí, con los dedos de la mano abiertos para cogerla.

«Ahora viene la parte más difícil —pensó—. Vamos a ver si la subrutina de movimiento del cuerpo es buena.»

—Tira la pelota desde aquí, por aquí, hasta aquí —dijo—. ¡Usa la gravedad de la Tierra!

Mientras hablaba, su dedo describía una curva directriz desde la mano, a lo largo de un arco elevado, hasta el suelo del dibujo. Comprobó cómo el cuerpo en la imagen se echaba hacia atrás en un lento movimiento espasmódico y lanzaba la pelota al aire. La pelota se elevó y después cayó al suelo, deteniéndose en seco, sin botar. El ordenador representó la perspectiva muy bien: la pelota se iba haciendo menor a

medida que se alejaba.

—Muy bien. Repítelo ahora con la gravedad de la Luna. La escena se repitió, esta vez con las palabras GRAVEDAD LUNAR en un ángulo superior de la pantalla. Ahora la pelota se elevó mucho más despacio, con una trayectoria muchísimo más recta.

—¡Repite las dos! —ordenó Pierre.

Las dos escenas repitieron su acción. Primero GRAVEDAD TERRESTRE, luego GRAVEDAD LUNAR. Pierre estaba atento, comprobándolas con todo cuidado. Aparecerían muy mejoradas cuando ganaran cuerpo mediante las rutinas de software del editor que le proporcionarían superficies curvas. Después, generó otra pantalla con la gravedad de Marte. Aún no tenía muchos lectores en Marte, pero esperaba tenerlos cuando llegara el momento de su regreso a la Tierra. Pierre se inclinó sobre la pantalla.

—¡Dibujo de la gravedad de la Tierra; hacer rotación de 45 grados a la derecha!

»¡Representación de la acción!

Observó cómo la acción se repetía pero ahora visto lateralmente. La pelota ascendió siguiendo una hermosa trayectoria parabólica. Sonrió y pensó:

«Los chicos habrán disfrutado al imaginar que sus cuerpos son lo bastante fuertes como para lanzar una pelota a cincuenta metros. Ahora es conveniente que empiecen a trabajar y aprendan algo de ciencia, ya que en definitiva es por lo que están mirando el libro». Y en voz alta añadió:

—¡Reduce el tamaño de la pelota a la mitad!

«¡Reduce el tamaño del niño a la quinta parte!

»¡Entra ejes gráficos! ¡El vertical aquí!

Su mano se alzó y describió una línea vertical que iba desde el borde superior hasta la diminuta figura, que ahora lanzaba una pelota de baloncesto tan grande como su cabeza.

Pierre aún no había acabado de numerar los ejes de coordenadas y de colocar la ecuación de la parábola en la imagen, donde no entorpeciera la trayectoria, cuando se vio interrumpido por un mensaje que apareció en la parte superior de su pantalla.

ENLACE CON LA CONSOLA DEL PUENTE

Pierre observó el mensaje.

—Acepto el enlace —indicó.

HOLA PIERRE. ¿PUEDES VENIR AL PUENTE PRINCIPAL? ESTÁ OCURRIENDO ALGO EN HUEVO DEL DRAGÓN. QUEREMOS QUE CONFIRMES NUESTRAS SOSPECHAS.

***CÉSAR.

—Desde luego —contestó Pierre—. Ahora mismo voy.

»¡Suprimir enlace!

»¡Regístralo en Gráfica de la Trayectoria!

»¡Archiva y corta!

Soltó las fijaciones que le retenían en la silla de la consola y se impulsó hacia arriba por el pasadizo que conducía al puente principal mientras el obediente ordenador iba dando confirmación tras confirmación de cada una de las órdenes que le había dado.

ENLACE ROTO. SALVADO GRÁFICO DE TRAYECTORIA. GRAVITACIÓN TERRESTRE. SEPARADO TRABAJO 3; CARGO A PIERRE: GOLDEN SCIENCE PRESS. FECHA: 00:52:30 MG; 20 JUNIO 2050. UTILIZADO 0:01:20. TOTALIZADO 1:36:33.

Pierre se columpió hasta el puente y se detuvo sobre el grupo —156— que estaba contemplando unas recientes fotografías. Al acercarse más, pudo comprobar que eran fotos obtenidas por el telescopio de imágenes estelares de alta resolución. Mientras se aproximaba, César le dijo:

—Siento haberte llamado cuando estabas en tu período de descanso, Pierre, pero estas fotografías son asombrosas. Puesto que eres nuestro experto en actividad de la corteza de la estrella de neutrones, creemos que podrás evaluar esto mucho mejor que nosotros.

Seiko le pasó una hoja.

—Éstas las copié de la imagen telescópica de la estrella en este turno. Ésta se tomó a las 06.45 horas. Mira esta configuración cerca del limbo oeste.

Pierre observó brevemente la copia. El caótico lío del limbo oeste de la región ya le resultaba bastante familiar. Pero allí había algo nuevo, un dibujo en forma de arco corto. Seiko tenía razón. El día anterior esa estructura no aparecía en aquel lugar de Huevo del Dragón.

—Se parece a las arrugas que suelen formarse en la corteza de un objeto que tenga un núcleo líquido. De hecho, existen algunas similitudes entre estos dibujos y los que están cerca del polo calórico de Mercurio. Pero espera... Las direcciones de este dibujo están equivocadas. Partiendo de lo que conozco del comportamiento del material cortical de la estrella de neutrones bajo la influencia de campos magnéticos muy altos, las crestas deberían estar alineadas con las líneas de fuerza.

—Hasta aquí, todos hemos llegado a la misma conclusión —confirmó Seiko—. Esta imagen no es la de una arruga provocada por un colapso de la superficie. Además, hemos estado controlando la velocidad de giro de la estrella, y si se hubiera producido un hundimiento de tal magnitud durante el día de ayer, se habría traducido en una anomalía en el período de rotación, y no ha ocurrido nada de eso.

—Ahora —intervino Abdul—, señále la bomba.

Seiko descubrió otra hoja que se encontraba debajo de la anterior.

—Ésta se obtuvo a las 06.48 horas, un poco antes de que el doctor Wong terminara una prospección láser de esta región.

Se la pasó sin más comentario.

Pierre distinguió una forma de óvalo alargado, con diez puntos ovalados alrededor y otro en medio. Los puntos exteriores se conectaban al óvalo grande mediante unos cuernos que se comprimían en forma exponencial. Se veían ligeras trazas de otros dos puntos que podrían completar la simetría del dibujo.

—La dirección del óvalo, en general, parecer ser este-oeste —observó.

—Así es —asintió Seiko, con la seguridad de quien se ha molestado en comprobarlo—. El semieje mayor se dirige con diferencia menor de un milirradián hacia el este, por lo que la configuración está dominada por los efectos magnéticos, pero no por los efectos rotacionales. Pero las líneas que dibujan el óvalo no se hallan exactamente orientadas este-oeste como lo están todas las otras irregularidades de la superficie, los acantilados, los pliegues de arruga, etc.

—Parece como si fuera algo que se hubiera estirado —dijo Pierre, mientras levantaba el dibujo hasta la altura de sus ojos—. De hecho, desde este ángulo parece exactamente una estrella de sheriff de las antiguas películas del Oeste, completa, con un agujero de bala en su centro. Pero no está completa, sólo hay diez puntas.

Miró a los demás, y su expresión pasó de la sorpresa inicial a la sospecha.

—Os estáis burlando de mí —exclamó.

—No —replicó César—. Es completamente en serio. Suponía que te sería difícil asumir esto, sin otras pruebas, así que le pedí a Seiko que preparara el telescopio de imagen estelar con los filtros adecuados para la visión directa.

Pierre sabía por el tono de voz de César que hablaba en serio y que lo que había visto era real, pero a pesar de ello se encontró desplazándose hacia el puesto de control del telescopio. Flotó hasta allí, comprobó los filtros incorporados, y accionó el interruptor que accionaba la mirilla de visión directa. La luz llegó desde arriba hasta el cristal deslustrado de la mesa que se hallaba en el centro de la sala. Derivó hasta los controles estroboscópicos y los fue ajustando hasta que la imagen giratoria que aparecía en el centro de la mesa disminuyó su rotación y dejó de girar. Encontró un diagrama simétrico, parecido al de una flor. Pierre alzó la vista cuando los otros llegaron por el pasadizo.

—Ahora el diagrama está completo —informó. Se colocaron alrededor de la mesa y observaron con atención la imagen.

—No sólo está completo —prosiguió Pierre—, sino que además no sobran líneas. No puede haber otra explicación. ¡Sea lo que sea, esto ha sido hecho por seres inteligentes!

—¡Seres inteligentes! —exclamó Seiko—. ¡Esto es imposible! La intensidad de la

gravidad en la superficie de esta estrella es de 67 mil millones de g y la temperatura es de 8200 grados. Cualquier organismo que pudiera existir en esta estrella debería ser una oblea plana incandescente formada por neutrones sólidos.

—No estarían formados por neutrones —replicó Pierre—. Mis cálculos demuestran que aunque el interior de la estrella está constituido por neutrones, la corteza exterior tiene una densidad más parecida a la de las estrellas blancas enanas y su composición es muy complicada, con muchos de los mismos núcleos atómicos que encontramos en la corteza de la Tierra, pero mucho más ricos en neutrones y sin las nubes de electrones que giran a su alrededor.

Pierre estaba perplejo. Tenían una misión en Huevo del Dragón. Su misión consistía en conseguir todos los datos posibles desde aquel punto privilegiado a sólo 400 km de la estrella de neutrones. Su problema era que el ascensor mágico que los había trasladado hasta allí y colocado en órbita unos pocos días antes, acabaría pronto su complicado recorrido orbital de enlace y estaría de regreso para devolverles a su procedencia. Tenían un tiempo muy limitado, ¿qué podían hacer?

—En realidad —propuso Abdul—, no he de empezar mi turno hasta dentro de una hora. Puedo intentar lanzar alguna forma de señal por si allí existiera alguna forma de vida inteligente. Así los demás podríais dedicaros a lo ya programado.

—Perfecto —asintió Pierre—. Hemos acabado de obtener los mapas de este hemisferio con el radar de láser. O sea que está a tu disposición. Si necesitas algo más, dímelo. Estoy seguro que más tarde podremos intercalar un experimento en el programa. Abdul se impulsó hacia la consola de comunicaciones. No iba a tardar mucho en enviar una simple serie de uno–dos–tres... con puntos y rayas hacia la superficie de la estrella, seguido de un simple diagrama del Matadragones colocado en medio de las seis masas de compensación y sobre la esfera que era Huevo del Dragón. Era un dibujo de puntos y rayas en un rectángulo de 53 por 71 puntos.

VIAJE

FECHA: 07:54:43 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

La comandante Mata–Ligero fijó su atención hacia la lejanía del horizonte. Cada uno de sus ocho ojos vigilantes le confirmó que el suave arco de una aguja de diente de dragón, sostenida en posición de guardia por cada uno de los centinelas del perímetro, era aún visible. Dejó que los ojos de vigilancia siguieran cumpliendo de forma automática su cometido, y con el resto de sus ojos supervisó el campamento donde la tropa descansaba. Algunos todavía estaban comiendo, pero otros se habían apareado y disfrutaban en un rincón del campamento. Les observó con envidia y estuvo tentada de pasar la guardia a su lugarteniente para ir en busca de su compañero favorito y unirse a ellos, pero el último enfrentamiento con los bárbaros se había producido el giro anterior, y por lo tanto debían estar en alerta máxima.

Frustrada en sus placeres corporales, Mata–Ligero volvió a su forma alternativa de recreo: intentar comprender por qué las cosas funcionaban. Se detuvo, se concentró durante unos momentos, y su cuerpo conformó algunos pseudópodos. Hizo crecer algunos huesos articulados de cristal debajo de las cuatro protuberancias que aparecieron en su piel, para formar manipuladores. Los huesos de los manipuladores eran pequeños, no se parecían a los que hacía crecer cuando se trataba de sostener la espada y el escudo en una batalla. Con los ocho ojos en permanente observación del horizonte, Mata–Ligero contempló con los restantes ojos las cuatro extremidades, efectuó un leve cambio en una de ellas, rebuscó a través de un esfínter de una bolsa de transporte y sacó sus «experimentos».

Uno de los experimentos era uno antiguo que se le ocurrió durante la última campaña. La persecución de los bárbaros les había llevado hasta un extraño territorio donde la corteza no era lisa, sino que había sufrido una reciente sacudida. En esa región la corteza no presentaba la acostumbrada plasticidad fibrosa, pero era casi tan dura como el cristal de dragón. El seísmo había troceado la corteza originando algunas placas planas, en cuya agrietada superficie se podía ver la imagen reflejada del dios Brillante que permanecía inmóvil sobre el polo sur. Como su mente estaba siempre activa, Mata–Ligero había recogido varias placas y había jugado con ellas, inclinándolas a uno u otro lado para llevar por turno la imagen de Brillante a cada uno de sus ojos. Llegó incluso a sostener una placa muy por encima del nivel de un ojo (había precisado utilizar casi todo su cristallium para fabricar los huesos capaces de soportar el enorme peso de la placa venciendo la tremenda fuerza de la gravedad de Huevo) y de esta manera pudo observar la parte superior de su cuerpo. Le pareció que tenía un aspecto muy raro por su color rojo oscuro, por el bulto amarillo–rojizo de su nódulo cerebral aproximadamente en su centro, y por el bulto menor de un

huevo que se estaba formando a su lado. Precipitadamente había escondido la placa y mirado con recelo a su alrededor para asegurarse de que nadie la había visto mirándose su parte superior. Excepto cuando un amante intentaba poner al otro en posición, nadie hablaba jamás de su propia parte superior, y mucho menos la miraba.

En su calidad de Comandante de la Tropa había encontrado una utilización excelente para sus placas espejo. El «mirador» era ya una pieza usual y parte obligada del equipo de batalla en el frente este. Apuntándolo con cuidado para reflejar la imagen de Brillante en la dirección conveniente, se podían enviar mensajes y órdenes a gran distancia, a otros escuadrones, sin que los bárbaros se enteraran. Todavía empleaban la antigua clave para las órdenes, porque las limitaciones del sistema del «mirador» eran análogas a las de la antigua técnica que utilizaba los golpeteos sincronizados de todo un escuadrón en la corteza, excepto que esta nueva técnica de comunicación les daba la ventaja del secreto y la consiguiente sorpresa de los enemigos, lo que había hecho disminuir las propias pérdidas en una proporción muy significativa.

Mata-Ligero distribuyó su colección de piezas de equipo. Además de los miradores, estaba otro de sus descubrimientos: las bengalas. Era un hecho conocido desde muy antiguo que algunos tipos de corteza se volvían resplandecientes cuando se les mojaba con jugo de plantas. Mata-Ligero se había sentido muy intrigada por este efecto, y por doquiera que hubiera ido al servicio del Jefe de los Clanes Aliados, siempre había sacrificado algunas gotas de su ración diaria de frutos para echarlas sobre la corteza, comparando lo intenso que era el resplandor. Poco tiempo antes, había encontrado un lugar donde este resplandor provocado era muy fuerte. Una gota de jugo de fruto provocaba un chorro de luz blanco-azulada casi demasiado brillante para poderla mirar. Utilizó un puñal para aislar cuidadosamente de la corteza unas barras largas y fibrosas, y éstas eran sus bengalas. Había ido a visitar a un químico del hospital de la base, y con su entusiasmo consiguió persuadirle para que usara sus antiguas artes en separar los componentes de una gran cantidad de jugo de frutos, y así pudo disponer de un pequeño frasco construido con cristal de dragón fundido que contenía el componente que provocaba el resplandor de las bengalas.

Mata-Ligero probó la bengala levantando el frasco hasta el extremo del bastón y dejando caer algunas gotas sobre éste. Sus ojos más próximos se retrajeron al interior de sus bolsas de protección para evitar la sucesión de fuertes ráfagas de la potentísima luz azul-blanca que obtuvo. Mata-Ligero advirtió con placer el murmullo de las sorprendidas aristas que le llegaban por la corteza.

—La comandante ya vuelve a hacer cosas raras... Y ahora, ¿qué estará haciendo?

Al recordar su primordial deber, devolvió su atención a los ojos de vigilancia, y comprobó de nuevo que cada uno de los distantes centinelas seguía con su diente de dragón firmemente dispuesto. Advirtió que uno o dos de ellos tenían una zona rara de

piel donde habían captado con mayor intensidad el momentáneo resplandor de la bengala. Sin embargo, haciendo cumplido honor a su deber, no se habían retirado al interior de sus bolsas de protección al ser heridos por el resplandor.

Con la bengala a punto, polarizó su atención sobre su último descubrimiento, el «expansor». Se le había ocurrido hacía muy poco tiempo, cuando supervisaba los centinelas del perímetro. Por lo general, esto era una función encomendada a uno de los jefes de escuadra, pero como su favorito en aquel tiempo era uno de los centinelas, aprovechó la oportunidad que le daba la inspección para estar unos momentos a solas con él. Desde luego, como estaba de guardia, tenía que permanecer alerta con sus ojos fijos en el horizonte mientras daba lacónicas respuestas a las preguntas que ella le formulaba. A pesar de que sus preguntas siguieron la rutina usual en una inspección de la guardia, sus acciones se aprovecharon del hecho de que él no podía variar su posición de alerta.

—¿Quién se acerca? —transmitió la corteza cuando la arista del centinela le golpeó al percibir la aproximación de alguien.

—La Comandante de Tropa Mata–Ligero —contestó ella.

—Puede acercarse.

Así lo hizo ella... y se acercó más y más y mucho más hasta que su femenino cuerpo entró en contacto con el de él y fluidificó en forma de una luna creciente que casi rodeaba toda la periferia de él. Sus ojos fríos y rojos miraban detenidamente a los del soldado, que los mantenía fijos en el horizonte, como era su deber.

—Informe —ordenó ella, pero en vez de hacerlo mediante el habla sólida, se lo susurró con una vibración electrónica que provocó escalofríos por todo el frustrado cuerpo de él.

—Vigilancia hacia el este en observación y sin novedad. Guardia hacia el oeste en observación y sin novedad. No se advierten objetos desconocidos en el horizonte. Todo sin novedad, comandante Mata–Ligero —contestó, con el lenguaje sólido formal.

Entonces ella recibió un débil susurro electrónico cuando él añadió:

—Pero parece que me están atacando por el lado de Brillante.

—¡En alerta! —le ordenó con tono brusco, y sintió cómo el cuerpo de él se ponía en tensión—. ¿Qué es lo que veo? —añadió, mientras levantaba sus ojos sobre los tallos para poder ver la parte superior de él—. ¡Suciedad! —exclamó con severidad.

Sacó un pseudópodo blando, empezó a cepillar unas imaginarias motas de suciedad en la parte superior de él, asegurándose de tocar concienzudamente todos los puntos sensibles durante la operación.

—A causa de esto, Jefe de Escuadra Viento–del–Norte, cuando te hayan relevado de tu puesto, preséntate a mí, que te encargaré trabajos extra —prosiguió con una mezcla de habla sólida y de susurro electrónico que se redujo a su mínima expresión

al llegar a «trabajos extra», que no dejaron dudas en la mente de él acerca de la naturaleza de esos trabajos.

La comandante Mata-Ligero deslizó poco a poco su cuerpo de encima del de Viento-del-Norte, que mantenía su perímetro en el círculo prescrito y sus ojos en el horizonte. A continuación, reasumiendo su forma normal para desplazarse, se encaminó a visitar al siguiente centinela del perímetro, dejando a un emocionalmente frustrado Viento-del-Norte en su puesto, con su cuerpo y sus ojos en posición de alerta, pero con su mente llena de cosas distintas a los inexistentes bárbaros.

«No le falta mucho para que le releven del puesto de guardia —pensó ella mientras se desplazaba—. ¡Pero para entonces ya estará a punto!»

El centinela vecino era una soldado que siempre había resultado problemática. Jamás había conseguido aprender lo que era en realidad la disciplina. Aunque Mueve-Fácil no había causado problemas cuando se encontraba bajo una supervisión directa, no poseía el espíritu de un verdadero soldado de aguja, y no quería imponerse ella misma la disciplina necesaria para actuar siempre como un guerrero, incluso cuando no hubiera cerca algún superior. Por desgracia, el solitario puesto de centinela del perímetro le daba muchas oportunidades para desatender sus obligaciones y le habían pillado tantas veces en falta que jamás había podido mantener durante mucho tiempo sus promociones de grado.

«Ya vuelve a hacerlo», se dijo Mata-Ligero cuando al acercarse a la guardia percibió a través de la corteza una especie de ruido como de rechinar o de molienda. Sus ojos inspeccionaron con detalle a la centinela, pero no pudieron notar ningún movimiento del cuerpo ni del arco que formaba el diente de dragón que apuntaba hacia el horizonte. Un desafío reemplazó al ruido de moler cuando sintió que alguien se aproximaba.

—¿Quién se acerca? —vociferó la centinela.

—La Comandante de Tropa Mata-Ligero —contestó.

—Puede acercarse —la réplica formal.

Mata-Ligero fluyó hacia un lado de la rígida soldado y ordenó:

—¡Ven aquí, enfrente de mí!

Hubo un momento de vacilación, ya malo de por sí, y entonces la soldado fluyó con rapidez hacia un lado y volvió a adoptar la posición correcta de guardia. Mata-Ligero se deslizó hasta el lugar que antes había ocupado la centinela, formó un manipulador y recogió dos placas de corteza rota que encontró allí. Las placas estaban colocadas una encima de la otra. Cuando Mata-Ligero las separó, cayó al suelo un polvillo sucio de corteza molida. Como se aburría en su cometido de guardia, Mueve-Fácil había mantenido en estado de alerta su superficie exterior, pero había permanecido embobada frotando bajo su arista una placa contra otra. No era la primera vez que se le sorprendía haciendo algo parecido, así que a Mata-Ligero no le

extrañó aquello.

—Ya has sido degradada hasta soldado raso, o sea que no puedo degradarte más —le gritó Mata-Ligero a la ahora completamente rígida forma de Mueve-Fácil—. Pero hasta que aprendas que los soldados cuando están de guardia deben mantenerse siempre en estado de plena alerta, te quedarás sin períodos de recreo. ¡Como ésta no es tu primera falta, serán doce giros!

Mata-Ligero pensó que detectaba un principio de protesta, pero por suerte para Mueve-Fácil, ésta desistió rápidamente de su réplica.

—Sí, mi comandante —dijo—. Mata-Ligero hizo pasar a la centinela por el interrogatorio habitual y se dirigió a inspeccionar el resto del perímetro, llevando consigo las dos placas para alejar la tentación.

«Doce giros sin recreo no sólo será muy duro para ella, sino también por lo menos para tres machos, que yo sepa —pensó Mata-Ligero mientras iba fluyendo—. No sé cómo puede hacer felices a los tres. ¡Para mí un amante cada vez es suficiente!» Las placas culpables, guardadas en una de las bolsas de viaje de Mata-Ligero, pasaron al olvido, aunque su bulto le estorbó durante el juego y disfrute con el locuelo Viento-del-Norte. Las había dejado a un lado, y se dedicó a más importantes menesteres, tales como aplanarse al máximo y meterse bajo la caliente arista acariciadora de Viento-del-Norte mientras sus tallos de ojo se entrelazaban con suavidad. Se relevaban en el masaje de la parte superior de su pareja con la arista, buscando sobre todo los puntos más sensibles. Luego, con sus tallos de ojo firmemente entrelazados para conseguir juntar sus costados, las vibraciones respectivas aumentaron de frecuencia con un trémolo electrónico que añadía un sobretono picante al masaje. Por último, en un espasmo múltiple de sus cuerpos, doce pequeños orificios perimetrales, situados justo debajo de los tallos de ojo de él, se abrieron para emitir una pequeña cantidad de jugos internos dentro de los pliegues en espera, situados alrededor de los ojos-tallo de Mata-Ligero.

Mata-Ligero percibió los finos glóbulos de Viento-del-Norte cuando sus reflejos automáticos los trasladaban hasta el depósito de huevos. Se recuperó lentamente, retomando su forma normal, y salió de debajo del aún aplanado y exhausto Viento-del-Norte. Dejó que él descansara allí y empezó a recoger las cosas que había sacado de sus bolsas de transpone. A medida que cada objeto volvía a su lugar habitual, dejaba paulatinamente de ser Mata-Ligero la amante. Cuando al final se colocó los cuatro botones que constituían la insignia de su rango en un esfínter de sostén, volvió a ser la Comandante de Tropa Mata-Ligero.

Cuando sólo quedaban por recoger los últimos objetos, tomó las placas de corteza que había decomisado a Mueve-Fácil. Las placas ya no presentaban la superficie plana, sino que una era ligeramente cóncava y la otra ligeramente convexa. Algo del reluciente aspecto que tienen las placas recién exfoliadas había desaparecido, pero

todavía era posible ver en ellas una reflexión. Siempre inquisitiva, Mata–Ligero se contempló en las dos placas curvadas, y observó divertida que en una de ellas su ojo aparecía menor de lo que era en realidad, mientras que en la otra placa era mayor.

Sacó un pseudópodo y limpió el polvo de las superficies, con lo que la imagen mejoró algo. Ahora se hallaba completamente ocupada en intentar comprender el extraño comportamiento de las placas curvadas. Mata–Ligero, la inventora, se olvidó de su amante y de sus obligaciones de comandante mientras su mente se perdía en profundos pensamientos.

A lo largo de muchos giros, Mata–Ligero dedicó su tiempo de ocio a las placas curvadas. Habló con Mueve–Fácil y sacó en claro que ésta había tenido las placas durante algunos giros y las había utilizado para aliviar el aburrimiento de los puestos de guardia del perímetro. Mata–Ligero repitió el procedimiento de desbaste, y consiguió algunos espejos ampliadores y otros reductores. Descubrió que si en la etapa final del desbaste aplicaba una presión menor, los espejos le quedaban mejor y más relucientes, casi tanto como las superficies originales de las placas.

Dedicó mucho tiempo a un juego de placas para dilucidar cuál era la curvatura más adecuada, porque había descubierto que según fuera el grado de la curvatura, los espejos aumentaban o disminuían la imagen en mayor medida. Llegó un momento en que consiguió un efecto sorprendente: ¡no sólo la imagen de su ojo aumentaba, sino que además estaba invertida! También descubrió que si acercaba mucho su ojo al espejo, lo veía sin invertir y más grande, y si después lo alejaba la imagen se iba haciendo cada vez mayor hasta llenar todo el espejo con una imagen deformada, hasta que de repente volvía a verse invertida.

Mata–Ligero sostenía en alto uno de estos espejos. Sabía que un espejo plano reflejaba la luz de su bengala, y quería comprobar lo que el expansor era capaz de hacer. Acaso podía expansionar la luz y hacerla más brillante.

Mata–Ligero dispuso su cuerpo en forma de un creciente, y desplazó cuatro ojos para que se concentraran en la parte inferior del creciente y así ver mejor el experimento. Como sabía que la luz sería muy brillante, retrajo sus ojos en las bolsas de protección y cerró la abertura de forma que sólo miraba a través de una rendija estrecha. Con gran cuidado, elevó el frasco de extracto de jugo de frutos hasta colocarlo encima de la bengala, y ajustó la válvula de salida hasta conseguir que un fino chorro cayera sobre la punta de la varilla luminosa. Inmediatamente, se generó un arco luminoso continuo. La luz iluminaba su cuerpo y el cielo. Utilizando sus manipuladores, acercó el espejo de aumento al arco. En vez de reflejar la luz en todas direcciones, como habría ocurrido si el espejo fuese plano, éste parecía recoger la luz y hacerla más pequeña. Movié el espejo atrás y adelante. Encontró una posición en la que la luz parecía salir del expansor en forma de un rayo recto. Después, también encontró otra posición en que la luz quedaba enfocada sobre un punto de la corteza.

Estiró un pseudópodo para tocar ese punto fuertemente iluminado.

—¡¡¡Ayyy!!!

Todo el campamento se puso en alerta al oír el grito de agonía golpeado en la corteza por su Comandante de Tropa. Mata–Ligero introdujo la parte quemada dentro de su cuerpo, donde de inmediato la bañó un fluido sedante, se apresuró a detener el chorrito de jugo de frutos y, tan pronto como se hubo extinguido el resplandor de la bengala, recogió todos sus experimentos en sus bolsas de transporte, mientras sus ojos observaban el campamento. Al poco rato, todos los soldados se hallaban muy ocupados.

Después de varios giros de experimentación, Mata–Ligero llegó a entender cómo funcionaba el expansor. A mitad de camino entre el espejo y el punto donde su ojo pasaba de verse derecho a verse del revés, se encontraba el punto especial desde el que la bengala proyectaba un rayo recto. Si se situaba detrás o delante de este punto, y se iba desplazando, la luz llegaba a enfocarse en un punto para después dispersarse. Durante cierto tiempo, Mata–Ligero pensó que había descubierto un arma nueva con la que podría quemar a distancia, pero después de una somera experimentación llegó a la conclusión de que era mucho más fácil y rápido agujerear a un bárbaro con un diente de dragón que quemarle con un expansor (suponiendo, y era mucho suponer, que el bárbaro permaneciera inmóvil durante la operación).

No obstante, cuanto más pensaba en el rayo de luz de largo alcance que podía enviar, y en las viejas historias de los haces estrechos de luz invisible que viera el profeta Ojos–Rosados, más iba convenciéndose de que debía regresar al Paraíso de Brillante para hablar con los científicos que aún estaban intentando sacar algo en claro de los rayos pulsantes.

Tuvo que discutirlo con el Comandante del Frente Este, quien después de ver los experimentos decidió relevarla temporalmente de su mando y autorizar su regreso al Paraíso de Brillante.

FECHA: 07:54:50 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

El camino hacia el Paraíso de Brillante era largo, pero rápido. Iba en línea recta, en la dirección fácil, desde las posiciones del este más alejadas, y durante generaciones había sido alisado y pulido por las aristas y los trineos de equipajes. Mata–Ligero avanzó por él con su rápido deslizamiento de soldado, y con sus cuatro insignias de comandante que le despejaban automáticamente el paso y le otorgaban un tratamiento preferente en las estaciones de víveres del trayecto.

El patrón de una de estas estaciones de víveres era muy conocido por su interesante e interminable repertorio de amorosos masajes, y ella misma, en otros viajes anteriores, había disfrutado de él en un par de ocasiones, pero su mente estaba

ocupada en otros asuntos cuando pasó por allí, así que no esperó a que él regresara de una expedición que efectuaba periódicamente para reponer sus víveres. Se limitó a coger lo que necesitaba y continuó su camino, triturando un fruto con los poderosos músculos de su bolsa de tomar alimento y sorbiendo los cosquilleantes jugos a través de una piel muy fina que constituía el fondo de aquella bolsa.

Mata-Ligero llegó por fin al Paraíso de Brillante y, tras cumplir la formalidad de una breve presentación al Comandante del Mando Central de Defensa, se encaminó al Instituto del Ojo Interior, que formaba parte del gran complejo del Templo Sagrado.

—¡Comandante de Tropa Mata-Ligero! —la saludó el astrólogo del instituto—. Es un honor para nosotros recibirte. El hecho de que estés aquí nos da la seguridad de que la frontera del este está a salvo.

Los tallos de ojo de Mata-Ligero se retorcieron de turbación.

—Esta invención del mirador —prosiguió el astrólogo— te ha dado una envidiable reputación entre los astrólogos de este Instituto. ¿Has tomado en consideración la posibilidad de dejar el Ejército y convertirte en una de los nuestros?

Mata-Ligero sabía qué era lo que se ajustaba más a sus facultades. Su tamaño extraordinario, sus músculos fuertes y su ágil inteligencia le habían permitido alcanzar su posición natural de comandante de tropas de línea. También le habían dado un nombre nuevo, cuando siendo muy joven, apenas salida del nido, había matado un Ligero sin ayuda alguna, sólo con un puñal como arma. Disfrutaba con su afición de intentar comprender cómo funcionaban las cosas, pero no tenía la menor intención de convertirla en su trabajo habitual, por lo menos mientras hubiera bárbaros que intentaran destruir el Paraíso de Brillante. Evitó contestar a la pregunta del astrólogo del instituto, planteándole a su vez otra pregunta:

—¿Cuáles son las últimas noticias referentes a los extraños rayos pulsantes que proceden del Ojo Interior de Brillante?

El astrólogo del instituto tuvo un momento de vacilación. Él, junto con los otros astrólogos del Instituto del Ojo Interior, habían sufrido una difícil conversión. Por suerte, ésta fue tan lenta que dispusieron del tiempo suficiente para sobreponerse a la conmoción. Sin embargo, aún no estaban seguros, así que ni el pueblo ni los otros sacerdotes del templo habían sido informados de sus sospechas. Los ojos del astrólogo del Instituto se balancearon rítmicamente atrás y adelante mientras evaluaba a Mata-Ligero. Se equivocó.

—Los rayos procedentes del Ojo Interior de Brillante continúan trayéndonos un mensaje de la mente de Brillante —contestó—. Los rayos son invisibles excepto para quienes poseen lo que se conoce como la Bendición de Brillante, aunque sería mejor llamarla el Castigo de Brillante, porque estos individuos difícilmente alcanzan la edad de procrear. Afortunadamente, los alquimistas han encontrado un líquido que es sensible a los rayos invisibles y que cambia temporalmente de color si el frasco que

lo contiene se expone a ellos, y así no debemos buscar por todo el Imperio a estos desgraciados y sacarlos de su clan para que nos interpreten el mensaje de Brillante.

—¿La pulsación continúa? —preguntó Mata-Ligero.

—Sí —respondió el astrónomo del instituto—. Y parece que sigue alguna especie de esquema. Estamos intentando interpretar lo que significa. Nos llega muy despacio, una pulsación cada varios giros.

El hecho de que la pulsación pareciera seguir un esquema intrigó a la mente inquisitiva de Mata-Ligero.

—¿Puedo ver lo que habéis obtenido? —pidió con interés.

El astrólogo del instituto formó un manipulador, sacó un collar de cuentas de una bolsa almacén y se lo entregó a Mata-Ligero, que inmediatamente lo recorrió con un pseudópodo.

—¡Es una cadena de números! —exclamó—. Únicamente que termina en el diez y luego se repite dos veces más. —Siguió con el estudio del collar de cuentas—. Esto parece ser un sistema de números que sólo llega hasta diez, luego pasa a un símbolo doble que representa cosas mayores de diez.

—Sí —confirmó el astrólogo—, y si continuas verás que, después de contar diez veces diez, aparece un nuevo símbolo entre los otros números.

Mata-Ligero pasó rápidamente sobre la sección repetitiva y encontró el símbolo nuevo. Primero un uno, después un símbolo extraño, luego otro uno, luego otro signo extraño diferente y luego un dos. El astrólogo del instituto mantenía su arista inmóvil, mientras sus ojos observaban el cuerpo tenso de Mata-Ligero.

Después, los ojos de ésta recuperaron su movimiento normal ondulante, y empezó a murmurar:

—Uno más uno igual dos, uno más dos igual tres, uno más tres igual cuatro...

Entonces volvió su atención hacia el astrólogo del instituto y sus ojos le miraron de hito en hito, estremeciéndose nerviosamente. El astrólogo tensó los músculos de su arista y esperó a que el cerebro de Mata-Ligero llegara a darse cuenta de lo que él y sus compañeros del instituto tuvieron finalmente que reconocer.

—Esto no es más que una iniciación en aritmética, pero en un sistema de números que sólo llega a diez. Seguramente, Brillante no perdería su tiempo mandándonos un mensaje tan trivial y que tarda tanto en llegar hasta nosotros. Más se asemeja a cuando un intérprete intenta aprender un lenguaje de los bárbaros.

Mata-Ligero vaciló, porque iba a decir algo que era completamente opuesto a la instrucción religiosa que había recibido.

—Es como si existiera un extraño clan de bárbaros que habitara en el Ojo Interior, y que tratara de comunicarse con nosotros —añadió—. ¡Pero eso no puede ser!

El astrólogo del instituto mantuvo su arista en silencio y le entregó otra ristra de cuentas. Esta era una ristra en fleco, con varias cadenas anudadas a una cadena

principal, y cada cadena lateral tenía varios nudos. Al principio, Mata-Ligero no le encontraba ningún sentido, porque no existían grupos de símbolos, sólo nudos grandes y nudos pequeños. Palpó entre los flecos, intrigada por los largos tramos vacíos.

—Nos costó mucho entender esto —admitió el astrólogo del instituto—. En realidad, fue un novicio quien literalmente tropezó con ello, al deslizarse por encima de esta ristra cuando estaba extendida en la corteza. Déjame que lo extienda bien.

El astrólogo tomó la ristra en fleco y la extendió en forma de rectángulo sobre la corteza.

—Ahora, resbala con cuidado por encima y veamos lo que tu arista te dice —dijo.

Siguiendo sus instrucciones, Mata-Ligero se puso sobre el gran rectángulo, y de repente todo estuvo claro. Sus ojos sólo podían ver la cadena de fleco bajo un ángulo tan pronunciado que todo quedaba demasiado distorsionado y resultaba irreconocible, pero ahora su parte inferior, tan sensible al tacto, podía captar el dibujo claramente y en su totalidad.

—Es como un mapa —exclamó Mata-Ligero, quien solía utilizar tales artificios cuando planeaba campañas a gran escala—, pero no es ningún lugar que yo conozca... —Reflexionó unos instantes—. Espera... En este gran círculo, este débil detalle podría ser el Templo Sagrado, y esto puede ser el Paraíso de Brillante, pero todo está muy distorsionado. El círculo puede ser el propio Huevo, y estos siete puntos pequeños deben de ser los Ojos de Brillante. —Volvió a mirar al astrólogo del instituto y prosiguió—: Se trata de un dibujo de Huevo y de los Ojos de Brillante. ¿Pero por qué está todo tan distorsionado? Parece como si se hubiera estirado en la dirección este-oeste.

—No lo sabemos —contestó el astrólogo del instituto—. Estamos intentando descubrirlo. Hemos recibido otro dibujo de mapa, y las señales actuales están punteando un tercero.

—¿Puedo tocarlos? —pidió Mata-Ligero.

El astrólogo del instituto sacó de su bolsa almacén dos nuevas ristras y las extendió sobre la corteza sin hacer más comentarios. Las había dejado juntas, lo suficiente para que Mata-Ligero pudiera extenderse cubriéndolas a un tiempo.

—Eso muestra los Ojos de Brillante —dijo Mata-Ligero—. Pero el pequeño Ojo Interior no es un círculo sin rasgos distintivos como los otros. Tiene unas extrañas marcas y círculos en su interior y también un cilindro pegado a un lado. Y aquí se ve una ampliación del Ojo Interior, y se ven formas dentro del círculo, como si estuvieran dentro de agujeros en el seno del Ojo Interior.

Mata-Ligero hizo una pausa.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

—No lo sabemos —dijo el astrólogo del instituto—, pero creemos que esas cosas

que vemos dentro de los orificios son seres extraños.

—Pero son tan alargados y angulosos que pueden romperse en un momento — exclamó Mata–Ligero.

—Están flotando en el espacio encima del polo este. Deben de ser inmunes a la atracción gravitatoria de Huevo. Pero no sabemos para qué querrán esos largos huesos manipuladores.

Mientras el astrólogo del instituto hablaba, Mata–Ligero seguía examinando los dibujos.

—El Ojo Interior parece una máquina gigante —dijo finalmente—. Eso que está en la parte superior del cilindro es como una mirador y esto otro se parece a mi expansor.

—¿Qué es un expansor? —preguntó el astrólogo.

Finalmente Mata–Ligero recordó que aún no le había hablado de su descubrimiento. Había venido para darle a conocer algo nuevo pero, en lugar de ello, había quedado deslumbrada por nuevos conceptos, uno tras otro.

Mata–Ligero formó un manipulador, buscó en su bolsa almacén y extrajo el expansor y el reductor. Explicó a continuación al astrólogo del instituto el raro comportamiento de ambas piezas, mientras éste las probaba moviéndolas adelante y atrás frente a uno de sus ojos.

—Esta forma curvada del mirador es lo que le permite enviar un rayo de luz hasta muy lejos —le explicaba ella—. Y ésta es la respuesta probable a por qué existen en la cosa que hay en el Ojo Interior, para enviarnos los rayos de luz hasta el Huevo.

El astrólogo del instituto se puso encima de los dibujos extendidos en la corteza y comparó las formas de las cosas que salían del Ojo Interior con el objeto que sostenía.

—Las formas son muy similares —asintió—. Quizá tengas razón. Pero ¿qué es eso de enviar rayos?

—He venido para hacerte una demostración.

—Espera —sugirió el astrólogo—. Quiero convocar a los otros miembros del instituto.

Mata–Ligero se convirtió en el centro de la atención general mientras demostraba su brillante manantial de luz, y el modo cómo el expansor podía concentrar toda la luz en un punto que se calentaba mucho, o mandarla muy lejos en forma de rayo recto.

Después de algunas demostraciones, Mata–Ligero permitió que algunos de los más inquietos novicios manejaran el nuevo juguete. Cuando se deslizó para hablar aparte con el astrólogo del instituto, pudo oír cómo algunos empezaban a desbastar placas para construir sus propios expansores.

Se hizo evidente para todos los del instituto que la nueva invención de Mata–

Ligero les proporcionaba un medio para contestar a quienquiera que estuviese en el Ojo Interior enviándoles mensajes. Tras algunos giros, tuvieron preparado un manantial de potente luz y empezaron a mandar un mensaje codificado dirigido a los Ojos de Brillante. Lo repitieron durante varios giros, pero no ocurrió nada; el rayo pulsante que les llegaba desde el Ojo Interior continuó su metódico centelleo, terminando poco a poco el último dibujo. Después de muchos, muchos giros, Mata-Ligero tuvo una idea. Lejos, hacia el este del Paraíso de Brillante, había una cresta de acantilado que se destacaba justo sobre la línea del horizonte. Su cara era la cantera de los bloques que habían servido para edificar las casas y almacenes del Paraíso de Brillante. Mata-Ligero decidió ir hasta la cantera y realizar una penosa ascensión por la pendiente hasta la parte más alta, para intentar ver el rayo de luz que los astrólogos debían enviar periódicamente en tal dirección.

Después de una docena de giros, una Mata-Ligero muy desanimada regresó al instituto.

—No es nada raro que el Ojo Interior no conteste a nuestras señales —declaró—. Apenas si podía verlas desde la cima de la cantera.

—Me lo temía —reconoció el astrólogo del instituto—. Los Ojos están tan bajos en el horizonte que nuestro rayo de luz ha de atravesar un largo recorrido a través de la atmósfera, que es muy absorbente. Es una inconveniencia que los Ojos de Brillante estén inmóviles sobre el polo este, si se encontraran encima de nosotros sería mucho más fácil no sólo para nosotros detectar su haz, sino también para ellos recibir nuestro modesto intento de responderles.

Mata-Ligero se estremeció al pensar en algo colgado en el cielo sobre ellos, pero estuvo de acuerdo en que, sin duda alguna, Brillante había enviado sus siete Ojos al peor de los sitios del cielo desde donde mirar.

Pero de pronto, Mata-Ligero exclamó: —Si fuésemos hasta el polo este, podríamos mandar nuestro rayo directamente hacia arriba, hacia el Ojo Interior. El recorrido a través de la atmósfera sería mucho más corto, y el rayo iría en la dirección fácil y no se amortiguaría tanto.

—Pero nadie va jamás hacia el polo este —protestó el astrólogo del Instituto—. La zona está infestada de bárbaros, cualquiera que sea la dirección en que vayas será la dirección difícil, el cielo es caliente y lleno de humo del volcán, la corteza es demasiado quebradiza para pisarla... ningún cheela podría sobrevivir allí.

—Ya sé que no es tan bonito como el Paraíso de Brillante —replicó Mata-Ligero—. Pero los cheela pueden sobrevivir allí. Después de todo, como has dicho, el lugar está infestado de bárbaros.

»En realidad —continuó Mata-Ligero—, los soldados de la frontera este han penetrado un gran trecho hacia el polo sur en expediciones de castigo, hasta llegar a los campamentos de los bárbaros. Los hemos acobardado tanto que no osarán atacar a

una expedición lo bastante grande.

La discusión sobre los pros y los contras de la propuesta de Mata–Ligero prosiguió durante varios giros. El coste resultaría elevado, sobre todo en términos del número de soldados que serían necesarios para proteger una expedición que profundizara en territorio bárbaro. Estaba más allá de los recursos y de la autoridad del Instituto del Ojo Interior, y probablemente se habría abandonado el proyecto si la última parte de la tercera imagen recibida no hubiera sido tan dramática. El dibujo de la máquina con los extraños seres ya resultaba excepcional (puesto que no cabía la menor duda de que las cosas en forma de bastones que se percibían vagamente a través de los agujeros del Ojo Interior eran seres); pero además, arriba, en un ángulo del dibujo, aparecía una figura similar situada junto a los conocidos (aunque estirados) perfiles del Templo Sagrado. Parecía increíble, pero el dibujo no dejaba la menor duda: el ser era tan grande como la doceava parte del templo. Cuando se completó el nuevo dibujo, el astrólogo del instituto decidió que lo mejor que podía hacer era informar de sus descubrimientos a las demás autoridades.

Al principio, el Sumo Sacerdote y el Jefe Astrólogo se quedaron atónitos por la interpretación que de los dibujos hacía el astrólogo del instituto, pero al fin declararon que su explicación no suponía ningún desafío a su religión, ya que aceptaban que Brillante actuaba de un modo misterioso, y que alguna vez, en un lejano futuro, todo resultaría claro para ellos.

La Jefe de los Clanes Aliados, que nominalmente era una devota adoradora de Brillante, se mostró conforme en compartimentar su mente y estudiar los dibujos sin dejarse influir por implicaciones religiosas.

—¡Vaya criaturas misteriosas! —opinó la Jefe—. ¡Y además gigantescas! Pero si ellos han aprendido a estacionarse en el cielo sin caer hacia abajo, nosotros podemos aprender muchas cosas de ellos, y parece que tienen ganas de hablar con nosotros. El aprender más no puede ser malo. Preparad la expedición.

Nadie albergaba la menor duda de sobre quién iba a dirigir la expedición. Mata–Ligero era la elección obvia por ser una combinación de astróloga, pensadora y comandante de batalla. Con la autoridad de la Jefe de los Clanes Aliados que le respaldaba, Mata–Ligero organizó la expedición. Estarían ausentes muchos, muchos giros, y durante ese tiempo el trabajo en el instituto debía proseguir, así que sólo se llevó unos pocos de los astrólogos más jóvenes y novicios. Bajo su dirección, se obtuvo una buena provisión de bengalas y de concentrado de jugo de frutos, y al mismo tiempo se manufacturaron unos cuantos expansores excelentes y de gran diámetro con la colaboración de nuevos artesanos que los desbastaron y pulieron con todo cuidado. Uno de los expansores era de un diámetro tan grande que sólo unos pocos de los novicios podían lograr una bolsa de transporte que pudiera contenerlo y, una vez introducido en ella, poco más podían cargar.

Para el viaje hasta la frontera este no necesitaban soldados que les protegiesen, y las estaciones de víveres les abastecerían en ruta. Además, se enviaron mensajeros en avanzada para que organizaran el suministro de lo que la expedición necesitaría después. Mata–Ligero regresó a recuperar el mando de sus tropas de guerreros de aguja porque, como era natural, había pedido que fueran ellos los que formaran la guardia de la expedición. Se reunió la partida, se distribuyeron las raciones, y se enseñó a los civiles los más elementales golpes con la espada corta para el caso de que algún bárbaro consiguiera penetrar hasta el centro de la formación en círculo. Por fin, emprendieron el viaje deslizándose fácilmente sobre la corteza, hacia el polo magnético este.

FECHA: 07:56:29 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Mata–Soldados hizo descender el ojo de su tallo con alma de cristallium, empujó su camino en la dirección difícil, manteniendo su cuerpo tan aplanado como cuando gozaba del sexo, hasta que hubo sobrepasado la línea del horizonte. No podía comprender la causa de que aquel círculo de soldados penetrara tan profundamente en su territorio. Los exploradores confirmaron que habían iniciado la marcha, y ella había acudido a defender el pueblo más próximo, que era el objetivo lógico de un ataque de castigo, pero el círculo de soldados lo había sobrepasado desviándose cuidadosamente, sin atacarlo.

Este comportamiento de los soldados del Imperio era nuevo, y Mata–Soldados odiaba las novedades. Habían llegado allí para algo, y ella iba a impedirlo, pero ¿qué era lo que debía impedir?

Al deslizarse hasta el poblado, advirtió con sombría satisfacción que el roce de su arista sobre la corteza había advertido al campamento de su llegada. Los que en aquel momento se encontraban en buenas relaciones con ella se hicieron los ocupados en asuntos importantes, mientras que quienes no lo estaban ya se habían ausentado al oír el primer murmullo de su aproximación.

Su segundo en el mando, y su amante además, estaba muy ocupado limpiando su ya excepcionalmente limpia espada, frotándola con un trozo de corteza. Aunque el cristal de dragón fundido por lo general se mantenía afilado hasta que el borde se mellaba por un golpe muy fuerte, ayudaba un poco a tener el filo aguzado el frotarlo monótonamente contra el material de la corteza. Mata–Soldados sabía que Cielo–Rojo jamás había permitido que su espada se embotara desde el tiempo en que la había arrancado a un soldado al que ellos mataron conjuntamente. Se deslizó hacia Cielo–Rojo hasta que sus costados se tocaron a lo largo de por lo menos la mitad de su longitud. Cielo–Rojo continuó afilando su espada mientras Mata–Soldados vigilaba.

—Vienen con una fuerza muy importante —observó ella—. ¡Pero no atacan!
¡Esto no me gusta!

—Hay muy pocas cosas de los soldados que te gusten —replicó él, con calma.

—Pero esto aún me gusta menos —exclamó Mata–Soldados tras una pausa.

—¿Hacia dónde van? —preguntó Cielo–Rojo.

Mata–Soldados se volvió, algunos de sus ojos miraban a Cielo–Rojo mientras los restantes se agitaban con enfado.

—Diría que se encaminaban al polo este —respondió por fin—. Pero eso no tiene ningún sentido. Nadie va al polo este. Es demasiado caliente y quebradizo.

—Parece que están muy lejos de su base, y el terreno montañoso cercano al polo este hace que no te puedas fiar del horizonte —señaló Cielo–Rojo con sabiduría.

Mata–Soldados hizo una pausa, y entonces se dio cuenta de lo que su segundo quería indicar. Buena cosa era que fuese mucho menor que ella, porque de otro modo él sería el Jefe del Clan.

—Tienes razón, como siempre —reconoció—. Debemos reunir a nuestros guerreros y marchar hacia el este, hacia la primera cadena de montañas, que se confunde con el horizonte hasta que casi se ha llegado allí.

Cielo–Rojo reunió con presteza un equipo de transmisión de señales y envió un mensaje al clan de bárbaros más próximo. Les llevó mucho tiempo transmitir el comunicado, porque el equipo de señales tuvo que ajustar su golpeteo para aprovechar las frecuencias naturales de resonancia de la corteza.

—¿Qué es este sonido retumbante de la corteza? —preguntó uno de los novicios que permanecía dentro del círculo de soldados—. ¿Es un cortezamoto?

—No —respondió otro—. En esta parte de Huevo no hay seísmos.

Mata–Ligero había percibido el ruido mucho antes que los novicios.

A pesar de lo que uno de ellos había asegurado, el polo este era zona de seísmos, pero esta vez no lo era.

Lo que habían notado era simplemente una señal de larga distancia desde un clan bárbaro a otro. A juzgar por su semejanza con otros que había oído, dedujo que probablemente se trataba de una llamada de asamblea. Sin lugar a dudas, la penetración tan profunda de su expedición en terreno bárbaro había causado alguna inquietud. Puesto que el mensaje era de larga distancia y no se trataba de una llamada local de ataque, no veía la necesidad de poner a los soldados en alerta, pero comprobó con orgullo que muchos de ellos habían captado la presencia de los bárbaros y que los dientes de dragón, que en orden de marcha aparecían desordenados, ahora relucían formando una doble hilera de agujas perfectamente alineadas.

En la siguiente parada de descanso, Mata–Ligero mandó que los soldados formaran una guardia en el perímetro durante el tiempo de comer y reunió a los civiles en el centro.

—Los bárbaros han convocado una asamblea para decidir qué van a hacer con nosotros —explicó—. Creemos que se darán cuenta de que no nos preocupamos de sus asentamientos y de que somos demasiados para que puedan atacarnos con éxito, y en consecuencia nos dejarán tranquilos. Sin embargo, éste es el territorio de Mata-Soldados, uno de los pocos jefes bárbaros que ha matado un soldado y ha sobrevivido para contarlo. Durante los próximos giros mantendremos una formación cerrada, y los civiles deberéis quedaros en el centro.

El moverse en una dirección al tiempo que miraban y luchaban en otra, resultaba fácil para los cheela, que poseían muchos ojos y ninguna dirección preferente. Aunque cada individuo tenía un grupo de ojos preferido, la totalidad de los doce funcionaba bien y proporcionaba al cheela una visión completa de la región que le rodeaba, aunque fuera sólo en dos dimensiones.

Cada cheela tenía también uno o dos agujeros preferidos para comer o excretar, pero con una ligera concentración para romper los hábitos de muchos días, las dos funciones podían invertirse en caso de necesidad. Lo mismo sucedía con las bolsas almacén, que no eran más que bolsas de alimentación inmaduras. Solamente los más jóvenes o los más viejos caían en la tentación de acarrear tontamente cosas inútiles.

En el cuerpo de un cheela típico existían algunas partes de la piel que habían desarrollado un buen tono muscular y un elevado nivel de sensores táctiles terminales que resultaban las más adecuadas para formar pseudópodos. Otras partes de la piel, mucho más fuertes y musculosas, eran más indicadas para envolver un esqueleto de cristallium, que les daba una mayor capacidad de empotramiento. Todos los soldados aprendían en sus campos base de entrenamiento a crear profundos bolsillos en sus pieles, reforzados con bases de cristallium ancladas en sus músculos de arista, para sostener y manejar de forma adecuada las largas espadas de diente de dragón. Un soldado bien entrenado podía formarlos en cualquier punto de su círculo y al mismo tiempo seguir el ritmo de avance, comer, eliminar, y cambiar el contenido de una bolsa a otra. La fanfarronada de las tropas de Mata-Ligero consistía en que, además de todo eso y a la vez, podían dedicarse a ejercicios sexuales. Pero como había podido comprobarse en el transcurso de muchas orgías posteriores a las batallas, esto era sólo pura palabrería.

El comandante de un círculo de soldados tenía dos opciones. La primera, disponer todos los soldados de un mismo sexo en un anillo, con otro anillo del sexo opuesto montado parcialmente sobre la parte superior de la primera fila. Esta disposición mantenía felices a los soldados, con un constante recordatorio de la diversión, ya fuera por la arista, ya por la parte superior. Sin embargo, presentaba el problema de uno o dos que no cabían por efecto de la geometría del círculo. La segunda opción era alternar macho y hembra, uno al lado de la otra, en cada fila, con una interacción pura, casi platónica, entre las filas, aunque los de la fila de atrás estuvieran montados

parcialmente sobre los de la fila de adelante. Mata–Ligero prefería esta segunda posibilidad porque lograba un conjunto mucho más compacto, a pesar de otros problemas que pudiera crear.

En otros tiempos, muy al principio de su carrera de oficial, consideró la posibilidad de un círculo formado con guerreros de un mismo sexo. Podía imaginarse a sí misma capitaneando sus feroces féminas hasta triunfar en la batalla. Pero los soldados opusieron rápidamente su veto a tan insulsa y aburrida posibilidad. En sus batallas contra los bárbaros, el verdadero enemigo era el aburrimiento, y un círculo de batalla de un solo sexo duraría muy poco.

Mata–Soldados dirigió su clan, y los guerreros que sin ser de su familia se habían agregado, primero hacia el este, y después de nuevo al oeste.

—Mucho arrastrarse para no adelantar nada. —Fue la queja de Risco–Hundido, uno de los luchadores agregados.

Pero incluso él tuvo que admitir que su itinerario les había conducido sin contratiempos alrededor de los soldados exploradores, que podían presentarse de repente sobre el horizonte, ojear y retirarse.

Risco–Hundido había sido el jefe de su pequeño clan antes de que decidiera unir sus fuerzas a las de Mata–Soldados, en cuyo clan, mucho mayor, se encontraban sus parientes lejanos. La penetración de las tropas, tan numerosas y bien armadas, en el territorio de su clan le afectó en sumo grado y rápidamente, junto con sus tres mejores guerreros, se unió a la causa. Pero la verdad era que no le gustaba recibir órdenes de nadie.

Mata–Soldados sabía que pisaba en mal terreno cuando oyó la queja, pero no podía tolerar la menor insubordinación si aspiraba a mantener controlada aquella banda casi salvaje.

—¡Silencio! —ordenó con un áspero susurro.

Risco–Hundido alzó a medias su garrote, y una docena de ojos que brotaban de una forma gigantesca parecieron querer fulminarle.

Mata–Soldados utilizó el lenguaje de comunicación entre familias con su más diplomático acento (Cielo–Rojo podía estar orgulloso de ella).

—Incluso las crías permanecen en silencio cuando ronda el Ligero —recitó con un casi sordo murmullo—. Éste es el lado oscuro del risco, y por aquí han de pasar las tropas merodeadoras. No hay otro risco como éste, porque los demás de esta región presentan su cara a la luz brillante.

La tensión se aflojó, y Mata–Soldados apoyó un pseudópodo sobre la parte superior de Risco–Hundido.

—El camino de los soldados pasa por el lado iluminado de este risco —prosiguió—. No nos podrán ver si aguardamos detrás, en la sombra, y nos será fácil atacarles de repente, sorprendiéndoles.

Apartó su pseudópodo, le dio un prometedor golpecito y se deslizó para preparar el ataque.

FECHA: 07:56:30 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

La expedición al polo este avanzaba lentamente, en silencio y con determinación. Los exploradores se adelantaban para observar más allá del horizonte, pero la corteza se hacía cada vez más quebradiza, así que no se alejaban tanto como hicieran en otras ocasiones. Ninguno de ellos se percató de que un lado de lo que parecía el horizonte no lo era en realidad, sino que era la cima de un risco quebrado, y que detrás de él se escondía una horda de bárbaros.

Es justo dar el mérito a Mata–Soldados por haber logrado contener a los guerreros de su pseudoclan hasta que el círculo hubo pasado. Les dio la señal con un fuerte golpe que hizo vibrar hasta la corteza de debajo la arista de Mata–Ligero. Atacaron con la furia nacida giro tras giro de las incursiones de castigo sufridas por sus seres queridos y sus crías.

—¡En alerta, alarma! —golpeó Mata–Ligero, y se estrechó lo máximo posible para poder deslizarse entre los aturridos civiles y llegar a la parte posterior del círculo.

De forma automática, juzgó correctamente la situación táctica, lo cual comprobó al ver un torrente de bárbaros, que parecía no acabarse nunca, y que salía en apariencia de un agujero de la línea del horizonte. Sus doce ojos ligeramente elevados sobre sus tallos inspeccionaron otra vez la casi perfecta continuidad entre el cielo oscuro y la candente corteza, y entonces vio en qué se había equivocado. Una ligera pendiente en la corteza indicaba un pequeño risco. Demasiado bajo para ser visto, pero lo bastante alto para ocultar una partida de guerra de los bárbaros.

—¡Este! ¡Oeste! ¡Norte! ¡Brillante!... ¡Este! ¡Oeste! ¡Norte! ¡Brillante!... ¡Este! ... —cantaba Mata–Ligero mientras se hacía cargo de la situación.

Sus tropas se movían disciplinadamente en una maniobra estática que sin desplazamiento general consiguió que los individuos se fueran acoplando y preparándose para un movimiento conjunto, formando una barrera de mortíferas agujas de diente de dragón alrededor del círculo de guerreros apiñados.

Los civiles miraban por encima de las filas de soldados, y algunos empezaban a dar muestras de pánico. Mata–Ligero disminuyó la intensidad de su rítmico golpear sobre la corteza a medida que sus jefes de escuadra la iban relevando en esta tarea.

Mata–Ligero circulaba por la fila interior de sus soldados, haciendo resbalar sus alentadores pseudópodos indistintamente por encima de los machos y de las hembras, mientras su susurro se propagaba por la corteza, su mensaje electrónico respaldaba el sólido golpear de los jefes de escuadra.

—... ¡Norte! ¡Brillante!... ¡Este! ¡Oeste! ¡Norte!...

Al mismo tiempo, adelgazó el tercio inferior de su cuerpo y extendió un fino manto incubador sobre los asustados no combatientes que permanecían en el centro. Con reflejos casi instintivos, sus cuerpos se redujeron a la mínima superficie y se resguardaron bajo aquella capa protectora. Al quedar reducida la presión en el centro, las filas de soldados se comprimieron más y las puntas de las agujas del círculo exterior se unieron aún más.

Mata-Ligero esperaba la carga de los bárbaros con fría objetividad. Aunque llegaran en grupo seguían siendo individuos, y el primero de estos individuos que tomara contacto con el mortífero círculo de dientes de dragón moriría con toda certeza, y tanto ella como los bárbaros conocían este horrible hecho.

—... ¡Oeste! ¡Norte! ¡Brillante!... ¡Este! ¡Oeste! ¡Norte!...

Mata-Ligero añadió el redoble de su arista cuando los bárbaros se aproximaron. Con un clamor que sacudió la corteza, llegaron directamente por la dirección fácil desde el oeste, después se dividieron en dos oleadas que arañaban su camino en la dirección difícil hacia el norte y hacia Brillante.

Mata-Ligero esperaba que el ataque se estrellara contra el frente de un círculo bien montado. Lo que no esperaba era el bombardeo con semillas de frutos y rocas lisas que rodando y resbalando caía sobre el círculo de soldados. No era más que eso: rocas y basura procedente de una comida de frutos. Pero lo inesperado provocó en los soldados lo que cualquier cosa inesperada provocaría en cualquier grupo: una confusión tremenda. En su instintivo esfuerzo por apartarse de algo que era inofensivo, los soldados se deslizaron a uno u otro lados. Su cuidada cadencia se perdió y la barrera impenetrable de dientes de dragón dejó de serlo.

De la parte central de la horda de bárbaros que iba apareciendo se destacaron Mata-Soldados y cinco de sus guerreros. Quedaban prácticamente ocultos por su carga de pieles de cheela sin secar. Los ojos de Mata-Ligero se estremecieron al verlas, pero no dejó de admirar la eficacia de su utilización. Cuando la piel sin adobar de cheela entró en contacto con las puntas de diente de dragón, los reflejos residuales de la piel musculosa formaron bolsillos que las envolvieron fijándolas en una especie de esfínteres.

Los bárbaros retrocedieron durante un instante y las pieles hicieron caer las puntas de diente de dragón al suelo; después tomaron sus propias armas, con sus aristas apisonaron a los que formaban el primer círculo, y con garrotes y espadas cortas que habían robado empezaron a romper cristales y a desgarrar pieles.

—¡Oeste! ¡Oeste! ¡Oeste! ¡Oeste!... —repicaba Mata-Ligero, cambiando la cadencia y haciendo girar el círculo en dirección al ataque.

El pequeño grupo de soldados y bárbaros que luchaban entremezclados permaneció en el mismo sitio, cada uno acuchillaba donde podía buscando las pocas

zonas de piel que quedaban expuestas a pesar de la protección de los escudos de piel de cheela y de las placas de Deslizante Lento. La nueva cadencia hizo girar el círculo de soldados alrededor del punto de ataque, al igual que lo hace una célula envolviendo a su enemigo. Se había superado la sorpresa, y el siguiente ataque de los bárbaros desde el este no provocó la confusión que pretendían crear por medio del lanzamiento de piedras y semillas de frutos. Las puntas de las agujas de diente de dragón no vacilaron, y se clavaron en los portadores de los restos de los infortunados cheela que habían contribuido involuntariamente con su piel al equipo de los bárbaros, quienes perdían ahora sus jugos vitales, que goteaban sobre la corteza desde las puntas de diente de dragón.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —ordenó Mata-Ligero. Hizo expandir el círculo en todas direcciones, pero sobre todo hacia la agrupación de luchadores bárbaros. Se cerró la pinza, y las puntas de las agujas de diente de dragón empezaron a obtener resultados.

Tras cerrar la trampa, Mata-Ligero retiró su manto protector que cubría a los civiles y, transformándose en una aguja vengadora, deslizó su ingente corpulencia entre dos soldados de la fila interior. Llevando tres cuchillos en ristre por delante y la espada corta por detrás, soltó un agudo chillido que sembró la confusión en el grupo de bárbaros y se metió debajo de ellos, rasgándoles con todas sus armas.

Mata-Ligero trepó fuera del agujero que había excavado en el centro del cuerpo de Mata-Soldados, con sus tallos de ojos chorreando jugos de la que fuera su enemiga. A continuación, atacó desde atrás al resto de los asediados bárbaros, que ya habían perdido la iniciativa y fueron presa fácil de los soldados, quienes los liquidaron con sus espadas cortas, Mata-Ligero miró por encima de los despojos que todavía rezumaban jugos y examinó el campo de batalla. De acuerdo con la tradición de disciplina de los soldados, aun sin que el comandante lo hubiese ordenado explícitamente, los jefes de escuadra habían apartado hacia el centro los muertos y heridos, y reagrupaban sus fuerzas en un círculo casi perfecto de alineadas filas de puntas de aguja mientras la cadencia proseguía.

—¡Este! ¡Oeste! ¡Norte! ¡Brillante!... ¡Este! ¡Oeste! ¡Norte!...

Los restos de la horda bárbara lanzaban maldiciones a través de la corteza; sus fintas de ataque se iban debilitando cada vez más, y por último desaparecieron por el horizonte.

Mata-Ligero desgarró la piel de su presa, y ríos de jugos y coágulos cayeron sobre los cuerpos muertos que se encontraban debajo de su arista. Descendió de la montaña de carne y comprobó cada una de sus armas antes de guardarlas en las bolsas correspondientes. Al tiempo que descendía iba palpando la flácida piel, y al apretar con su arista hizo salir el contenido de las bolsas de su enemiga.

De una de ellas sacó varios botones. Mata-Ligero se quedó sorprendida. Había

tres botones sueltos lo que significaba que cada uno procedía de un soldado distinto, un botón doblete que otrora adornara la piel de un jefe de escuadra, y otro con cuatro insignias, idéntico al que ella lucía ahora sucio de jugos.

—¡La asesina de soldados! —exclamó. Y la furia que sentía le hizo empujar una y otra vez su espada corta a través del ya maltrecho nudo cerebral. No sentía la fatiga debido a la misma furia que la dominaba: fue cortando a trozos la carne de aquel enemigo jurado de todos los comandantes de tropas de la frontera este, y examinó con sumo cuidado hasta la más pequeña bolsa que aparecía. Aún encontró otros cuatro botones de soldado, con mucha pátina, en una bolsa casi precintada.

—¡Matar! ¡Matar! ¡Matar! —murmuró—. Sólo vivía para matar soldados.

Fue a examinar los otros cuerpos, y al mirar a su alrededor comprobó que la batalla ya había terminado y que el círculo había recuperado su estructura normal. Sacó un botón de un cuerpo, pero lo sacó de un esfínter de la piel de uno que había muerto defendiendo su honor. Buscó hasta hallar la bolsa de la herencia del soldado, de la que extrajo con cuidado los recuerdos que había guardado cuando se apartó de su clan para formar parte de la guardia de la frontera este. Separó los que eran personales de los que eran del clan; arrojó muchos de los personales a la corteza, guardándose aquellos que algún giro pudieran serle útiles. Metió el tótem de clan en una bolsa especial que selló en espera de poder entregarlo al Jefe del Clan, agradeciéndole la ayuda que aquel miembro había prestado en la protección de las lejanas fronteras del Imperio de Brillante.

«Es una suerte que perdamos tan pocos soldados en estas escaramuzas con los bárbaros —pensó—, porque si no fuera así, los comandantes irían tan cargados de tótems de clan que no podrían moverse.»

Al pensar esto, inconscientemente cambió de sitio la pequeña bolsa que estaba en un rincón olvidado de su cuerpo, que no se había abierto durante más de tres docenas de gran de giros y que no se abriría hasta que su muerte relajara el esfínter que mantenía el pequeño trozo de su patria y familia dentro de ella.

Continuó la búsqueda. Dos de sus soldados y seis bárbaros. Un mal negocio. Y había sido por su culpa, por no haber entrenado a sus tropas contra el ataque de «la basura rodante»; era una táctica muy vieja y muy poco utilizada, pero en esta ocasión y en este entorno había faltado poco para que equilibrara las probabilidades de éxito de los bárbaros.

Amasando una bolsa recalcitrante de uno de los últimos pellejos bárbaros, casi se cortó su propia arista. Se apartó y metió un pseudópodo debajo del pliegue de la piel, de la que extrajo una espada corta. El hecho de que un bárbaro consiguiera en lucha un arma de soldado no era demasiado excepcional, pero sí lo era el estado de ésta. Maravillada, examinó los brillantes lados y el muy cuidado filo. ¡Si pudiera conseguir que sus soldados conservaran sus armas en tan buenas condiciones! Introdujo la

reluciente espada en su bolsa de armas, dio por terminada la inspección y comenzó a lavarse.

Los soldados permanecían aún en formación circular en plena alerta cuando reasumió el mando.

—¡Descanso!

La orden se fue propagando a través de la corteza, y las relucientes agujas de diente de dragón se levantaron, realizaron una pausa en el aire, y descansaron en un círculo menos ordenado pero todavía dirigido hacia afuera.

—¡Haced campamento!

»¡Colocad centinelas!

»¡Llamada a jefes de escuadra! ¡Informes!

Las órdenes se transmitían por la corteza, y el campamento de la tropa recuperó su estilo de vida normal a medida que los subordinados cumplían las órdenes recibidas, añadían algunas de su propia cosecha para mantener el orden y la disciplina de su sector, y se aproximaban a la montaña de cadáveres para oír las nuevas instrucciones de su Comandante de Tropa.

—No tenemos mucha prisa —les comunicó Mata-Ligero—. Y tenemos en perspectiva un largo camino por territorio hostil sin almacenes de víveres. Nos detendremos aquí el tiempo necesario para secar la carne, y después seguiremos hacia el este.

Los jefes de escuadra se sentían contentos con esta decisión de su comandante. Los soldados habían marchado sin parar durante doce giros, y este alto concedía a los más inquietos un respiro para aliviar la presión de sus jugos, y también permitiría que todos ellos retornaran a un estilo de vida casi normal; sin olvidar un agradecido cambio en la omnipresente dieta de frutos.

Los jefes de escuadra no tuvieron la menor dificultad en reclutar voluntarios para el trabajo de carnicería, quienes pronto estuvieron ocupados con los ocho cuerpos, a los que después de drenar separaron cuidadosamente la carne muscular de la piel y la misma piel correosa fue estirada al máximo en la dirección fácil: los extremos de la piel se mantenían en posición por el peso de un par de aprendices de astrólogo que de momento no eran útiles para otra faena, estuvo así todo un giro en contacto con la ardiente corteza, hasta que se secó lo suficiente para envasar la misma carne que habían cubierto.

Cuando los carniceros llegaron a los huevos, se produjo una larga pausa. Habían descubierto que una de los soldados y la bárbara Mata-Soldados llevaban carga en sus bolsas de huevos. Por desgracia para la sensibilidad del equipo de carniceros, las preciosas criaturas se encontraban aún vivas en el interior de sus correosos sacos.

La noticia del hallazgo de las criaturas vivas hizo que Mata-Ligero se desplazara hasta allí a toda prisa. Aunque le resultaba odioso, tenía que decidir. Examinó con

atención los sacos de huevos, deslizándolos de uno en uno bajo la protección de un manto de incubación para poder percibir la pulsante forma viva que contenían.

Desafortunadamente, la pulsación de los pequeñitos le confirmó lo que todos sabían. Los sacos de huevo de este color no tenían posibilidades de sobrevivir, ya que les faltaban muchos más giros de protección y nutrición dentro de sus madres.

Mata-Ligero sintió una terrible urgencia de introducirlos en su propia bolsa de huevos. Pero sabía muy bien que al cabo de un giro el saco protector habría desarrollado un fuerte rechazo y que los jugos viles que segregaría acabarían por disolver el mismo saco y su precioso contenido. Por más que hubiera querido salvarlos, los embriones estaban condenados.

Mata-Ligero cogió con delicadeza los dos temblorosos sacos de huevo, los puso dentro de una bolsa de sostén y se fue. El equipo de carniceros prosiguió su trabajo, pero el resto de la expedición fue tras Mata-Ligero hasta el otro extremo del campamento.

—Otro desagradable deber —se quejó. Sacó la espada que tan recientemente había adquirido—. Si hay que hacerlo, hagámoslo presto —dijo. Con dos rápidos cortes, entregó como un sacrificio los jugos de los embriones a la sedienta corteza de Huevo, que brilló por un momento en respuesta. Los demás regresaron al campamento, pero Mata-Ligero, que había cumplido con su deber, se quedó para mortificarse. Cuando miró lo que quedaba de los embriones muertos, se horrorizó de sus propios pensamientos. «Hay un trocito de carne que parece muy tierno», le decía su apetito.

«¡Ni un bárbaro comería un embrión!», rebatió.

Desvió su atención de los embriones inmaduros que se cocían sobre la corteza, y se dirigió hacia el campamento para supervisar el enfardado de la carne, porque ésta sería la principal fuente de alimentos en muchos giros futuros.

FECHA: 07:56:36 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Después de dos docenas de giros, la expedición empezó a acercarse al polo este. Todas las direcciones eran ahora direcciones difíciles para viajar, y si no hubiera sido por la naturaleza disciplinada de los soldados, que estaban acostumbrados a marchar en formación cerrada, les habría resultado muy dificultoso avanzar.

Por suerte, al no haber ninguna dirección fácil de viaje, no existía la amenaza de un ataque por sorpresa y su vigilancia podía ser mucho menos intensa de lo que sería en otras condiciones. Mata-Ligero cambió la habitual marcha en círculo por una marcha en cuña. Las tropas se colocaron en una formación con un vértice agudo que empujaba sin descanso a través de la resistente atmósfera para forzar una abertura. El resto de los soldados mantenía abierto el paso que era aprovechado por el pequeño

grupo de científicos astrólogos para avanzar así con mucha más facilidad.

Para romper la monotonía, las escuadras de la tropa habían organizado una competición. Cada escuadra entraba por turnos como abridores de camino y contaban los empujones hacia adelante que podían dar antes de apartarse para ser relevados por una nueva escuadra. Por supuesto, cada escuadra quería superar a las que la habían precedido, y cuando Mata-Ligero advirtió que algunos soldados de la primera línea iban abandonando subrepticamente equipo y fardos de comida de sus bolsas para aligerarse y mantener la marcha, decidió efectuar una parada antes de que las cosas pasaran a mayores y no se pudieran controlar.

—¡Aaaalto! —transmitió la voz de Mata-Ligero por la corteza.

Un agotado grupo de soldados detuvo su constante empuje y notó que la dificultad se cerraba a su alrededor. Puesto que todas las direcciones eran difíciles, nadie tenía ganas de cambiar de posición, pero Mata-Ligero comprobó con satisfacción que los jefes de escuadra no dejaban descansar a sus soldados hasta que éstos se hubieron dispersado en forma parecida a un círculo y se hubo designado a algunos para que vigilaran con uno o dos ojos el horizonte mientras todos comían.

«Están cansados de verdad —pensó Mata-Ligero—, nadie tiene la energía suficiente para aparearse y divertirse un poco.»

Puesto que permaneció en su posición acostumbrada, en el centro de la tropa, Mata-Ligero no había participado en el agotador trabajo de abrir paso, y en consecuencia no había consumido su extraordinaria potencia. Se sentía muy bien, y le hubiera gustado un poco de diversión tras la comida, pero una rápida inspección de sus muchos amantes entre la tropa, la convenció de que lo mejor era descansar.

Mata-Ligero se deslizó hacia el grupo de astrólogos y se acercó a Mira-Riscos, que estaba ocupado atando nudos en una ristra. En la corteza, cerca de él, había tres varas de arista.

—Asombroso, completamente asombroso —murmuraba Mira-Riscos a medida que iba añadiendo nudos.

—¿Qué es asombroso? —preguntó Mata-Ligero, tan curiosa como siempre y tan segura de su posición como para pedir explicaciones a alguien mucho más joven que ella.

—¡Huevo tiene efectivamente la forma de un huevo! —contestó Mira-Riscos, mientras desviaba algunos de sus ojos para saber quién le preguntaba—. He estado contando el número de desplazamientos normales de arista de nuestra marcha utilizando una vara de arista. El polo este se halla en un sitio muy plano de Huevo. Hacen falta muchas, muchas aristas de viaje antes de que se aprecie algún cambio en el horizonte.

Mata-Ligero miró hacia adelante, en la dirección en que viajaban. Podía ver las montañas del polo este, cuyas cimas se recortaban sobre el horizonte. Era cierto, la

imagen del horizonte no parecía haber cambiado durante los últimos tres giros.

—¿Igual que un huevo? —preguntó.

—Sí —confirmó el joven astrólogo—. Un saco de huevo es aplanado por encima y por debajo a causa de la fuerza de la gravedad, y ensanchado por los demás lados. Huevo, nuestra gran casa, parece estar construido de la misma manera. Cerca de los polos oeste y este es muy aplanado y hay que ir muy lejos para poder apreciar un cambio en el horizonte. A mitad de camino entre el polo este y el polo oeste, donde se halla el Paraíso de Brillante, el horizonte está muy cerca en las direcciones este y oeste, pero muchas más aristas lejos en la dirección difícil.

Mata-Ligero conocía este hecho elemental de la topografía de las proximidades del Paraíso de Brillante, pero nunca lo había relacionado con la forma de Huevo. No obstante ni ella ni Mira-Riscos advirtieron que los cálculos de éste le habían inducido a error. La estrella era esférica, y no tenía forma de huevo. Eran sus varas de arista las que sufrían distorsión y le proporcionaban una información falsa. Todo lo de la estrella, las varas de arista, las armas de cristal de dragón, e incluso los núcleos de sus cuerpos, se hallaban distorsionados por el campo magnético de tres billones de gauss que existía en la estrella y que provocaba que ellos mismos fuesen muchas veces más largos en la dirección de las líneas magnéticas que lo eran a través de las mismas. Como sus ojos participaban también del alargamiento general, no podían percibir la distorsión y todo les parecía normal.

Mata-Ligero volvió a la realidad inmediata.

—¿Cuántas aristas faltan para que alcancemos las montañas del polo este? —preguntó.

Mira-Riscos, que estaba orgulloso de su avanzada educación en geometría conceptual, entró inmediatamente en un trance calculatorio sacando sus adiestrados pseudópodos contables. Los pseudópodos empezaron a agitarse y entrelazarse a velocidad vertiginosa. Por último, salió del trance.

—Dos docenas de marchas promedias —anunció.

Mata-Ligero dirigió su mirada a las montañas del polo este, que se destacaban desafiantes sobre el engañoso horizonte.

—En ese caso, creo que lo mejor es que nos pongamos en marcha —declaró. Sin volverse, gritó—: ¡Atención, en marcha!

La tropa adoptó la formación de cuña y siguió empujando hacia el este, dejando en el olvido la competición entre escuadras.

Mira-Riscos tenía razón. Era cierto que faltaban dos docenas de marchas promedias para llegar a las montañas del polo este, pero en aquel terreno era imposible conseguir una marcha promedia entre cada dos paradas, así que tardaron mucho más.

—Es como estar continuamente escalando una pendiente en la dirección difícil —

se lamentó Mata–Ligero, cuando debió ocupar el vértice de la cuña que forzaba el camino.

—Es cierto —asintió el soldado de su derecha—. Pero con la diferencia de que nunca se llega arriba.

Mata–Ligero se enfrentó a otro montículo que tenía delante. Cada pequeño trozo de corteza apuntaba hacia el cielo en la dirección fácil. Aquello era imposible. Los pedruscos parecían tomarse a broma la poderosa fuerza de la gravedad. Pero cuando tenía que empujar por encima de uno de aquellos pequeños pedruscos, y de la miriada de otros parecidos que formaban una superficie con aspecto de pelusa, Mata–Ligero descubrió que eran terriblemente fuertes. Requería un esfuerzo considerable el avanzar sobre aquella pelusa:— había que aplanarla antes de poder pasar sobre ella. Además, si la pelusa le obligaba a retrasarse mucho, la dirección difícil volvía a cerrarse y aumentaba la dificultad de la marcha.

Por fin, la tropa alcanzó las estribaciones de las montañas del polo este sin incidente digno de mención. Mata–Ligero observó con respeto la altura de las montañas, y luego los Ojos de Brillante que aún permanecían inmóviles en el cielo, mucho más altos que las montañas, desafiando la atracción de Huevo.

Mata–Ligero puso el campamento en situación de vivac. Primero, destacó centinelas a una buena distancia, después autorizó a las tropas a dejar sus armas. Una fila de soldados se acercó a un montón de pelusa de corteza virgen y cortó una zona circular haciendo un hoyo, donde amontonaron las espadas cortas y los dientes de dragón para resguardarlos de los vientos constantes. En el centro, almacenaron los frutos y la carne seca, liberando de su carga a quienes la habían portado durante la larga marcha, que así quedaron libres para retozar sin preocupaciones. Se formaron partidas de caza, con parejas antiguas o nuevas que marchaban tranquilamente a ver qué había en el horizonte. Había llegado un momento importante para Mata–Ligero. Reunió a los astrólogos y empezó a preparar su experimento. En primer lugar, tomó el espejo mirador plano y lo colocó en un altozano, en un ángulo tal que ella, desde una cierta distancia, pudiera contemplar los Ojos de Brillante reflejados en el centro del espejo.

—Los Ojos de Brillante son más grandes y están más cerca, y los veo más brillantes —remarcó Mira–Riscos, mientras observaba con algunos pocos ojos la constelación de siete luces en el cielo.

—Esperaba que fuese así, después del trabajo que hemos tenido para llegar —confesó Mata–Ligero con ironía, al tiempo que intentaba hacer un hueco para el expansor en la pelusa de la corteza, a cierta distancia del mirador.

—Nunca llegaré a saber por qué Brillante escogió el polo este para enviar sus Ojos, si nosotros estábamos en el Paraíso de Brillante —reflexionó Mira–Riscos.

—Quizá Brillante no quiera vernos demasiado bien porque somos tan malos —

replicó Mata–Ligero, enfadada—. Ven aquí, sostén esto mientras miro por el agujero de apuntar.

Mata–Ligero había plantado verticalmente en la corteza el gran expansor curvo. Llegaba hasta la altura de Mira–Riscos, que se puso detrás de él para sostenerlo en vertical. Se alegró de no haberlo tenido que transportar durante el viaje.

Mira–Riscos apartó su cuerpo del centro del expansor para que Mata–Ligero pudiera mirar a través del pequeño agujero de la placa. Mata–Ligero movió un ojo hasta que pudo ver el centro del mirador a través del agujero. Allí, en el centro del espejo plano, estaban los Ojos de Brillante. Ahora tenía que inclinar el expansor hasta que la imagen de otro ojo que asomaba por detrás del plano trasero del expansor fuera engullida por el agujero por el que estaba mirando; así sabía que el expansor apuntaba al mirador, que a su vez apuntaba a los Ojos de Brillante.

—Un poco más arriba —dijo—. ¡Mantenlo así!

Se movió con rapidez y donde se hallaba Mira–Riscos puso una montaña de trozos de corteza.

El mensaje dirigido a los extraños seres que parecían bastones estaba decidido desde mucho antes. Ya que ellos habían utilizado unos números primos de filas y columnas para mandar sus esquemáticos dibujos, sin duda reconocerían el formato si empleaban el mismo para contestarles, con la diferencia de que ahora el dibujo sería otro. Primero representaría un esquema de los Ojos de Brillante sobre el polo este, con un diente de dragón apuntando hacia el Paraíso de Brillante. Otro dibujo mostraría una representación de los Ojos de Brillante sosteniéndose sobre el Paraíso de Brillante con el característico perfil de las montañas del polo este asomando sobre la línea del horizonte de Huevo. Cada uno de los dibujos se había convertido en una compleja ristra de flecos preparada para ser leída. Mata–Ligero congregó su equipo de astrólogos y empezaron a transmitir el mismo mensaje que ya enviaran en vano desde el Instituto del Ojo Interior.

—Fuego largo, chispa, chispa, chispa, fuego largo, chispa... —entonaba Mata–Ligero, mientras hacía pasar la ristra de flecos por una serie de pseudópodos.

El equipo de sostenedores de bengala y de controladores de jugo de frutos persistió en su trabajo ininterrumpido, y destello tras destello de luz salían de la punta de la bengala y se reflejaban en la curva superficie del expansor en forma de haz recto que se transmitía hasta el mirador, y luego desde éste hasta la constelación de luces del cielo. De vez en cuando, Mata–Ligero echaba una mirada a través del agujero para asegurarse de que el haz aún se enviaba en la dirección adecuada, mientras el equipo de las bengalas las sustituía por otras nuevas.

Tras haber transmitido el primer dibujo, Mata–Ligero se acercó al astrólogo que estaba a cargo del detector oscuro. Se sintió algo descorazonada cuando supo que no se había producido oscurecimiento del detector, pero decidió continuar con el resto de

las series.

Una docena de giros después, y más del doble de este número de mensajes, Mata-Ligero tuvo que admitir la posibilidad de que los mensajes no llegaran a su destino.

—Todavía vemos muy débilmente a los Ojos, por lo que podemos imaginarnos que nuestra lucecita será muy apagada cuando llegue después de atravesar nuestra turbia atmósfera —observó Mira-Riscos, mientras su adelgazado cuerpo intentaba eliminar con un masaje las preocupaciones de la aplanada Mata-Ligero.

Mata-Ligero yacía relajada bajo los tiernos cuidados de Mira-Riscos, y percibió los pequeños glóbulos que habían sido una parte de Mira-Riscos y que ahora avanzaban lentamente por su cuerpo hacia el saco de huevos. Su cuerpo descansaba, pero su mente era un torbellino de emociones.

—Si aún no pueden vernos, entonces debemos acercarnos más —exclamó—. Escalaré las montañas hasta donde la atmósfera sea más clara.

El masaje de Mira-Riscos se interrumpió.

—¡Pero esto no se acabará nunca! —dijo alarmado.

—Es posible —concedió Mata-Ligero, que había salido de debajo de Mira-Riscos.

Rápidamente recuperó su aspecto más normal. También recuperó su mando mientras guardaba de nuevo en sus bolsas todo lo que antes había sacado de ellas.

—Pero a pesar de todo, vamos a ir allí —concluyó.

FECHA: 07:56:48 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

La escalada de las montañas del polo este fue como un asedio. Las montañas eran varias veces más altas que la mayor que se hubiera escalado nunca. Mata-Ligero se tomó el tiempo necesario para preparar sus escalones de apoyo, porque cuando iniciara la ascensión, la organización tenía que seguir marchando por sí misma. Se deshizo la estructura formal de mando de la tropa, y se sustituyó por una nueva organización que se parecía más a la de un fuerte en la frontera permanente. Se envió un equipo de cantera a buscar materiales, y poco después una base fortificada sustituía al campamento. Se organizaron partidas regulares de caza, y las espadas cortas y los dientes de dragón se clavaron en los animales que vagabundeaban por allí en vez de en los guerreros enemigos. Con bastantes protestas, se plantaron en la corteza largas filas de plantas-pétalo, y la tarea de cuidarlas se distribuyó por rotación entre los soldados, que en algunos casos sólo lo hacían por librarse de los quehaceres de la granja del clan.

Con sus líneas de suministro aseguradas, Mata-Ligero organizó el asalto de las montañas del polo este. Mata-Ligero, Mira-Riscos y Viento-del-Norte iban delante en la ascensión, pero en su apoyo tenían detrás casi a la mitad de los soldados. Mata-

Ligero extremó las precauciones y orquestó la ascensión como sí se tratara de una gran batalla. Por dos veces retrocedió tras haber conseguido con mucha dificultad llegar a un valle, porque a partir de allí la ascensión, pese a no resultar difícil para un cheela descargado, sería imposible a causa de la carga que transportaban. Con lentitud, la expedición se abrió camino hasta las estribaciones de las montañas. Con trozos de corteza colocados en las pendientes más pronunciadas, organizaron estaciones de descanso y una doble cadena de porteadores que iban arriba y abajo desde el fuerte situado en los terrenos bajos hasta la punta avanzada de la escalada, que poco a poco progresaba a saltos.

—Éste ha sido un tramo terrible —se lamentó Mira–Riscos, que descansaba en la corteza de uno de los pocos sitios planos de un paso montañoso—. El mirador casi no pasaba por aquella grieta tan angosta.

Mata–Ligero, cuyo cuerpo abultaba mucho por la forma curva del expansor, hizo caso omiso de la queja.

—Este sitio es ideal para nuestra próxima base de campamento —anunció—. Me adelantaré para efectuar un reconocimiento mientras vosotros dos volvéis hacia atrás hasta encontrar la partida avanzada de los porteadores de víveres. Tomaos el tiempo que necesitéis, pero dejad bien asegurado el trayecto para ellos.

Mata–Ligero extrajo con cuidado el expansor de su bolsa y se alejó rápidamente, mientras Viento–del–Norte y Mira–Riscos, con enorme cansancio, dejaban sus cargas y emprendían el regreso montaña abajo.

Mata–Ligero se sentía complacida. El camino se presentaba empinado pero ancho. En este tramo podrían efectuar muchos progresos con sus cargas. En su prisa por explorar lo que tenía delante, alargó mucho su cuerpo para tener que abrir un camino lo más estrecho posible en la erizada corteza. En su descenso se ensancharía, porque entonces la tremenda atracción de Huevo ayudaría en su movimiento en lugar de oponerse a él. Sobrepasó un ligero reborde y observó la barrera que se alzaba frente a ella.

—¡Maldición de Brillante! —explotó.

Sus ojos exploraban el área, pero no había manera de rehuir el hecho de que el cañón por donde había avanzado hasta entonces llegaba a un abrupto final. Un elevado acantilado bloqueaba el camino. Se aproximó a él y empezó a examinar las grietas verticales que surcaban la cara en la dirección fácil.

Había muchas grietas, porque la corteza tenía poca consistencia en la dirección fácil, y la atracción de Huevo intentaba permanentemente hacer caer los elevados acantilados.

Este acantilado debía de haberse formado recientemente, porque aún no se encontraba muy erosionado por los constantes vientos. Mata–Ligero buscó a lo largo de la base y encontró una grieta bastante ancha que penetraba un buen trecho en el

farallón. Dominando el miedo de que la pared le cayera encima, se acercó a la grieta. Sin alzar la mirada a la terrible visión de toda aquella masa rocosa a punto de caer sobre ella, se estrechó y empujó su cuerpo hacia el interior de la grieta. Pronto ocupó todo el fondo de la misma. Después, empujando con su arista y músculos que habían quedado fuera, forzó sus fluidos corporales al interior de la estrecha grieta; poco a poco, su cuerpo se volvió largo y estrecho en vez de elipsoidal y aplanado, como era normalmente. Si bien la atracción de Huevo tendía a arrastrarla hacia abajo, la estrechez de la grieta impedía que se aplastara, y puesto que la dirección fácil era hacia arriba, no le costaba avanzar en esa dirección, mientras que en realidad la dirección difícil ayudaba a mantener su cuerpo en la grieta. Apretó y apretó, y sintió que la presión se acumulaba en la parte inferior de su cuerpo. Cuando sintió que no podía aguantar más la presión, lanzó una rápida mirada al resto de la grieta y tuvo la desilusión de comprobar que sólo había trepado por una parte muy pequeña del trayecto total hasta la cima.

El desaliento y el terror debilitaron su agarre, y notó que se caía y salía de la grieta. La fuerza de la caída creó una onda de choque en sus jugos internos que provocó que su saco de piel rodara una y otra vez. Por primera vez desde que era una cría que el viento hacía rodar, se encontró con su arista hacia arriba.

Mata-Ligero enderezó poco a poco su contusionado cuerpo y se alejó del frente del acantilado mientras pensaba. Se aproximó al montón de cascotes y anduvo pensativamente entre los trozos de corteza. Recogió algunos trozos de buen tamaño que tenían la forma de placas gruesas. Regresó a la grieta con su carga, puso de punta uno de los trozos y lo empujó delante de ella al interior de la grieta. Introdujo de nuevo su cuerpo en la grieta y levantó la placa tan alto como pudo. Hizo girar de lado la piedra y la bajó despacio para que los lados planos encajaran en el estrechamiento lateral de la grieta, hasta que la atracción de Huevo la asentó firmemente. Mata-Ligero soltó su presa y miró complacida cómo el trozo de corteza quedaba suspendido entre los bordes de la grieta, a la altura normal de sus ojos. Tomó otra piedra, esta vez más larga, que no tardó en quedar encajada a la misma altura que la primera, pero más alejada del fondo de la grieta. Mata-Ligero estudió con todo cuidado su creación, y fluyó al exterior de la grieta para retornar a ella, desde el montón de cascotes, con una gruesa losa aún mayor que las otras dos. Con un gran esfuerzo, consiguió levantarla y colocarla encima de las otras dos. Mata-Ligero vaciló un poco, pero se obligó a deslizarse bajo la plataforma hacia el fondo de la grieta. De nuevo forzó su cuerpo a entrar en la estrecha rendija, ayudada por un delgado pseudópodo que formó y pudo hacer descansar sobre las piedras acuñadas, y poco a poco bombeó sus jugos contra la atracción de Huevo de manera que inflaran la parte de su piel que se encontraba sobre la plataforma. Se detuvo tras haber transferido algunos ojos al nivel superior, y entonces conformó algunos fuertes

manipuladores que se agarraron firmemente a la piedra superior. Y ya bien anclada, empujó y estiró el resto de su cuerpo hasta quedar por completo sobre la plataforma.

Durante todo este largo proceso, Mata-Ligero tuvo cuidado en procurar que la totalidad de sus doce ojos estuvieran ocupados en vigilar la pared, los manipuladores, las losas, cualquier cosa excepto lo que se encontraba fuera de la grieta. Sólo cuando se halló a salvo encima de la placa, con sus manipuladores que evitaban que pudiera caer hacia adelante o hacia atrás, y con las paredes de la grieta sosteniéndola por los lados, se permitió observar la apurada situación en que se había metido. Miró al exterior de la grieta, hacia el horizonte, luego al montón de cascotes que estaba a lo lejos, luego a la corteza de la entrada de la grieta, luego a la misma entrada de la grieta, y sus ojos rehusaron seguir mirando. Por más que lo intentaba, no podía conseguir que sus ojos miraran hacia abajo de la plataforma en la que se encontraba, elevada a una altura sobre la corteza que habría hecho reventar su piel como un fruto maduro si se hubiera caído.

«Es necesario que sea más ancho —se dijo Mata-Ligero—, si tenemos que usar ésta como una plataforma para construir otra más arriba; y quizá podrían estar más juntas para que no sea tan difícil alcanzarla. Pero resultará bien. No tenemos más que construir plataformas cada vez más elevadas hasta alcanzar la cima.»

Mata-Ligero se dejó caer lentamente, formando algunos manipuladores nuevos para sostenerse en las pequeñas repisas existentes en la pared y así frenar su descenso. Salió de debajo de la plataforma y regresó al campamento base sintiéndose muy alegre mientras se deslizaba por la pelusa de la corteza.

Coronar la pared les llevó muchos giros. A pesar de que algunos soldados se convirtieron en expertos escaladores con relativa facilidad, e incluso desarrollaron una técnica para izar el mirador y el expansor por la grieta, casi un tercio de los soldados fueron incapaces de obligarse a subir a la plataforma.

Pese a la debilidad de su línea de suministros, Mata-Ligero se apresuró, y conforme la doble línea de la expedición se acercaba a su meta a través de las montañas del polo este, poco a poco se hizo evidente para todos que la atmósfera era más clara y la visibilidad mucho mayor. A lo lejos, en dirección norte, pudieron distinguir una nube en torbellino que se dirigía hacia el sur, procedente del volcán del hemisferio norte, y que giraba al llegar al polo este para encaminarse al oeste siguiendo el ecuador. Sin embargo, las densas nubes no penetraban hasta las montañas.

Durante uno de los descansos, Mira-Riscos observó con atención los siete brillantes puntos de luz.

—Quizá podríamos enviar otra vez el mensaje —aventuró.

Mata-Ligero había tomado una decisión, hacía ya mucho tiempo.

—Es más claro —confirmó—. Pero tendremos más probabilidades de que nos

vean si vamos aún más arriba, porque la atmósfera se va aclarando rápidamente a medida que ascendemos. Podríamos intentar una transmisión del mensaje ahora, pero tenemos una cantidad limitada de bengalas y de jugo de frutos, y prefiero usarlas cuando llegemos lo más arriba posible.

La ascensión había durado más de dos gran de giros. Mata–Ligero se sorprendió al darse cuenta de que pronto tendría dentro de ella un segundo huevo maduro, y que debería enviarlo de regreso con uno de los portadores que les llevaban suministros desde el campamento base. Al final, la línea de suministros se había reducido al límite. En la base de las montañas no tenían limitación en los víveres, porque el fuerte se había convertido en una ciudad próspera, completa, con recintos de huevos, escuelas de crías, granjas y pequeños negocios colaterales montados por soldados emprendedores. Las partidas de caza y los cosechadores mantenían un continuo fluir de víveres en la base de la pirámide, pero gran parte de ellos se utilizaba para cubrir las necesidades diarias de los portadores, que consumían mucha energía al subir las cargas venciendo la tremenda fuerza de la gravedad de Huevo. Mata–Ligero ordenó hacer alto en un llano de la montaña.

—Nos detendremos aquí —comunicó a Mira–Riscos y a Viento–del–Norte—. Quiero que vosotros dos descanséis y repongáis vuestras reservas mientras los equipos de portadores reponen nuestros suministros. Exploraré por delante para averiguar si hay otro lugar tan conveniente como éste. Si lo encuentro, iremos allí para enviar el mensaje, y si no, lo intentaremos desde aquí.

Vació todas sus bolsas, sobre todo el voluminoso mirador que había cargado hasta allí, y se desplazó rápidamente cañón arriba. Estuvo ausente tantos giros que Mira–Riscos y Viento–del–Norte empezaron a preocuparse pero, por fin, regresó con buenas noticias.

—Hay otro sitio, ancho y nivelado, más arriba de la montaña —informó—. Será una ascensión larga al tener que acarrear el material, pero no hay tramos difíciles ni empinadas paredes, sólo es un largo camino ascendente.

Observó el nervioso movimiento de los tallos de ojo de sus dos compatriotas. Estaba segura de que iban a protestar por la continuación de la escalada, porque los mensajes podían enviarse igual de bien desde donde estaban. Decidió reafirmar su autoridad.

—¡En alerta! —rugió la arista de la Comandante de Tropa Mata–Ligero, sólo algo amortiguada por la pelusa de la corteza.

Aunque Mira–Riscos no era un soldado, llevaba tanto tiempo conviviendo con la tropa que sin darse cuenta se encontró imitando la instantánea respuesta de Viento–del–Norte cuando los ojos rígidos de la comandante se fijaron en ellos.

—El único propósito de esta expedición es enviar un mensaje a los seres que están en el Ojo Interior —empezó Mata–Ligero—. ¡Y procuro hacerlo con toda mi

capacidad, y la vuestra! Este campo no es el mejor sitio desde donde enviar el mensaje, así que nos vamos de aquí, ¿comprendéis?

—Sí, mi comandante —fue la formal aceptación de Viento–del–Norte, que tuvo un eco más bien débil en la respuesta de Mira–Riscos.

—Bien. De ahora en adelante quiero que los dos obedezcáis mis órdenes. —Se relajó un poco y continuó—: Dentro de doce giros, cuando hayamos tenido tiempo de descansar, de rehacer nuestras reservas internas de alimentos y de cargar una buena cantidad de paquetes de comida, nosotros tres empezaremos a empujar. Ahora pasemos a las órdenes. Mi primera orden es descansar. Mi segunda orden es comer bien. Y mi tercera orden es que os aplanéis porque acabo de regresar de un largo viaje solitario y os voy a tomar a los dos en seguida.

Y dicho esto, se colocó entre los otros dos y empezó a disfrutar siendo el piso de en medio en una orgía de tres pisos.

Después de doce giros de descanso y diversión, Mata–Ligero estaba ansiosa por ponerse en camino. Como no todo podía ser comida o sexo, habían buscado otras cosas en qué ocuparse durante este tiempo de espera: enseñaron a Mira–Riscos las facetas más refinadas de la lucha con espada corta, siendo Viento–del–Norte el contrincante y ella el arbitro. Después, ella y Viento–del–Norte aprendieron a formar pseudópodos de contabilidad, y pronto fueron capaces de realizar cuentas casi tan aprisa como Mira–Riscos.

Ya estaban preparados para la marcha. Ella había convencido a Viento–del–Norte de que era muy poco probable que pudieran encontrar bárbaros por aquellas alturas, y en consecuencia abandonaron sus armas. Cargaron con lo más importante, que era el equipo de transmisiones y la mayor cantidad posible de comida, y los tres iniciaron la ascensión. Habían dado instrucciones a los porteadores para que dejaran depósitos de víveres en cada una de las estaciones intermedias y emprendieran el regreso al fuerte.

La ascensión fue difícil pero, como ya les había anunciado Mata–Ligero, no encontraron nada especialmente dificultoso. De todas maneras, el hecho de avanzar con tanta carga les hizo tardar muchos más giros que cuando Mata–Ligero había subido descargada para explorar el camino. Comían rápidamente sobre la marcha, mientras sus cuerpos luchaban contra la atracción de Huevo.

—Prefiero llevar mi alimento en mis jugos a llevarlo en mis bolsas —confesó Viento–del–Norte—. Es el mismo peso, pero en cierto modo, cuando está dentro de mí, me parece que ayuda a llevar la parte de carga que le corresponde.

—Con mucho gusto te libraré de la comida que no quieras seguir cargando —le contestó Mira–Riscos.

—Lo siento —dijo Viento–del–Norte, chupando cuidadosamente la última gota de jugo de la piel de fruto que acababa de sacar de su bolsa de alimentos—, éste era el último.

—Entonces —observó Mira–Riscos, al tiempo que Mata–Ligero se terminaba los granitos que había en el interior de las semillas—, lo mejor será que prosigamos el viaje.

Desvió su atención hacia Mata–Ligero, que se encontraba muy ocupada calculando algo.

—Esto saldrá bien —exclamó ella—. Estamos a dos giros de nuestro destino. Para entonces ya no tendremos comida, pero las reservas de nuestros cuerpos nos durarán bastante para enviar todos los mensajes y regresar al campamento base con mucho margen, aunque es seguro que pasaremos hambre durante casi todo el camino de vuelta.

—Yo ya tengo hambre ahora, y terminé toda mi comida durante el último giro —afirmó Mira–Riscos.

—Esto es lo que los soldados llaman hambre por vicio —explicó Viento–del–Norte—. Cuando uno cree tener hambre sólo porque está acostumbrado a comer todos los giros. Cuando eres un soldado que está persiguiendo a los bárbaros, no puedes comer todos los giros. Espera una docena de giros, entonces sabrás lo que en verdad es pasar hambre.

—No quiero pensarlo siquiera —respondió Mira–Riscos, abriendo la marcha cañón arriba.

Por fin, remontaron una subida y entraron en la región ancha y nivelada que Mata–Ligero había encontrado. Con un suspiro de alivio, descargaron el equipo transmisor de mensajes y se extendieron sobre la pelusa de la corteza para un merecido descanso.

—La verdad es que me iría muy bien comer algo ahora —reconoció Mira–Riscos—. Hasta un fruto sin madurar me sabría a gloria.

—Nunca podrás ser un buen soldado —sentenció Viento–del–Norte—. No he tenido hambre desde que dejamos la última estación. Sólo es cuestión de adoptar la actitud adecuada. Mírame. Ni siquiera me apetece un fruto, así pues, mucho menos un fruto sin madurar.

—Pues es una pena —intervino Mata–Ligero—. Da la casualidad que guardé tres frutos maduros, pero ya que Viento–del–Norte no tiene hambre y Mira–Riscos parece ser partidario de los frutos inmaduros, supongo que tendré que comérmelos yo sola.

Al oír esto, los dos machos se abalanzaron sobre ella, sobándola hasta que encontraron la bolsa con los tres frutos. A pesar de sus intensas protestas de que ésta no era la forma correcta de tratar a un comandante, Viento–del–Norte la inmovilizó sobre la corteza mientras Mira–Riscos, con mucho cuidado, amasaba la bolsa hasta conseguir abrirla y sacar tres frutos maduros, ligeramente deteriorados. Los tres se relajaron y comieron su último alimento por mucho tiempo. Mientras lo hacían, miraban la tenue luz suspendida en el cielo, con su anillo de seis brillantes luceros

que daban lentas vueltas a su alrededor.

No permanecieron así mucho tiempo, pues se apresuraron en montar los aparatos proyectores. El espejo plano mirador lo apoyaron formando un ángulo en una elevación próxima, y el curvo expansor lo colocaron algo más alejado. Mata-Ligero los organizó como un equipo bien conjuntado. Viento-del-Norte sostenía las bengalas en el punto exacto decidido por los otros dos. Mira-Riscos utilizaba sus más delicados pseudópodos para manipular la válvula del recipiente de jugo de frutos. Mata-Ligero comprobaba constantemente la alineación de las diversas partes del aparato, y al mismo tiempo leía rítmicamente lo anotado en la cadena de nudos que tenía a su lado.

—Fuego largo, chispa, chispa, chispa, relámpago, chispa... —canturreaba lentamente Mata-Ligero, mientras Mira-Riscos accionaba la válvula del frasco del jugo de frutos y Viento-del-Norte sujetaba la bengala en la posición correcta.

El mensaje resultaba muy aburrido, porque se trataba de un dibujo con mucho espacio en blanco, pero tanto Viento-del-Norte como Mira-Riscos habían participado con anterioridad en los intentos de emitir un mensaje hacia el Ojo Interior, y ya sabían lo que les esperaba. Las cortas chispas que representaban espacios eran tan importantes como los relámpagos, que significaban puntos del dibujo, y un fuego largo, que representaba el principio de una línea. La omisión de algunos espacios podría distorsionar tanto el dibujo como el mensaje que intentaban enviar.

Mata-Ligero había decidido de antemano que la exactitud era mucho más importante que la velocidad, incluso que una velocidad constante. Después de todo, los extraños seres del Ojo Interior también empleaban mucho tiempo en mandarles sus dibujos. Quizá su mente fuera demasiado lenta para asimilar algo más rápido.

Poco a poco, fueron desgranando el primer dibujo-mensaje hasta completarlo. Mata-Ligero ordenó una pausa para comprobar si aparecía algún oscurecimiento en el detector oscuro, indicando que había un mensaje de respuesta.

—Nada —dijo Mata-Ligero cuando levantó el pequeño frasco y miró a su través.

CONTACTO

FECHA: 07:58:24,2 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

El telescopio rastreador gran angular de rayos X y ultravioleta del Matadragones detectó una emisión de pulsaciones relativamente fuertes procedentes de las montañas del polo este. Pocos segundos antes había barrido aquella misma zona y no encontró nada. Los extractores automáticos de anomalías seleccionaron aquella región y se le asignó una prioridad de búsqueda e identificación en el telescopio de poca abertura de ángulo, aparato que un milisegundo después se quedó fijo en observación de aquel punto destellante y empezó a registrar y analizar sus pulsaciones con todo detalle.

Un esporádico impulso de radiación térmica elevada en el polo este no era una cosa tan extraordinaria. Muchas veces la fuerte atracción de la estrella capturaba un meteorito, y a medida que se acercaba a ella, los extremados campos gravitatorios y magnéticos de la estrella lo colapsaban transformándolo en un glóbulo de plasma ionizado. El gas iónico viajaba a enormes velocidades siguiendo las líneas del campo magnético hasta hacer impacto en la superficie en una brillante explosión de calor y luz.

Pero las pulsaciones que en ese momento llegaban procedentes de la estrella no estaban causadas por el impacto de un meteorito. La regularidad de la pulsación accionó un circuito de alta prioridad que mantuvo el telescopio buscador de poca abertura de ángulo dirigido a las pulsaciones hasta que éstas cesaron algunos milisegundos después. Unos circuitos de interpretación de bajo nivel evaluaron la significación de la periodicidad y le asignaron una prioridad moderadamente alta. El buscador de poca abertura regresaría con frecuencia a aquel sitio en su permanente y variable rutina de búsqueda, pero allí ya no había nada de interés para los humanos.

FECHA: 07:58:24,3 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—Probemos otra vez —dijo Mata–Ligero.

Con el detector oscuro delante de un ojo, volvió al aparato. Esta vez sostuvo ella misma la válvula con un par de manipuladores, mientras que otro juego de pseudópodos palpaba los nudos de la cadena de flecos.

Mucho tiempo después, Mata–Ligero ordenó un alto. Su segundo mensaje había sido radiado hacia el Ojo Interior y aún no tenían respuesta.

—Si pudiéramos estar seguros de que nuestra débil luz puede ser vista a tanta distancia... —fue el amargo lamento de Mata–Ligero.

—Puedes subirte hasta aquel pico de allí arriba —sugirió Viento–del–Norte con

ligero sarcasmo—. Y Mira–Riscos y yo tendremos mucho gusto en transmitirte un rayo de mensaje para que puedas convencerte de que llega.

Excepcionalmente, en aquella ocasión Mata–Ligero guardó silencio. No podía pensar en nada más que en intentarlo otra vez.

Cuando estaban a punto de terminar el tercer mensaje, les llegó la vibración de un fuerte impacto a través de la corteza. Mata–Ligero no se movió. En su arista tenía un muy desarrollado sentido de localización direccional del sonido que le había informado exactamente de lo sucedido.

—El mirador se ha caído —dijo.

Sus ojos, aquellos que habían estado concentrados en el trabajo de controlar la caída de gotas de jugo de frutos a la punta de la bengala, continuaron su cometido mientras Mata–Ligero, poco a poco, iba girando la válvula hasta dejarla completamente cerrada para evitar pérdidas. Guardó el frasco y por fin dedicó su atención a la base de la cercana colina, donde los relucientes trozos del roto mirador yacían en un montón.

Mata–Ligero fluyó hasta la base de la colina, formando un manipulador mientras se desplazaba. Buscó entre los relucientes trozos, pero no encontró ninguno de tamaño utilizable.

—Por lo menos, hemos podido enviar dos mensajes —intentó consolarla Mira–Riscos.

—Es cierto. Pero todavía hay más mensajes, y deberíamos repetirlos tantas veces como podamos para asegurarnos de que los han recibido —contestó Mata–Ligero—. Debemos encontrar la manera de emitir prescindiendo del mirador.

—Quizá encontremos un trozo de corteza que pueda servir —sugirió Viento–del–Norte.

—Me temo que no —confesó Mata–Ligero—. He estado comprobando los diferentes tipos de corteza durante todo el viaje, y todos los materiales de estas montañas son del tipo de pelusa de corteza. No he visto nada por aquí que se parezca a la superficie especular de un mirador. Debemos pensar en otra cosa.

Mata–Ligero probó muchas cosas, pero no encontró la manera de formar y enviar un haz en dirección al Ojo Interior. Lo intentó incluso poniendo el expansor apoyado en ángulo en una colina (procurando que esta vez quedara bien trabado con trozos de corteza), pero la luz de la bengala llegaba en un ángulo tal que al reflejarse en el expansor salía en forma muy distorsionada y en todas direcciones, disipándose a muy poca distancia. Ella sabía dónde estaba el punto focal del expansor, pero era un punto inalcanzable, muy alto, casi doce veces la altura que ella podía alcanzar, es decir, casi tan alto como la colina. Entonces tuvo una idea.

—Si ponemos el expansor sobre la corteza, tumbado, apuntando hacia los Ojos, entonces el punto focal estará cerca de la cima de esta colina. Si nos subimos a ella

con las bengalas podemos crear la luz cerca del foco, y el haz que dé el expansor irá directamente a los Ojos.

Por su instrucción como soldado, Viento-del-Norte se mantuvo callado, pero Mira-Riscos explotó:

—No es posible que hables en serio. Esta colina debe de ser dos veces más alta que tu anchura. Tardarías doce giros en subir tan alto, incluso si encontraras un camino, ¡y no tenemos comida! ¡Si lo intentamos nos quedaremos como sacos de piel!

—Tú no vas a venir —replicó Mata-Ligero—. Te quedarás aquí. Te necesito para que muevas el expansor a diferentes posiciones frente a esta colina hasta que el punto focal se halle justo encima del borde de la colina, a donde podamos llegar.

Mata-Ligero se deslizó hasta el mirador roto, recogió uno de los trozos mayores y se lo embolsó.

—Vámonos, Viento-del-Norte —ordenó, y se encaminó hacia el extremo más alejado de la colina con el obediente soldado pegado a la arista de su comandante.

FECHA: 07:58:24,4 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Una fracción de segundo después, la emisión pulsante empezó otra vez, y en esta ocasión el telescopio buscador de pequeña abertura captó el principio de la transmisión. Los circuitos semiautomáticos de búsqueda e identificación mantuvieron el aparato enfocado a la pulsación, mientras que el extractor de características en los circuitos de análisis de frecuencia activó un programa de correlación. Entonces se encontró una gran similitud entre el esquema de pulsaciones de las emisiones y el de la forma rectangular del dibujo que Abdul había elegido en su intento de comunicarse con Huevo del Dragón. Si el ordenador hubiera sido humano, sus cejas se habrían alzado en señal de interrogación.

La nueva correlación fue suficiente para activar un circuito de acción. A consecuencia de ello, un milisegundo más tarde, los humanos fueron llamados a intervenir.

EMISIÓN PERIÓDICA EN X-UV-POLO ESTE

Seiko vio el mensaje en la parte superior de su pantalla. Estaba flotando demasiado lejos para alcanzar ninguna de las teclas, así que utilizó órdenes verbales, aunque éstas eran más lentas.

—¡A pantalla! —ordenó.

Al instante, apareció en su pantalla una reproducción de lo que el buscador de pequeña abertura tenía en la suya. Observó el regular parpadeo del punto situado en

medio de las montañas del polo este. Advirtió entonces que el ordenador lo había ralentizado considerablemente en atención a ella.

1/100.000 TIEMPO REAL

Seiko lo estuvo observando durante unos pocos segundos. La pulsación se paró bruscamente. Aquello parecía no tener sentido.

—¡Análisis! —ordenó.

La imagen de la pantalla se mantuvo, y el ordenador mostró en superimpresión resultado tras resultado de su análisis.

POSICIÓN: LONG 0,1 GRADOS OESTE, LAT 2,0 GRADOS NORTE

ESPECTRO TERMAL MODIFICADO: 15.000 K

MODULACIÓN: SIMILAR A LA EMITIDA EN DIBUJO A HUEVO DRAGÓN

ORIGEN: NINGUNO IDENTIFICABLE DE ORIGEN NATURAL

Seiko ojeó la lista y se quedó estupefacta. Gracias a su mucha práctica, dobló el cuerpo en una maniobra de cambio de posición en suspensión en el aire, se asió al borde de la consola y se quedó fija allí. Sus dedos volaron sobre el teclado. Al cabo de pocos instantes, el segundo mensaje de Mata–Ligero apareció en la pantalla.

—¡Abdul! —gritó hacia la consola vecina, donde Abdul Nkomi Farouk estaba entregado al laborioso trabajo de preparar un nuevo mensaje—. ¡Nos mandan su respuesta!

FECHA: 07:58:28 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Mira–Riscos había tenido razón. El sendero que los llevó hasta la cima de la colina era tortuoso y difícil. Mata–Ligero y Viento–del–Norte estaban hambrientos mucho antes de alcanzar su objetivo, y esta vez se trataba del hambre real de alguien que ha estado trabajando duramente durante doce giros. Mata–Ligero aún tenía muchas reservas, pero empezaba a preocuparse por Viento–del–Norte, que no era tan robusto como ella. Pero éste, por ser un soldado, nunca se quejaba.

Mata–Ligero se aproximó al borde de la colina y sacó el trozo de mirador de una bolsa.

—Estoy segura de que nunca conseguiré que uno de mis ojos se asome para mirar hacia abajo, donde está Mira–Riscos, pero si le engaño haciéndole creer que mira hacia el horizonte no tendré la menor dificultad en conseguirlo —explicó a Viento–del–Norte.

Conformó un fuerte manipulador con una raíz ósea anclada profundamente en los músculos de la arista y con él cogió el trozo de mirador y lo asomó por el borde de la

colina.

Agrupó sus ojos en una línea; con un pequeño ajuste, consiguió distinguir la parte superior, rojo oscura, de Mira–Riscos, que esperaba pacientemente cerca del expansor.

«Debo tener hambre de verdad —pensó ella—, estoy viendo la parte superior de un macho joven y no siento el menor interés.»

—Hemos de bajar hasta allí —dijo, volviéndose hacia Viento–del–Norte.

Comenzó a descender hasta que llegaron al punto que se encontraba justo sobre Mira–Riscos.

Mira–Riscos nunca hubiera podido suponer que su nombre de cría significase gran cosa, pero ahora estaba consumiendo lo que parecía iban a ser sus últimos doce giros en no hacer otra cosa que mirar un risco.

Mata–Ligero intentó comunicarse con Mira–Riscos, tanto por larga distancia como por comunicación próxima, y comprobó que no había dificultad siempre que el astrólogo apoyara parte de su arista contra la pared de la colina.

Mira–Riscos ya había preparado el expansor, acercándolo todo lo posible a la base de la colina. Viento–del–Norte formó un fuerte manipulador, análogo al de Mata–Ligero, y lo estiró con cuidado sobre el borde con una pequeña bengala en su extremo.

Mata–Ligero extrajo de una bolsa uno de los frascos de jugo de frutos, y con mucha precaución también lo asomó. Constantemente se estaba recordando a sí misma que debía agarrar con todas sus fuerzas el frasco, porque si llegara a caer el expansor se rompería como se había roto el mirador. Formó además un pseudópodo muscular que deslizó por encima del manipulador. El delicado extremo del pseudópodo se enroscó alrededor de la válvula. La válvula giró poco a poco, y un fino chorro de líquido cayó sobre la punta de la bengala. Ambos se encogieron ante la desacostumbrada luz blanco–azulada que esto provocó, pero pronto un haz permanente surcó el cielo. Mata–Ligero realizó una evaluación cuidadosa. Por suerte, en aquel giro los vientos eran fuertes y había muchas partículas de polvo en el aire. Mata–Ligero pudo ver el fuerte haz que se dirigía hacia arriba, y que llegaba a ser un brillante punto a una inimaginable distancia por encima de ellos. Cerró la válvula cuidadosamente y retiraron sus manipuladores de encima del borde para poder descansar.

—Aún estamos demasiado lejos del punto focal —observó Mata–Ligero—. Hemos de trasladarnos más abajo de la colina.

Viento–del–Norte nunca había sido capaz de comprender exactamente a qué se referían Mata–Ligero y Mira–Riscos cuando hablaban de puntos focales y todas estas cosas, pero decidió que fuera Mata–Ligero quien se ocupara de pensar. Después de todo, ella era comandante. La siguió en silencio por el borde de la colina hasta que

llegaron a un sitio más apropiado de la repisa, donde ambos podían encontrar un buen anclaje para sus aristas. Mata–Ligero sacó su pequeño mirador por encima del borde y observó mientras Mira–Riscos se embolsaba el expansor y lo transportaba a su nuevo emplazamiento, debajo del manipulador que Mata–Ligero agitaba. Lo posicionó correctamente y se apartó.

En esta ocasión, cuando la luz se alzó por la cima de la colina, el haz que reflejó el expansor no formó otro foco. Mata–Ligero pensó que todavía era algo convergente cuando lo perdió de vista hacia lo alto, pero estaba bastante bien.

—Vamos a continuar nuestro mensaje —indicó, y extrajo la cadena de flecos de una bolsa.

Viento–del–Norte pisoteó la corteza con resignación y cambió la bengala pequeña que habían usado para las pruebas por otra más larga.

«Por lo menos estaré un tiempo sin tener que trepar», se dijo a sí mismo con cansancio, y se instaló para sostener el pesado manipulador tan inmóvil como le era posible.

Una ordenada pulsación de luz iba ya en camino hacia los Ojos, la continuación del mensaje que se interrumpiera doce giros antes por la rotura del mirador. Mata–Ligero no efectuó una pausa muy larga cuando acabó la serie. Como estaban viviendo de sus reservas no tenía mucho sentido que descansaran y, a excepción de un ocasional cambio de bengala o de frasco de jugo de frutos, los dos soldados se mantuvieron en su puesto de trabajo.

Cuando acabaron su misión, Mata–Ligero y Viento–del–Norte empezaron el descenso hacia la base de la colina. De mutuo acuerdo, abandonaron todo lo que llevaban, excepto los tótems de clan, amontonado en la cima de la colina.

Doce giros después, un agotado Mira–Riscos vio a dos cheela muy flacos que poco a poco regresaban de la colina. Mata–Ligero iba delante, abriendo paso a un extenuado soldado.

—Una arista más —solicitaba, y cariñosamente daba golpecitos en los flancos de la arista de él para que se mantuviera en movimiento. Muy lentamente llegaron junto a Mira–Riscos.

—No puedo más —imploraba Viento–del–Norte—. Dejadme aquí.

—No —contestó Mata–Ligero—. Vamos a ir los tres juntos. —Y dirigiéndose a Mira–Riscos añadió—: Sé que tú también estás muy cansado, pero debemos llegar al campamento base, donde encontraremos una reserva de alimentos. Ponte detrás de Viento–del–Norte y no permitas que se detenga; yo abriré camino.

Mira–Riscos se hallaba demasiado agotado para discutir, y se colocó detrás de su amigo Viento–del–Norte. Y los tres juntos se pusieron en movimiento para salir de aquel valle.

Mira–Riscos, que había estado vigilando periódicamente el detector oscuro, lo

acababa de guardar tras comprobar si había respuesta a los mensajes que tanto les había costado enviar. No había ninguna señal. Nada. Giró algunos de sus ojos hacia los puntos de luz que estaban por encima de él, reprochándoles su silencio. Mientras miraba, una franja de luz brillante apareció al lado de los Ojos, en lo alto del cielo. El meteoro caía hacia ellos alargándose y aumentando paulatinamente su luminosidad. Mira–Riscos se estremeció, y los otros dos alzaron sus ojos y rápidamente intentaron resguardarlos bajo sus protecciones, pero no hubo tiempo. En un instante, el firmamento se incendió con una explosión de luz y calor que abrasó sus partes superiores y los convirtió en tres trozos de pellejo escaldado, de carne ciega, que culebreaban y se apartaban de los otros para escapar del dolor.

Mata–Ligero nunca había sufrido tan intensamente. Su último pensamiento fue que Brillante había decidido castigarla por su osadía al intentar hablarle a Dios. Los mecanismos automáticos de protección de su cuerpo, activados por la falta de reservas corporales y el shock de las quemaduras, funcionaron repentinamente. Los reflejos animales quedaron en suspenso y por primera vez, en incontables generaciones, un cheela se quedó dormido.

FECHA: 07:58:37 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Abdul llegó volando a la consola de Seiko. Frenó el empuje de su viaje con un magistral giro alrededor de una de las barras estructurales y se quedó inmóvil, sobre la cabeza de Seiko.

—¿Qué respuesta? —preguntó.

—Hay alguien allá abajo que nos envía dibujos con el mismo formato de los tuyos —contestó Seiko—, pero vienen del polo este, utilizan radiación térmica ultravioleta en vez de luz láser, y llegan muy de prisa. Mira, éste es el primer dibujo.

—Es un dibujo del Matadragones y de los seis compensadores de gravedad que están sobre Huevo del Dragón —observó Abdul—. Pero la estrella aparece muy distorsionada, con la forma de una torta. Sin embargo debe tratarse de su estrella, porque han dibujado la conformación montañosa. Pero ¿qué podrá ser esta cuña larga y estrecha con su base cerca de nosotros y su punta sobre las montañas?

—Es un indicador de dirección —respondió Seiko—. Si examinas las segunda y tercera imágenes, verás que son casi idénticas, excepto que la posición de nuestra nave poco a poco se desplaza hacia el oeste, mientras que la longitud del símbolo cuña disminuye.

Los dedos de Seiko revolotearon por el teclado, y la primera imagen apareció acompañada de una segunda y parte de una tercera.

—Tienes razón —asintió Abdul—. Parece que quieren indicarnos que nos movamos hacia una posición situada encima de sus montañas. Y además sé el porqué.

La visibilidad de la atmósfera es muy pobre en la posición actual, sería mucho mejor si estuviéramos justo sobre ellos.

De repente, Abdul recordó algo que Seiko había dicho.

—Dijiste que emitían muy de prisa, ¿como cuánto de prisa? —preguntó.

—El ordenador tuvo que convertirlo en algo mucho más lento —informó Seiko—. Estimo que emitían una pulsación cada cuatro microsegundos.

Abdul regresó a su consola y pronto tuvo en su pantalla una gráfica de las pulsaciones alineadas del primer dibujo. Se acercó para observar mejor el intervalo entre las pulsaciones.

—Son muy irregulares en el espaciado y en la amplitud —constató—. Casi como si fueran hechas a mano. Sería lógico pensar que un ser capaz de hacer un láser ultravioleta debería poder hacer un modulador decente.

—La radiación es de origen térmico —le recordó Seiko.

Abdul efectuó una pausa mientras captaba el significado último de esta respuesta.

—¡Nos hacen señales con el equivalente en la estrella de neutrones a las señales de humo de los indios americanos! —exclamó—. Y cada una de estas rudimentarias señales ha sido realizada en cuatro microsegundos ¡Alá es grande! ¡Esto significa que esos seres deben vivir un millón de veces más de prisa que nosotros! Y yo les he enviado pulsaciones de láser a una velocidad de una por segundo, más o menos. Para ellos esto es como un millón de segundos entre cada pulsación.

Seiko efectuó rápidamente el cálculo.

—Es como si a nosotros nos transmitieran dejando transcurrir una semana entre cada dos pulsaciones.

Abdul tuvo un pensamiento horrible.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que empezaron a transmitir? —preguntó.

Las manos de Seiko se deslizaron sobre el teclado, y reapareció en pantalla el primer dibujo con el tiempo de recepción en la esquina superior derecha.

—El primer dibujo llegó hace ya un minuto —contestó—. Si la relación es un millón a uno, es como si hubiera sucedido dos años atrás.

—Probablemente se habrán cansado de esperar y habrán regresado a su casa. ¡Lo mejor será que nos ocupemos de esto ahora y aprisa!

Tuvo un segundo de vacilación, pero levantó la tapa de protección de un panel lateral de la consola y accionó el interruptor de alarma de emergencia.

—Explícales la situación a Pierre y a los otros —dijo sobre el ruido de la señal de alarma—. Y que Pierre empiece a mover el Matadragones para situarlo sobre la formación montañosa. Quiero conseguir una respuesta tan pronto como sea posible.

Seiko preparó su pantalla con los tres dibujos para cuando la tripulación llegara apresuradamente al puente principal en respuesta a la señal de alarma. Con toda rapidez, Abdul había dispuesto el láser de radar para iluminar el polo este, que se

hallaba justo debajo de ellos, y había llevado la frecuencia de operación hasta el ultravioleta corto. Como no tenía nada mejor a mano, Abdul programó el ordenador para que reemitiera los dibujos que habían captado procedentes de la estrella. Mientras esto se realizaba a una cadencia de un Megahertz, tomó rápidamente el primer dibujo ya emitido, que representaba al Matadragones y los seis compensadores sobre Huevo del Dragón. Añadió una flecha que se curvaba sobre un punto encima de las montañas, e hizo que el ordenador lo radiara hacia el polo este. Después enfocó el transmisor láser hacia la construcción en forma de estrella y repitió el mensaje dos veces, en emisión ultravioleta y lumínica. Puesto que habían podido leer sus primeros mensajes, ahora los recibirían en una u otra formas. En esta ocasión, Abdul confiaba en que nadie se moriría de aburrimiento esperando la siguiente pulsación.

FECHA: 07:58:40 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Los pellejos casi vacíos yacían heridos sobre la corteza, durmiendo. Los antiguos genes de las plantas, activados por la casi absoluta falta de reservas, iniciaron su extraño trabajo. Las enzimas animales fueron neutralizadas, y se generaron nuevas enzimas que atacaron a los músculos que sostenían la piel, convirtiendo la carne estriada en una masa flotante de largas fibras. La misma piel se adelgazó hasta convertirse en casi transparente. Otras enzimas vegetales se encargaron de convertir el material líquido y las fibras largas en cristales de alta resistencia. Esto no era el quebradizo cristallium que el organismo animal empleaba para formar manipuladores: esto era cristal de dragón. En el centro de la ahora flácida arista, un pseudópodo forzó su paso para introducirse en la corteza. Tenía una parte central, cónica y aguda, de cristal. Secretando ácidos que corroían su camino dentro de la corteza, el aguijón fue penetrando poco a poco en la corteza caliente y rica en neutrones. Se introdujeron hebras como cabellos entre las fibras de la corteza, y los nutrientes empezaron a fluir por dentro de ellas a la raíz que los aspiraba y los hacía subir hasta el organismo. Entretanto, pequeñas espigas de cristal, gruesas en su base y con la punta fina y redondeada, comenzaron a formar un dibujo parecido a la forma de una estrella en la cabeza de la raíz aspiradora. La fuerte estructura de cristal de dragón venció el potente tirón de Huevo y sobresalió de la superficie formando un pequeño ángulo. Las doce espigas se extendieron como una corona de espinas. Crecieron, haciéndose cada vez más largas, y la flácida piel que ya había curado sus heridas quedó levantada en alto, en el aire. A medida que las espigas crecían más y más, incluso con su elevada resistencia, no pudieron soportar la atracción de Huevo, por lo que se formaron fibras muy resistentes que iban desde unos puntos de enclave en los extremos en crecimiento de las espigas hasta un robusto anclaje que sobresalía

de su base. Lentamente, la cubierta cantilever de doce apoyos se fue elevando sobre la corteza hasta que la piel quedó tensa y en el aire.

La parte superior de la piel, colgada en forma de bóveda cóncava de color rojo oscuro entre los extremos de las espigas, y resguardada del ardiente amarillo de la corteza, miraba directamente hacia el frío cielo. Con su raíz profundamente hundida en la corteza caliente, rica en neutrones, y su adelgazada área superficial externa acoplada a un inextinguible manantial de frío, la máquina térmica que otrora fuera Mata–Ligero empezó a elaborar comida. No se daba cuenta de que allí cerca había otras dos plantas dragón, la primera cosecha desde antes de la historia escrita de los cheela. Durante muchos, muchos giros las plantas dragón crecieron y prosperaron. Eran grandes, de lento crecimiento, y tenían que reemplazar muchas reservas de alimento, o sea que les llevó mucho tiempo hacerlo.

Después de esperar en vano el regreso de los tres escaladores, la tropa quedó al mando del jefe de escuadra más antiguo, que licenció a quienes quisieron permanecer en aquella región olvidada de Brillante, y se llevó el resto de la tropa de regreso hasta la frontera del Imperio de Brillante, donde a su llegada tuvo el desagradable deber de comunicar las muertes de Mata–Ligero, de Viento–del–Norte y de Mira–Riscos a sus respectivos clanes.

Pasó el tiempo y el Imperio de Brillante creció y extendió sus fronteras. Puesto que el fuerte de la Ascensión de Ligero era una realidad, resultaba lógico que la frontera se estableciera al pie de las montañas del polo sur. Sin embargo, nadie quería trepar si no estaba obligado a ello, sobre todo en la dirección difícil, y en consecuencia nadie pasó por los caminos de la montaña, y las plantas dragón crecieron sin que nadie las molestara.

Un giro ocurrió un súbito seísmo cuando las montañas del polo este reajustaron por sí mismas la masiva sobrecarga que imponían a Huevo. Una juntura malformada en una de las tres plantas dragón falló. La espiga cayó de inmediato bajo los efectos de la enorme atracción de Huevo, rompiendo la piel y dejando caer los jugos vitales sobre la corteza. Por unos momentos, la planta dragón luchó por sobrevivir, pero al final sucumbió. Después de una docena de docenas de giros, allí no quedaban más que unas relucientes espigas de cristal de dragón, unos jirones de piel seca, un tótem de clan y el doble botón de un jefe de escuadra.

Durante mucho tiempo no sucedió nada. Luego, las espigas de cristal de dragón relucieron cuando un rayo pulsante de luz azul pura salió del pequeño punto central de los siete luceros del firmamento. La pulsación continuó durante un cierto tiempo, bañando la montaña con un resplandor azul, pero allí no había ojos que pudieran verlo. Por último cesaron.

El tiempo fue pasando. Los bárbaros fueron rechazados cada vez más lejos del Imperio de Brillante, y su número fue menguando. El gran volcán del norte se hizo

más activo, y oleadas de humo se congregaron hacia el polo este. La descompensación en el calor radiado por la estrella hacia los oscuros cielos fue tan grande que cada vez se producían más tormentas de fuertes vientos, que en ocasiones llegaron a ser tan violentos que arrastraron humo hasta la región del polo este. El cielo se iba haciendo cada vez más gris, los bajos de las nubes de humo se volvieron amarillos a causa del calor reflejado por la ardiente superficie. El motor térmico, que funcionaba gracias al desnivel de temperatura entre la raíz clavada en la corteza ardiente y la cara cóncava formada por la piel de las plantas dragón orientada hacia el cielo, empezó a fallar. Con las reservas de comida altas, y la capacidad de crecimiento disminuida, los genes que constituían la planta perdieron su potencia, y se activaron otros mecanismos enzimáticos. Poco a poco, se fue disolviendo el cristal de dragón para reaparecer convertido en músculo firme bajo una espesa piel. Los pequeños retoños fotosensitivos situados en las puntas de las espigas reformaron sus placas protectoras, y debajo de éstas crecieron ojos, aún dormidos. Mata-Ligero se despertó.

Se sentía muy rara, como si no hubiera movido un músculo en mucho tiempo. Afortunadamente, ya no sentía dolor en su piel quemada o en sus ojos.

—¡Mis ojos! ¡No puedo ver! ¿Cómo podré bajar de esta montaña sin ojos?

Advirtió entonces que todos sus ojos estaban firmemente recogidos debajo de sus protecciones. Con mucha precaución, los fue sacando de uno en uno.

—Puedo ver luz, pero todo está muy borroso. Quiso formar un pseudópodo para restregarse los ojos, y se sintió tan débil y torpe como si fuera una cría. Pronto pudo eliminar el fluido de sus ojos, pero tuvo que esperar todo un giro para poder ver con claridad.

Sabía que había resultado malherida por la descarga de fuego celestial, pero ahora se encontraba perfectamente bien, a excepción de su debilidad muscular, su mala coordinación y su visión borrosa. Lo que más la sorprendió fue el no tener hambre.

Como buen comandante de tropa, su primer pensamiento fue para sus soldados, y miró a su alrededor en busca de Viento-del-Norte y de Mira-Riscos, pero no los pudo ver. Estaba demasiado débil para viajar, así que se dedicó a realizar ejercicios hasta que se sintió capacitada para salvar los peligros del descenso colina abajo, contando con el temible tirón de Huevo.

Un giro después, se sintió mucho mejor y empezó a inspeccionar los alrededores. Según lo que podía recordar, estaba en el mismo valle en que se encontraban cuando la llama les golpeó, pero no recordaba la gigantesca planta que estaba a su lado, ni la fabulosa colección de cristales de dragón que se amontonaban sobre la corteza, al otro lado. Podía ser que hubiera olvidado una planta, incluso siendo tan grande como ella misma, pero nunca habría podido olvidarse de un verdadero tesoro de deslumbrante cristal de dragón. Por lo menos, habría marcado el lugar pensando en

organizar después una expedición para recuperarlo. Se acercó a las deslumbrantes espigas y las recogió una tras otra.

«Es una cosa rara —pensó—. Están sorprendentemente brillantes, como recién fabricados o recién fundidos. Todos los cristales de dragón naturales muestran señales de la erosión causada por el rozamiento del polvo arrastrado por el viento.» Tomó otra pieza que tenía un fragmento de algo enganchado. Arrancó el fragmento y lo soltó en el acto en una acción refleja de horror.

—¡Viento–del–Norte! —susurró con espanto, con los ojos fijos en el descolorido pero inequívoco dibujo de una cicatriz de tres puntas que constituyera el recuerdo personal de Viento–del–Norte de su última batalla contra los bárbaros.

Cualquier duda que hubiera podido tener de que Viento–del–Norte estaba muerto y su cuerpo descompuesto, desapareció cuando encontró su botón de jefe de escuadra y su tótem de clan medio enterrados en la pelusa de la corteza. Los guardó y miró a su alrededor, pensativa.

«Pero ¿qué hacían los restos de Viento–del–Norte mezclados con tantos cristales de dragón frescos?» Observó la planta que tenía a su lado. Entonces empezó a ver la conexión entre las doce espigas arqueadas hacia el cielo y las doce espigas de cristal de dragón esparcidas sobre la corteza. Se aproximó a la planta y efectuó un círculo completo a su alrededor, contemplándola atentamente. Parecía algo conocido, pero era sólo una versión gigantesca de muchas plantas que crecían en Huevo. En uno de los lados vio un pequeño abultamiento en la fina piel, y sobre el bulto una arruga.

«¿Una planta con una bolsa de transporte?», se preguntó.

Con extremo cuidado, pues no quería encontrar el mismo fin que Viento–del–Norte cuando le cayó encima la pesada planta, metió un delgado pseudópodo bajo la piel y forzó su delgado extremo dentro de la arruga.

—¡Es una bolsa! —exclamó maravillada.

Profundizando en ella, agarró un objeto y poco a poco lo sacó a través del orificio. ¡Era el tótem del clan de Mira–Riscos!

Mata–Ligero no podía creer lo que veían sus ojos. Pero después pudo identificar otras bolsas, de las que extrajo un cuchillo pequeño y un detector oscuro. Por último se convenció de que, de la manera que fuese, aquella planta gigante que tenía delante era en realidad Mira–Riscos.

—Y si Mira–Riscos es una planta viviente, entonces quizá estos trozos de cristal de dragón hayan sido Viento–del–Norte... y...

No tenía escapatoria, debía llegar a la única conclusión posible.

—¡Yo también he sido una de estas plantas gigantes, con grandes cristales de dragón clavados en mí!

En ese momento recordó haber notado la molestia de un bulto duro que circulaba por dentro de su cuerpo. No le había prestado atención porque no le dolía y tenía

otras cosas en qué preocuparse, pero ahora se concentró en ello y el bulto fue expulsado a través de un orificio de excreción. Se sobrepuso a su repugnancia natural, lo limpió y vio que era una protuberancia de cristal de dragón.

Mata–Ligero observó aquello con respeto y lo guardó en una bolsa para usarlo como evidencia cuando llegara el momento de intentar que alguien creyera su fantástica historia.

Mientras tanto se le presentaba un problema. Aunque Viento–del–Norte había muerto y ella tenía su tótem para devolverlo a su clan, Mira–Riscos estaba mucho más vivo y ella creía que no debía abandonarle.

Mata–Ligero, al fin, decidió esperar. Poseía abundante energía (debía de haberla acumulado mientras era una planta) y sería muy conveniente para su equilibrio mental que alguien corroborara su historia.

Los cielos se mantuvieron grises, y pronto el proceso que había hecho revivir a Mata–Ligero se repitió en Mira–Riscos. Mata–Ligero vio con asombro cómo, giro tras giro, las esbeltas espigas se hacían cada vez más cortas y la piel empezaba a engrosar y a tener músculos de nuevo.

Estaba dándole friegas en la parte superior cuando Mira–Riscos despertó. Lo trató con dulzura, y poco a poco consiguió que abriera sus ojos asegurándole que todo iría bien tras una etapa de visión borrosa y de debilidad general. Después de algunos giros, ambos se encontraron en condiciones de viajar e iniciaron el descenso de la montaña, llevando con ellos los cristalizados restos de Viento–del–Norte.

Cuando llegaron al campamento base más elevado, Mata–Ligero buscó la reserva de alimentos. Estaba allí, y los animales de la montaña no la habían tocado, pero la carne y los frutos parecían tan duros como la corteza. Esto intrigó a Mata–Ligero, porque un trozo bien acondicionado de carne seca podía volverse duro, pero no tan duro como la piedra, incluso después de transcurrir un gran de giros.

Sucedió lo mismo en cada una de las reservas, aunque algunas habían sido destrozadas por los animales mucho tiempo atrás. Por fin, llegaron al paso entre las altas colinas desde donde podrían mirar hacia abajo en lontananza y ver el fuerte de los soldados.

Al sobrepasar el repecho, ambos, Mata–Ligero y Mira–Riscos, se detuvieron atónitos. El fuerte había desaparecido.

—¡El Paraíso de Brillante! —exclamó Mira–Riscos.

—¡No! —replicó Mata–Ligero tras un momento de vacilación—. Esto no es el Paraíso de Brillante. Parece igual de grande, pero la distribución es completamente distinta.

—Tienes razón —admitió Mira–Riscos—. Pero ¿de dónde ha salido todo esto?

—Creo que tú y yo hemos sido plantas mucho más tiempo de lo que nos parece —observó Mata–Ligero—. Van a estar muy sorprendidos cuando nos deslicemos a

esta ciudad.

—Suponiendo que se acuerden de nosotros —contestó Mira–Riscos con pesimismo, mientras proseguía el descenso tras su compañera.

La comandante Mata–Ligero encabezó la marcha hacia la ciudad. Cuando pasaron por los campos se fijaron en los cosechadores cargados de frutos, pero no vieron a nadie conocido.

Al acercarse a la ciudad, la insignia de cuatro botones que sobresalía del pecho de Mata–Ligero les granjeó el respeto merecido por parte de los transeúntes; pero al mismo tiempo, el indudable aspecto juvenil del Comandante de Tropa provocó susurros de curiosidad a su paso. Por primera vez, Mata–Ligero empezó a sentirse insegura de sí misma.

Se detuvo en los alrededores de la ciudad, y dijo en voz baja a Mira–Riscos:

—Pienso que vamos a tener muchas dificultades para convencer a la gente de que en verdad somos quienes somos, sin enfrentarnos con nadie. Creo que sería preferible recorrer toda la ciudad antes de darme a conocer.

Mira–Riscos no pudo menos que estar de acuerdo, y siguió buscando un perfil conocido, pero no encontró ninguno.

Se detuvieron en una estación militar de víveres, en las afueras de la ciudad, y en silencio descansaron y comieron hasta saciarse. No tenían prisa, y escuchaban las conversaciones entre los correos que iban y venían con asuntos de los clanes aliados. Esperaban oír que había un nuevo Jefe de los Clanes Aliados, pero quedaron sorprendidos al saber que el nombre de la ciudad en la que se encontraban era la Ascensión de Ligero.

Mira–Riscos preguntó al encargado de la estación de víveres el origen de este nombre. Cuando el encargado hubo descifrado las peculiaridades del modo de hablar de su interlocutor, les dio una conferencia resumida sobre la historia del nombre de su ciudad.

—Hace casi tres docenas de gran de giros, esto era una llanura inhóspita —explicó el encargado de la estación—. Entonces llegó una expedición al polo este para hablar con los Ojos de Brillante. La expedición estaba al mando de un comandante de tropa llamado Machaca–Ligero, o algo así, y subió por las montañas para hablar con los Ojos de Dios, pero nunca regresó. Sus soldados estuvieron por aquí algunos pocos gran de giros, y por fin se fueron. En aquel entonces algunos eran lo bastante viejos como para licenciarse y se quedaron aquí, mientras que el resto de la tropa regresó a la frontera. Más tarde, la frontera llegó hasta aquí, y esta ciudad está creciendo mucho, os lo digo yo.

—¿Dónde podemos encontrar alguno de esos viejos soldados? —preguntó Mira–Riscos.

—¿Dónde pues? —preguntó a su vez el encargado de la estación—. En los

envasadores de carne. O si han conservado la salud y han tenido suerte, estarán disfrutando al cuidado de las crías en los recintos de incubación o de instrucción.

Al principio, Mata-Ligero se sintió halagada al enterarse de que la ciudad había recibido su nombre en homenaje a su hazaña, pero si el cheela medio de la ciudad conocía tanto acerca de ella como el encargado de la estación, se alegraba de haber mantenido la boca cerrada y haber dejado que los cuatro botones de Comandante de Tropa hablaran por ella. Preguntaron el camino que llevaba a los recintos de las crías y se encaminaron hacia allí, con la esperanza de encontrar a alguien, a cualquiera, que pudiera conocerles.

El camino que conducía hasta los recintos de las crías pasaba frente a la ladera de una colina baja. Cuando se aproximaron, Mata-Ligero advirtió una luz brillante intermitente que salía de lo alto de la colina. Había allí un cheela delante de alguna especie de aparato, y un haz brillante blancoazulado se dirigía a través de la corteza hacia el distante horizonte.

Siempre curiosa, Mata-Ligero propuso:

—Pasemos por la cima de esta colina. Quiero ver qué es lo que origina este rayo de luz.

Mira-Riscos sacudió su arista en señal de desagrado, alegando que había tenido bastante montañismo para toda su vida, pero la curiosidad le venció también a él, y lentamente efectuaron la ascensión hasta la cima, donde se aproximaron al soldado.

Mata-Ligero se quedó sorprendida al ver la insignia de rango de la soldado que operaba el aparato. En vez de un botón de soldado raso, ella llevaba una barra horizontal. Mata-Ligero no podía decir nada sin complicar la situación, puesto que un comandante debía dirigirse a un soldado dándole su rango, así que una vez más dejó que sus cuatro botones hablaran por ella. Aparentó estar vagamente interesada y se acercó distraídamente a la soldado como si se tratara de una visita de inspección.

La soldado oyó el golpeteo militar de la aproximación de Mata-Ligero; cuando Mata-Ligero se acercó a la distancia de interpelación, rápidamente terminó su mensaje y se puso en atención.

—Soldado de Transmisiones Corteza-Amarilla, mi comandante —anunció—. ¿Tiene usted que mandar un mensaje?

—No, soldado de transmisiones —denegó Mata-Ligero—. Pero cuando haya terminado, ¿puede mostrarme su aparato?

Corteza-Amarilla se extrañó de que un comandante se interesara por una cosa tan simple como un transmisor rápido, pero quizá fuera un inspector buscando jaleo. Si era eso, ¡no encontraría nada malo en su equipo! Tan pronto como hubo terminado sus mensajes, enseñó a los dos visitantes el funcionamiento del aparato. Corteza-Amarilla decidió largarles todo el rollo.

—El transmisor rápido es el sistema que utiliza la tropa para mantenerse en

contacto con el cuartel general y con las otras tropas —empezó, imitando a su oficial instructor—. El elemento principal del transmisor rápido es el expansor, que siempre debe estar perfectamente limpio...

Corteza–Amarilla abrió un lateral de la caja para mostrarles un expansor muy limpio y muy reluciente. Tanto Mira–Riscos como Mata–Ligero estaban asombrados por el tamaño y el buen acabado de aquel expansor de fuerte curvatura.

—Nos habría ido muy bien uno como éste, en las montañas —susurró Mata–Ligero.

—Nunca hubiéramos conseguido subirlo —replicó Mira–Riscos.

Corteza–Amarilla, haciendo caso omiso de los susurros, continuó:

—El frasco de jugo de luz se debe llenar y presurizar antes de cada mensaje, y se debe verificar el funcionamiento correcto de la válvula de hacer señales en accionamiento rápido bajo presión.

Corteza–Amarilla cerró la puerta, llenó un depósito exterior con fluido, colocó después un tapón muy ajustado y añadió un peso encima. Se acercó al otro lado y accionó rápidamente una palanca pequeña. Unos cortos chorros de luz chisporrotearon por la corteza.

—La bengala debe cambiarse cada turno —prosiguió—, y su soporte debe ajustarse en forma que dé el máximo de luminosidad sin que se concentre en un foco lejano.

Corteza–Amarilla, con un experto movimiento de su pseudópodo, soltó un haz de lados paralelos que se perdió en la distancia.

El repiqueteo de Corteza–Amarilla omitió el tono gangoso del oficial instructor.

—Ahora sigue lo del protocolo de mensajes, comandante. ¿Quiere usted que lo recite? —preguntó.

—¡No! No, muchas gracias —contestó Mata–Ligero—. Soldado, tiene usted una máquina muy limpia y que opera muy bien. —Se giró para marcharse.

—¡Atención! —retumbó una orden de arista a través de la corteza.

Corteza–Amarilla se inmovilizó en actitud de atención, y Mata–Ligero casi hizo lo mismo, pero en cambio retornó al lado del soldado de transmisiones para esperar la llegada de un escuadrón de soldados bien armados, a cuyo mando iba nada menos que el Comandante de Tropas local.

Era evidente que el comandante recién llegado estaba confuso por los cuatro botones de Mata–Ligero. Había supuesto que debería intervenir contra unos visitantes entrometidos que perturbaban su enlace de comunicaciones, y se encontraba cara a cara con un desconocido que le igualaba en rango.

De igual rango o no, él era el Comandante de Tropas de esta ciudad, y aún estaba al mando.

—¿Quién es usted, comandante? —preguntó—. No he sido informado de la

llegada de visitantes.

—¿No me reconoces, Piel–Roja? —preguntó a su vez Mata–Ligero.

—¡No! —contestó el Comandante Piel–Roja.

—Tú y yo procedemos del mismo clan, y tú te incorporaste a mis Tropas poco antes de que emprendiéramos la expedición a las montañas del polo este.

Fue muy grande su alivio al comprobar que aquel cheela, que representaba la máxima autoridad de la ciudad, era alguien a quien ella podía convencer con facilidad. Formó un pseudópodo y rebuscó en una bolsa que no había abierto desde que abandonó su clan para unirse al ejército. Sacó su tótem de clan y lo alzó frente a Piel–Roja.

El comandante se agitó nerviosamente. Tomó el tótem y lo observó con atención. Después, conservando el tótem en su poder, dio una vuelta alrededor de Mata–Ligero, examinándola muy de cerca. La visitante era uno de los cheela más grandes que había visto desde su primera juventud.

—¿Recuerdas esta cicatriz? —preguntó Mata–Ligero, mientras doblaba hacia fuera una porción de piel de su costado—. Me la hiciste cuando te estaba enseñando la lucha con puñal corto, en mi campo de entrenamiento.

—¡Tú estás muerta! —exclamó Piel–Roja, tratando de poner orden en su desconcertada mente.

—No, no he muerto —replicó Mata–Ligero, aprovechándose de la indecisión de Piel–Roja—. Y necesito tu ayuda para mandar un mensaje al Cuartel General en el Paraíso de Brillante.

Frente a la realidad del enorme cuerpo de Mata–Ligero que él conociera en su juventud, y convencido por el tótem del clan y por los cuatro botones de autoridad en su pecho, Piel–Roja se sobrepuso al desconcertante hecho de reconocer a Mata–Ligero en un cuerpo rebosante de juventud, cuando él mismo casi ya estaba a punto de convertirse en un Anciano cuidador de crías. Despidió a su guardia armada. Tras arreglar que Mata–Ligero pudiera enviar sus mensajes al Cuartel General de las Tropas de la Región Central, al Instituto del Ojo Interior, al Jefe de los Clanes Aliados y a su propia familia de clan, los condujo a ambos al campamento de tropas, donde al fin Mira–Riscos pudo desembarazarse de su carga de cristal de dragón.

FECHA: 08:05:15 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Las noticias de Seiko no constituyeron una verdadera sorpresa para Pierre. Había sospechado la diferencia relativa de tiempos al advertir la sorprendente rapidez con que llegaban las gráficas. No albergaba la menor duda de que el objetivo de comunicarse con otra raza tenía prioridad sobre cualquier otra misión científica y, sin vacilación, se dirigió a la consola de propulsión e inició el desplazamiento desde el

polo este hasta la formación montañosa situada a 90 grados de allí. El movimiento debía realizarse con mucha lentitud, ya que los compensadores gravitatorios eran de masa muy elevada y debían desplazarse todos a la vez para evitar que las sacudidas gravitatorias perjudicaran a la débil carne humana que se encontraba dentro del Matadragones. Tras introducir la nueva posición en el subsistema de mando de propulsión, abandonó el sillón de la consola y derivó para reunirse con el grupo que colgaba en el aire alrededor de Seiko y Abdul.

—Alcanzaremos la nueva posición dentro de media hora —les comunicó al llegar junto a ellos.

—A un millón por uno, eso equivale a sesenta años —observó Seiko sin levantar la vista de su pantalla.

Pierre ya había efectuado este cálculo, pero no podía hacer nada para lograr un desplazamiento más rápido, ya que los sistemas de propulsión de las sondas «pastoras» que movían las masas de compensación no habían sido proyectadas para ir más aprisa. Se encogió de hombros, lo que resultaba gracioso en un cuerpo que flotaba en el aire.

—Tenemos un problema mucho más serio —anunció, dirigiéndose a toda la tripulación—. Una vez que llegemos allí, ¿qué vamos a decirles?

—No hay manera de sostener una conversación en los dos sentidos con una diferencia de tiempo de un millón a uno —replicó Seiko, aún con los ojos fijos en la pantalla—. Cuando hubiéramos pensado algo inteligente para contestar, la persona que hubiera hecho la pregunta ya habría muerto.

—No es tan malo —protestó Pierre—. Desde luego, no sabemos cuánto pueden vivir, pero si alcanzan setenta de sus años, entonces...

Hizo una pausa para realizar el cálculo, pero Seiko se le adelantó.

—Hay pi veces diez millones de segundos en un año, que multiplicado por 70 años son 2200 millones de segundos, que son 2200 segundos o, lo que es lo mismo, alrededor de 37 minutos de nuestro tiempo.

—Bien, pues no es tan malo —admitió Jean—. Por lo menos podremos hablar con alguien a quien ya conozcamos.

—Estará terriblemente cansado si dedica toda su vida a hablar contigo —se burló Seiko.

—Vamos a tener que aportar material para nuestra parte de la conversación —intervino Pierre—, y probablemente necesitaremos más de un enlace de comunicaciones. Abdul, ¿cuántos enlaces podemos preparar?

—Hemos estado utilizando el radar de láser de la trazadora de mapas como un canal de comunicación —contestó Abdul, sin volverse de su consola—, pero no fue concebida para este trabajo. Tiene un modulador de pulsación que no puede trabajar con un número elevado de bits por minuto. El explorador de microondas también está

disponible, y creo que su modulador podrá manejar unos 100 megahertz. El comunicador de láser sería ideal, ya que puede actuar con una modulación de unos cuantos gigahertz, lo que a la relación de un millón a uno equivale a la anchura de una banda telefónica; puedes enviar lentamente dibujos y esquemas en facsímil, pero nada que se parezca a una imagen de televisión. Por desgracia, las antenas del láser de comunicación no fueron proyectadas para dirigirse a la superficie de Huevo del Dragón; las dos están en el cuerpo principal del Matadragones y una u otra apunta siempre al San Jorge.

—Tendremos que arreglarnos con el radar de láser y el microondas hasta que podamos reorientar una parabólica del comunicador láser —decidió Pierre.

Se giró en el aire y fue mirando una a una las caras que estaban a su alrededor hasta localizar la que buscaba.

—Amalita, ponte un traje espacial y enfoca uno de estos platos parabólicos hacia Huevo del Dragón. Yo, mientras tanto, me pondré en contacto con el San Jorge y les informaré que vamos a cortar uno de los enlaces láser de comunicación con ellos.

Una voz brotó de la consola de comunicaciones situada al otro lado del núcleo central.

—Atención, Matadragones, os hemos estado siguiendo por el monitor. —Quien hablaba era la comandante Swenson—. Continúad vuestro curso de acción.

Amalita se impulsó hacia el cuarto de trajes.

—Estoy segura de que puedo montar el plato parabólico en el soporte del trazador láser de mapas —dijo por encima de su hombro mientras se desplazaba—. Pero no puedo garantizar la orientación, ya que deberé hacerla a ojo, aunque creo que será lo bastante correcta.

—Quiero que mires en la biblioteca de la nave buscando si hay algo previsto para el contacto inicial con otras especies —dijo Pierre, dirigiéndose a Jean—. Si es preciso busca en la Holomemoria las historias de ciencia ficción, pero creo que en la enciclopedia de la nave hallarás algo referente a los lenguajes de comunicación.

»Entretanto, necesitamos tener algo para transmitir mientras Jean busca en los bancos de datos. Pondré mis libros para niños en un archivo del ordenador para que Abdul lo pase a los enlaces de transmisión. Empezaré por los libros más elementales, y luego iré subiendo hasta los más propios para adultos.

—Pero todos presuponen unos conocimientos previos —protestó César—. Incluso tus libros de abecedario parten de que el lector sabe lo que es un árbol.

—Pueden comprenderlos si enviamos también los dibujos —replicó Pierre, pasando al otro lado del puente principal—. No olvidéis que tendrán tiempo más que suficiente para adivinar lo que cada página significa, mientras esperan a que la siguiente se imprima poco a poco en su equivalente de máquina impresora de facsímiles.

César se fue a controlar el traje de Amalita antes de que saliera al exterior. Abdul había acabado de mandar los dibujos esquemáticos, y vigilaba la emisión del archivo de libros que Pierre estaba elaborando en su ordenador.

De pronto, Seiko anunció:

—Están contestando otra vez. Ahora desde el oeste de las montañas del polo este.

Moviéndose con rapidez, Abdul leyó las coordenadas que el ordenador había escrito en la parte superior de la pantalla de Seiko, y las tecleó en la consola de comunicaciones. Casi en el acto, el radar de láser se orientó hacia aquel punto, y los mensajes continuaron partiendo hacia la superficie de Huevo.

FECHA: 08:18:03 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Los mensajes que Mata–Ligero envió al Paraíso de Brillante causaron sorpresa y estupor. Hasta aquel momento era una casi desconocida, como sucede cuando uno no tiene una familia inmediata y es sólo uno de los miembros de un lejano clan, pero la historia de Mata–Ligero la convirtió en alguien conocido en todo el Imperio. Sin lugar a dudas, lo más importante para Mata–Ligero fue la respuesta del Instituto del Ojo Interior. El primero de los mensajes que le enviaron le informaba que ocho gran de giros atrás se habían interrumpido los lentos mensajes del Ojo Interior. Después, hacia unos cuatro gran de giros, comenzaron de nuevo, pero en esta ocasión las señales eran mucho más rápidas. Habían mandado los dibujos con pulsaciones de luz que todos podían ver, sin tener que recurrir al detector oscuro o padecer la enfermedad de Brillante. Luego le transmitieron una copia del primer dibujo.

Mata–Ligero dejó que Mira–Riscos leyera por sí mismo la cadena del mensaje del Instituto, y luego ambos se ocuparon en traducir la sucesión de rayos y chispas a una cadena de flecos, que les era necesaria para leer el dibujo. La extendieron cuidadosamente sobre la corteza, y Mata–Ligero fluyó sobre ella.

—Recibieron nuestro mensaje, Mira–Riscos —dijo Mata–Ligero con un débil susurro—. Aquella escalada no fue en vano.

—¿Cómo lo sabes?

Mejor que contestarle, lo que hizo Mata–Ligero fue apartarse para que él pudiera palpar el esquema de nudos de la cadena.

—Es como el primero que nosotros les enviamos —exclamó Mira–Riscos—. Muestra los Ojos de Brillante sobre el polo este, y una aguja que apunta hacia una posición encima del Templo Sagrado, excepto que la aguja es una cosa graciosa con un ángulo en la punta.

—Debe de ser su símbolo para indicar dirección —dedujo Mata–Ligero—. Es demasiado delgado para que se sostenga por sí mismo, y tiene una rara e innecesaria terminación en forma de bastones que salen de él con un ángulo pronunciado. ¡Qué

criaturas tan extrañas! Sus símbolos tienen la misma forma de bastón y son tan angulosos como ellos.

—Este mensaje debe significar que nos entienden y que irán a situarse encima del Paraíso de Brillante —opinó Mira–Riscos.

—Confiemos en que sea así —respondió Mata–Ligero. Dirigió algunos de sus ojos hacia los siete puntos de luz en el cielo, y añadió—: No veo que se hayan movido todavía.

Mira–Riscos realizó la misma observación con sus expertos ojos de astrólogo.

—Me parece que sí se han trasladado —informó tras una breve pausa—. Déjame coger algunas varas de astrólogo.

Acosaron a todos los astrólogos locales. Después de un giro de observaciones, llegaron a la conclusión de que los Ojos de Brillante habían cambiado su posición en el cielo. Desde su punto de vista en la ciudad de la Ascensión de Ligero, una de las estrellas más lejanas antes se escondía detrás del Ojo Interior una vez cada giro, pero ahora el punto de luz sólo rozaba la parte superior del Ojo Interior. ¡El Ojo Interior se movía!

Ahora que ya habían establecido una comunicación en los dos sentidos, Mata–Ligero se sintió poseída totalmente por su fuerte afán investigador. Debía saber más cosas de aquellas criaturas extrañas, de su vida tan lenta, de su forma abastonada, pero sobre todo de su mágico poder que les permitía flotar en el cielo sin ser afectados por el todopoderoso tirón de Huevo. Tenía muchas cosas que preguntar, y su incansable mente empezó a buscar la manera de formular sus preguntas de un modo rápido mediante dibujos simples. Pero primero, tendría que desarrollar muchas negociaciones. Se dirigió al transmisor rápido y envió mensajes al Comandante de la Frontera del Este y al Instituto del Ojo Interior.

Tras media docena de giros, Mata–Ligero había cambiado de profesión. El Comandante de la Frontera del Este se sintió aliviado cuando Mata–Ligero pidió su licenciamiento; había estado preocupado al no saber qué hacer con un comandante que contaba con muchísimos más giros de los requeridos para ser jubilado pero que a juzgar por los informes recibidos era tan joven como el más joven de los reclutas. Además, no disponía de tropa para ponerla bajo su mando. Se sintió tan aliviado, de hecho, que aceptó en seguida que Mata–Ligero pudiera disponer de un transmisor rápido.

El Instituto del Ojo Interior no vaciló en aceptar la propuesta de Mata–Ligero como miembro del instituto. Si no hubiera sido por su heroica ascensión de las montañas, aún estarían recibiendo los dibujos a razón de una chispa cada varios días. Puesto que Mata–Ligero estaba más próxima a los Ojos de Brillante desde las cercanías del polo este, decidieron que las siguientes comunicaciones se enviarían desde allí y que ella sería la responsable de su transmisión.

En menos de una docena de giros, Mata–Ligero tuvo instalado su propio transmisor rápido en el recinto de los astrólogos locales, y comenzó a emitir un dibujo tras otro hacia un mirador situado en ángulo con la corteza para desviarlo al cielo, hacia los Ojos de Brillante. Su alegría no tuvo límites cuando, al cabo de un tiempo vió los rayos intermitentes. ¡Podía verlos con sus propios ojos! Por fin había conseguido entrar en comunicación con otra raza de seres, y ella era la responsable del transmisor.

FECHA: 08:18:33 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Amalita Shakhashiri Drake introdujo su grácil cuerpo acostumbrado al ballet en su traje espacial, consiguiendo que esta operación por lo general engorrosa pareciera una pieza de baile. Con extrema atención, fue leyendo la lista de comprobaciones reglamentarias, aunque las conocía de memoria por haberse ocupado de supervisar los ejercicios de emergencia durante los dos años que el San Jorge había necesitado para realizar su viaje de 1/30 de año luz de trayecto desde el Sol a Huevo del Dragón. La estrella de neutrones se encontraba ahora a 400 kilómetros de su pequeña lancha científica, el Matadragones.

Tenía prisa por colocar en su nueva posición la antena del láser de comunicaciones, pero la reducida tripulación del Matadragones no podía permitirse el lujo de cometer un error. Por ello, Amalita esperó pacientemente a que alguien fuera a hacerle la revisión final.

El médico de a bordo, doctor César Ramírez Wong, llegó volando de cabeza hasta el habitáculo superior, efectuó una voltereta perfecta, y anuló su impulso con una estudiada flexión de rodillas. Rebotó un poco y quedó colgado frente a ella con la cabeza hacia abajo. Amalita se percató de que los compensadores de marea gravitacional no actuaban del todo bien en la cubierta superior, porque notó que él se desplazaba muy lentamente hacia el techo mientras leía la lista de comprobaciones.

—... tanques de aire, principal y de emergencia: llenos. Ahora debes colocarte el casco y comprobar el aire y la refrigeración —indicó César.

Amalita iba por delante de él, y con voz apagada respondió de inmediato desde detrás del visor:

—Casco colocado; aire y refrigeración correctos.

—Botas de anulación magnética... —anunció César, tras consultar de nuevo la lista de comprobaciones.

Amalita accionó un interruptor del panel pectoral que reordenó la distribución pseudoaleatoria de los monopolos magnéticos de la suela de sus botas, que ahora copiaban la distribución hexagonal de los monopolos de las placas interiores y del casco del Matadragones.

Unas botas electromagnéticas habrían resultado más sencillas si hubieran podido construir el Matadragones con acero, pero como la estrella de neutrones y las masas de compensación gravitatoria situadas alrededor de la nave tenían momentos magnéticos muy importantes, los ingenieros tuvieron que buscar un material de sustitución. Las botas de Amalita golpearon con fuerza contra el suelo, cada pie giró 30 grados hacia afuera cuando las botas se adaptaron a la distribución hexagonal de la plancha del suelo.

—Vaya una tercera posición, tan inclinada. Mi profesor de ballet jamás me habría permitido una cosa tan fea.

Accionó el interruptor que desconectaba el acoplador magnético de las botas, y se elevó suavemente en el aire mientras César seguía con el canturreo de la lista.

—Comprobaciones terminadas —anunció César, mientras flotaba hacia los controles de la compuerta—. Vas a salir. Procura trasladar el plato de comunicaciones al soporte giratorio lo más rápido que puedas. No olvides que las criaturas de la estrella de neutrones viven un millón de veces más aprisa que nosotros; quince minutos de los nuestros equivalen a treinta años suyos. Amalita abrió la escotilla de la compuerta de aire, entró y cerró tras ella. Hizo una señal a César a través de la mirilla y notó que su traje se hinchaba a medida que la presión exterior disminuía. La escotilla exterior se abrió hacia dentro, y Amalita se agarró a su cuerda de seguridad al mirar hacia fuera con precaución. Aunque en una docena de ocasiones, durante el largo camino hacia Huevo del Dragón, había salido del San Jorge para efectuar reparaciones, ésta era la primera ocasión en que salía del Matadragones, y ya contaba con que el panorama iba a dejarla un poco confusa. En el espacio, cualquier cosa que provoque confusión es una fuente primaria de accidentes, y ella no había llegado hasta allí para arriesgarse en trabajos fuera de la nave.

Amalita miró hacia el exterior de la compuerta situada en medio del Matadragones. Puesto que la nave estaba estabilizada inercialmente, las estrellas permanecían quietas en el firmamento. Pero por delante de la compuerta pasaba cinco veces por segundo el globo brillante de Huevo del Dragón. A 400 kilómetros de distancia, la estrella de neutrones, de 20 kilómetros de diámetro, era casi cinco veces mayor que el Sol visto desde la Tierra, y ocupaba una parte importante del cielo.

«Ojalá orbitáramos a su alrededor a una velocidad mayor, porque su imagen se fundiría en un anillo —pensó—. A cinco veces por segundo, no cae en una frecuencia que solape la persistencia de la imagen en la retina, y esto va a ser una molestia importante.»

Se acercó al umbral y asomó la cabeza. Con un mayor ángulo de visión pudo contemplar en su totalidad el anillo de compensadores de marea gravitacional que rodeaba la nave. Giraban alrededor de su centro común cinco veces por segundo, al tiempo que orbitaban alrededor del Matadragones. Puesto que había seis masas,

parecían casi fundidas en un anillo sólido.

Amalita hizo una pausa para acostumbrarse a la visión. Había un globo blanco de luz brillante que giraba en círculos alrededor de la parte central del Matadragones, y en ángulo recto se veía un anillo rojo resplandeciente que daba vueltas sobre la nave como un anillo de boda rodando sobre una mesa. Ambos movimientos circulares estaban coordinados de tal forma que el plano del anillo era siempre perpendicular a la dirección hacia la estrella de neutrones.

—¿Cómo te va? —la voz de César le llegó por medio del enlace de comunicaciones del traje.

—Bien. Sólo estoy esperando a que pueda acostumbrarme a este panorama giratorio. Me recuerda una vez que en la Academia Lunar de Ballet traté de superar el récord del Guinness Book of Records para el mayor número de fouettés hechas sin parar. Después de girar sobre mi pie más de cien veces, perdí mi punto de equilibrio, me falló todo, y el vértigo se apoderó de mí. No creo que entonces viera girar a mi alrededor tantas cosas y tan aprisa como ahora.

Amalita miró hacia la parte superior del Matadragones, hacia la torreta central que sostenía el espejo solar, el radar de láser, el analizador de microondas y otros instrumentos. La torreta giraba cinco veces por segundo para mantener los instrumentos orientados hacia Huevo del Dragón.

—No has parado la torreta —se quejó—. No puedo trabajar mientras siga dando vueltas.

—Ya que has de empezar por el plato parabólico del láser de comunicación y sacarlo de su soporte que está en el casco —respondió César—, tardarás algunos minutos en tenerlo a punto para montarlo en la torreta. Creo que debemos esperar hasta entonces para anular el giro de la torreta. Tan pronto como la paremos tendremos que cortar la comunicación con los seres de la estrella de neutrones. Abdul está preparando un aviso sencillo para anunciarles la interrupción y que sepan que seguimos aquí y no nos hemos ido a casa.

Amalita buscó por el ecuador del Matadragones hasta encontrar uno de los platos de comunicación láser. Fijó sus ojos en él, y ajustó su orientación personal en sentido de arriba a abajo. Ordenó a sus ojos que ignoraran los objetos que giraban en su campo visual periférico, activó sus botas magnéticas, y pisó el casco exterior de la nave.

Como Amalita estaba en pie, pudo sentir en su cuerpo el efecto de la pulsación residual de las fuerzas gravitatorias. Además de los campos pulsantes, había unas ligeras variaciones en la compensación general, dado que la nave espacial estaba cambiando poco a poco la posición de su órbita desde el polo este a una posición sobre la formación montañosa de la superficie de la estrella. Algunas veces se sentía atraída hacia fuera con una fracción de g , y otras veces empujada hacia dentro.

Amalita se acercó lentamente al plato de comunicación láser más próximo. Desconectó el cable coaxial que lo alimentaba con los voltajes de modulación procedentes del interior de la nave, luego la línea de potencia hasta el láser y por último empezó a ocuparse de los tornillos de fijación. Era un equipo muy bien diseñado, con los tornillos prisioneros del marco, lo que evitaba el peligro de que se alejaran flotando en caída libre. Asió un puntal de la voluminosa pieza y cargándolo con cuidado emprendió el viaje de regreso sobre la curvatura del casco del Matadragones.

—Empieza a anular el giro de la torreta, Doc —pidió por medio del intercomunicador de su traje espacial—. Estoy fuera del alcance de las toberas de control.

Mientras se desplazaba sobre el curvado casco podía ver cómo la torreta iba frenando poco a poco, hasta que se detuvo por efecto de los reactores de control que lanzaban sus chorros para eliminar el exceso de momento dinámico.

Cuando llegó a la ahora estacionaria torreta, miró hacia arriba a lo largo de sus tres metros y encontró el radar de láser. El plato de la antena de radar iba alojado bajo el gran espejo que transmitía una imagen de Huevo del Dragón, de un metro de diámetro, directamente sobre la mesa dispuesta para recibirla.

Se estaba alejando de la compuerta, por lo que se aseguró con una segunda cuerda a la base de la torreta. Se alejó con cuidado del casco de la nave y se aupó a la torreta cilíndrica. Se concedió unos momentos para reajustar su orientación personal arriba-abajo, y después, sosteniendo todavía la voluminosa antena parabólica del láser de comunicaciones, ascendió por la torreta. A medida que ascendía alejándose del centro del Matadragones, la precisión de la compensación gravitatoria era cada vez más precaria. A mitad de la ascensión, se dio cuenta de que el efecto de los campos gravitacionales sobre su cuerpo se hacía demasiado intenso como para ignorarlo. Notaba como si su traje espacial estuviera rodeado por duendecillos que tiraran o empujaran de varias partes de su anatomía. La compensación general gravitatoria también fallaba, y el plato del láser de comunicaciones empezó a tirar de ella, ya que su peso iba en aumento conforme subía por la columna.

El incremento de peso no era muy importante, pero sí lo bastante significativo como para que Amalita se detuviera después de cada paso para cambiar el enganche de su cuerda de seguridad al anillo más próximo a ella. Al fin, pudo alcanzar el radar de láser y sujetar el cabo de amarre del disco de comunicaciones a un enganche cercano, con lo que pudo dejar de soportar la carga. Con una amarra de su cinturón, se aseguró ella misma al radar de láser.

Firmente sujeta a la columna por sus botas magnéticas y un par de amarras cortas, empezó a desmontar el radar de láser. Por suerte, los cables de potencia y el coaxial de la modulación eran intercambiables entre los dos sistemas de láser. Todo lo

que debía hacer era cambiarlos de sitio, sacarlos del modulador de pulsaciones que usaba el radar de láser y conectarlos al modulador de vídeo de la consola del láser de comunicaciones. Pero por desgracia, la distribución de los tornillos de los dos sistemas láser era incompatible y sólo pudo dejar uno apretado. Se había preparado para este problema y llevaba una cola epoxídica de endurecimiento instantáneo en el vacío para asegurar la fijación del plato del láser de comunicaciones al soporte del radar de láser.

—Lo que necesito son cuatro manos —se lamentó.

Cuando debió sacar el doble tubo de la cola epoxídica, que estaba diseñado para poder manejarlo con los embarazosos guantes, e incluso tenía tapones cuentagotas, Amalita, en sus prisas por acabar, cometió un error.

El error era explicable por tratarse de alguien que había vivido en caída libre durante los últimos años. No hizo más que soltar el radar de láser, dejándolo a su lado al tiempo que abría el pegamento. Mientras se ocupaba del epoxí, el radar de láser poco a poco se fue apartando de ella, ganando velocidad. Al tensarse, su cuerda de anclaje dio un fuerte tirón al cinturón de Amalita, que de pronto perdió contacto con la torreta. Después del pánico inicial, llegó al extremo de sus dos cuerdas de seguridad y rebotó. Notó la sacudida al arrancarse el enganche más débil, el del radar de láser, pero los otros enganches, los personales, aguantaron. Vio cómo se alejaba el módulo del radar de láser, pero ella quedó sujeta. El módulo adquirió más y más velocidad debido al fuerte campo gravitatorio de las masas de compensación, y se perdió de vista al ir a reunirse con los asteroides ultradensos.

—Tenemos un problema, Matadragones —informó por su micrófono—. He perdido el módulo del radar de láser, lo han atraído las fuerzas de marea gravitacional.

Amalita se propulsó a sí misma, mano tras mano, a lo largo de las cuerdas de seguridad hasta la torreta, y acabó la operación de atornillar y encolar el plato de comunicaciones al soporte vacío, y después conectó los cables de potencia y de modulación.

Lo más rápido que pudo, bajó de la torreta e hizo una señal a César para que activara de nuevo el movimiento rotatorio. Estuvo vigilando, fuera del alcance de los chorros de control, hasta que recuperó sus cinco revoluciones por segundo. Al desviar la vista hacia arriba advirtió un alargado globo de metal y cristal machacados que se dirigía dando vueltas hacia el Matadragones. Las agudas puntas metálicas del globo emitían una corona azul de descargas eléctricas originadas por el rápido movimiento del metal a través de los potentes campos magnéticos de la estrella.

Amalita estaba asustada. Si aquello llegaba a golpear el casco del Matadragones morirían todos ellos. Maldiciéndose por haber sido tan descuidada, Amalita comprendió que aquél no era momento para andarse con precauciones.

—¡Emergencia! ¡Emergencia! —gritó.

Y sin esperar respuesta, empezó a explicar lo que pasaba y sus esfuerzos por solucionarlo.

—El módulo del radar de láser está suelto y se mueve a gran velocidad muy cerca de la nave. Abandono la línea de seguridad y usaré mi cohete de impulsión para intentar cogerlo.

Se desenganchó de la cuerda de seguridad, alargó la mano hasta los controles de su propulsor individual, y despegó para capturar el mortal proyectil.

Al lanzarse alrededor de la curva del casco, vio el módulo por encima de la torreta. Había disminuido su velocidad a causa de las fuerzas de marea que lo atraían. El módulo había descrito una curva completa, de arco muy largo, y ahora regresaba al Matadragones. Para poder retenerlo, debía capturarlo mientras llevara poca velocidad, así que se propulsó directa a su encuentro.

Cuando voló más allá de la torreta giratoria, su cuerpo empezó a notar las fuerzas de marea gravitatoria. Intentó agachar la cabeza y encoger las piernas para acortar su longitud y disminuir el efecto de las fuerzas, pero resultaba muy difícil hacerlo mientras luchaba contra el fuerte tirón en sentido contrario. Lo peor ocurría en su cabeza: las orejas y la nariz parecían recibir veinte golpes por segundo, mientras que la coronilla sufría como si un salvaje le arrancara la cabellera con un cuchillo mellado.

A pesar del dolor, continuó ascendiendo para encontrarse con el módulo, que aumentaba su velocidad poco a poco según se aproximaba al Matadragones. Era el momento de poner en práctica todo lo que recordaba de sus dos temporadas como capitana del equipo de pelota libre en L-5. Su mano izquierda maniobró los controles del propulsor situados sobre su pecho. Frenó, dio un giro, y después aceleró para igualar su velocidad con la del trozo de metal que caía ya rápidamente. Al cambiar la orientación de su cabeza, cambiaron también las fuerzas de marea. Su nariz, como si alguien se la estirara, empezó a escupir glóbulos de sangre elipsoidales. Mirando ansiosamente a través de su ensangrentado visor, Amalita encontró un trozo corto de cuerda de amarre frente a ella, lo agarró con su mano derecha mientras con su mano izquierda operaba con los controles. El módulo de radar de láser seguía su trayectoria hiperbólica, caía por detrás del casco del Matadragones y después ascendía según la línea ecuatorial de la nave. Poco a poco, Amalita logró controlarlo y lo arrastró bajándolo hacia el casco. Pocos segundos después de que sus botas magnéticas golpearan las placas, ya tenía amarrados su cuerpo y el retorcido trozo de metal a los anillos de sujeción del casco. Su voz era ronca porque no había cesado de gritar durante toda la cacería sideral.

—¡Todo está amarrado! —gruñó—. Necesito ayuda para entrar todo esto.

—¿Estás herida? —fue la preocupada demanda que brotó del altavoz de su traje

espacial.

—Estoy toda dolorida, Doc, pero por suerte lo más grave es que me sangra la nariz —contestó.

En su viaje de regreso a la compuerta de aire, mientras movía su contusionado cuerpo lentamente de un enganche de seguridad al otro, Amalita vio una figura con traje espacial que salía por la compuerta para acudir en su ayuda. Se sintió muy contenta de poder pasar sus problemas al compañero de tripulación que le daba la bienvenida.

—De verdad que me alegro de verte —saludó Amalita—. Aunque sólo pueda hacerlo a través de una neblina roja. Toma, esto es lo que queda del radar de láser. Con cuidado, ya que cuando las fuerzas de marea lo machacaron se formaron algunas puntas agudas que pueden pinchar tu traje.

—Ya lo tengo —exclamó Jean—. Ahora entra en la compuerta de aire e inicia el procedimiento de ingreso en la nave. Doc te está esperando al otro lado con una compresa para tu nariz. Y si estás preocupada por ello, has de saber que el enlace mediante el láser de comunicaciones está trabajando muy bien. Ya hemos enviado los primeros mensajes y hemos recibido sus respuestas por el localizador ultravioleta.

INTERACCIÓN

FECHA: 08:42:05: MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Mata–Ligero se deslizó suavemente por el recinto del Instituto del Ojo Interior en el Paraíso de Brillante. Se estaba haciendo vieja, y ya no fanfarroneaba moviéndose directamente en la dirección difícil como hiciera en tiempos pasados. En vez de ello, avanzó por la línea oblicua, dejando que el bulto de su todavía voluminoso cuerpo trabajara contra las «líneas de fuerza magnéticas» que habían conocido por las enseñanzas de uno de los primeros libros de Pierre. Se dirigía a la Biblioteca de Conversación Espacial. Aún se encontraba en construcción, con obreros que levantaban paredes bajas con depósitos de almacenaje de los conocimientos que, desde ya hacía por lo menos dos generaciones, les radiaban desde el cielo. Había depósitos menores para guardar los rosarios de flecos, que era el método primitivo de grabar y archivar los primeros dibujos que se utilizaba en los comienzos de su tarea como responsable del transmisor, y había depósitos mayores para las placas de sabores que podían grabar con toda fidelidad las imágenes de alta definición, en televisión multicolor, que ahora empleaban los humanos.

Las placas de sabores eran otro de los muchos inventos de Mata–Ligero. Había empezado a desanimarse porque no hallaba la manera de registrar todos los sutiles matices de la señal de televisión de los humanos mediante nudos de formas y tamaños variados. Descubrió la técnica nueva cuando se encontraba de inspección después de levantar el campamento para trasladarlo a un nuevo emplazamiento situado bajo la nave humana que se desplazaba con rumbo oeste. Se deslizaba sobre los restos de la cocina del campamento, y su arista pasó a través de un plato de mezclar abandonado, sucio de jugos de carne y especias. Sus antiguos sentidos de cazadora entraron en acción e intentó obtener cada elemento de información de la mezcla de pistas químicas que estaba pisando. Mata–Ligero había efectuado pruebas, y descubrió que su arista podía «catar» con más alta definición y comprensión si usaba sus antiguos sentidos de seguimiento de rastros en vez de «palpar» con sus también muy desarrollados sentidos táctiles. Después de algunos experimentos para encontrar las especias con olores más penetrantes y duraderos, los conocimientos de los humanos se guardaron en placas de larga duración, aparentemente en blanco, que se convertían en una imagen detallada y a pleno color cuando una experta arista se deslizaba sobre ellas.

Mata–Ligero se acercó a Rayos–del–Cielo, uno de sus aprendices, que se hallaba muy ocupado observando las señales que llegaban desde el Ojo Interior. Con un juego de hábiles pseudópodos, las copiaba echando gota tras gota de varias especias sobre una placa.

Con la mitad de sus ojos aún ocupados en la tarea de anotar las señales, Rayos-del-Cielo dirigió los demás hacia su mentor.

—¿Qué haces aquí, oh Responsable del Transmisor?

Rayos-del-Cielo, a pesar de la correcta y formal manera de dirigirse a ella, no podía ocultar del todo su contrariedad por estar interfiriendo en su trabajo.

Mata-Ligero sabía perfectamente lo que le sucedía al joven. Estaba preparado para ser el nuevo responsable del transmisor, pero ella aún seguía allí. Pero esto a ella le preocupaba muy poco. Conforme iba envejeciendo, se volvía más blanda y la verdad era que ya tenía ganas de ir a cuidar huevos y crías. ¡La de historias que les iba a contar!

—He venido a traerte buenas noticias, Rayos-del-Cielo —respondió—. El Consejo Consultivo del Instituto del Ojo Interior está de acuerdo con mi recomendación, y desde ahora ya eres el nuevo Responsable del Transmisor.

Mata-Ligero se deslizó hacia él, y los pseudópodos del joven vacilaron. Ella iba a formar un pseudópodo para acariciar la parte superior de Rayos-del-Cielo, como había hecho muchas veces. El parecía desearlo, pero ella descubrió que ya no estaba interesada en el sexo. Lo que quería era ir a cuidar los huevos que la estaban esperando. De todas formas, le dio un frote amistoso.

—Mantente vigilante, Rayos-del-Cielo —le aconsejó—. El trabajo puede resultar aburrido muchas veces, pero uno nunca sabe si la página siguiente traerá una verdad nueva a nuestro pueblo.

—Lo haré así, maestro —aseguró Rayos-del-Cielo y volvió a utilizar todos sus ojos para mirar al cielo.

Mientras, Mata-Ligero se deslizó, en la dirección fácil, hacia los recintos de nidos que estaban en el lado este del Paraíso de Brillante.

FECHA: 09:17:25 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Pierre leyó el aviso que aparecía en una esquina de su pantalla.

COMUNICACIÓN DE JEAN-BIBLIOTECA

—¡Acepto la comunicación! —exclamó.

ENVIADA LA SECCIÓN DE MATEMÁTICAS Y FÍSICA. PROGRAMADA EN ORDENADOR SEGÚN TUS LIBROS. EXTRACTADA DE FÍSICA DE ESTRELLAS DE NEUTRONES. MARCHA LENTA, AÚN. ¿QUÉ VA A CONTINUACIÓN?

****JEAN

Pierre pensó durante unos momentos. Jean tenía razón. Si malgastaban el tiempo

en buscar los conocimientos útiles en los cristales HoloMem de la extensa enciclopedia de la nave, y en introducir estos conocimientos en el ordenador para que los emitiera por la consola de comunicaciones láser, tardarían una eternidad y un día. Un día para los humanos, y lo que les parecería una eternidad a los seres de la estrella de neutrones.

—¡Amalita! —gritó así que un pañuelo ensangrentado, con dos impacientes ojos sobre él, apareció por el corredor—. ¿Podemos conectar directamente el lector del HoloMem a la consola de comunicaciones?

Hubo una breve pausa, mientras Amalita repasaba mentalmente los diagramas de circuitos en su memoria casi fotográfica.

—Lo siento, Pierre —se excusó ella—. El lector de cristales HoloMem está cableado directamente al ordenador de la biblioteca. Pero la consola de comunicaciones tiene capacidad para leer o grabar un cristal HoloMem de una vez.

—¿De veras? —preguntó Pierre, sorprendido.

Amalita flotó hasta la consola de comunicaciones, donde Abdul se encontraba al control de la última transmisión, y abrió una puerta pequeña situada en uno de los lados. Buscó dentro y sacó un objeto que tenía tres caras. Al sacarlo, Pierre pudo ver que le faltaba el fondo y que el interior era un rincón cúbico formado por espejos brillantes y pulidos.

—Esto es la mitad de la cavidad del lector —explicó Amalita—. Y aquí está un verdadero cristal HoloMem.

Pulsó un botón y un cubo perfecto de cristal, de cinco centímetros de lado, saltó fuera de la puerta, girando despacio mientras flotaba en el aire. Las aristas y los vértices del cubo eran de un negro azabache, pero a través de las pulidas caras Pierre podía ver las reflexiones irisadas de las franjas de información que guardaba en su interior. Amalita atrapó con habilidad el cubo en el aire, sujetando dos vértices opuestos entre su pulgar y su índice.

—Esto ha estado registrando todo lo que ha pasado por la consola desde que empezamos —dijo—. Tiene exactamente las mismas dimensiones que un cristal HoloMem de la enciclopedia, y podemos poner uno en vez de éste y leer toda la enciclopedia un cristal tras otro. Tardaríamos más o menos un minuto en realizar el cambio de cristales y comprobar el ajuste del lector, y media hora en leer cada uno de los 25 cristales de la enciclopedia, pero será más rápido que transmitir todos esos datos desde el ordenador de la biblioteca, a través del ordenador de la nave, hasta la consola de comunicaciones.

—Bien —aprobó Pierre—. Ve a buscar el primer cristal de la enciclopedia y empecemos por él.

—A hasta AME, AME hasta AUS, AUS hasta BLO, BLO hasta... —iba recitando Amalita cuando regresó por el corredor, empujándose con piernas y pies tan

bien como lo hacía con sus manos, que se hallaban ocupadas sosteniendo el cristal HoloMem y el rincón de cierre de la cavidad del lector láser.

—Una educación completa, de Astronomía a Zoología —reflexionaba Pierre—. Por orden alfabético no es la mejor manera de instruir a alguien, pero en este caso es la más rápida.

FECHA: 11:16:03 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Chupa-Cristal apretó los poros de su arista sobre la página, absorbiendo otra vez la revelación que había logrado a través de las placas vaciadas de neutrones. Sus golpeteos de alegría y sorpresa machacaron la página. De la página se transmitieron al suelo, y del suelo a todo el recinto de la Biblioteca de Conversación Espacial, y originaron redobles de aviso de los bibliotecarios y de los estudiosos. Los redobles se completaron al poco rato con las ondas más lentas que procedían de la aproximación metódica de su amigo, mentor y (desgraciadamente esta vez) jefe bibliotecario, Habla-al-Cielo.

—¿Has perdido los sentidos? —le preguntó al llegar—. ¿O sólo se trata de que has apurado tus núcleos, dejándolos secos al intentar leer estas placas de cristal, y has sufrido convulsiones?

—Lo siento, Habla-al-Cielo. Es que he adquirido una serie de conocimientos que permiten formar un conjunto coherente con todos mis estudios previos. Aquí, Pruébalo.

Habla-al-Cielo fluyó sobre el polvoriento y muy catado documento cuando Chupa-Cristal se apartó. Por la cabecera de la placa, el bibliotecario supo que se trataba de uno de los primeros registros de la enciclopedia humana, HoloMem 2—AME a AUS. Era una tabla de la sección Astronomía.

—¿Y qué? —inquirió Habla-al-Cielo—. Esta placa ha sido lamida con tanta frecuencia que apenas si le quedan neutrones, y mucho menos alguna información que no haya sido correlacionada y contracorrelacionada por los Ancianos muchos giros atrás. ¿Qué ves en ella que yo no puedo ver? A mí me parece que no es más que una tabla vieja y casi insulsa. —Y al deslizarse fuera de la placa insistió—: ¿Qué es eso tan importante como para molestar las investigaciones y estudios de todo el personal de la biblioteca?

—Por favor. Se trata de una entrada de la tabla que de golpe confirmó y se correlacionó con algunas placas recientes que, en este mismo giro, he ayudado a preparar y catalogar. Hace pocos milisegundos, en la Recepción de Comunicados, he preparado las placas de cristal para el conjunto de datos recibidos de los humanos en este giro, y he ido probando sabores sobre la marcha, contrastando lo grabado con la línea de retardo acústico, como hacemos todos los aprendices. Muchos aprendices no

se preocupan por lo que contienen las placas y tan sólo comprueban si concuerda el registro con las vibraciones de la línea de retardo, pero a mí me gusta catarlas y efectuar las correlaciones preliminares e imaginarme que soy el Responsable de las Comunicaciones.

—¿Tú? —Habla-al-Cielo tamborileó con burlona entonación—. ¿Responsable de las Comunicaciones?

—Bueno... ¡sí! —replicó Chupa-Cristal—. Munificencia-del-Paraíso ha sido Responsable de Comunicaciones durante más de quince minutos de los humanos. Quizás haya aprendices más viejos que yo, pero soy el único que de verdad se preocupa por la información que recibimos. Apuesto a que cuando se reúna el Consejo para buscar el sustituto de Munificencia-del-Paraíso, me escogerán. ¿Tengo razón? Usted es miembro del Consejo.

—Hmm —exclamó Habla-al-Cielo—. Tal vez tengas razón, pero no te hagas demasiadas ilusiones. Dime, ¿qué es esa correlación que tanto te emociona?

—La nebulosa alargada, que parece un velo, y que es la quinta de la lista, puede ser extrapolada si retrocedemos hasta un punto de partida situado 500.000 años humanos atrás. Ese punto está muy cerca de aquí, a unos cincuenta años luz de distancia, y en espacio y tiempo se encuentra casi exactamente en la trayectoria de Huevo, si se extrapola hacia atrás a lo largo de ella.

—Muy interesante —reconoció el Jefe Bibliotecario—. Probablemente has identificado el tiempo y el lugar de la explosión de la supernova que dio origen a Huevo.

—Pero lo que es más interesante todavía —continuó el aprendiz— es que los registros climatológicos que estamos recibiendo demuestran que hubo un cambio drástico de clima en la Tierra de los humanos, más o menos al mismo tiempo. Además, ese tiempo es el que los antropólogos humanos suponen corresponde a la aparición de la especie Homo Sapiens. Creo que la puesta de Huevo por una supernova tan próxima al sistema solar fue la causa directa de que apareciera la inteligencia en las criaturas que flotan encima de nosotros y nos enseñan todo lo que saben.

—Estoy seguro que los humanos se van a divertir cuando lo oigan —observó Habla-al-Cielo—. Vayamos a ver a Munificencia-del-Paraíso para que añada esto en el próximo mensaje.

FECHA: 14:20:05 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Jean se encontraba ocupada en poner a punto un enlace alternativo de comunicaciones mediante el buscador de infrarrojos cuando oyó un fuerte ronquido. Parecía la voz de una foca enfadada. Se dio la vuelta rápidamente para buscar el

origen del ruido.

—Me he quedado dormido y roncaba —reconoció un avergonzado Pierre, que había estado pasándole las herramientas mientras ella estaba cabeza abajo dentro del cuerpo del buscador de infrarrojos.

—No me extraña —contestó ella, mientras salía del aparato y le arrebatava la caja de las herramientas—. Has perdido tu turno de sueño por culpa de todo este follón. Ahora mismo te vas de cabeza a tu hamaca a dormir un poco. No nos sirves para nada, si estás así.

—Pero si duermo durante ocho horas, habrán pasado mil años de evolución de los cheela cuando me despierte. ¡Eso es como dormir durante el Auge y Caída del Imperio Romano!

—Pon tu despertador para dentro de seis horas —le recomendó ella al tiempo que le empujaba pasillo abajo—. Así tendrás suficiente descanso para poder funcionar, y quizá te despiertes antes de que ellos desarrollen los viajes espaciales.

FECHA: 14:28:11 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Preocupación–de–Alivio se detuvo a mitad de su mensaje a los humanos. Formó un manipulador, lo reforzó con un hueso cristalino, y apretó los paneles que cubrían la imagen que llegaba desde 400 km transmitida por los humanos desde su nave en órbita sincrónica alrededor de Huevo. La cara que estaba debajo de ella en la pantalla de gustos se apagó, y la sustituyó su propia imagen.

«Pues sí, debo contemplar lo maravilloso que me veo —pensó Preocupación–de–Alivio—. Estos humanos bien pueden esperar un poco. Además, si el ordenador lo hace ir todo un millón de veces más despacio para que los lentos puedan seguirlo, apuesto a que nunca sabrán que he dejado de hablar.» Preocupación–de–Alivio absorbió su imagen a través de su arista y fue feliz con lo que veía: sus doce ojos relucían con un halo rojo oscuro sobre el barroco dibujo que se había hecho pintar en la parte superior de su aplanado y elipsoidal cuerpo. Se giró despacio, observando el cambio de enfoque en la pantalla. Los doce círculos relucientes próximos a las bases de cada uno de sus tallos de ojo reflejaban el negro cielo y las estrellas, lo cual hacía parecer que tuviera agujeros en su cuerpo mirando hacia otro universo. Serpenteando entre los círculos lucía una franja de pintura altamente emisiva de reluciente color amarillo, que contrastaba con el rojo oscuro de la superficie de su cara superior.

—Verdaderamente hermoso. A Madre le va a encantar —se recreó.

Necesitaba gustar a su madre. Su madre casi nunca le visitaba, y parecía dedicar todo su tiempo a Primogénito–de–Alivio y a Orgullo–de–Alivio.

«Recuérdalo siempre —se dijo a sí mismo, imitando al Anciano que se había encargado de su enseñanza—. Tu madre es Alivio–de–Todos–los–Clanes y tiene

cosas que hacer mucho más importantes que ocuparse de sus hijos.»

»Si por lo menos no hubiera ordenado que sus huevos se mantuvieran separados de los demás, yo sería un cheela como tantos otros del criadero central y no tendría que preocuparme de si mi madre se ocupa o no de mí.

»Pero —recapacitó— si no hubiese sido por mi madre, seguro que ahora no desempeñaría el envidiable cargo de Responsable de las Comunicaciones. Aunque sea un trabajo aburrido, es uno de los más prestigiosos de todo el Imperio de Alivio.»

Alivio-de-Todos-los-Clanes se detuvo a la entrada del ponedero de huevos. El Anciano que cuidaba del nidal, al no tener huevos de los que ocuparse, oyó su arista y la estaba esperando. Contempló con una mezcla de ansiedad y de ilusión cómo se efectuaba la extrusión del saco de huevo, hasta la corteza, por el orificio ponedor de Alivio. Tan pronto como el saco estuvo a salvo sobre la corteza, aplanado y de una preciosa forma elipsoidal, el Anciano alargó uno de sus costados en forma de manto de incubación y cubrió delicadamente el huevo con aquella delgada membrana. Luego hizo rodar lentamente el huevo hacia él, hasta dejarlo bajo la protección de su cuerpo.

—A éste le llamaré Roca-de-Alivio —decidió Alivio—, porque su padre es Roca-Amarilla, Jefe del Clan del Noroeste. Tan pronto como la cría pueda dejar el nido, debes enviarla a Roca-Amarilla para que sea educada como una cría del clan de su padre, porque habrá de ser el Jefe del Clan cuando su padre se fluidifique.

—Así será, Alivio-de-Todos-los-Clanes —asintió el Anciano.

Alivio se dio la vuelta y fue a reunirse con sus consejeros de confianza: Primogénito-de-Alivio y Orgullo-de-Alivio, que eran sus hijos mayores. Estaba un poco cansada de la inacabable sucesión de huevos que debía poner, pero ésta era la más importante de las obligaciones de Alivio-de-Todos-los-Clanes.

—Y ahora, ¿a quién le toca? —le preguntó a Primogénito-de-Alivio.

—Hay varias posibilidades, Madre. Sin embargo, nuestros informadores mercantiles en los clanes del norte nos han comunicado que el Jefe de Clan, Picadura-Mortal, ha empezado a hablar de un reto formal a tu jefatura, a pesar de que has prohibido los duelos por el liderato. Quizá si se le ordena venir hasta aquí para un formal emparejamiento contigo, sienta luego un temor reverencial que le haga desistir de sus propósitos.

—Además —terció Orgullo-de-Alivio—, si cuando esté aquí se pone muy difícil, podremos arreglar que se fluidifique.

—No —le contradijo Alivio—. No creo que eso sea necesario. Después de todo, el único objetivo de mi reinado es corregir los instintos bárbaros de mi pueblo para que las futuras generaciones actúen de una manera civilizada, como hacen los humanos.

—¿Será, pues, Picadura-Mortal? —preguntó Primogénito-de-Alivio.

—Sí. Vamos a dar a este casi bárbaro del norte una bienvenida real que le hará sentirse mucho más importante de lo que es en realidad. Después del apareamiento formal, lo mandaremos a casa con tantos regalos que olvidará todo lo referente a desafiar mi prohibición.

—Me encargaré de ello en seguida, Madre —dijo Primogénito-de-Alivio, y se encaminó hacia el Recinto Real.

—Me acercaré a la Biblioteca de Conversaciones Espaciales —informó Alivio a Orgullo-de-Alivio—. He sabido que un nuevo libro, que trata de uno de los primeros gobernantes humanos, ha llegado por uno de los canales alternativos de comunicación. Quiero estudiarlo con atención para ver si saco ideas nuevas. Confío que las ideas sobre la manera de gobernar que tenía el humano Napoleón me interesen tanto como me interesaron las de Maquiavelo.

Orgullo-de-Alivio observó cómo su madre se dirigía al complejo de Conversaciones Espaciales, con una escuadra de soldados que realizó automáticamente una formación en vértice a su alrededor y que con sus voluminosos cuerpos abrían camino en las dos direcciones, la fácil y la difícil. Mientras se alejaba, Orgullo-de-Alivio oyó cómo su madre hablaba por medio de su arista.

—¿Qué nombre le pondré? ¿Picadura-de-Alivio? ¿Quién ha oído hablar jamás de una picadura de alivio? ¿Mortal-de-Alivio? No, esto es aún peor...

Cuando Alivio llegó al complejo de Conversaciones Espaciales se encaminó directamente a la Biblioteca, y se cuidó mucho de evitar el recinto de Comunicaciones. Lo que menos deseaba era la adulación de Preocupación-de-Alivio.

Sentía mucho no haber estudiado otra cosa, cuando era joven, que la sección GOBIERNO de la enciclopedia de los humanos. Había aplicado sus conocimientos al ingenuo sistema de gobierno de los semibárbaros cheela de su tiempo, y había asumido con facilidad la Jefatura de Todos los Clanes. Forjó un poderoso estado que conquistó lo que quedaba de las tribus bárbaras en Huevo, y por último había conseguido que reinara la paz en toda la estrella. Alivio-de-Todos-los-Clanes era lo bastante poderosa como para sojuzgar a cualquier banda o clan que no aceptara sus reglas, pero su actual misión era consolidar su mandato por medios menos violentos y fundar una dinastía hereditaria que acabara para siempre con el problema de quién sería el sucesor en el mando, porque esto quedaría determinado por el nacimiento.

Su primer (y esperaba que sería el último) error fue intentar formar la línea sucesoria tan sólo a partir de su propia carne. Primogénito-de-Alivio era un hermoso ejemplar de cheela, y se sentía muy orgullosa de que prolongara su apellido cuando ella se hubiera fluidificado. También había pensado que, puesto que era un bello espécimen, podía combinar sus excelentes cualidades con las de ella, apareándose con él tan pronto como salió del recinto de crías. Por desgracia, el resultado no fue el

que ella esperaba. Los Ancianos del nido le proporcionaron atenciones especiales, pero pronto debieron todos reconocer que apenas si tenía la inteligencia suficiente para alimentarse él solo. Alivio había encontrado la sinecura de Responsable de Comunicaciones para Preocupación-de-Alivio, pero lo que menos deseaba era acordarse de su propia debilidad. Porque de acuerdo con la sección de GENÉTICA de la enciclopedia, las imperfecciones que en Preocupación-de-Alivio eran tan aparentes estaban en estado latente en ella, enmascaradas por otros genes mejores. «Si por lo menos hubiera echado una ojeada a las demás secciones, en vez de concentrarme sólo en la de GOBIERNO», se decía a sí misma por duodécima vez, aunque sabía perfectamente que de haberlo hecho así aún estaría en la biblioteca y no sería Alivio-de-Todos-los-Clanes.

En realidad, Alivio casi se había salido con la suya. Los biofísicos cheela no pudieron determinar el mecanismo del código genético de su raza durante docenas de generaciones, y cuando lo consiguieron se quedaron sorprendidos, ellos y los humanos, de lo diferente que era. A causa de las elevadas temperaturas de la estrella de neutrones, que tendían a dispersarlo todo en un caos aleatorio, y el omnipresente campo magnético, que lo alineaba todo según sus propias líneas de fuerza, la estructura genética de los cheela era un triplemente repetido filamento lineal de moléculas nucleares complejas. Cuando las enzimas duplicadoras copiaban la molécula genética, el triple control de cada punto proporcionaba un mecanismo corrector de errores: si uno de los tres filamentos había mutado accidentalmente, la enzima copiadora se regía por la ley de la mayoría y corregía la desviación dando otro triple filamento idéntico al original. Si se producían dos mutaciones y los tres filamentos eran diferentes, la enzima se autodestruía haciendo desaparecer el gen defectuoso. Sólo cuando las dos mutaciones eran iguales podía un error estabilizarse genéticamente. Por desgracia, se habían acumulado demasiados dobles errores en los genes que formaron el sistema nervioso de su hijo Preocupación-de-Alivio. Era retrasado mental.

Muchos, muchos huevos después, Alivio empezaba a sentirse cansada, pero su ambición la obligaba a seguir. Su envejecido cuerpo enviaba a sus jugos hormonas nucleónicas para disminuir su agresividad y encaminarla hacia el trabajo de ser un Anciano. Los Ancianos eran los designados por los genes cheela para cuidar atentamente de los huevos que las jóvenes hembras del clan ponían y olvidaban, lo que les permitía volver a ocuparse como soldados en la defensa del clan frente a los enemigos. Ya no existían enemigos en ninguna parte, y Alivio no quería ser una Anciana cuidadora de huevos, por lo que había transferido sus nacientes instintos maternales a los cheela en conjunto, y permanecía en su puesto, consolidando su mandato mediante las técnicas desarrolladas por generaciones de humanos.

Por fin, Alivio debió reconocer que esto no podía continuar siempre así, y que

eventualmente tendría que fluidificarse y Alivio-de-Todos-los-Clanes ya no estaría allí para mantener tranquilos los clanes rebeldes. Desde luego, Primogénito-de-Alivio, su hijo, podía y quería tomar su puesto y asumir los deberes de Alivio-de-Todos-los-Clanes, pero su ambición personal no le permitía abandonar el control sobre su pueblo.

Alivio recordó entonces la vieja historia de una Anciana llamada Mata-Ligero que había establecido el primer contacto con los humanos. El Leonardo da Vinci de los cheela, Mata-Ligero, había inventado el primer sistema de comunicación y fue la primera Responsable de Comunicaciones. Eran otros tiempos, cuando el Responsable de Comunicaciones debía saber cómo mantener la comunicación y dominar la operación de obtener y conservar los registros en perfecto estado, y no disponía de un equipo de ingenieros y bibliotecarios para hacer funcionar las cosas.

Alivio fue a visitar a los científicos del complejo de las Comunicaciones Espaciales.

—He sabido que Mata-Ligero, la primera Responsable de Comunicaciones, experimentó una extraña transformación que la rejuveneció —dijo.

—Sí —contestó el portavoz de los científicos—. Bajo un trauma extremo, su cuerpo revirtió al de una planta dragón. Permaneció en ese estado durante algunas docenas de gran de giros, y luego, por alguna razón, la planta dragón evolucionó de nuevo a la forma de un cheela. Con ello, el nuevo cuerpo, que había sido casi completamente reconstruido, era el de un joven, mientras que la socarrada piel exterior y el cerebro eran los de un viejo.

—Quiero pasar por esa transformación —anunció Alivio—, para poder continuar al frente de mi pueblo.

—Sería muy peligroso, oh Alivio-de-Todos-los-Clanes, —le informó el científico, alarmado—. Después de la experiencia de Mata-Ligero, muchos cheela lo intentaron. A la inmensa mayoría no le sucedió nada, y al fin abandonaron el intento y se fueron a cuidar huevos. Otros, ayunaron tanto que dejaron de vivir y se licuaron. Les quedaba tan poca carne que no valió la pena avisar a los carniceros. Unos pocos probaron dos cosas a la vez: ayuno y un severo calentamiento de su cara superior. De éstos, muchos murieron a causa de las severas quemaduras, y sólo uno sufrió la transformación, aunque murió a poco de iniciarla. Quizá no lo hayas sabido por las historias que has leído sobre Mata-Ligero, pero no estaba sola, había otros dos con ella, y uno de ellos murió.

—Entonces, si se hace de forma correcta, las probabilidades son dos de cada tres —insistió Alivio con firmeza.

—Pero Alivio —protestó el científico—, la verdad es que no sabemos cuál es la forma correcta de hacerlo. Nadie estaba allí para ver cómo se realizaba la transformación.

—De todos modos, si no sufro la transformación, seguramente voy a fluidificarme pronto. Quiero ser transformada, y dentro del próximo gran de giros. Tú y tus compañeros debéis leer todo lo que encontréis y hacer los preparativos. Volveré cuando estéis preparados.

—Así se hará —asintió con resignación el científico.

Alivio se deslizó lejos de él sin pronunciar otra palabra, y su escuadra de soldados formó automáticamente a su alrededor mientras avanzaba.

En realidad, había muy poco más que aprender de la transformación de Mata-Ligero. Mucho de lo que sabían los científicos era en su mayor parte fruto de los narradores de cuentos, y se había distorsionado al irse propagando de unos a otros antes de ser puesto por escrito. Mucho antes de que hubiera transcurrido el gran de giros, los científicos hicieron saber a Alivio que ya estaban tan a punto como era posible.

Alivio se presentó allí en seguida. Había dejado a Orgullo-de-Alivio al cuidado de los asuntos de rutina del Imperio, y Primogénito-de-Alivio, con toda una tropa de soldados de aguja, fue al complejo de Conversaciones Espaciales para vigilar que el experimento se realizara con los debidos cuidados. Cuando Primogénito-de-Alivio y el Comandante de Tropa supieron lo que le iban a hacer a Alivio, protestaron enérgicamente.

—¡Te van a matar con este tratamiento! —advirtió Primogénito-de-Alivio.

—Primero te harán ayunar hasta que sólo seas un saco vacío, y luego asarán tu cara superior con una batería de arcos de rayos X —gritaba el Comandante de Tropa.

—Pues esto es lo que aguantó Mata-Ligero, y yo también voy a aguantarlo —replicó Alivio valientemente—. Quiero que vosotros dos os cuidéis de que lo hagan correctamente.

—No sé cómo podemos protegerte de ellos —se quejó el Comandante de Tropa—. Lo que se proponen hacerte no es un tratamiento, sino una tortura diabólica adecuada para un bárbaro especialmente molesto.

—Pero podéis protegerme —contestó—. Porque si yo muero, os encargaréis de que ellos mueran también.

El Comandante de Tropa vaciló, porque el matar a unos intelectuales desarmados que habían actuado lo mejor que sabían, y aún bajo protestas, no le parecía la clase de orden que un guerrero decente debía obedecer, pero su sentido del deber venció a sus principios; después de todo, quien daba la orden era Alivio-de-Todos-los-Clanes.

—Se hará como tú dices, Alivio-de-Todos-los-Clanes —contestó con obediencia.

—Y si me fluidifico —informó Alivio a Primogénito-de-Alivio—, tú serás el siguiente Alivio-de-Todos-los-Clanes. Gobierna bien, hijo mío.

Formó un pequeño pseudópodo y le golpeó con cariño en la parte superior.

—Así lo haré.

—Pero no cuentes todavía con ello —le interrumpió bruscamente—. Porque tengo la intención de volver. Y de volver más joven que tú.

Su pseudópodo le fustigó y desapareció bajo la piel. Se dirigió hacia los científicos que estaban esperando.

—Podéis empezar —anunció.

Aunque Alivio no había comido nada durante las tres últimas docenas de giros como preparación para su terrible prueba, transcurrieron dos docenas más de giros antes de que los científicos y médicos decidieran que ya se había debilitado lo suficiente para que sus funciones corporales se interrumpieran hasta el punto que las enzimas de transformación en planta dominaran a las enzimas animales. Ya podían empezar la fase siguiente de la transformación.

Según las leyendas de los narradores, Mata-Ligero tenía la parte superior manchada después de su transformación. Algunos experimentos muy dolorosos, realizados con voluntarios que habían sufrido quemaduras en un pequeño sector de sus caras superiores en sesiones cada vez más largas bajo un arco de rayos X, demostraron que el oscurecimiento era debido a las ampollas que se formaban en la piel tras una determinada exposición a los rayos X. El control del tiempo resultaba crítico, porque un tiempo de exposición excesivo convertía las ampollas en zonas muertas y las quemaduras eran demasiado severas. El voluntario que sufrió la dosis excesiva presentaba una escara repugnante en una pequeña parte de su superficie.

Alivio se hallaba apenas consciente cuando hicieron funcionar la batería de arcos de rayos X. La radiación blanca violácea cayó sobre su debilitado cuerpo. El dolor y el shock le provocaron un desmayo, y se aplanó. Los doctores vigilaban muy atentamente, y apagaron los arcos justo en el momento en que empezaban a salir las ampollas.

El Comandante de Tropa y el Primogénito-de-Alivio estaban cerca, contemplando con disgusto y horror aquel saco aplanado de piel llena de ampollas que tenían delante. Los científicos y los doctores no se movían de allí, y no dejaban de palpar con sus pseudópodos el dormido cuerpo.

—Vive todavía —declaró uno de los doctores—. Pero sus funciones corporales son muy raras. Sus bombas de fluido no laten como las de un cheela cuando ha recibido un golpe en su nudo cerebral y está inconsciente, sino que accionan muy lentamente. Es un estado que los humanos llaman sueño.

Primogénito-de-Alivio se acercó al cuerpo y confirmó el diagnóstico.

—Es una suerte para vosotros que aún esté viva —exclamó—. Seguid con vuestro trabajo.

—No podemos hacer nada más —explicó uno de los científicos—. Ahora todo depende de su cuerpo. Sólo podemos asegurarnos de que no se la moleste. Sólo

podemos vigilar y esperar.

Durante dos docenas de giros no sucedió gran cosa más, excepto que las ampollas de la parte superior empezaron a sanar poco a poco por sí mismas. A medida que este proceso curativo adelantaba, Primogénito-de-Alivio pudo comprobar que el tono muscular de la piel, ya muy pobre al fin del período de ayuno, ahora era casi inexistente. La piel de debajo de las ampollas era prácticamente transparente. Al cabo de otros doce giros, una pequeña corona de doce puntas empezó a elevarse bajo la parte central del saco de piel.

—Parece que la transformación ya ha comenzado —comunicó uno de los científicos—. La espiga de la raíz ya debe de estar completa, y esto es el principio de la estructura cantilever que ha de mantener levantada la piel hacia el cielo.

En el interior de Alivio, las hormonas y enzimas tenían mucho trabajo. Atacaron y disolvieron el músculo animal, pero las enzimas cuidaron de que el proceso de disolución no fuera demasiado lejos. Las moléculas en forma de cadena presentes en los músculos se disgregaron en filamentos, pero los filamentos se conservaron en forma de fibras largas. Cuanto más largas fueran, más fuertes resultarían los cristales de dragón. Las fibras flotaban en los jugos, de donde las tomaban las enzimas para construir la maravillosa ingeniería que habría de levantar el pesado cuerpo de la superficie de Huevo, venciendo la tremenda fuerza de la gravedad, mediante estructuras rígidas del cuerpo de la planta capaces de conseguir lo que resultaba imposible para los tejidos blandos del cuerpo animal. Con todo cuidado, las enzimas fueron embebiendo las fibras con cristallium para fabricar un material armado, varias veces más fuerte que el cristallium puro. El proceso se desarrollaba bien, y la estructura cantilever crecía y elevaba poco a poco el delgado saco. Pero mucho antes de que la estructura de doce puntas estuviera completa, escaseó el tejido muscular. Se detuvo el crecimiento, y las enzimas debieron aprovechar hasta el más fino filamento que flotaba en los jugos para proseguir su trabajo aun con materiales poco adecuados. Al fin, las últimas porciones de las espigas fueron construidas casi por completo con el inadecuado cristallium puro.

Alivio había esperado demasiado tiempo antes de intentar la transformación. La anciana Mata-Ligero fue una Comandante de Tropa que realizaba mucho ejercicio físico, y aun después del ayuno conservaba mucho tejido muscular, pero Alivio había sido una administradora durante mucho tiempo y no emprendió la transformación con las suficientes reservas.

Primogénito-de-Alivio estaba sorprendido por la gran planta que empezaba a sobrepasarle. Incluso los científicos se mostraban contentos con el resultado. Al correr de los giros, los pliegues de la piel se alzaron de la corteza, y los doctores pudieron comprobar, al examinar los residuos eliminados por los orificios animales, que aún funcionaban, que la porción vegetal del cuerpo ya estaba generando

alimento. Todo parecía marchar bien. Primogénito-de-Alivio llegó incluso a considerar si abandonaba el complejo de Comunicaciones Espaciales para ir a ponerse de acuerdo con Orgullo-de-Alivio sobre los detalles de su mandato conjunto, provisional para los siguientes doce gran de giros, hasta que su madre hubiera rejuvenecido.

Y entonces sucedió. La punta de una de las espigas debilitadas se rompió cuando intentaba tensar la piel. Primogénito-de-Alivio se horrorizó al ver la punta rota de cristal de dragón clavada en el desgarrado pliegue de piel. La piel se sostuvo durante un tiempo, y los científicos intentaron hacer un montículo junto al cuerpo a modo de apoyo lateral para que sostuviera la parte lesionada. Pero antes de que el apoyo estuviera terminado, una espiga adyacente cedió ante la tensión desigualada, y con una serie de agudos crujidos y graves estruendos, el resto del esqueleto de doce puntas se rompió y cayó al suelo.

Durante unos breves instantes, todos permanecieron inmóviles, horrorizados, mientras la delgada piel dejaba escapar lo que quedaba de los jugos, a través de múltiples agujeros, sobre la corteza.

Entonces Primogénito-de-Alivio se volvió hacia el Comandante de Tropa.

—Yo soy el Alivio-de-Todos-los-Clanes —proclamó. Luego sus ojos se dirigieron al grupo de atemorizados científicos y doctores—. Han fracasado. Haz lo que te ordenó mi madre.

El Comandante de Tropa vaciló durante unos momentos.

—¡Pero si ellos actuaron lo mejor posible! —protestó—. Algo debe de haber ido mal en el cuerpo de Alivio si el fallo ha ocurrido de esta manera. No es propio de ti que quieras castigarles.

—No vengas a enseñarme lo que es propio y lo que no lo es, porque yo soy el Alivio-de-Todos-los-Clanes —replicó muy enfadado—. Obedéceme en el acto, o a partir de ahora ya no serás Comandante de Tropa.

El Comandante de Tropa oyó muchos murmullos de cólera entre sus soldados. A pesar de que eran unos soldados bien instruidos y que acataban las órdenes, necesitaría todo su prestigio para conseguir que le obedecieran ahora. De repente, el Comandante de Tropa se percató de lo fuerte que era su posición. Sus tropas eran mucho más leales a él que a Primogénito-de-Alivio. Con seguridad no habrían estado a su lado si se hubiera tratado de ir contra la legendaria Alivio, pero en el caso presente no tenía la menor duda de su apoyo.

—¿Quién es el Jefe de Todos los Clanes, Anciano? —preguntó reposadamente, y ni una sola arista se movió en todo el complejo cuando el antiguo desafío se transmitió por la corteza.

—¿Qué es esta tontería? —inquirió Primogénito-de-Alivio con desprecio—. El desafío a la jefatura fue prohibido por Alivio hace ya mucho tiempo.

Sus ojos recorrieron el numeroso grupo de soldados y se fijó en un robusto jefe de escuadra.

—Tú —le ordenó—. Tú eres ahora el comandante de esta tropa. ¡Toma el mando y arresta a este traidor!

El jefe de escuadra permaneció un momento en suspenso. Luego, con la reprimida violencia de alguien que había visto que su vida orientada al clan quedaba destrozada por Alivio, que seguía la pista de sus huevos como un Anciano pervertido, hizo vibrar una violenta respuesta a través de la corteza.

—Acepto las órdenes de mi comandante, pero no las tuyas, que no eres más que un sin clan, amante de tu propia madre.

La vehemencia de la réplica dejó atónito a Primogénito-de-Alivio. Observó, infructuosamente, por entre toda la masa de ojos de soldados en busca de apoyo.

El Comandante de Tropa, seguro ahora de contar con el apoyo de los suyos, repitió el desafío:

—¿Quién es el Jefe de Todos los Clanes, Anciano?

Primogénito-de-Alivio no contestó, pues sabía que no tenía la menor probabilidad frente a aquel guerrero endurecido en muchas batallas. Intentó escapar hacia el oeste. El Comandante de Tropa lo miró durante unos instantes, y luego aceptó un diente de dragón que le ofrecía el soldado más cercano. Tras una breve persecución, un certero golpe en el nudo cerebral acabó con el corto reinado de Primogénito-de-Alivio.

El Comandante de Tropa encontró un fuerte apoyo popular a sus acciones, y al cabo de poco tiempo el numeroso grupo de «Clanistas» había derrotado al grupo mucho más reducido de «Madristas», y por aclamación popular el Comandante de Tropa se convirtió en el nuevo Jefe de Todos los Clanes.

FECHA: 14:28:53 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Seiko observaba la imagen del emperejilado cheela en la pantalla. Preocupación-de-Alivio se encontraba en medio de una de sus confusas frases cuando de repente apareció un numeroso grupo de cheelas que lo rodeó. Consiguió vislumbrar unos relucientes cuchillos de cristal de dragón antes de que se apagara la imagen que le mandaba el ordenador. Casi inmediatamente, la pantalla volvió a iluminarse. No había ni rastro de Preocupación-de-Alivio, y la cara superior de un cheela, completamente limpia, aparecía centrada en la pantalla, con sus doce tallos de ojo saludando con suavidad mientras sus ojos de aspectos inteligente miraban directamente al captador óptico.

—Soy Leonardo, el Jefe Científico del Complejo de Comunicaciones Espaciales —se anunció la imagen—. He sido nombrado Responsable de Comunicaciones por el

Jefe de Todos los Clanes.

Ni la más mínima señal de sorpresa apareció en el impassible rostro de Seiko. Hacía tan sólo un segundo que el gobernante de aquel mundo era Alivio-de-Todos-los-Clanes. Ahora habían vuelto al antiguo título de Jefe. Muy bien. Era probable que estuvieran pasando por algo equivalente a la consolidación de China por Chin o a la de Europa por Napoleón, y eran de esperar cambios rápidos durante el tiempo que tardaran en abandonar su estado semibárbaro y en alcanzar un modo de transmisión de gobierno por medios pacíficos.

—Bienvenido, Leonardo —contestó Seiko, algo divertida.

El nombre lo había heredado posiblemente con el cargo de Jefe Científico. En aquellos momentos, los cheela estaban maravillados por los logros de los humanos y con mucha frecuencia elegían sus nombres de entre los que leían en la enciclopedia que los humanos les estaban enviando. Dentro de medio día, habrían sobrepasado a los humanos en conocimientos y en tecnología. Seiko dudaba que pudieran encontrar más Leonardos o Einsteins en su próximo turno.

—Casi hemos acabado con el cristal HoloMem GAM hasta GRE, y tendremos que hacer una pausa mientras cargamos el siguiente —informó Seiko.

—De acuerdo —respondió la imagen de Leonardo retardada por el ordenador—. Así aprovecharemos la ocasión para instalar la nueva radiación en los convertidores de sabores.

FECHA: 20:29:59 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Súper-Fluido estaba decepcionado. Este giro iba a ser, en teoría, uno de los momentos culminantes de su carrera, pero su reunión con el Consejo para la Educación Programada de los Lentos lo había echado a perder. El Consejo había acordado que los Lentos no debían ser informados de la nueva teoría de la gravedad de Super-Fluido. Los humanos tendrían que volverla a descubrir por sí mismos.

Super-Fluido deseaba que su teoría fuese apreciada y utilizada por los humanos. Después de todo, ellos habían dado muchas cosas a los cheela. No obstante, reconocía que la única explicación de por qué los cheela estaban aún desarrollando sus conocimientos residía en el hecho que los extensos conocimientos de los humanos les habían sido transmitidos tan lentamente que los cheela, con su rápido raciocinio, casi siempre deducían las cosas antes de que la detallada explicación hubiera sido recibida.

El Consejo había decidido que sus nuevos descubrimientos en el campo de la antigraavedad debían ser transmitidos a los humanos en forma codificada. La detallada información de su teoría estaría en manos de los humanos, pero no podrían leerla hasta que conocieran la palabra clave criptográfica que habría de permitirles descifrar

el galimatías que habían recibido. La clave criptográfica era la fórmula completa no lineal que Super-Fluido había desarrollado laboriosamente tras varios giros de profunda meditación.

«¡Esto no es justo! —pensaba Super-Fluido—. Antes de que ellos puedan saber lo que yo he descubierto, uno de los humanos tendrá que pensar lo mismo que he pensado yo, y será él quien se lleve la fama.»

Pero sabía que aunque el humano recibiera cierta notoriedad por descubrir el código criptográfico de la sección antigraedad, esto no sería suficiente consuelo para quien, después de todo, había llegado en segundo lugar.

«Son muy valientes y muy nobles, estos Lentos», pensaba Super-Fluido mientras se acercaba al emplazamiento de la máquina antigraedad.

Helio-Dos, Director de Proyecto del Ensayo de Gravedad Negativa, observó cómo se aproximaba la arrugada figura del científico. Según se decía, al Anciano le quedaba aún el jugo suficiente para estar interesado en sus antiguos logros científicos, a pesar de haber permanecido durante todo un ciclo en el recinto de los nidos. Había esperado encontrar un arrugado pero todavía vigoroso Anciano, pero aquello que se le acercaba era el cheela más triste y decepcionado que jamás había encontrado desde que fuera incubado. Allí había algo que no funcionaba.

Mientras Helio-Dos le observaba, el cheela le vio desde la lejanía. Estremeciéndose todo él, Super-Fluido cambió su aspecto de repente y avanzó con seguridad hacia él, pese a encontrarse algo desviado en la dirección difícil.

—Supongo que eres Helio-Dos —dijo el Anciano con un firme golpear—. Gracias por conseguir que yo estuviera presente en la demostración.

—Sabía que usted querría verlo —respondió Helio-Dos—. Sígame, por favor.

Los dos cheelas se deslizaban en fila por la densa corteza cristalina de la estrella de neutrones. Helio-Dos empujaba con fuerza, como si luchase contra un viento muy fuerte. Su opalescente y elipsoidal cuerpo se aplastaba para forzar una abertura entre las líneas del campo magnético de dos billones de gauss. Con todo respeto, mantenía el hueco abierto con muchos brazos manipuladores reforzados para permitir que el anciano científico pudiera avanzar detrás de él con un esfuerzo mínimo. Se detuvieron para mirar a su alrededor, y al hacerlo notaron que el campo magnético se cerraba otra vez sobre ellos y que sus cuerpos parecían quedar enhebrados en las líneas de fuerza como las cuentas en un hilo.

—¿Qué le parece, Super-Fluido? —preguntó Helio-Dos—. Grande, ¿no es verdad?

—Pues poco o nada puedo ver, si exceptuamos aquellas bombas grandes y algunas estructuras en la corteza.

—Hemos tenido que colocar la mayor parte de la máquina antigraedad en el subsuelo, debido a las altas presiones. Debajo de estas estructuras se hallan las

mayores calderas de alta presión fabricadas por los cheela. Están constituidas por tubos resistentes enrollados una y otra vez en forma parecida a la de un anillo con espiras de hilo. Puede ver un anillo debajo de aquella estructura, y la parte superior de otro anillo allí arriba. Se encuentran situados en un determinado ángulo entre ellos para que el punto de máxima interacción de los dos se halle sobre la superficie, equidistante a ellos.

—Pues no me imaginaba algo como esto cuando trabajaba en la teoría —observó Super-Fluido, mientras contemplaba con sus doce ojos todo el panorama.

—Usted tiene suerte. Muy pocos científicos teóricos pueden ver sus ecuaciones matemáticas convertidas en instalaciones operativas durante su vida. Y más si el trabajo teórico significa un cambio tan fundamental en nuestra concepción y conocimiento de la naturaleza, como sucede con la Teoría de la Gravitación de Super-Fluido y Einstein. El propio Einstein fue uno de estos pocos. Vivió para ver cómo su predicción $E=mc^2$ permitía controlar la energía nuclear. Einstein tuvo suerte porque resultó muy fácil para los humanos hacer funcionar una reacción nuclear: no tuvieron más que colocar dos piezas de uranio o de plutonio una al lado de la otra. Usted tiene suerte porque es fácil para nosotros disponer de las elevadas densidades y velocidades que se necesitan para crear el efecto Super-Fluido.

—Prefiero que no emplees ese término —protestó Super-Fluido—. Lo correcto es llamarlo efecto gravimotivo. La gente lo sigue llamando por mi nombre, y agradezco el honor que se me hace, pero estoy pensando en los pobres estudiantes del futuro. Les sería difícil recordar que el efecto Super-Fluido es el efecto gravimotivo, y que no tiene nada que ver con la superconductividad. —Los dos se acercaron al refugio mientras Super-Fluido proseguía—. Siempre me he sentido orgulloso del nombre que los Ancianos escogieron para mí cuando era una cría. Como a ti, a mí me empollaron durante la generación que estaba recibiendo de los humanos la emisión de la sección SUPERCONDUCTIVIDAD de su enciclopedia. Las teorías de la superconductividad revolucionaron nuestro conocimiento del interior de nuestra estrella. Todos quedaron muy impresionados al saber que estamos flotando en una corteza cristalina sobre un centro líquido de neutrones superfluidos.

—De acuerdo, llamémoslo el efecto gravimotivo —concedió Helio-Dos—. Los ingenieros gravitatorios realizaron un buen trabajo de diseño. La máquina de antigraedad es mucho más compacta y eficiente de lo que yo suponía cuando me hice cargo de la dirección del contrato de diseño y construcción. —Helio-Dos rodeó el refugio hasta la puerta de entrada que se encontraba en la parte posterior—. Entremos, y vamos a hacer el primer ensayo de la máquina. La primera prueba la efectuaremos sólo a media potencia. No intentaremos que la fuerza de la gravedad llegue a ser negativa, pero sucederán muchas cosas interesantes cuando alcancemos la gravedad cero.

El director del proyecto y el científico entraron en el refugio, que no era muy alto. Elevaron algunos de sus ojos sobre cortos tallos cónicos y miraron por encima de la pared. Helio-Dos se encargó en los siguientes momentos de repasar la lista de comprobaciones con los ingenieros gravitatorios.

«También es un gran momento para ellos —pensó Helio-Dos—. Se han pasado muchos giros estudiando y entrenándose, y ésta es la primera vez que podrán comprobar si funcionan las teorías con las que han trabajado.» Cuando todo estuvo preparado, Helio-Dos hizo la señal para que conectaran la potencia. Super-Fluido podía sentir las vibraciones procedentes de las bombas cuando éstas empezaron a transportar sus cargas masivas de líquido ultradenso. El fluido circulaba por los tubos a una velocidad cada vez mayor. La aceleración suministrada por las bombas era tan grande que la velocidad del líquido ultradenso podría alcanzar la velocidad de la luz en un milisegundo. No obstante, este intervalo de tiempo resultaba lo bastante dilatado como para que los cheela pudieran efectuar su experimento con toda calma.

Súper-Fluido casi podía visualizar los campos de gravedad de Einstein generados por el movimiento del líquido, y no se sorprendió al ver que la corteza del centro de la máquina se levantaba y fluía a partir del centro. Pronto se formó una gran cavidad, de casi un centímetro de profundidad, cuando los campos de Einstein se hicieron perceptibles y comenzaron a anular el campo gravitatorio de la estrella de 67.000.000.000 de g.

—Hasta ahora, esto ha sido el campo antigraavitatorio de Einstein —le susurró Helio-Dos—. Dentro de poco entrará en juego la parte no lineal de la teoría de usted, y obtendremos la contracción de los campos de Einstein en una región en el centro.

Observaban en tensión cómo la corteza comenzaba a deslizarse hacia atrás para llenar la depresión, esta vez más despacio, mientras que el tono del zumbido de las bombas aumentaba de volumen. Pronto la corteza volvía a ser casi como al principio, pero ahora sobre la corteza del centro de la máquina aparecía una distorsión de la atmósfera.

—¿Por qué podemos ver esta región? —preguntó Helio-Dos—. No puede tratarse de una distorsión espacio-temporal originada por fuertes campos gravitatorios. La gravedad es menor allí que aquí.

—No —respondió Super-Fluido, asombrado a su pesar—. La explicación es mucho más inmediata que todo eso. La región de baja gravedad es visible porque no tiene ninguna atmósfera. Toda la atmósfera se ha desplazado hasta los bordes. Esto es un pedazo en forma ovalada de espacio exterior que está delante de nosotros, y lo que estamos contemplando es la diferencia entre los índices de refracción del vacío y de la atmósfera.

—Ahora nos vamos a divertir —anunció Helio-Dos—. Introduciremos una pequeña porción de carbono puro en la región de gravedad cero y veremos qué pasa.

Helio-Dos se volvió hacia el equipo y empezó la cadena de sucesos. Super-Fluido vio cómo un cilindro grueso y bajo comenzaba a ascender desde la corteza, justo bajo la distorsión. Pudo oír cómo las bombas hidráulicas se quejaban cuando la parte alta del cilindro se aproximó al borde de la región de forma oval.

—La última parte de la distancia va a necesitar mucho tiempo —informó Helio-Dos, mientras las bombas hidráulicas trabajaban fatigosamente—. Mover esos pocos micrones desde nuestra gravedad normal a la gravedad cero en la zona de efecto gravimotivo es equivalente a ir directamente desde nuestra estrella hasta el espacio exterior. La distancia es muy corta, pero requiere muchísima energía. Detendremos el cilindro hidráulico cuando llegemos justo al borde de la zona, y dispararemos la pastilla de carbono desde un cañón construido en el pistón.

Por fin, la vibración de las bombas hidráulicas se estabilizó y empezó a sincronizarse con el creciente quejido de las bombas del generador de antigravedad que mantenían la distorsión activada. Helio-Dos giró algunos ojos hacia sus ingenieros y su arista golpeó una orden a través de la corteza.

—¡Inyectad!

Super-Fluido observaba atentamente, y vio cómo una pequeña mota ascendía desde el centro del pistón y flotaba hasta el centro de la distorsión, brillantemente iluminada por focos que bañaban la región central con rayos X. Mientras miraba, la mota fue creciendo, y cuando llegó al centro y se quedó estacionaria, había crecido hasta llegar a ser tan redonda como antes ancha.

—¿Por qué no se cae fuera de la zona de gravedad cero, tal como hizo la atmósfera? —preguntó Super-Fluido.

—Estos focos de rayos X no sólo son para iluminar —respondió Helio-Dos—, sino que están acoplados a un sistema de servocontrol. Utilizamos la presión de los rayos X para mantener el carbón centrado en la región de gravedad cero.

—Cuanto más grande se hace, más me cuesta verlo —dijo Super-Fluido, mientras contemplaba cómo la pequeña mota de cristal de carbono degenerado iba desmoronándose.

Una vez que el material dejó de estar sujeto a las tremendas presiones gravitatorias debidas a la estrella de neutrones, las fuerzas nucleares de repulsión entraron en juego, y los núcleos se fueron separando cada vez más. Ahora que había espacio entre los núcleos, los electrones, que habían sido empaquetados formando un líquido superconductor que se movía a través del compactado conjunto de núcleos de carbón, empezaron a evaporarse del líquido y a formar órbitas alrededor de los núcleos, aislando cada vez más el núcleo de cada uno de sus vecinos. En poco tiempo, la pequeña mota había crecido cien veces en todas las direcciones al tiempo que su densidad disminuía un millón de veces.

—Ya no puedo verlo —se lamentó Super-Fluido.

—Yo sí puedo verlo, y es hermoso —contestó Helio-Dos, agitando consecutivamente sus ojos—. Al menos con alguno de mis ojos. Creo que puedo arreglarlo para que los dos podamos verlo sin tener que ir dando vueltas.

Se acercó a la consola de servocontrol y tras hablar con el ingeniero que estaba allí, regresó.

—He logrado que el ingeniero gradúe el servocontrol de tal forma que el cristal pueda girar sin moverse del sitio.

Ambos contemplaron cómo el aparentemente vacío espacio se iluminaba de repente con brillantes destellos de luz, y luego se oscurecía de golpe.

—Cuesta creer que algo con una densidad de sólo unos pocos gramos por centímetro cúbico pueda llegar a ser visible, y no digamos tan brillante —se maravilló Helio-Dos.

—Es debido a la estructura cristalina que refleja los rayos X cuando los planos atómicos del cristal se hallan en el ángulo adecuado entre un foco y uno de nuestros ojos —explicó Super-Fluido—. He visto la distribución de luces mientras giraba, y si no me equivoco se trata de un cristal con una estructura reticular cúbica. ¿Cuál dijiste que era el material de la semilla?

—Carbón —respondió Helio-Dos.

—Creo que esto es lo que los humanos llamaban diamante —dijo Super-Fluido—. Tenían razón: es precioso.

FECHA: 20:30:00 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

La campanilla del despertador sonó una y otra vez con insistencia. Pierre se despertó de mala gana, y con sus enrojecidos ojos miró el reloj: 20.30, indicaban los números.

—¡Se me ha pasado la hora de entrar de turno! —exclamó Pierre. Golpeó el paro de la alarma y pasó la punta de su dedo índice por la junta de cierre de su saco de dormir.

Cuando estuvo completamente despierto, se dio cuenta de que los turnos de trabajo ya no eran importantes, aunque debía estar despierto y cooperar con los demás.

—Seis horas —refunfuñaba al frotarse la cara—. Seis horas y las tres cuartas partes de un milenio. ¿Qué estará pasando ahora?

Se aseó rápidamente y, con una nutribarra en la mano, se lanzó por el pasillo hacia la parte trasera de la consola de comunicaciones.

Abdul le vio llegar.

—Me alegro de verte, Pierre. ¿Has podido dormir? —le preguntó, preocupado.

—Sí, lo suficiente para aguantar despierto lo que queda de mi turno. Te agradezco

mucho que me hayas sustituido —contestó.

—No te preocupes. Ha sido interesante poder ver cómo la civilización cheela se desarrollaba casi delante de mis ojos.

—¿En qué fase de desarrollo se encuentran ahora? —preguntó Pierre.

—Empiezan a ir por delante de nosotros en todas las áreas, excepto la química molecular. Pero como no tienen moléculas con las que experimentar, no se les puede echar en cara. Nos aseguran que casi pueden predecir el contenido del resto de la enciclopedia, pero insisten en que se lo transmitamos igualmente para sus historiadores y humanólogos. Dentro de poco ya les enviaremos el último cristal WAT hasta ZYZ. Entonces podrás borrar los cristales de la enciclopedia y los cheela empezarán a llenarlos con lo que han aprendido por su cuenta durante todo el día.

—Conforme —asintió Pierre—. Amalita y yo podemos ocuparnos de esto. Ahora lo mejor será que tú descanses.

—Sí, pero no estaré mucho tiempo descansando —replicó Abdul, mientras flotaba hacia la puerta—. Esto es demasiado interesante para que yo me lo pierda.

FECHA: 22:26:03 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Cristal–Flotante regresó de sus vacaciones con una mezcla de emociones, habían sido una vacaciones deliciosas, ocho largos giros en un albergue de montaña en las colinas de la Ascensión de Ligerio. Había disfrutado cada milisegundo de su estancia allí, a pesar de que nunca se acostumbraría a ver las cosas desde arriba. Se mostraba un poco reacia a regresar a lo que todo el mundo debía admitir era el empleo más aburrido de toda la estrella, pero al mismo tiempo se sentía inclinada a volver a su trabajo; a pesar de que, casi siempre, el trabajo de Responsable de Comunicaciones resulta muy aburrido, se consideraba como la posición más elevada a que podía aspirar un cheela (con la posible excepción de Presidente de los Clanes Unidos).

Cristal–Flotante se sentía bien cuando llegó al complejo de Comunicaciones Espaciales. Decidió tomar un atajo. En vez de ir por los caminos de la dirección fácil y luego cruzar por los túneles superconductores, se aplanó y comenzó a empujar su camino en la dirección difícil a través del patio que separaba los distintos recintos del complejo. Casi podía notar las líneas del campo magnético en su cara superior a medida que iba empujándose con su arista agarrada a la rugosa superficie. Pasó al lado de las ruinas antiguas de la antena receptora de un gigabit, que constituyó el orgullo y la alegría de sus antepasados, muchas generaciones atrás, y entró en el recinto que rodeaba el enorme equipo transmisor.

Su primer pensamiento fue dirigirse a la pantalla de comunicaciones. Cuando se colocó sobre la gran superficie plana pudo darse cuenta de que el humano, Amalita Shakhashiri Drake, estaba todavía a mitad de una frase. En la parte baja de la

pantalla, el ordenador había anotado las palabras que la componían. Lo que Amalita ya había dicho estaba en un gusto, y lo que el ordenador predecía que iba a ser el resto estaba en otro gusto. Era una frase larga, y repleta de las muchas redundancias que los humanos creen que deben insertar en su lenguaje. Era la predicción de las redundancias lo que hacía tan aburrido el trabajo del Responsable de Comunicaciones.

Antes de que Cristal–Flotante se fuera de vacaciones, Amalita había pronunciado las palabras:

—Pierre me ha informado que el Ho...

Cristal–Flotante no necesitaba un ordenador para suponer que los siguientes fonemas serían «... loMem Cristal», y que el resto de la frase sería probablemente algo acerca de que la memoria holográfica del cristal ya estaba llena y que les pedía que interrumpieran la transmisión durante un minuto para que Pierre cambiara el cristal.

Cuando Amalita llegó a «Holo...», Cristal–Flotante decidió que ésta era una buena ocasión para tomarse unas largas vacaciones, y la había aprovechado. A su regreso a la pantalla, comprobó con sorpresa que tanto ella como el ordenador habían juzgado mal al humano. Amalita había ido en su frase mucho más allá de lo que cabía suponer, aunque el contexto general era el mismo. El ordenador había anotado como ya dicho:

«Pierre me ha informado que el HoloMem está lleno. Parad un min...»

«Bien —pensó Cristal–Flotante—. La instalación antigua ha estado transmitiendo durante generaciones a los humanos. Este minuto nos dará tiempo suficiente para desguazar la chatarra de esa instalación obsoleta y construir una más decente con un dispositivo estéreo en la computarización del control de fase.»

Cristal–Flotante se deslizó fuera de la pantalla y se encaminó a la sección de traducción. Sus tres aprendices se encontraban ocupados cribando la salida en lenguaje humano de una traducción realizada por el ordenador a partir de un texto que trataba de la fisiología de los cheela. Aunque el ordenador hacía una perfecta labor de traducción, había muchas ocasiones en que una traducción al pie de la letra de una frase cheela al lenguaje humano acababa distorsionada (o incluso llegaba a ser obscena), y requería un experimentado estudio de la cultura humana para decidir cómo reestructurar la frase humana de forma que conservara el significado original cheela.

Pensador–Lúcido, el mayor de los aprendices, notó las vibraciones de la arista de Cristal–Flotante que anunciaban su llegada. Giró algunos de sus ojos hacia ella.

—Recuérdame, dentro de tres o cuatro docenas de giros, que debemos encontrar un buen punto final en la emisión de datos —le ordenó Cristal–Flotante—. Los humanos han de cambiar de cristales.

—Este libro de fisiología que estamos traduciendo está previsto transmitirlo dentro de tres docenas de giros —contestó el aprendiz—. Tiene muchas figuras, así que el número de bits es muy alto, pero no requerirá muchos giros para enviarlo, incluso al ritmo lento de emisión que los humanos pueden recibir.

—Está bien —asintió Cristal–Flotante—. Da el corte cuando acabes de mandar el texto.

Regresó a la pantalla de comunicaciones y preparó su contestación delante de las cámaras. El ordenador grabó su actuación y la presentó para que la revisara, primero en la pantalla larga y delgada que sólo dejaba ver su borde frontal y los ojos, y después en la pantalla rectangular preparada para la edición para los humanos. La cámara para esta pantalla la enfocaba en ángulo desde arriba, y captaba la totalidad de su aplastado cuerpo con el anillo de ojos alrededor de su periferia. Podía distinguir el bulto de lo que era un huevo cerca de su parte central, y especulaba distraídamente si había sido Pensador–Lúcido o Masca–Bits quien lo había colocado allí.

«No es que en realidad importe —pensaba—. Parece como si ya estuviera casi a punto para dejarlo con los Ancianos del nido.»

—Sigo pensando que esto es algo obsceno —murmuró al ver su imagen reflejada en la pantalla—. Nadie, excepto mis amantes, el ordenador y los humanos, ha visto jamás mi parte superior.

No le gustó su primera actuación y grabó un par de veces más hasta conseguir que su mensaje fuera conciso pero claro. Entonces tecleó las instrucciones para que el ordenador lo transmitiera a la velocidad de los humanos cuando Amalita concluyera su frase.

Con una larga interrupción en perspectiva, había que hacer muchas cosas. Se puso en contacto con Ingeniería de Comunicaciones para informarles de que muy pronto podrían reemplazar la vetusta antena. Estuvieron encantados de poder cambiar su trabajo habitual de mantenimiento por los de proyecto y construcción. Casi pudo saborear en la imagen el entusiasmo del Jefe Ingeniero cuando se dirigió a comunicar la noticia a su equipo.

Después, convocó una reunión de la Comisión Consultiva. Se había hablado algo sobre una posible expedición para visitar a los humanos, pero como esto requería una gran cantidad de comunicaciones directas, lo habían aplazado hasta la primera interrupción de la transmisión de datos.

Una docena de giros más tarde se reunió la Comisión Consultiva. Escucharon atentamente a los ingenieros gravitacionales cuando explicaron los resultados de las últimas pruebas de su control de la gravedad y de la propulsión inercial. La propulsión inercial era el sistema que les permitiría abandonar su estrella de neutrones, en donde la velocidad de escape era el 39 por ciento de la velocidad de la luz. Pero la parte más peligrosa de un viaje que se alejara de la superficie de una

estrella de neutrones era la descompresión explosiva de la materia neutrónica (incluyendo la materia neutrónica del viajero espacial) cuando dejara de estar comprimida por la presión de gravitación causada por la estrella. Ahora los ingenieros estaban seguros de haber resuelto ambos problemas.

Muchos de los miembros del Consejo Consultivo tuvieron dificultades en aceptar el hecho de que las sustancias sólidas, como la dura corteza cristalina de su estrella o como sus pesados pero blandos cuerpos, no eran estables. Pero lo cierto era que cuando no estuviesen sometidos a la gravedad que los mantenía compactados, se descompondrían y se convertirían en una tenue estructura molecular con los núcleos separados por una distancia cien veces superior a lo normal. Todos estos hechos eran bien conocidos por Cristal–Flotante. Uno de los Ancianos que cuidaban del nido donde fue incubada había trabajado en la primitiva máquina antigraavedad. El mismo Anciano había llegado a ver cómo se expansionaba una pequeña mota de material neutrónico cuando la colocaron en la zona de gravedad cero creada por la máquina, y además había visto que se convertía en un transparente cristal molecular que despedía destellos mientras flotaba en el espacio. El nombre que ella tenía se lo había puesto el Anciano cuando nació, y luego le había contado la historia del hermoso cristal flotante en el espacio.

Tras varias reuniones del Consejo Consultivo de Comunicaciones con los ingenieros, se decidió que era técnicamente posible efectuar una visita a los humanos. Si bien, puesto que se necesitaba un esfuerzo sustancial, resultaba imprescindible contar con un compromiso de apoyo del Presidente y del Consejo de los Clanes Unidos.

Después de un animado debate público, el programa propuesto por los ingenieros fue aprobado, se asignaron las finanzas, y la realización del proyecto, que ya duraba una generación, comenzó por fin.

Aunque el lema, «Una visita a los Humanos», era de naturaleza quijotesca, porque no habría nada que pudiera comunicarse durante la visita, todos sabían que la verdadera motivación del proyecto era romper el invisible cascarón de gravedad que mantenía a los cheela ligados al nido donde habían sido incubados. Porque todos sabían que la especie de los cheela no podría residir por siempre en su estrella.

La decisión de efectuar la visita se tomó poco después de interrumpirse la transmisión de datos. Durante el período que los ingenieros cheela estuvieron ocupados reconstruyendo el transmisor de datos, y Pierre cambiando el cristal HoloMem lleno por otro vacío, Cristal–Flotante siguió con el enlace de comunicaciones con Amalita y con la ayuda de los ingenieros del Programa Visita le comunicó lo que debían esperar y lo que debían hacer los humanos.

—Iremos a visitaros —fue su primer mensaje.

Cuando después de algunos giros vio en la pantalla la mirada atónita y

preocupada de Amalita, rápidamente dejó en suspenso la protesta que se iniciaba en sus labios.

—No vamos a explotar. Traeremos nuestra propia gravedad.

Durante el siguiente minuto, Amalita escuchó con atención mientras Cristal–Flotante explicaba el plan general de la visita planeada. Amalita se mostró algo preocupada al enterarse del generador de rayos X que deberían usar para iluminar el interior de la nave, luego se sonrojó un poco cuando se percató de todo lo que podría ver quien utilizara los rayos X blandos como parte de su zona espectral de visión, aunque los cheela ya conocían prácticamente todo de la fisiología humana. Habían tenido tiempo más que suficiente para estudiar la enciclopedia humana y los libros de texto que les habían transmitido los humanos durante tantas generaciones, y sabían que las dosis de rayos X que podían usar para ver a sus amigos los humanos eran mínimas.

Transcurrido el primer minuto, Pierre regresó de la sala del ordenador y pudo oír la voz musical de Cristal–Flotante.

—Ya volvemos a enviar datos. Primero va un programa al que deberéis ceñiros durante la visita. La expedición partirá dentro de quince minutos. Leed las instrucciones con cuidado, porque toda la visita sólo durará diez segundos.

Cristal–Flotante vio llegar a Pierre lentamente cuando daba la vuelta a la esquina, y estuvo más que contenta de verle. Había deseado poder verlo antes de retirarse de su empleo y sentar plaza de Anciano enseñando a hablar a las crías.

—Me alegro de volverte a ver, Pierre —exclamó—. Ahora debo decirte adiós. Tenéis que leer mucho y hacer muchos preparativos. Cuando regreses al monitor ya habrá un nuevo Responsable de Comunicaciones.

«Estas amistades que duran toda la vida en quince minutos me emocionan mucho», pensó Amalita mientras se secaba los ojos, luego pasó la imagen al ordenador y comenzó a leer las palabras que iban apareciendo.

El plan de los cheela era muy detallado y concreto, porque hacía ya mucho tiempo que poseían una completa descripción de la nave Matadragones.

Amalita sacó una copia escrita de la pantalla llena de letras para que Pierre pudiera leerla, y luego continuó con el diagrama. El dibujo estaba animado y la representaba a ella misma sentada a la consola y a Pierre cerca de una ventana. Entonces la nave cheela llegaba al exterior de su propia nave. Su imagen animada se levantaba de la silla en la consola, alzaba los brazos y, con una pirueta de bailarina, llegaba hasta la ventana de observación de la derecha. Al mismo tiempo, la caricatura de Pierre apretaba la nariz contra el cristal de otra ventana. Un primer plano permitía ver que a un metro de su nariz se encontraba una pequeña cosa de unos pocos milímetros de largo, y en esta mota había un cheela, sin traje espacial, sin cámara de presión, sin nada que pudiera impedir su explosión.

Con toda rapidez, Pierre leyó las instrucciones, y ambos volvieron a fijarse en los dibujos animados. Estaban sorprendidos por la representación de sus propios movimientos, pues aparecían torpes y envarados, como si actuaran en los simuladores situados en la Tierra y no en caída libre, donde estaban acostumbrados a moverse como gráciles figuras de ballet.

Siguieron leyendo, y entonces comprendieron por qué se les veía tan torpes en la animación. Para sobrevivir en el espacio, los cheela debían mantener su propia gravedad. La nave principal de su expedición era una celda esférica de cristal duro que media unos 4 centímetros de largo, con un «gran» agujero negro en miniatura en su centro. Sus once mil millones de toneladas de masa originaban un campo de 180.000 g en la superficie de la esfera de cristal. Aunque esto estaba muy lejos de los 67 mil millones de g con que los cheela vivían en la superficie de la estrella de neutrones, resultaba suficiente para mantener su estructura electrónica en su forma degenerada. Los individuos cheela y los módulos de equipo tenían una versión más reducida de lo que era su nave espacial. El radio de las lanchas individuales y de las barcasas de suministros y equipo eran mucho menores, por lo que necesitaban sólo una mínima expresión de agujero negro. Las naves espaciales más pequeñas poseían subsistemas de potencia y propulsión inercial independientes, y todo el conjunto se alojaba limpiamente en depresiones hemisféricas distribuidas por la superficie de la nave principal.

—¡Propulsión inercial! —exclamó Pierre—. En nuestro último turno de comunicaciones les hemos explicado la ley de la gravedad de Newton. ¡Y ya tienen propulsores inerciales! ¿Hasta dónde habrán llegado mañana?

—Probablemente ya serán capaces de controlar el espacio y el tiempo, y no deberán preocuparse de cosas tan tontas como agujeros negros y propulsores inerciales —apuntó Amalita—. Pero ahora ya comprendo por qué nos dibujaban tan desgarrados. Su aeronave principal estará alejada quince metros de la nuestra, pero tiene una masa tan elevada que recibiremos un tercio de g procedente de ella, arrastrándome fuera de mi silla y hacia la ventana de observación. Espero que podré hacer una pirueta mientras caigo para que vean cómo funcionan las articulaciones humanas, pero me figuro que con un tercio de g voy a parecer aún más torpe que en los dibujos. —Se apartó de la ventana y miró a Pierre—. Me gustaría que tú hicieras mi papel, y así yo podría ver a los cheela.

—No creo que te gustara hacer mi papel —observó Pierre—. Según esta gráfica del campo de gravedad de la nave individual, aunque el tamaño y la masa de la lancha espacial son mucho menores que los de la nave principal, ésta se acercará a menos de un metro de mi portillo de observación y tirará de mi nariz con una fuerza de 3 g. —Miró al cuerpo de su compañera y sonrió—. Supongo que la razón de que no te eligieran a ti es que saben que en caída libre no usas sostén y prefieren no

complicar las cosas.

Amalita le propinó un codazo cuando regresó a su consola, y pasó a la siguiente información contenida en una pantalla llena de letras.

—Sabes perfectamente que como ésta es la primera vez que dos civilizaciones van a estar lo bastante próximas culturalmente para que una visita física tenga significado, han escogido al escritor científico e intérprete más conocido de toda la Tierra para esta entrevista —ironizó ella—. ¿Cuánto tiempo tienes?

Pierre echó un rápido vistazo a la programación del tiempo que habían enviado los cheela.

—Estará aquí durante casi un segundo, e intentará permanecer lo más inmóvil que pueda para que mis ojos tengan tiempo de enfocarlo. Probablemente estará a punto de morir de hambre, a no ser que inventen la manera de comer sin moverse demasiado.

—Parecer ridículo que se arriesguen a esta visita. Ambos poseemos una completa descripción de la fisiología de los otros, y abundancia de imágenes tanto fijas como en movimiento.

»Pero —continuó Amalita— comprendo que si me ofrecieran la oportunidad de visitar la superficie de una estrella de neutrones y pasar quince segundos viendo transcurrir medio año de civilización cheela, saltaría de alegría.

Sonó un pitido desde la consola y el ordenador borró la información de la pantalla. En su lugar apareció la imagen de un cheela.

—Soy Masca-Bits, el nuevo Responsable de Comunicaciones.

Masca-Bits, en espera de la cortés respuesta de los humanos, pudo entrevistar a algunos aprendices nuevos. Uno de ellos debería ocupar su puesto en alguno de aquellos giros, pero antes tenían que saturarse de cultura humana hasta el punto que casi pudieran pensar como los humanos. Fue amable con los muchachos, recordando el terror que pasó cuando Cristal-Flotante le entrevistó. Además, lo iban a pasar mal, porque sólo uno de ellos llegaría a ser Responsable de Comunicaciones.

Cuando era uno de los aprendices de Cristal-Flotante había trabajado mucho, y no únicamente en su trabajo como aprendiz sino que además había desarrollado un complicado programa de ordenador para correlacionar el inmenso caudal de conocimientos humanos que se hallaban almacenados en la Biblioteca de Comunicaciones Espaciales. Su nuevo programa estaba descubriendo más cosas de los humanos de las que éstos sabían de ellos mismos. Este hecho prodigioso fue recompensado con la poco frecuente oportunidad de poder elegir un nombre nuevo a su gusto, y éste había sido el acicate que le llevó a ser Responsable de Comunicaciones cuando Cristal-Flotante alcanzó la ancianidad y se fue a cuidar huevos.

—Fue la posibilidad de cambiar mi nombre lo que me impulsó —explicaba—. Nunca pude perdonar al romántico Anciano que me cargó con el nombre de Moby-

Dick porque había leído una novela de aventuras de los humanos que se llamaba así.

Masca-Bits continuó recordando antiguos tiempos mientras regresaba al complejo de Comunicaciones. Después de que le recompensaran con el empleo de Responsable de Comunicaciones, sus camaradas y competidores en el aprendizaje debieron buscarse nuevas ocupaciones. Capullo-de-Cristal era ahora Profesor de Humanología en la Universidad de Comunicaciones Espaciales, y Pensador-Lúcido era el jefe de la Expedición Visita.

—Aunque yo le venciera en lo de ser Responsable de Comunicaciones, pienso que es posible que Pensador-Lúcido haya salido ganando —musitaba—. Habrá innumerables Responsables de Comunicaciones, pero sólo habrá una Visita. Además, aunque en cada giro veo a los humanos en la pantalla, lo hago a través de las cámaras construidas para ellos, mientras que él podrá contemplarlos en carne, en hueso y en todo.

Masca-Bits volvió a la pantalla cuando Amalita estaba terminando.

—... certe, Masca-Bits. Cuando la visit...

Masca-Bits se puso en contacto con Pensador-Lúcido y recogió las últimas noticias. Las cosas iban bien. La nave principal había salido al espacio exterior y había regresado bajo control remoto. Todo, incluso los Vacilantes que colocaron en jaulas para probar los sistemas de sostén de la vida, había vuelto sin daño. Unos pocos cientos de giros más y estarían a punto.

—Concreta el tiempo —pidió Masca-Bits— para que los humanos puedan tenerlo todo dispuesto.

—De acuerdo —respondió Pensador-Lúcido—. Dos gran de giros, a partir de ahora.

—¿Tanto? Todo el mundo se va a cansar de esperar el lanzamiento. Pero quizá sea mejor ir sobre seguro.

Masca-Bits retornó a la pantalla de comunicaciones cuando Amalita acababa, y le informó de que la visita tendría lugar 57 segundos después.

Amalita y Pierre se alejaron de la consola y permanecieron muy ocupados. Amalita levantó los escudos situados delante de las mirillas de observación, graduó las cámaras automáticas a la distancia focal y a los tiempos de exposición que habían recomendado los cheela, y las puso en marcha. Después regresó a su silla de la consola, buscó su cinturón de aceleración y lo ajustó de forma que pudiera estar sentada hasta que llegara el momento de realizar la pirueta hacia la ventana.

Pierre evolucionó por la sala repescando con rizos acrobáticos todo lo que andaba desperdigado, y lo guardó en un armario.

Después se cuidó de que todos los armarios estuvieran bien cerrados.

—Lo que menos me gustaría sería encontrarme con montones de cosas sueltas que taparan las ventanas —afirmó.

Iban transcurriendo los segundos. Pierre se colocó en la posición prevista, cerca de una de las mirillas, con las manos firmemente agarradas a las asas incrustadas en el marco. Los dos miraban a través de la otra ventana, por donde esperaban ver llegar a los visitantes.

Durante la espera, las luces de la sala parpadeaban rápidamente mientras la blanca radiación de la estrella aparecía y desaparecía cinco veces por segundo, alternando con las apariciones y desapariciones del rojo resplandor de los asteroides ultradensos que orbitaban alrededor de la nave espacial para compensar los fuertes campos gravitatorios de la estrella de neutrones.

De pronto, se produjo un chispazo de luz multicolor y los dos humanos pudieron ver un objeto pequeño y blanco brillante, del tamaño de una pelota de golf, que había estabilizado su posición quince metros más allá. Hubo una pausa momentánea, y luego la pelota de golf pareció estallar provocando una nube de coloreados copos de nieve que pululaban por el espacio intermedio. Los copos de nieve más grandes se mantenían alejados de la ventana, pero los menores llegaron más cerca.

FECHA: 22:30:10,0 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—¡Por el Huevo Sagrado! —murmuró una de las tripulantes cheela, cuando lentamente derivaron entre los grandes asteroides condensados y se estabilizaron en una órbita sincrónica a quince metros de uno de los portillos de observación—. ¡Ya me imaginaba que la cosa sería enormemente grande, pero nunca llegué a pensar que lo fuera tanto!

Pensador-Lúcido estaba de acuerdo con la tripulante, aunque no podía saber quién era ella, ya que se encontraba fuera del alcance de su visión, al otro lado del horizonte de su pequeña lancha individual. Más que el tamaño de la nave humana, lo que le preocupaba era que estuviera «arriba». Aunque toda la tripulación había salido al espacio y había aprendido a dominar el miedo de que su hogar estelar, al que estaban orbitando, pudiera caer sobre ellos, este objeto humano se hallaba demasiado cerca para que pudieran sentirse cómodos. Rápidamente ordenó un descanso, que no estaba previsto en el programa que con tanto cuidado habían preparado. Los humanos muy difícilmente llegarían a darse cuenta de una interrupción de un quinto de segundo, y él estaba convencido de que todo un giro de asueto y diversión, durante el cual la tripulación se acostumbraría a ver la nave humana por encima de ellos, bien merecía un ligero retraso. Ordenó que todos permanecieran en el puesto que tenían asignado en la nave espacial mientras él la hacía girar lentamente alrededor de la gigantesca nave de los humanos. Esta pasó varias veces por encima de cada uno de los tripulantes cheela al tiempo que ellos contemplaban su piel metálica e inspeccionaban ansiosamente las mirillas de observación, en donde podían distinguir

unas enormes sombras detrás de unos cristales muy coloreados. Tras unos momentos, Pensador–Lúcido detuvo la rotación, ordenó una guardia mínima de tripulantes en los controles y concedió al resto de las dos docenas de tripulantes unas vacaciones durante todo un giro. Algunos se aparearon y fueron en busca de un sitio discreto detrás de alguna pieza del equipo, pero muchos se reunieron en la parte delantera para seguir contemplando la increíble visión de la nave humana que cambiaba de iluminación al dar vueltas alrededor de su estrella original. Por fin, la estrella de neutrones se situó tras la nave y se acabó la función. La oscuridad era también extraña, pero los psicólogos cheela habían previsto el problema y se habían asegurado de que la celda de cristal en donde se hallaban reuniera todas las características del calor y de la radiación a que estaban habituados en Huevo, a pesar de que la atracción de la gravedad fuera mucho menor que en casa.

Había transcurrido ya medio giro, Huevo asomaba por detrás de la nave espacial y los espectadores cheela volvieron a incrementar su número. Para Pensador–Lúcido era evidente que ya no existía el problema inicial de tener la nave encima de sus cabezas, pero decidió esperar todo un giro completo antes de volver al programa inicial, para que así la temporización de las fotografías y de los análisis espectrales estuvieran orientadas correctamente con respecto a la iluminación procedente de Huevo.

Con toda puntualidad, un giro más tarde, los miembros de la tripulación cheela se encontraban de nuevo en sus puestos, y se inició la Visita. Una nube de aparatos voladores individuales y algunos conjuntos de pequeños instrumentos despegó de sus alojamientos. Cada uno de ellos era una pequeña esfera con una subminiatura de un agujero negro en el centro para mantenerlo bajo gravedad y evitar que explotara. Los primeros conjuntos de instrumentos que llegaron cerca de la nave humana fueron algunos generadores de rayos X. Algunos de los mayores se emplazaron a distancia para que iluminaran la escena general, procurando que su iluminación estuviera en oposición a la iluminación procedente de la estrella de neutrones que salía y se ponía a medida que se desarrollaba el trabajo. Otros fueron situados en un anillo alrededor de los portillos de observación, y enviaban sus rayos blanco violáceos a través de los cristales fuertemente coloreados, al interior de la nave. Con esto, poco a poco se aclararon las sombras que había dentro. Por medio de las fotografías y de un mapa del cuarto de la consola, pudieron identificar la consola de comunicaciones y la butaca que estaba frente a ella. En la butaca había una colección de objetos violeta, con formas muy raras, rodeados por una nube multicolor. Aumentaron la iluminación y la nube se resolvió ofreciendo los perfiles de unos vestidos amarillo–blancos y de una carne humana azul–blanca que cubría los huesos violeta de Amalita. Enfocaron sus cámaras y las ajustaron para que los datos empezaran a ser recogidos por la espacionave madre, donde otros tripulantes controlaban las pantallas y los

ordenadores los retransmitían a Huevo.

FECHA: 22:30:11,2 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—Uno... dos... —contó Amalita, al sentir el tirón gravitatorio de la insignificante pelota de golf que se encontraba a quince metros de distancia—... tres... y voltereta —cantó, y al llegar al final accionó el botón del seguro de su cinturón, efectuó una pirueta por el aire y aterrizó a cuatro patas sobre el grueso cristal de la ventana de observación. «Perfectamente sincronizado, aunque esté feo que yo lo diga», pensó.

FECHA: 22:30:12,9 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—Justo, entra justo a tiempo —observó Pensador-Lúcido al contemplar la imagen de Amalita generada por el ordenador en el giro anterior y compararla con las obtenidas algunos giros antes.

La imagen ampliada del cinturón de la butaca lo mostraba en el momento de abrirse. Ahora, si ella podía dar una voltereta mientras caía hacia la ventana, podrían obtener algunas imágenes tridimensionales de rayos X de alta resolución, que serían mucho más útiles para sus ordenadores que las imágenes planas y esquemáticas procedentes de los libros de texto de fisiología humana.

Durante los siguientes giros, los miembros de la tripulación vieron cómo el cuerpo de Amalita caía pesadamente a través del aire hacia la ventana, efectuando una lentísima vuelta durante su caída. Pensador-Lúcido mantuvo apagado el foco de rayos X casi durante todo el período, para mantener baja la dosis de radiación que recibía el cuerpo de su amiga humana. De vez en cuando, a intervalos calculados por el ordenador, los focos de rayos X efectuaban un destello y se tomaba otra instantánea del cuerpo humano en movimiento. Cuando Amalita estaba a punto de llegar a la ventana, el ordenador ya había construido un detallado modelo tridimensional de su cuerpo. Ahora los focos se concentraban en determinadas porciones de su cuerpo de las que los científicos querían más detalles, sobre todo de las glándulas y de los dibujos de las circunvoluciones cerebrales. Los datos que estaban obteniendo habrían de mantener ocupadas a generaciones de estudiantes.

Cuando las manos y los pies de Amalita entraron en contacto con el cristal de la ventana y su cuerpo empezaba a rebotar hacia atrás, uno de los especialistas en medicina humana se acercó a Pensador-Lúcido y le mostró una fotografía generada por el ordenador para que la examinase. Pensador-Lúcido fluyó sobre la placa y saboreó la fotografía.

—Esto es un primer plano del pecho izquierdo de Amalita —informó el especialista—. Por suerte, no llevaba sostén y cuando aterrizó en la ventana sus

pechos iban por delante, así que pudimos tomar esta detallada imagen de toda la glándula mamaria. Lo que nos preocupa es esta región anormal justo en el centro de la imagen. Estamos convencidos de que se trata de un grupo de células cancerosas. Todavía es demasiado reducido para ser observado por un aparato de rayos X humano, pero nuestro dictamen profesional es que son inequívocamente malignas.

—Pues parece que podremos recompensar a Amalita por su actuación —respondió Pensador-Lúcido—. Preparad una fotografía que puedan entender los médicos humanos y se la mandaremos a Amalita junto con un aviso de lo que hemos encontrado.

—Ya habíamos pensado en esto —replicó el especialista—, pero nos preocupa a todos el tiempo que llevará. Falta todavía una semana para que el Matadragones abandone esta órbita y lleve a Amalita y los demás a la nave San Jorge. En esta semana el cáncer puede crecer y empezar a mandar semillas que contaminen el resto de su cuerpo. Tenemos una idea diferente que queremos consultar contigo.

—¿Qué proponéis? —preguntó Pensador-Lúcido, mientras salía de encima de la placa.

—Pues, te darás cuenta de que lo que vamos a plantear está contra todos los criterios éticos de los humanos y de los cheela. La totalidad de los especialistas en fisiología humana que estamos aquí, además de muchos especialistas en psicología humana, medicina y leyes que están en Huevo, hemos discutido sobre esto durante los dos últimos giros. Existe un consenso general, aunque no es unánime, y se decidió presentártelo para que lo apruebes.

Pensador-Lúcido esperó pacientemente a que se acabara aquel chaparrón de circunloquios.

—El consenso es que, si consideramos el alto potencial de malignidad de este tumor, y si consideramos además el tiempo que transcurrirá hasta que Amalita pueda visitar un doctor humano, debemos tratar ahora el cáncer, a pesar de que no podamos contar con su previo consentimiento.

Al fin lo había soltado, y Pensador-Lúcido pudo entender por qué al especialista le había costado tanto tiempo llegar al centro de la cuestión. Tenía razón. Cuando Amalita, de pensamiento tan lento, hubiera podido ser informada de su problema y hubiera podido sopesar sí consentía o no en dejarles realizar su tratamiento, la expedición ya habría estado de regreso a Huevo. Tenía la seguridad de que los especialistas no habrían efectuado esta recomendación si no estuviesen completamente seguros de que Amalita tenía un problema muy serio que requería tratamiento inmediato.

—Proceded —dictaminó en el acto—. ¿Qué necesitáis?

—Queremos modificar uno de los proyectores de rayos X para aumentar su frecuencia y su potencia de salida —enunció—. Al hacerlo funcionar en estas nuevas

condiciones se quemará en seguida y ya no podrá usarse en la iluminación general, pero si operamos correctamente y enfocamos bien el haz de rayos X, podremos matar las células cancerosas con un mínimo perjuicio para el resto del pecho.

—Tenemos muchos focos de iluminación —contestó Pensador—Lúcido—. Poneos de acuerdo con el equipo de cámaras para saber de cuál pueden prescindir, y operad tan pronto estéis preparados.

Los especialistas organizaron su equipo y pronto tuvieron preparado un foco modificado de rayos X, con un gran espejo para enfocarlo y una fuente de potencia de alta intensidad, junto a la ventana del portillo de observación. Primero, el ordenador alineó las coordenadas del punto focal del generador de rayos X con la posición calculada del cáncer escondido dentro del pecho, que seguía moviéndose lentamente. Después, se efectuó descarga tras descarga de rayos X de gran intensidad procedentes del foco, que se movía muy despacio arriba y abajo en arcos que lo mantenían enfocado al punto maligno. El cáncer se contrajo y murió, mientras que la piel de la superficie empezaba a colorearse, como si hubiera permanecido demasiado tiempo al sol en la playa.

FECHA: 22:30:16,3 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—¡Ay! —chilló Amalita cuando rebotó de la ventana. Se tocó el pecho, pero el dolor ya había desaparecido. «¿Complicaciones?», pensó, al recordar la broma de Pierre. Y siguió con la cuenta automáticamente—... siete...

FECHA: 22:30:17,1 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

—Ha llegado el momento de la Visita —anunció Pensador—Lúcido durante una sesión preparatoria—. Sacad el «patinete» y comprobad el sistema de tubos de llegada de alimentos y el sistema de eliminación de deposiciones.

El «patinete» era un diminuto vehículo proyectado especialmente para la Visita. No era mucho más largo que una nave de instrumentos y tenía sólo unos rudimentarios subsistemas de propulsión y control. Una nave individual normal era mucho mayor, necesitaba un miniagujero negro para evitar su explosión, y debía permanecer a más de un metro de los portillos de observación debido a la elevada gravedad procedente de su masa. El «patinete» era mucho más ligero, y por lo tanto podía acercarse mucho más a las mirillas. El «patinete» tenía dos cosas que una nave individual no solía llevar, a saber: una reserva de comida para media docena de giros, casi toda en forma líquida, y un dispositivo para los residuos conectado a un depósito.

Casi todos los miembros de la tripulación tuvieron la decencia de irse a trabajar a otra parte cuando el comandante de la Expedición Visita se instaló en el «patinete».

El casco esférico del «patinete» era sólo un poco más largo que su cuerpo, así que no existía más que una forma de meterse allí. Con los controles delante, su orificio de comer quedaba situado cerca del tubo que llevaba la comida desde su depósito, y su orificio excretor caía sobre un oportuno enrejado.

Pensador–Lúcido formó algunos huesos cristalinos dentro de su cuerpo, les dio forma de manipuladores, asíó con ellos los controles y aumentó la potencia.

«Nunca el nombre de nave alguna ha sido tan apropiado», pensó cuando el Retrete Volante se elevó desde la nave principal de la expedición y se dirigió hacia el portillo de observación de la izquierda, deteniéndose cuando llegó a menos de un metro de la nariz de Pierre.

FECHA: 22:30:17,2 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Pierre vio caer a Amalita y se agarró con más fuerza a las empuñaduras para evitar irse tras ella al otro lado de la cabina. Volvió su cabeza hacia la ventana cuando una mota reluciente se destacó de la nube principal que se encontraba estacionada unos metros más allá, se acercó a la mirilla y se detuvo en la parte exterior del cristal a la distancia de un brazo, aproximadamente. Pierre observó la pequeña esfera incandescente. Era poco mayor que una semilla de mostaza.

Pensador–Lúcido miraba fijamente a la fantasmal cara humana que flotaba en el aire delante de él. La cara era media docena de veces más grande que la más alta de las montañas de Huevo. Lo único que podía distinguir con facilidad era la gran calavera iluminada por el color violeta profundo de los rayos X blandos emitidos por el arco de rayos X. Veía los enormes agujeros de los ojos, cada uno tan grande como la caldera del volcán del Monte Éxodo. Entre los ojos había una cavernosa hendidura para la cavidad nasal, y debajo estaban las dos filas de negros dientes, como dos cordilleras, una apilada encima de la otra. Como una ligera línea blanco azulada que rodeaba y cubría el cráneo, Pensador–Lúcido pudo ver la carne y el cabello que reflejaban la radiación UV del arco, y creyó distinguir los ojos de Pierre que le miraban.

«Bueno, no hay tiempo para un discurso largo», pensó el cheela, y tras conectar el control del enlace de comunicaciones se dirigió al humano.

—Hola, Pierre —dijo, golpeando con su arista que formaba una onda acústica modulada hasta el receptor.

Como saludo no era gran cosa, pero confiaba en haberle dado un toque personal, con un ensayadísimo acento francés en el «Pierre». Con el saludo en camino vía ordenador de comunicaciones, donde sería desmenuzado antes de transmitirlo a Pierre en forma de lentos fonemas durante muchos giros, Pensador–Lúcido se agitó, metió el tubo de alimento en su orificio de entrada, y se dispuso para la larga prueba

que se había impuesto a sí mismo.

Había formado un apoyo cristalino dentro de cada tallo de ojo para que sus ojos permanecieran inmóviles.

«Con esta gravedad tan baja no hace falta hacerlos muy reforzados —pensaba—. Necesitaré el crystallium para el resto de la estructura.» Se concentró y en seguida los tallos de ojo estuvieron reforzados con una red entretejida de huesos cristalinos que impediría que se movieran mucho. Esta técnica era nueva para él, porque al igual que los demás cheela había limitado su repertorio de formación interna de huesos a los manipuladores, tallos de ojo y barras tractoras. Sin embargo, los científicos médicos, que habían aprendido mucho sobre las posibilidades del organismo cheela de una secta religiosa que consiguió desarrollar un extraordinario control sobre las funciones corporales, le habían enseñado la técnica del entretejido.

Acabados sus preparativos, puso el «patinete» en control automático, sorbió un poco del caldo alimenticio y se dispuso para la Visita a su gargantuélico amigo.

—Bien, así que tú eres Pierre Carnot Niven, ¿no es cierto? —murmuró, dirigiéndose a la inmóvil calavera—. Perfecto, Pierre, vamos a ver quién pestañea antes.

FECHA: 22:30:18,2 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Pierre enfocó sus ojos sobre la pequeña mota blanca incandescente que flotaba frente a él, al otro lado de aquel cristal tan oscuro. El «patinete» era una esfera irisada de unos cinco milímetros de diámetro. Casi ocupando todo el hemisferio que quedaba ante él, se hallaba el opalescente cuerpo de Pensador–Lúcido. Las distintas partes de su cuerpo cambiaban de color como una gota incandescente de vidrio fundido a medida que las calientes corrientes de fluido interno, y las relativamente más frías superficies exteriores, cambiaban su temperatura. Distribuidas alrededor de la periferia del aplastado cuerpo elipsoidal, había una docena de puntos rojos, diminutos como cabezas de alfiler, resplandecientes como pequeños trozos de carbón en un fuego de acampada.

«Como una aplastada venera en miniatura en su media coquilla —pensó Pierre—. Aunque las veneras no tienen manipuladoras y sus ojos son azules.» Mientras sus ojos y las cámaras automáticas captaban la imagen de Pensador–Lúcido, que pacientemente sufría su espera delante del ventanal, el altavoz de la consola de comunicaciones dejó oír la salutación del cheela.

—Hola, Pierre.

Con el eco de la última sílaba aún flotando por el cuarto de la consola, se produjo un relámpago de luz y la mota incandescente desapareció; sólo una imagen residual amarillo–verdosa permaneció en la retina de Pierre. Hasta que hubo desaparecido el

tirón de la gravedad, Pierre no se dio cuenta de que le dolía la nariz por haber sido comprimida contra el cristal con una fuerza de tres g.

FECHA: 22:30:19,3 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

El caldo alimenticio se había acabado, el tanque de residuos olía mal, y ya era tiempo de decir adiós.

—Tú ganas, amigo mío —confesó Pensador–Lúcido a la fantasmal aparición que había permanecido inmóvil durante la larga espera.

En esto, Pensador–Lúcido había superado sus propias expectativas: seis giros completos sin mover ni una arruga. Algunos ejercicios isomórficos ayudaron a que sus entrañas no se taponaran, pero su piel parecía que se hubiera de romper si se movía. La movió, y no se rompió. La movió un poco más, y después, con una deliciosa danza que casi lo levantó del «patinete» dada la baja gravedad imperante, empezó a disolver los huesos de cristal que le habían mantenido estacionario, tomó los controles y encaminó el Retrete Volante hacia la nave principal.

Tras una limpieza muy necesaria y una comida decente, Pensador–Lúcido regresó a su puesto de comandante de la expedición. Era ya tiempo de recoger y regresar. Los especialistas se encontraban muy atareados tomando fotografías de Pierre a larga distancia, y se mostraban poco dispuestos a dar por acabada su misión. Pero los víveres empezaban a escasear, y al fin tuvieron que cesar en sus actividades y recoger su equipo.

En realidad, por supuesto, era el ordenador de la nave el encargado del movimiento de las esferas de instrumentos, y del control de las trayectorias de las naves individuales. La atracción gravitacional mutua entre las mismas esferas hacía que la navegación resultara complicada, incluso cuando los pilotos poseían velocidades de reflejos que se aproximaban a la de la luz.

Por desgracia, nadie se había ocupado de avisar al ordenador de que el foco modificado de rayos X que utilizaran para tratar el cáncer de Amalita estaba fuertemente conectado a un enorme generador de potencia instalado para su funcionamiento. El ordenador no vio nada malo en escoger un camino de regreso para el foco que pasara cerca de la ventana de la nave. Cuando el foco, que arrastraba el generador, pasó frente a la ventana, las intensas fuerzas gravitatorias del pesado generador araron una profunda grieta de tres centímetros de espesor en el cristal. Gigantescas masas de vidrio, tan grandes como montañas, cayeron sobre el generador de potencia. Se convirtieron en polvo inmediatamente y desaparecieron con un relámpago de luz cuando impactaron en el casco de la nave.

FECHA: 22:30:20,0 MG; LUNES, 20 DE JUNIO DE 2050

Los detectores acústicos de micrometeoritos del marco de las mirillas de observación registraron que algo no iba bien, y las protecciones metálicas exteriores taparon las ventanas. Amalita parpadeó y se fijó en que el cristal estaba ligeramente rayado.

—... diez... —dijo.

La Visita había terminado.

FECHA: 06:13:54 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Mientras Amalita hablaba con Maestro-del-Cielo en la consola de comunicaciones del puente principal, Pierre descendió de cabeza, suavemente, por el agujero del suelo que comunicaba con el puente inferior y se enderezó sobre la consola de la biblioteca. Se movía con cuidado, porque entre dos dedos llevaba un precioso cristal HoloMem que contenía toda la sabiduría que los cheela habían acumulado durante los pasados treinta minutos. Colocó con todo cuidado el cristal en la cavidad del lector de la consola de la biblioteca, situó el brillante segmento de la esquina en su lugar y cerró la cubierta.

De acuerdo con las conversaciones mantenidas con el robot cheela de comunicaciones, este último cristal HoloMem contenía una amplia sección sobre la estructura interna de las estrellas de neutrones. Pierre hizo que el ordenador saltara rápidamente por los millones de páginas hasta encontrar un detallado croquis de una sección mayor del interior de Huevo del Dragón. El diagrama mostraba que la estrella tenía una superficie exterior constituida por una corteza sólida de núcleos; isótopos ricos en neutrones de hierro, cinc, níquel y otros elementos en una red cristalina, a través de la cual corría un mar líquido de electrones. A continuación venía el manto, dos kilómetros de neutrones y núcleos de hierro que conforme aumentaba la profundidad eran más ricos en neutrones. Las tres cuartas partes más internas de la estrella eran una bola líquida de superfluidos neutrones y superfluidos protones. En el mismo centro había un pequeño corazón de partículas elementales esotéricas cuyas cortas vidas medias se encontraban alargadas por las presiones y densidades extremas del interior de la estrella.

Pierre observó con atención los símbolos de las partículas elementales. Muchos ya los conocía, pero había uno que jamás había visto antes. Miró la leyenda que estaba a su lado y comprobó que el símbolo se refería a una partícula «Elisium». ¡Los cheela habían descubierto una partícula en el interior de su estrella que los humanos aún no habían visto en sus máquinas rompedoras de átomos! Pierre tecleó rápidamente para que la consola de la biblioteca buscara en el cristal HoloMem más información sobre la partícula Elisium. En una fracción de segundo la pantalla parpadeó:

PROPIEDADES Y USOS DE LA PARTÍCULA ELISIUM LA INFORMACIÓN QUE SIGUE ESTÁ CRIPTOGRAFIADA. LA CLAVE ES LA MASA Y TIEMPO DE VIDA DE LAS OCHO PRIMERAS PARTÍCULAS ELEMENTALES (INCLUYENDO LA PARTÍCULA ELISIUM) HASTA CINCO CIFRAS SIGNIFICATIVAS.

El resto de la sección era un galimatías.

Pierre reflexionó. Los cheela podrían haber comunicado a los humanos todo lo referente a esta partícula, pero habían decidido no hacerlo. La raza humana tendría que encontrar esta partícula por sus propios medios, y aprender lo suficiente sobre su masa y tiempo de vida para poder descifrar la sección y leer lo que los cheela habían aprendido de ella.

Estaba claro que si los humanos investigaban correctamente, ya conocerían prácticamente todo lo que ahora estaba escondido tras el galimatías, pero si seguían un camino equivocado, entonces los conocimientos que los cheela les habían dejado efectuarían una corrección antes de que llegaran a conocer más acerca del universo en que vivían.

«Igual que un buen maestro —pensó Pierre—. Motiva a los alumnos dándoles a conocer que hay algo interesante que aprender en un área determinada, les deja que aprendan por ellos mismos, y al final comprueba sus resultados y corrige lo que sea necesario.»

Retomó la sección de los interiores de las estrellas de neutrones, pero reflexionaba que una clave criptográfica de dieciséis números de cinco cifras cada uno podría encontrarla un ordenador grande con un exhaustivo programa de búsqueda, aunque se imaginaba que la raza humana era demasiado orgullosa para hacer trampa.

La pantalla de su consola volvió al diagrama de antes, al del interior de Huevo del Dragón. Pierre miró la siguiente página. Era una fotografía de una estrella de neutrones, pero no era Huevo del Dragón. Podía asegurar que se trataba de una verdadera fotografía porque aparecía una parte de un cheela en una nave espacial individual, en primer plano. Sus ojos se ensancharon, y rápidamente examinó página tras página. Había varias fotografías, cada una acompañada de detallados diagramas de la estructura interna de diversas estrellas de neutrones. Su gama iba desde las estrellas superdensas, que casi eran agujeros negros, hasta las grandes estrellas de neutrones hinchadas que tenían un corazón de neutrones y un exterior de estrella enana blanca. Algunos de los nombres le eran desconocidos, pero otros, como el pulsar Vela o el pulsar de la Nebulosa del Cangrejo, eran estrellas de neutrones conocidas por los humanos.

—¡Pero el pulsar de la Nebulosa del Cangrejo está a más de 3000 años luz de distancia! —exclamó Pierre—. ¡Tienen que haber viajado mucho más aprisa que la luz para haber podido tomar estas fotografías en las últimas ocho horas!

Una rápida búsqueda en el índice localizó la respuesta.

PROPULSIÓN MÁS RÁPIDA QUE LA LUZ – LA CLAVE CRIPTOGRÁFICA DE ESTA SECCIÓN ESTÁ GRABADA EN UNA PIRÁMIDE EN LA TERCERA LUNA DEL SEGUNDO PLANETA DE ÉPSILON ERIDANI.

Y seguía una muy larga algarabía.

Aún conmocionado, Pierre apagó la consola y flotó lentamente hasta el salón. No se sorprendió al comprobar que todos, excepto Amalita, se encontraban allí. Estaban sentados a baja gravedad en el sofá circular y miraban más allá de sus pies, a través de la ventana inferior, debajo de ellos. Pierre saltó hacia la parte alta del salón y se agarró al tirador de la compuerta de entrada a uno de los tanques de protección para la gravedad elevada. También él miró hacia abajo, por la mirilla de observación de un metro de diámetro del fondo de la nave espacial. El filtro, de control electrónico, había sido programado para oscurecer la mirilla treinta veces por segundo, cada vez que pasara por delante de ella cada una de las seis masas candentes de compensación cinco veces por segundo. La única luz que penetraba en el salón era la que llegaba de un punto brillante situado a 2120 UA de distancia: era su casa, era el Sol.

Pierre rompió el silencio.

—Casi ha llegado ya el momento de marcharnos de aquí —dijo.

Jean levantó la mirada, arrugando su graciosa nariz por la sorpresa.

—Creía que nuestro plan era permanecer aquí por lo menos una semana más —observó.

—Si los cheela nos hacen todos los mapas y mediciones, en realidad no hay ninguna necesidad de que nos quedemos más tiempo —explicó—. Deberíais leer la detallada descripción del exterior e interior de Huevo del Dragón que está en el último cristal HoloMem que nos han transmitido. —Se enderezó, impulsándose hasta el quicio de la puerta del salón—. He dispuesto el ordenador para que re programe las sondas «pastoras» y nos lleven a la trayectoria del deorbitador. Dentro de medio día estaremos en la posición correcta para que nos impulse hacia el San Jorge y nos saque de esta órbita de aproximación. Entonces podremos irnos a casa, en vez de mirarla desde aquí. —Consultó el indicador de tiempo colocado en la pared del salón—. Ya es tiempo de cambiar el cristal de HoloMem —añadió.

Flexionó sus rodillas, preparándose para saltar hacia el puente principal. Sonrió a todos a través de su barba y dijo:

—Vamos, hay mucho trabajo para dejar esta nave a punto. Amalita y yo acabaremos el último de los cristales HoloMem, pero vosotros es mejor que vayáis ordenando todo lo de la nave. Recordad que cualquier cosa suelta, cuando caiga bajo los campos gravitatorios del deorbitador, puede convertirse en un proyectil mortal.

Saltó hacia arriba, al puente principal, y los demás se dispersaron por toda la

nave.

Pierre se columpió hacia la consola y observó a Maestro–del–Cielo por encima del hombro de Amalita. El robot cheela estaba explicando algo pacientemente. Pierre miraba fascinado hacia la imagen. Contando con el diferencia de tiempo de un millón a uno, no había sorprendido a Pierre que los cheela desarrollaran un robot inteligente y de muy larga vida capaz de asumir la pesada tarea de hablar con los humanos, que pensaban tan despacio. Lo que le asombraba era que la criatura robótica estaba tan desarrollada que tenía personalidad propia. Sus modales no eran del tipo robótico, sino que más bien actuaba a la manera de un paciente maestro de los viejos tiempos. Por el tono de voz, casi se podía captar la sonrisa amistosa y el cabello encanecido.

También era un descanso para los humanos tener a Maestro–del–Cielo para hablar con él. Ya no se sentían culpable de malgastar gran parte de la vida de alguien cada vez que se equivocaban o vacilaban un momento.

—Pronto habremos llenado todos los cristales HoloMem de que disponéis — anunció la imagen de Maestro–del–Cielo. El halo de sus ojos robóticos hacía una imitación perfecta de los movimientos ondulantes de los ojos de un verdadero cheela —. Como veréis, la mayor parte de este material está en clave, ya que ahora nosotros nos encontramos lo que equivale a algunos miles de años de los vuestros más adelantados que vosotros en el desarrollo de los conocimientos.

»Pero si no hubiera sido por vosotros, aún seríamos salvajes, estancados en la ignorancia durante miles o incluso millones de giros. Os debemos mucho, pero tenemos que ser cuidadosos en la forma en que saldamos nuestra cuenta, porque vosotros tenéis el derecho a crecer y desarrollaros por vosotros mismos. Por vuestro bien, vamos a cortar la comunicación después de que se llene este cristal HoloMem. Os hemos dado material que habrá de ocuparos durante miles de vuestros años. Unos y otros seguiremos caminos distintos, buscando la verdad y su conocimiento a través del espacio y del tiempo. Vosotros, en mundos donde el electrón lo es todo; nosotros, donde predomina el neutrón.

»Pero, por favor, no desesperéis. Podemos vivir mucho más de prisa que vosotros, pero sólo hay un número finito de verdades fundamentales que haya que aprender sobre el Universo, por lo que un día, eventualmente, os pondréis a nuestro nivel.

Sonó un pitido y apareció un breve mensaje en la pantalla:

EL CRISTAL HOLOMEM ESTÁ LLENO.

—A partir de ahora, vais a contar sólo con vuestras propias posibilidades —dijo Maestro–del–Cielo cuando se oyó el pitido—. Pero tenemos un regalo de despedida para vosotros. Vais a necesitar decenas de millares de años para desarrollaros plenamente, y pequeñas molestias, como por ejemplo alguna glaciación en vuestro

planeta, os podrían retrasar. Mientras explorábamos el interior de vuestro Sol, encontramos cinco pequeños agujeros negros. Se trataba de los cuatro que ya conocéis y de otro mucho menor. Puesto que perturbaban las reacciones de fusión de vuestro Sol, los eliminamos. Ahora el Sol permanecerá estable mientras aprendéis lo que está en los cristales HoloMem.

—Os lo agradecemos mucho —tartamudeó Pierre, asombrado por el poder que suponía aquel enunciado.

—Y nosotros os damos las gracias —replicó Maestro-del-Cielo—. Pero se acerca el momento de vuestra partida. Adiós, amigos.

—Adiós —exclamó Pierre, y se borró la pantalla.

Se volvió hacia Amalita.

—Voy a guardar el cristal HoloMem, y tú empieza a comprobar los tanques de aceleración —dijo—. ¡Ya es hora de volver a casa!

FIN

APÉNDICE TÉCNICO

HUEVO DEL DRAGÓN

Las siguientes secciones son extractos seleccionados de la edición de 2064 de la Enciclopedia Científica de Del Rey, publicada por Random House Interplanetary, Nueva York, la Tierra.

Huevo del Dragón es una cercana estrella de neutrones. Su masa es aproximadamente la mitad de la del Sol, pero su diámetro mide sólo 20 km. Gira sobre su eje a 5,0183495 revoluciones por segundo, tiene un campo gravitatorio de 67 mil millones de g al nivel de su superficie, y su campo magnético se aproxima a un billón de gauss. Como puede apreciarse en la figura 1, la estrella tiene 4 polos. Además de los consabidos polos norte y sur en los extremos de su eje de giro, tiene otros dos polos magnéticos, «este» y «oeste», situados casi en el ecuador. Las líneas trazadas en la figura 1 que salen del polo este magnético son las líneas de longitud magnética. El campo magnético es tridimensional y se extiende hasta las regiones del espacio cercanas a la estrella.

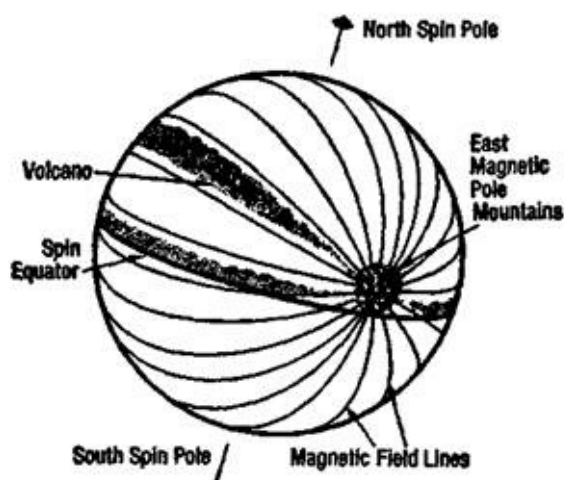


Figure 1. Dragon's Egg

Figura 1. Huevo del dragón

La estructura interna de Huevo del Dragón está representada esquemáticamente en la figura 2. El centro tiene un núcleo líquido de 7 km de radio que contiene neutrones superfluidos, una pequeña cantidad de protones superfluidos y los suficientes electrones fluidos normales para contrarrestar la carga de los protones. En el verdadero centro de la estrella, donde las densidades y presiones alcanzan sus valores máximos, existen varias partículas elementales exóticas mezcladas con los neutrones.

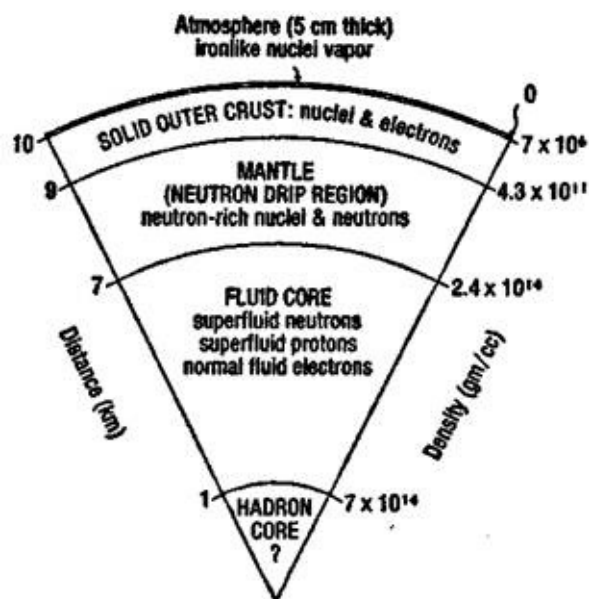


Figure 2. Interior Structure of Dragon's Egg

Figura 2. Estructura interior de Huevo de dragón

Encima de este centro de neutrones líquidos, hay una capa de 2 km de espesor formada por neutrones cristalinos y núcleos. Su composición varía desde sólo neutrones cerca del núcleo a núcleos prácticamente solos en la parte más exterior de esta capa. La envoltura más exterior de la estrella, la Corteza, consiste en núcleos muy ricos en neutrones (principalmente núcleos de hierro), con una densidad cerca de la superficie de casi 7 millones de gramos por centímetro cúbico. El número de neutrones de los núcleos de la corteza aumenta con la profundidad, al tiempo que disminuyen las distancias entre los núcleos. La frontera entre la corteza exterior y el manto es la región de «goteo de neutrones», donde los neutrones pueden «gotear» desde los núcleos extremadamente ricos en neutrones hacia los núcleos vecinos.

La corteza y el manto son estructuras sólidas que están sobre un núcleo líquido. A medida que la estrella se enfría y se contrae, la corteza se cuartea y empuja hacia fuera las cordilleras. Las montañas varían en altura: desde unos pocos milímetros hasta un máximo de 10 centímetros. Los picos de las montañas más altas asoman fuera de la atmósfera, que en su mayor parte es vapor de hierro y de altura casi despreciable, unos 5 centímetros.

El gran volcán Monte Éxodo, en el hemisferio norte de Huevo del Dragón, es un volcán que se formó sobre una grieta muy profunda de la corteza de la estrella. El material líquido de las profundidades ascendió por la fisura hasta formar el cuerpo del volcán. A causa del diferencial de temperatura en función de la profundidad y de la descomposición tipo beta que sufren los núcleos cuando ascienden a zonas de densidad menor, la lava desprende la energía suficiente para poder fluir venciendo la

fuerza de la gravedad. Volcanes análogos al Monte Éxodo pueden generar conos de lava de algunos centímetros de altura y de centenares de metros de diámetro, e incluso pueden llegar a ocasionar seísmos estelares (estrellamotos).

Los estrellamotos suponen el hundimiento de un cono volcánico o de una cordillera de unos pocos milímetros en el campo de gravedad de 67 mil millones de g de la estrella. Desde la Tierra se han podido detectar estrellamotos en algunos pulsares observando la ligera disminución del período del pulsar provocada por la disminución de inercia de la estrella debida al hundimiento de una cordillera.

Huevo del Dragón nació de la explosión de una supernova ocurrida hace unos 500.000 años a una distancia de 50 años luz del sistema solar. Durante el proceso de formación, la estrella de neutrones/pulsar adquirió una importante velocidad propia de 30 km/seg (es decir, 1 año luz por 10.000 años, o 6 Unidades Astronómicas por año). La estrella fue descubierta por el científico espacial V. Sawlinski en 2020 (véase la referencia 1). Detectó sus radio impulsos utilizando la CCCP-ESA (véase en diccionario de acrónimos: Antiguas Organizaciones Nacionales), que era una sonda espacial FE (Fuera-de-la-Eclíptica) situada 200 UA por encima del plano de la eclíptica de los planetas. (Véase figura 3, en página siguiente, referida a la posición relativa de Huevo del Dragón, Sol, y la sonda FE en 2020).

En el momento de su descubrimiento, Huevo del Dragón se hallaba a una distancia de 2300 UA de la Tierra. Cuando por fin los humanos consiguieron llegar a la estrella en el primer vehículo espacial interestelar, el San Jorge (véase San Jorge), la distancia se había reducido a 2120 UA. Al editar estas notas (2064) la estrella se encuentra a una distancia aproximada de 2040 UA. Dentro de 300 años, alcanzará el punto de máxima aproximación de 250 UA, y a partir de aquí comenzará a alejarse. Se espera que provoque algunas perturbaciones en los planetas exteriores, pero no tendrá efectos perceptibles en la órbita de la Tierra.

La posición de Huevo del Dragón en el firmamento fue determinada por S-Y Wang (véase la referencia 2) y resultó ser casi la misma declinación (70 grados) y la misma ascensión recta (11,5 horas) de Giansar, una estrella brillante al final de la constelación Draco (El Dragón). Su posición entre las constelaciones del hemisferio norte puede verse en la carta estelar simplificada de la figura 4.

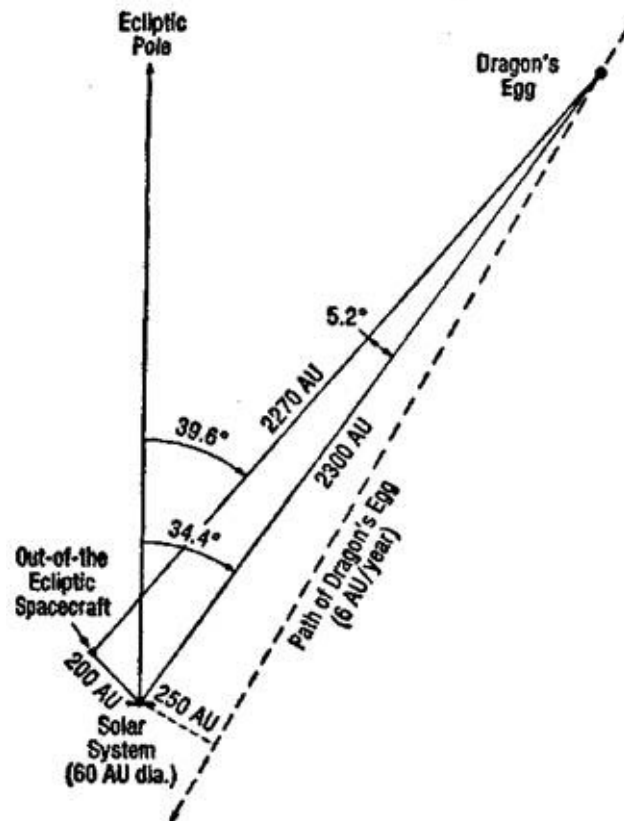


Figure 3. Near-Solar Space in 2020 AD (to scale)

Figura 3. Zona del espacio cercana al Sol en 2020 (a escala).

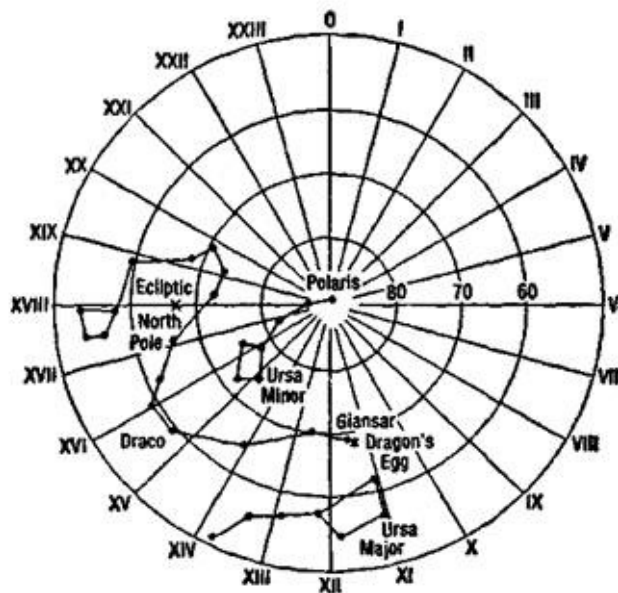


Figure 4. Northern Constellations in 2020

Figura 4. Constelaciones boreales en 2020.

FISIOLOGÍA DE LOS CHEELA

Cuando los humanos descubrieron Huevo del Dragón ya se habían desarrollado formas de vida en la estrella de neutrones. (Sorprendentemente, la posibilidad de existencia de vida en una estrella de neutrones había sido predicha, hacía casi un siglo, por el radioastrónomo F. D. Drake en la referencia 3. El doctor Drake fue un tatarabuelo de Amalita Shakhashiri Drake, tripulante de la nave de aproximación Matadragones.) Las primeras formas de vida en Huevo del Dragón fueron plantas, que vivían merced a un ciclo entre el calor de la corteza y el frío del cielo. Posteriormente, estas plantas evolucionaron a formas animales móviles.

La forma de vida animal dominante en la estrella se llama cheela. Puesto que son inteligentes, los cheela tienen más o menos la misma complejidad que los humanos. Esto significa que poseen el mismo número de núcleos, por lo que no debe sorprendernos que pesen casi lo mismo que los humanos: 70 kg. Los cheela son unas criaturas planas, de tipo ameboide, que miden unos 2,5 mm de radio (0,5 cm de diámetro) y 0,5 mm de altura, y su densidad es de 7 millones de gr/cc.

Los núcleos atómicos que constituyen los cheela no tienen nubes de electrones cautivos que los aislen unos de otros, pero en cambio se reparten un «mar» de electrones libres. Debido a la consiguiente disminución de distancias, la gran proximidad de los núcleos entre sí hace que sea tan fácil para los núcleos cheela intercambiar neutrones como lo es para los átomos humanos el intercambiar electrones. Los núcleos se combinan formando «moléculas nuclearmente unidas» mediante intercambio de neutrones. Puesto que los cheela tienen enlace nuclear en vez de enlace molecular en sus cuerpos, viven aproximadamente un millón de veces más de prisa que los humanos.

Los cheela pueden formar «huesos» cristalinos cuando los necesitan, pero por lo general mantienen una estructura más flexible que les permite fluir alrededor y dentro de instrumentos para manejarlos. A causa de la elevada intensidad del campo gravitatorio, los cheela no tienen fuerza suficiente para alzarse más que unos pocos milímetros sobre la corteza. Su psicología en relación con la gravedad, altura, y «lo que está por encima de la cabeza» es idéntica a la de los seres alienígenas llamados Mesklinitas, descritos en las antiguas historias de ciencia ficción por Hal Clement. El campo magnético de Huevo del Dragón lo domina todo. La velocidad del sonido, la opacidad de la atmósfera, la fuerza requerida para los movimientos, el flujo de lava y los desprendimientos de tierra, la presión atmosférica, y muchas otras cosas, varían en una relación de diez a uno según se trate de una dirección siguiendo el campo magnético, o una dirección transversal al mismo. La estructura de la superficie de la corteza consiste en «cabellos» muy compactados que están alineados a lo largo de las líneas de fuerza del campo magnético. Estas líneas de fuerza son horizontales a lo largo del ecuador magnético y verticales en los polos magnéticos.

Es más fácil moverse siguiendo las líneas del campo magnético que

atravesándolas. Pero esto significa también que puede extraerse energía por mecanismos de pérdida al desplazarse siguiendo las líneas de campo, mientras que transversalmente a las líneas hay muy poco movimiento a causa de la rigidez, por lo que las pérdidas son menores. Puesto que los campos electromagnéticos de la luz son transversales al sentido de propagación, se puede ver más fácilmente en la dirección de las líneas de fuerza.

Incluso en los núcleos de los cuerpos de los cheela existe esta relación de 10 a 1, ya que es más fácil para los protones del núcleo moverse en la dirección del campo magnético que a su través. Así, en el polo magnético, un cheela será 10 veces más alto que otro que se encuentre en el ecuador, y uno en el ecuador será 10 veces más ancho en el sentido hacia los polos que en el sentido transversal. A causa de esta variabilidad, el concepto «longitud» tardó mucho en desarrollarse en las ciencias cheela. Incluso sus varas de medir varían, y si los cheela trazaran mapas, descubrirían que, de acuerdo con el número de varas necesarias para medir una distancia en la estrella, su hogar está «aplanado» 10:1 cerca de los polos magnéticos.

El cuerpo real de un cheela es, desde luego, mucho más complejo que los estereotipados diagramas de la figura 5. Un dibujo mucho más aproximado a la realidad puede verse en el apunte de la figura 6. Fue pintado de memoria por el Leonardo da Vinci de Huevo del Dragón (y el primer cheela Guardián del Transmisor), el Comandante/Astrólogo Mata-Ligero. El guerrero del dibujo es el Jefe de Escuadra Viento-Norte (fácilmente identificable por sus dos insignias de rango). Está sosteniendo una espada corta y un diente de dragón (aunque usualmente los Jefes de Escuadra no utilizan la espada larga). Las dos secciones arrugadas que se ven a su flanco pueden ser bolsas de transporte o bien orificios para alimentarse. Debajo de cada tallo de ojo se distingue un agujero para la eyaculación de fluido seminal; estos agujeros constituyen los únicos órganos sexuales primarios de los machos cheela.

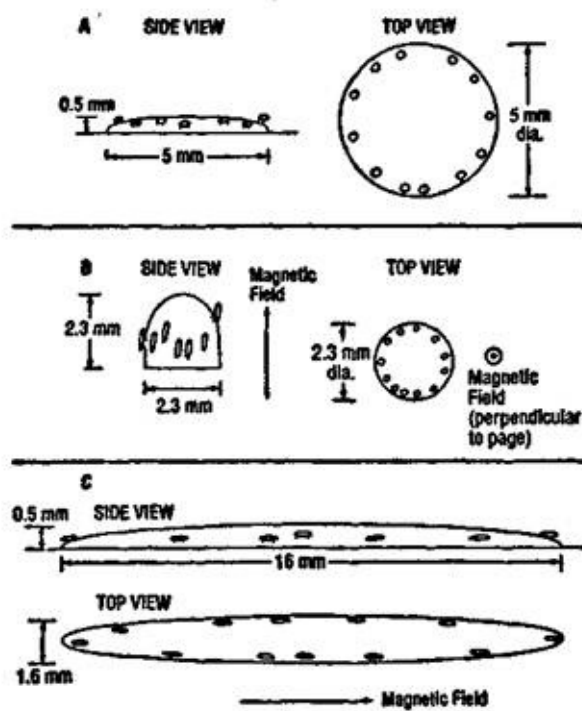


Figure 5. Relative Shapes of Cheela Bodies Under Influence of Gravity and Magnetic Fields: A, no magnetic field but strong gravity; B, near the magnetic poles magnetic stretching compensates for gravity; C, near the magnetic equator the cheela elongate along the magnetic field.



Figure 6. Tooth (Copyright 2050 by Swift-Killer, White Rock Clan)

Figura 5. Formas de los cuerpos cheela bajo la influencia de los campos gravitatorios y magnéticos:

A: sin campo magnético, pero fuerte gravedad.

B: cerca de los polos magnéticos, el campo magnético es antagónico del campo gravitatorio.

C: cerca del ecuador magnético, los cheela se alargan en el sentido de las líneas de fuerza.

Figura 6. Tooth (Copyright 2050 by Mata-Ligero, Clan de las rocas blancas)

Los cheela se comunican tamborileando en el suelo con sus superficies inferiores (aristas) para producir vibraciones direccionales de los neutrones de la corteza de la estrella. Los potentes campos magnéticos polarizan el material de la superficie, y puesto que la corteza tiene una red de núcleos y un «mar» de electrones, los cheela poseen tres maneras de hablar: habla–larga (siguiendo las líneas de campo magnético, usando ondas de compresión del tipo Rayleigh), habla–corta–transversal (ondas transversales para comunicarse a través de las líneas magnéticas) y habla–rápida (utilizando campos electromagnéticos generados por sus cuerpos para excitar el mar de electrones). Como el habla–rápida se transmite a la velocidad de la luz llega antes que los otros dos sistemas de ondas acústicas, pero se atenúa rápidamente, así que por lo general sólo se emplea para susurrar.

Los ojos de los cheela son un notable ejemplo de evolución paralela. En

estructura y funciones son casi iguales a los ojos de color azul brillante, soportados por tallos de las veneras de la Tierra. Los ojos de los cheela miden cerca de 0,1 mm=100 micras de diámetro. Para que sus ojos tengan la necesaria resolución deben utilizar longitudes de onda de 0,1 micras = 1000 ángstroms, o menores. Así pues, la banda de visión normal de los cheela está en la región de los UV, de 1000 a 200 ángstroms, aunque pueden ver en la banda de rayos X si la iluminación es suficiente. Algunos individuos, que padecen el llamado mal de Brillante, pueden alcanzar a ver en el límite violeta de la banda visual humana (4000 ángstroms).

La iluminación para poder ver procede en primer lugar de la superficie resplandeciente de la estrella. A la temperatura de 8200 grados K, la corteza de la estrella de neutrones tiene el adecuado flujo en la parte larga de la longitud de onda de la banda de visión de los cheela (700—1000 ángstroms), pero es insuficiente en los 600 ángstroms. Los objetos que están más calientes (cuerpos de los cheela a 8500–9000 grados K, y fuentes calientes de iluminación desde 10.000 hasta 50.000 grados K) no sólo tienen más fotones sino que su «color» se desplaza hacia el «azul» y aumenta la resolución. Los objetos más fríos (como la parte superior de un cheela o de una planta) se desplazan hacia longitudes de onda más largas, más «rojas». (Ver Figura 7.)

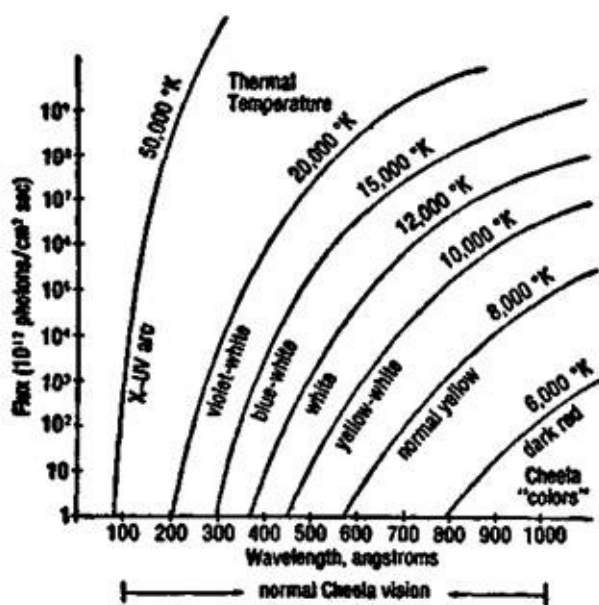


Figure 7. Photon Flux on Dragon's Egg

Figura 7. Flujo fotónico en Huevo de dragón

HISTORIA DE LOS CHEELA

La historia de Huevo del Dragón y de sus habitantes fue escrita con gran detalle

por el Premio Nóbel P. C. Niven, referencia 4. Hasta la fecha, éste es el único libro que haya ganado en un mismo año (2053) los Premios Nóbel, Pulitzer, Hugo, Nébula y Moebius. La figura 8 está extraída del segundo volumen de los tres de que consta esta definitiva obra de estudio–historia, y nos ilustra sobre las principales migraciones culturales de los cheela en la etapa de su desarrollo.

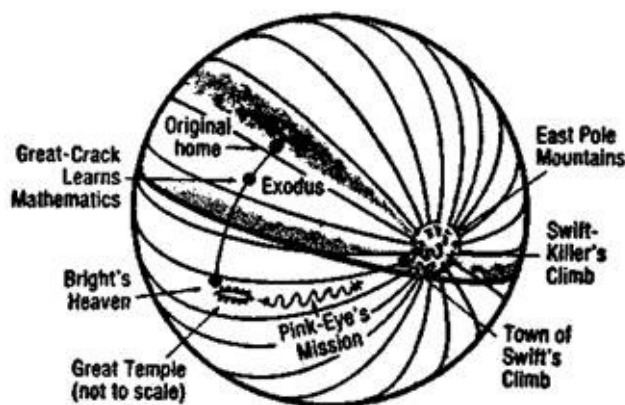


Figure 8. Historical Migrations of the Developing Cheela

Según antiguos mitos, los cheela descienden de un «clan elegido» que fue desterrado del hemisferio norte por un aborrecible dios Dragón, que se cuenta vivía en las entrañas de lo que hoy es el volcán Monte Éxodo. El dios Dragón envió ráfagas de fuego, ríos de lava fundida y humo muy espeso para expulsar a los cheela hacia el sur, una región purgatorio donde se vieron obligados a viajar en la dirección difícil (a través de las líneas magnéticas), atravesando la región de «sentirse perdido» que estaba cubierta por denso humo.

Los cheela usan una combinación de los campos magnético y de Coriolis como ayuda direccional para volver a casa. En la región de «sentirse perdidos» las líneas de dirección magnética son paralelas a las líneas de rotación, y los cheela echaban de menos su inherente sentido direccional y se sentían perdidos.

El humo, justo encima del ecuador, es debido a una interacción entre los campos este–oeste magnéticos y la rotación de la estrella. El humo procedente del volcán viaja predominantemente siguiendo las líneas de fuerza magnéticas hasta que llega a los polos este u oeste, donde las líneas magnéticas penetran en la corteza. El humo, entonces, se escapa de los polos magnéticos y vuelve a desplazarse según las líneas de fuerza magnéticas, pero ahora lo hace por el ecuador, arrastrado por los vientos ecuatoriales de la atmósfera. A causa de todo ello, la estrella tiene una banda de humo en forma de luna creciente, en la longitud magnética del volcán, y una banda circular justo encima del ecuador de revolución.

El «clan elegido», desplazado de su hogar original por el dios Dragón, emigró hacia el hemisferio sur de la estrella atravesando el ecuador de revolución, dejando atrás la región purgatorio. Hallaron una tierra de abundancia, con muchas plantas

comestibles y animales, pero sin otros cheela. Su experiencia podríamos considerarla similar a la primera entrada de seres humanos en el continente norteamericano. Como las grandes barreras de agua en la Tierra, las regiones de «sentirse perdido» del ecuador de revolución habían establecido una barrera psicológica en los cheela que mantuvo aislado y desconocido hasta entonces el hemisferio sur.

En esta nueva tierra, el «clan elegido» descubrió una estrella brillante, fija exactamente sobre el polo sur. Esta estrella era en realidad nuestro Sol, sólo que estaba a 2120 UA (es decir, a 1/30 de un año luz) de distancia. Se desarrolló una religión monoteísta basada en la adoración del dios-estrella Brillante. El «clan elegido» creció y se dividió en muchos clanes, pero todos ellos estaban sometidos a las benévolas órdenes del Jefe de Todos los Clanes.

El desarrollo de los cheela, desde una tribu nómada hasta la constitución de un gran imperio que al fin estableció su ley sobre toda la estrella, está perfectamente explicado en el libro de Niven.

TIEMPOS RELATIVOS

Las escalas relativas de tiempo entre los cheela y los humanos están todavía sujetas a debate entre los expertos, ya que la fisiología de los cheela es drásticamente diferente de la de los humanos.

La unidad básica de tiempo en Huevo del Dragón es la medida de la revolución de la estrella, que es 5,0183495 rps, es decir, un período aproximado de 0,1993 segundos. Algunos expertos han equiparado un giro de la estrella con un día humano, considerando una razón relativa de 0,43 millones a uno. Otros hacen constar que no existe el día ni la noche, y los cheela, que nunca duermen, permanecen en actividad durante todo el giro, y por ello opinan que el valor de la relación debería ser de un millón a uno, casi exactamente.

Los cheela emplean un sistema de numeración en base 12 (tienen 12 ojos) y la más próxima unidad de tiempo después del giro es un «gran» de giros, es decir, 144 giros. Ocasionalmente, utilizan la docena de giros, pero esto nunca ha tenido un significado análogo al de semana entre los humanos. Un gran de giros es 28,7 segundos, mientras que un año humano equivale a 31,6 millones de segundos. La relación de un año humano a un gran de giros cheela es de 1,1 millones a uno.

Mediante el estudio de la historia de los cheela hemos sabido que un cheela consume unos 12 gran (seis minutos) como cría, 12 gran como aprendiz joven, 30 gran (15 minutos) como operario, 12 gran como anciano, al cuidado de los huevos y de las crías, y el resto de su vida (máximo 24 gran más, o 12 minutos) como anciano. Todas estas indicaciones nos llevan a la conclusión de que la verdadera escala relativa del tiempo entre los cheela y los humanos es de un millón a uno.

ESCALAS EQUIVALENTES DE TIEMPO

Humano	Cheela	(estadios equivalentes humanos)
10000 años	10000 Millón gran	Maná original
5000 años	5000 Millón gran	Principio de la vida
2000 años	2000 Millón gran	Organismos multicelulares
1000 años	1000 Millón gran	Plantas grandes
500 años	500 Millón gran	Invertebrados, anfibios
200 años	200 Millón gran	Reptiles
50 años	50 Millón gran	Mamíferos, monos
10 años	10 Millón gran	Proto-cheela
5 años	5 Millón gran	Cavernícolas
1 año	Millón gran	Cazadores nómadas, hachas
1 mes	100000 gran	Neanderthal, edad piedra
15 días	40000 gran	Homo sapiens, arte rupestre
5 días	14000 gran	Neolítico, laboreo, templos
2 días	5000 gran	Bronce, ciudades, escritura
1 día	2500 gran	Hierro, Persia, Grecia, Roma
12 horas	1400 gran	Medioevo
2 horas	250 gran	10 generaciones
30 minutos	60 gran	Período de vida activa
15 minutos	30 gran	Período de vida profesional
1 minuto	2 gran	
29 segundos	1 gran	144 giros
200 miliseg.	1 giro de Huevo	

ARCHIVO Y TRANSFERENCIA DE INFORMACIÓN

Velocidad humana de transmisión: El enlace de comunicaciones del Matadragones (véase Matadragones) al San Jorge (véase San Jorge) tenía una velocidad de transmisión de 400 MHz, o lo que permite 200 megabits/seg, asumiendo un procedimiento aceptable de corrección de errores.

Velocidad cheela de recepción: Puesto que los cheela viven efectivamente un millón de veces más aprisa, los mensajes humanos del láser de comunicación de 400 MHz eran recibidos a un máximo de 200 bits/seg cheela, lo que viene a ser 5 palabras/seg cheela. Ésta es una velocidad lenta (un poco más lenta que la velocidad a que usted puede leer).

Total bits transmitidos: en 0,5 días humanos (43.200 seg) los humanos transmitieron 10 billones de bits, desde sus 25 cristales Holo de memoria de la librería de su nave, a los cheela.

Archivo HoloMem: Cada HoloMem contiene 0,4 billones de bits aproximadamente. Dado que los cristales HoloMem son cubos de 5 centímetros de

arista, su volumen es de 125 centímetros cúbicos. Esto representa que, para ser registrado, cada bit necesita un cubo de 7 mieras de arista. En este cubo de 7 mieras de arista hay aproximadamente un billón de átomos.

Capacidad total del archivo HoloMem: Una página impresa contiene más o menos 350 palabras, 2100 caracteres, o 15.000 bits. Un libro de 330 páginas requiere cerca de 5 millones de bits. Los HoloMem podían contener unos 2 millones de libros. Como comparación, en 2050, la Librería del Congreso de los Estados Unidos tenía 50 millones de fichas (libros, periódicos, publicaciones, patentes, etc.).

SAN JORGE

La nave espacial que llevó a los humanos hasta Huevo del Dragón era un cohete primitivo a fusión con catalizador monopolo. Su estructura básica era un cilindro de 500 metros de longitud y 20 metros de diámetro, con grandes depósitos exteriores de carburante (deuterio líquido). La relación de masa era aproximadamente 10. El San Jorge aceleró hasta 0,035 g y alcanzó una velocidad de 0,035 veces la de la luz al fin de esta aceleración. El tiempo total del viaje hasta la estrella de neutrones fue 1,94 años.

«MATADRAGONES»

Para la aproximación máxima a la estrella de neutrones se utilizó una pequeña nave, de forma esférica de siete metros, con una torreta giratoria de 1,6 metros de diámetro y 2,6 metros de altura, que contenía una sonda de microondas, telescopio infrarrojo, radar láser, telescopio de espejo para la imagen estelar, y otros aparatos dirigidos hacia la estrella. Cuando estuviera en órbita sincrónica alrededor de la estrella, la torreta de instrumentos debía quedar alineada en la dirección del polo norte de giro de la estrella de neutrones. La cara de la nave opuesta a la torreta disponía de una ventana de observación orientada hacia el sur, hacia el distante sistema solar.

En el ecuador estaban distribuidos seis portillos de observación enfocados hacia la estrella que giraba cerca de la nave. La nave estaba inercialmente estabilizada, por lo que las estrellas lejanas aparecían fijas para los observadores situados en estos portillos. La nave, por encontrarse en órbita alrededor de la estrella de neutrones con un período de 0,1993 segundos (5,018 rps), giraba con respecto a la estrella de neutrones 5 veces por segundo. La torreta se hacía girar en sentido contrario, a una velocidad axial igual para conseguir que, en todo momento, los instrumentos estuvieran dirigidos hacia la estrella. (No era posible hacer girar toda la nave a esta velocidad porque la tripulación hubiera sido proyectada contra la pared exterior con

una fuerza de 350 g.) Las figuras 9 a 12 son diagramas de las tres plantas y una vista lateral de la nave científica, Matadragones. Mediante flechas se indica el componente fijo de los campos gravitatorios residuales, alrededor y dentro de la nave. Además de este componente fijo, existe un componente alternativo de aceleración, de aproximadamente la misma fuerza que el componente fijo, que varía veinte veces por segundo debido a que la configuración tetralobular de la gravedad conjunta de la estrella de neutrones y de las masas de los compensadores gira alrededor de la nave cinco veces por segundo.

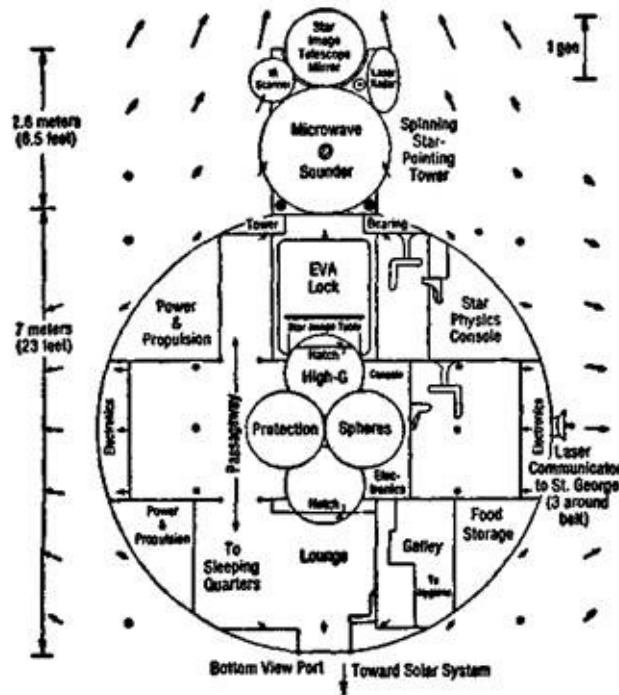


Figura 9. Dragon Slayer—Side View (Arrows indicate steady component of gravity tides)

Figura 9. Matadragones. Vista en alzado (las flechas indican la componente constante de las mareas gravitacionales).

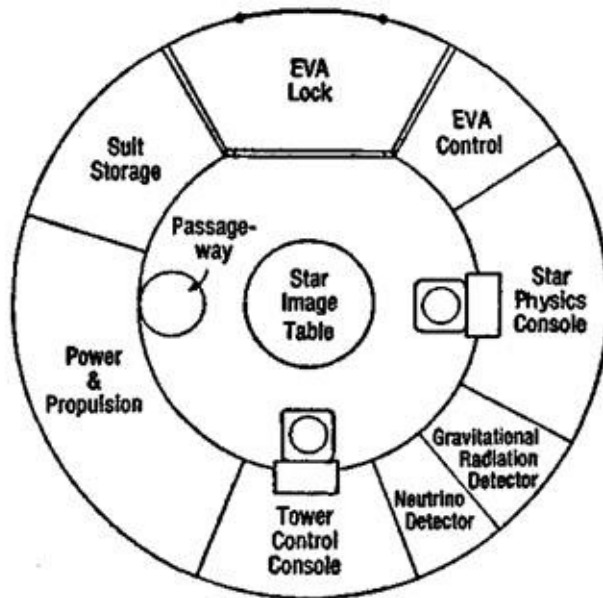


Figura 10. Matadragones. Cubierta superior.

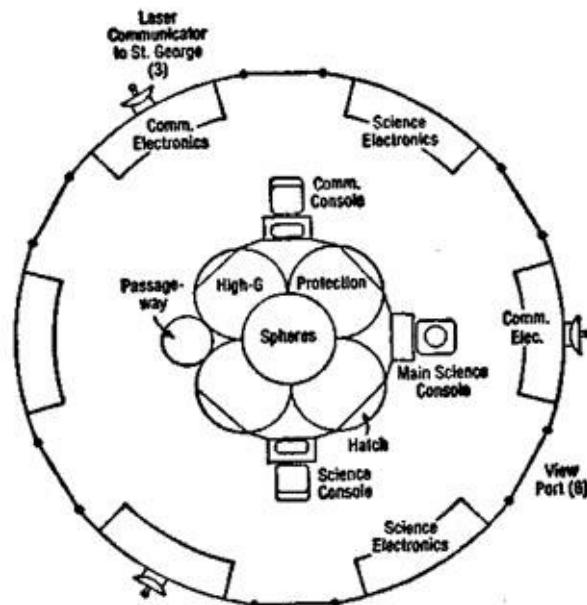


Figure 11. Dragon Slayer—Main Deck

Figura 11. Matadragones. Cubierta principal.

Matadragones. No obstante, puesto que la nave se encontraba en órbita alrededor de la estrella, la mayor parte de estos 40 millones de g se anulaba por el hecho de estar en una órbita de «caída libre». Pero un objeto tan sólo tiene su centro de masas en caída libre. Cuando el centro de un cuerpo, el suyo por ejemplo, esté en caída libre alrededor de una estrella de neutrones a 406.332 metros de distancia, no notará nada. Pero si sus pies están orientados hacia la estrella, están a 406.331 metros de la estrella y aguantan un tirón de 202 g más que su ombligo, y, al mismo tiempo, su cabeza, que está a 406.333 metros de distancia, nota un tirón correspondiente a 202 g menos que su ombligo. Si su cuerpo estuviera orientado en dirección tangente a la estrella de neutrones, su cabeza y sus pies notarían una compresión de 101 g. Es evidente que un cuerpo humano no puede sobrevivir a 400 km de distancia de una estrella de neutrones sin alguna especie de protección ante tamañas fuerzas.

Para proteger a los humanos del Matadragones de estas fuerzas residuales gravitatorias, se colocaron seis masas de compensación en un anillo de 200 metros de radio alrededor de la nave, colocado en forma tal que el plano de las seis masas fuera perpendicular a la dirección hacia la estrella de neutrones. Las masas de compensación se crearon a partir de asteroides de unos 250 kilómetros de diámetro que se condensaron hasta un diámetro de 100 metros.

Todo lo que esté en el centro de este anillo de esferas ultradensas será atraído por cada una de ellas, y en el centro exacto todas estas fuerzas de atracción se anulan mutuamente. Pero si su cabeza y sus pies se hallan en el plano del anillo, al estar a un metro aproximadamente del centro exacto del anillo, deberán soportar el tirón de una fuerza de 101 g. Si intenta orientar su cuerpo según el eje del anillo, su cabeza y sus pies estarán comprimidos por una fuerza de 202 g. Si se han construido con material de densidad suficiente y se han colocado a las distancias correctas, las seis masas compensadoras neutralizarán las fuerzas residuales gravitatorias de la estrella dentro de una región esférica de siete metros de diámetro. (Véase la figura 9 que indica el valor de las fuerzas residuales gravitatorias en la zona del Matadragones).

En funcionamiento, los seis compensadores giran alrededor de la nave Matadragones mientras que ésta gira en órbita alrededor de la estrella 5,018 veces por minuto. Las órbitas individuales de cada una de las masas de compensación son casi órbitas gravitatorias naturales, pero es necesario que la velocidad de las masas varíe ligeramente cada media órbita para poder mantener la formación circular. Esto se consigue utilizando las interacciones magnéticas de los compensadores (que tienen de por sí importantes cargas magnéticas) y además con la ayuda de maniobras de ajuste efectuadas por sondas de «robots pastores» accionadas por cohetes de fusión catalizada por monopolos.

VISITA

El único contacto personal significativo entre los cheela y los humanos tuvo lugar el 20 de Junio de 2050, durante 1,2 segundos entre Pensador–Lúcido, de los cheela, y Pierre Carnot Niven, de los humanos. Fue un intervalo muy corto durante la visita, de diez segundos de duración, que efectuó una expedición cheela para examinar la nave espacial humana y los seres humanos que contenía.

Los cheela debieron vencer muchas dificultades para protegerse y proteger a los humanos de los efectos de la gravedad. Los cheela explosionarían si sus cuerpos no estuvieran sujetos a una gravedad lo bastante alta para mantener el estado colapsado de su estructura material, pero los campos gravitatorios confortables para los cheela destruirían los cuerpos humanos.

La nave principal de los cheela era una esfera de cristal de 4 centímetros de diámetro. Con sus muchos alvéolos para las esferas menores de los instrumentos y de los tripulantes, tenía el tamaño y el aspecto de una pelota de golf. La nave principal tenía en su centro un agujero negro de 11 mil millones de toneladas de masa, que mantenía en la superficie de la nave cheela un nivel gravitacional de 0,2 millones de g. Aunque este valor era muy inferior al que existía en su estrella de neutrones, era lo bastante elevado para evitar que los cheela explosionasen. El campo gravitatorio de los humanos que estaban dentro del Matadragones, a 15 metros de distancia de la nave principal cheela, tenía un valor razonable: 1/3 g.

Pensador–Lúcido usaba una lancha individual mucho menor, con un diminuto agujero negro de una masa de sólo 0,22 mil millones de toneladas. Esta lancha medía 5 milímetros de diámetro (muy poco más larga que un cuerpo de cheela), y la gravedad en su superficie era aún suficiente para impedir la explosión del cuerpo del viajero. Esta lancha personal podía acercarse hasta 70 centímetros de un humano, y así los ojos humanos podían ver algún detalle del candente cuerpo cheela. (Para tener una amplia y correcta descripción de esta singular escena, véase la referencia 4.) Incluso en estas condiciones, la nariz del humano, P. C. Niven, estaba sometida a más de tres g.

No conocemos la técnica de propulsión que emplearon los cheela para despegar su nave de la superficie de la estrella de neutrones (la velocidad de escape en Huevo del Dragón es el 39% de la velocidad de la luz). Tampoco conocemos la técnica de propulsión que usan en el espacio. Los observadores humanos con ocasión de la Visita, P. C. Niven y A. S. Drake, no pudieron tener evidencia de que en la nave espacial cheela existiera algún mecanismo de tipo cohete. Partiendo de las conversaciones con los comunicadores cheela, sospechan que debieron utilizar alguna especie de catapulta antigraavitatoria para salir de la estrella, y alguna forma de impulso inercial para desplazarse en el espacio. Las únicas pistas de que disponemos son algunos artículos, antiguos y de pura especulación (véase referencias 5 y 6), basados en la ahora dudosa teoría gravitatoria de Einstein.

Al redactar esto (2063), el conocimiento de la antigravedad y otras impulsiones espaciales, incluyendo el de la impulsión más rápida que la luz, permanece aún oculto en las secciones cifradas de los cristales HoloMem que contienen los conocimientos de los cheela, después que se adelantaron a los conocimientos de la raza humana. Se estima en una década el tiempo que necesitaremos para tener el equivalente de la catapulta antigravedad de los cheela (y poder decodificar esta sección de los HoloMem). Poseemos muy pocas pistas relacionadas con el impulso inercial; los sabios científicos suponen que por lo menos deberán transcurrir otras dos décadas hasta que hayamos aprendido lo suficiente para poder descifrar el código de esta sección.

FIN



Dr. ROBERT LULL FORWARD (15 de agosto de 1932-21 de septiembre de 2002). Físico y escritor de ensayo científico y de ciencia ficción.

Ganó su doctorado en la Universidad de Maryland en 1965 mediante el desarrollo de una antena capaz de detectar la radiación gravitacional. Posteriormente se dedicó por completo a la física más avanzada en los laboratorios de Hughes Aircraft, continuando sus investigaciones sobre medición gravitatoria, y alternándolas con otras sobre propulsión espacial (desde velas solares a propulsión mediante antimateria). Algunas de sus revolucionarias ideas sobre la propulsión ya son objeto de experimentos por parte de la NASA, como la referida a la utilización del campo magnético terrestre para alterar la trayectoria de los vehículos orbitales. En 1987, y tras haber recibido 18 patentes, se retiró de la investigación para centrarse en la escritura de ciencia ficción.

En el campo de la ciencia ficción, Forward será recordado como uno de los autores más característicos de la ciencia ficción dura. Sus novelas de la saga de los Cheela, donde especula sobre las formas de vida que habitan una estrella de neutrones, han sido comparadas por su combinación de amenidad y rigor científico con Misión de gravedad de Hal Clement. Él mismo dijo de ellas: «Son un libro de texto de física de las estrellas de neutrones, disfrazado de novela».